

# debates

ISSN 1026-5015

# AMERICANOS

No. 2 LA HABANA  
JULIO-DICIEMBRE 1996

en  
cion  
de  
cri-  
mar



*Bayetano*  
sírvese Vmd. formar escritura  
de la corte de Africa  
le he vendido del armario  
de la corte de Africa  
nombrado la corte de Africa  
en el precio  
con la  
al, alma en boca, huesos en cos  
feria, sin asegurar de tachas ni  
mal de corazon, gota coral, de S  
a cualesquiera que pueda pade  
a naturaleza, porque todas corr  
comprador, y tambien en la escr  
guarde á Vmd. muchos años  
de 1814  
M. de Vmd. S. S. S.

● ● **En busca de la cubanidad**

# CASA de ALTOS ESTUDIOS **Don** **Fernando Ortiz**

en L y 27, a unos pasos de la colina universitaria, en la residencia que fuera del sabio cubano y legada por él a la Universidad de La Habana, ha iniciado su quehacer en el contexto de la vida cultural e intelectual cubanas.

- Promoción de doctorados, maestrías y posgrados.
- Realización de coloquios, seminarios, talleres y conferencias.
- Encuentros con distinguidos intelectuales del país y el extranjero.
- Intercambio científico y académico con instituciones nacionales y del exterior.
- Desarrollo de series de investigaciones temáticas y eventos acerca de las problemáticas cubana, latinoamericana, caribeña y universal.
- Ampliación de la información especializada en los estudios históricos de Cuba, América Latina y el Caribe, con sus servicios bibliotecológicos.
- Actualización del conocimiento de los investigadores por medio de un Centro de Información y Computación.
- Publicaciones de libros de temáticas dedicada a las Ciencias Sociales con las *Ediciones Imagen Contemporánea* y la revista *Debates Americanos*

Quienes deseen participar en esta actividad universitaria

de cuarto nivel, pueden dirigirse a: **Casa de Altos Estudios**

**Don Fernando Ortiz**

L y 27, Vedado,  
Ciudad de La Habana, Cuba  
Telfs. 32-3200 / 32-6841

---

## *Al lector*

**n**o es usual este tipo de aclaración. No obstante, la Dirección de **Debates Americanos** considera necesario hacerla, una vez que circunstancias del ritmo inicial de la publicación hicieran transcurrir un tiempo, más allá del programado como semestral. De ahí, que este segundo número tenga la fecha del segundo semestre de 1996. También alertamos acerca del nuevo formato y diseño; pues, en busca de una proyección editorial más adecuada a los objetivos académicos planteados conceptualmente en sus contenidos, la revista tiene su reajuste, el cual permitirá un acomodo de la presentación en sus diversos módulos temáticos. Sirva, así, el primer **Debates Americanos** como un proyecto, ahora concretado en su segundo número.

debates  
**AMERICANOS**  
No. 2 LA HABANA  
JULIO-DICIEMBRE 1996

PENSAR EL TIEMPO **3** En busca de la cubanidad (II)  
...Eduardo Torres-Cuevas

**12** Una en alma e intento. Identidad y unidad latinoamericanas en José Martí...Pedro Pablo Rodríguez

CRITERIOS **La historia nos obligará a repensar el mundo actual...Entrevista de Debates Americanos a Guy Bois** **36**

**44** La historia que viene...Carlos Barros

**65** Cuando reinaba su majestad el azúcar...Pablo Maríñez entrevista a Roland T. Ely

PROYECCIONES **De la modernidad a la posmodernidad...Paul Ravelo** **74**

**87** Historiografía e Ilustración en Cuba...Arturo Sorhegui

DIALOGOS **La historia bajo la impronta de la Revolución Cubana...Conversación entre historiadores con José A. Tabares del Real** **92**

¿QUE ES...? **112** El Centro de Estudios Martianos (CEM)

DOCUMENTOS-MONUMENTOS **La Revolución del 95. Visión de sus líderes...Escritos de José Martí, Máximo Gómez y Antonio Maceo** **115**

ENTRE EL AUTOR Y EL LECTOR **131**

**Director:**  
Eduardo Torres-Cuevas

**Subdirector:**  
Rigoberto Pupo Pupo

**Consejo de Dirección:**  
Jorge Luis Acanda, Sophie Andioc, Ernel González, Sergio Guerra, Oscar Loyola, Alberto Prieto, Ramón Sánchez, Arturo Sorhegui y Rubén Zardoya,

**Miembros invitados del Consejo de Dirección:**  
Esther Aguilera, Aurelio Alonso, María del Carmen Barcia, Eramis Bueno, Aurea Matilde Fernández, Román García, Jesús Guanche, Fernando Martínez, Esteban Morales, Olga Portuondo y Pedro Pablo Rodríguez.

**Miembros de honor y consultantes:**  
Jorge Ibarra Cuesta, Julio Le Riverend Brusone, Eusebio Leal Spengler, Hortensia Pichardo Viñals y Francisco Pividal Padrón.

**Consejo Editorial:**  
*Subdirector:* Luis M. de las Traviesas  
*Editora:* Gladys Alonso González  
*Diseño y maquetación:* Earles de la O  
*Composición de textos:* Azalia Arias

**Representante en Europa:**  
Sophie Andioc

**Correspondencia y suscripciones en Cuba:** Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, L y 27, Vedado, Plaza de La Revolución, Ciudad de La Habana, Cuba.  
Telfs: 32-3200 y 32-6841  
**en Europa:** 17 rue de Boyrie, 64000, Pau, Francia

ISSN 1026-5015

**Impresión**  
Combinado del Libro "Alfredo López"

*Revista académica promovida por profesores universitarios y científicos sociales de Cuba, tiene su centro en la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, Facultad de Filosofía e Historia, Universidad de La Habana.*

*Debates Americanos surge con la intención de buscar respuestas a las necesidades de información y reflexión en el campo de las ciencias sociales y de las realidades cubana y americana.*

*Los artículos aquí publicados, sólo expresan la opinión de sus autores.*

# En busca de la cubanidad (II) Eduardo Torres-Cuevas

En esta continuación de su artículo, el autor reflexiona acerca de la **segunda mitad dieciochesca cubana**, en la cual se materializa un proceso **económico-social e ideológico** marcadamente **complejo** “por las vías que asume, por el modo particular de proyectar y estructurar sus ideas y, sobre todo, por **subvertir** la composición social y los **paradigmas** de la **sociedad criolla**”. ● ● ●

3 En la primera parte del presente artículo, publicado en el número anterior de esta revista, me centré en lo que constituye el primer período —*la sociedad criolla*— del proceso de formación y evolución del pueblo y la nación cubanos. En él expresé la necesidad de estudiar los rasgos caracterológicos del criollo de los primeros siglos —modos de vida, mentalidades, etc.—, los cuales sirven de base a la evolución posterior de nuestra sociedad. Durante esos dos siglos y medio se produjo la reafirmación del criollo a la tierra —*la patria del criollo*— y, en consecuencia,

surgió el *sentimiento* —expresado de las más diversas maneras— de una personalidad propia que singularizaba a la sociedad criolla dentro del conjunto hispano. Las características del proceso, sin embargo, han hecho que no pocos autores lo ignoren prácticamente, entre otros factores, porque las estructuras típicas de esa época eran premodernas: fragmentación regional, economía precaria sin inserción dinámica al naciente mercado capitalista, ideología expresada en una simbolización mítico-religiosa, y la manifestación del sentimiento patriótico del criollo dentro

de los elementos típicos de lo protonacional. Otra dificultad para la comprensión de la sociedad criolla está en la forma en la cual ella se representa a sí misma, en su lenguaje y en sus simboliza-

**EDUARDO TORRES-CUEVAS**  
(La Habana, 1942) doctor en Ciencias Históricas, profesor titular en la Universidad de La Habana, historiador de amplia actividad intelectual, es autor de múltiples ensayos, de los cuales pueden destacarse los dos últimos libros: *Antonio Maceo. Las ideas que sostienen el arma* y *Félix Varela, los orígenes de la ciencia y con-ciencia cubanas.*

ciones que impidieron, primero, al positivismo decimonónico y, después, a la racionalidad del siglo xx, valorar la verdadera dimensión del período y lo que inculca, definitivamente, al proceso de formación de la cubanidad. Creo haber dejado definido que, dada la singular expresión religiosa de esa cultura, fue a través de ese tipo de simbología como se manifestó; de igual forma, que desde el principio resultó libérrima la utilización de la simbología; por último, que su contenido no es comprensible si no se relaciona el significado con el signifiante, el cual debe buscarse en la realidad epocal. Más que las trampas de la fe, fueron las trampas de la Razón las que velaron las pupilas osadas que quisieron definir, desde la mentalidad moderna —aplicándole sus esquemas—, una época de por sí borrosa que la esclavitud del siglo xix y la racionalidad del xx habían desdibujado.

### ► Segunda etapa: la sociedad esclavista y sus contradicciones

El siglo xviii ha sido denominado como el *Siglo de las Luces*, el *Siglo de la Razón*, el *Siglo de la Ilustración*. Para Cuba, sobre todo en sus décadas finales, resultó un siglo de cambios estructurales profundos; consecuentemente, fue también el de sus primeras manifestaciones científicas, culturales, filosóficas; es decir, el de sus primeros movimientos intelectuales. Época de hallazgos y de abandonos, de encuentros y desencuentros. Fue el *Siglo de la Ilustración esclavista* y, también, el de la *Racionalidad del sentimiento del criollo*.

4 En la segunda mitad de la centuria dieciochesca se desarrolla en Cuba un proceso eco-

nómico-social e ideológico en extremo complejo por las vías que asume, por el modo particular de proyectar y estructurar sus ideas y, sobre todo, por subvertir la composición social y los paradigmas de la sociedad criolla. Desde el punto de vista cronológico, el período que analizamos se extiende desde 1763 hasta la década del 840. Lo inician los profundos cambios que, con la complicidad del Despotismo Ilustrado español, van a desarrollarse entre 1763 y 1808. Este proceso se caracteriza por las profundas remociones del aparato político-administrativo; el surgimiento de nuevas instituciones; la libre y masiva introducción de esclavos africanos; la reorganización agraria y el auge de la plantación esclavista; la desarticulación demográfica de la sociedad criolla y, en consecuencia, su remodelación sociocultural; la creciente inserción cubana en el mercado mundial capitalista con sus producciones básicas —azúcar, café, tabaco, etc.—, llegando la Isla, en 1825, a ser la primera productora mundial del “oro dulce”; la diversificación de mercados y de producciones, y el desarrollo del verdadero y profundo proceso de la conquista territorial del país, convirtiendo los espacios geográficos en regiones económicas. Este proceso resulta determinante para comprender las características de la sociedad esclavista de la época y, en particular, para el tema que nos concierne, en la formación de las nuevas mentalidades y de los sistemas de ideas, los cuales expresan un nuevo y, a la vez, original contenido.

Unos pocos datos demográficos son lo suficientemente expresivos para la comprensión del período. En 1757, el país tenía una población de 149 170 habitantes.<sup>1</sup> En La Habana y su *hinterland* vive el 50,93 % de esa población. Al finalizar el período, en 1846, el censo de ese año contabilizaba 898 732 habitantes.<sup>2</sup> En sólo 89 años, la

<sup>1</sup> “Visita pastoral del obispo Pedro Agustín Morell de Santa Cruz y Lora: en AGI: *Audiencia de Santo Domingo*, no. 534.

<sup>2</sup> Comisión Estadística: *Cuadro estadístico de la siempre fiel Isla de Cuba correspondiente al año 1846...*, Imprenta del Gobierno y Capitanía General, La Habana, 1947.

población se sextuplicó por lo que su tasa de crecimiento, a nivel mundial, sólo quedó superada por Estados Unidos. Resulta constatable la lentitud del poblamiento en los dos siglos y medio anteriores —una de las características de la *sociedad criolla*—; por el contrario, su desarrollo es acelerado en estos años, lo que indica un cambio en la dinámica social. Constituye el rasgo más sobresaliente de este crecimiento demográfico el no ser, en esencia, un crecimiento natural sino, sobre todo, el resultado de la fuerte inmigración desatada a partir del esplendor —y resplandor— azucarero. Esta inmigración, como se conoce, es de dos tipos: la forzada africana y la libre europea. De la forzada africana vale la pena destacar que, mientras en los dos siglos y medio anteriores sólo se introdujeron unos 60 000 esclavos, entre 1763 y 1845 la cifra de africanos llevados a Cuba fue de 636 465.<sup>3</sup> Si se compara con la población total de la Isla al inicio del período —149 170— puede comprenderse el impacto social de esta emigración sobre las estructuras de la sociedad criolla. En cuanto a la inmigración libre europea no poseo cifras exactas, pero la española debió exceder los 100 000 y otras, como la francesa, los 60 000. En 1846, los españoles constituyen el 16,8 % de la población de la Isla.

En particular quisiéramos expresar cómo este proceso modificó, de manera sustancial, la composición interna de la población de Cuba. Si en 1775, primer censo que ofrece estos datos, el 56,2 % de la población era conceptualizado de “blancas”, el 43,81 % de “color” y el 25,9 % de esclava; en 1846, las cifras resultan invertidas: 47,4 % de “blancas”, 52,6 % de “color” y la esclava 36,02 %. En números absolutos, en 1775, los esclavos eran 44 528; en 1846 alcanzaban la cifra de 323 756.<sup>4</sup> Por otra parte, la correlación entre españoles peninsulares y criollos, aunque se mantuvo favorable a estos últimos, disminuyó la diferencia numérica. Considero éste el primer aspecto importante en cualquier valoración teórica del proceso de desarrollo de la cubanidad en este período. Tanto el sector de los criollos blancos, como de los negros criollos, estuvo fuertemente reducido ante la presencia de africanos y europeos sin raíces profundas en el país.

El número de esclavos no sólo aumentó en cifras relativas sino que, además, por su monto, llevó la masiva presencia de éstos a toda la vida social del país. Debieron mediar años, no menos de una generación, para que se extendiese, de nuevo, el proceso de acriollamiento. No obstante, esta masiva introducción de nueva población enriqueció el mosaico étnico cubano y amplió su horizonte cultural.

En otro sentido, éste fue el período en el cual se inició la verdadera conquista del espacio geográfico cubano. Hacia 1763, ese espacio apenas si había sido modificado por el hombre que sólo se movía en los escasos puntos de poblamiento, concentrándose en La Habana, Bayamo, Santiago de Cuba y Puerto Príncipe. A partir de lo que Juan Pérez de la Riva llamó “frentes pioneros”, comienzan en esta época a integrarse a la producción y a ser pobladas diversas regiones del país. El proceso resultará, al inicio, más intenso en Occidente, ya a mediados del *xix* en el Centro, y sólo a finales de ese siglo y las primeras década del *xx* en el amplio espacio camagüeyano-oriental.

En el período estudiado van conformándose los grandes Complejos económico-sociales regionales que configuran economías, comportamientos sociales y culturales regionales. Estos grandes Complejos (Occidente, Centro, Camagüey, Oriente occidental —Granma, Las Tunas, Holguín— y Oriente —Santiago de Cuba, Guantánamo—) están constituidos por las regiones económicas que, a su vez, están compuestas por las *zonas de especialización productiva*. Estos Complejos económico-sociales regionales van conformando redes interactuadas de zonas productivas especializadas, pueblos, villas, ciudades y ciudades-puerto. Para este estudio importa destacar que en un Complejo regional hay zonas productivas especializadas en productos de

<sup>3</sup> Eduardo Torres-Cuevas: “La sociedad esclavista y sus contradicciones”, en Instituto de Historia de Cuba: *Historia de Cuba. La Colonia*, Editora Política, La Habana, 1994, p. 274.

<sup>4</sup> Ramón de la Sagra: *Historia económico-política y estadística de la Isla de Cuba*, Imprenta de las Viudas de Arazosa y Soler, La Habana, 1831, y loc. cit., no. 2.

exportación —azucareras, cafetaleras, tabacaleras—, zonas especializadas en distintos tipos de ganadería y zonas especializadas para cubrir el mercado interno —las grandes ciudades, villas, pueblos, etc.—. Pero en todos esos Complejos, para su propia estructuración, están presentes las distintas zonas de especialización productiva. En un momento histórico encontramos algunas que presentan el proceso más avanzado y otras, fundamentalmente por razones económicas, más atrasado. Dos aspectos son esenciales en la comprensión de las características de este movimiento económico-social: la desigualdad entre unas regiones y otras es el resultado de su mayor o menor inserción en el comercio de exportación y en la capitalización obtenida en el período anterior o en la época; segundo, la composición racial de cada zona productiva está directamente relacionada con el tipo de producto que desarrolla. La población negra es mayor en las zonas de plantaciones azucareras-cafetaleras; la blanca, en las zonas ganaderas. Por tanto, desde el punto de vista del espacio geográfico, es éste sólo el momento del inicio de su conversión en Complejos económico-sociales regionales, con sus activas redes de comunicación. En 1836, la inauguración del ferrocarril permitió acelerar la conquista territorial. En este mismo sentido, el azúcar y las producciones especializadas iniciaban un proceso de integración económica nacional, rompiendo los estrechos círculos de las oligarquías regionales —no pocas veces en pugna—, en la medida en que se conforma una potente oligarquía nacional, cuyos centros de irradiación son La Habana y Santiago de Cuba.

Otro de los ángulos centrales de este proceso lo constituye el reajuste de las estructuras sociales. Lo primero que destaco es la existencia de una estructura social doble, clasista y estamental. Nunca me he explicado la confusión de algunos autores entre razas y clases. No hay duda de que en esto nos diferenciamos de las sociedades clásicas europeas. El factor racial creó una diferenciación estamental que en este lapso se hizo más recia. En tal sentido, la sociedad estaba dividida en blancos, “libres de color” y esclavos. A su vez, los “libres de color” y esclavos estaban en pardos y morenos o, lo que es igual,

mulatos y negros. Desde el punto de vista clasista, surge con fuerza en esta etapa la burguesía esclavista, desprendimiento de los antiguos hatos, mientras se mantienen los terratenientes fundamentalmente ganaderos. Los diferencia, como veremos más adelante, el tipo de economía y la mentalidad asociada a ella. En particular, adquieren perfiles definidos las clases medias urbanas y un amplio campesinado. La base productiva de esta estructura son los esclavos, campesinos y artesanos de las villas y ciudades.

Pero aquella sociedad tiene otras divisiones que la tipifican. Entre blancos criollos y blancos peninsulares; entre negros criollos y negros africanos. Un elemento peculiar y que resalta con especial interés es respecto al destino de los esclavos. También se ha generalizado la idea de que la sociedad cubana de la época es una sociedad de plantaciones esclavistas y, en consecuencia, de esclavos de barracones. Si bien constituye una sociedad esclavista no es una sociedad de plantaciones; si bien la plantación esclavista resulta el rasgo más destacado de la economía exportadora cubana, ella no concentra mayoritariamente la fuerza productiva del país.

Unos simples datos aclaran la cuestión. En 1841, pleno auge de esclavitud en Cuba, sólo el 22,9 % de los esclavos estaba en plantaciones azucareras, mientras que el 45 % desarrollaba actividades doméstico-urbanas; en pequeñas propiedades campesinas —vegas, sitios, estancias— se encontraba el 18,4 % de ellos. Esto plantea una cuestión vital para la comprensión del proceso de formación de la cubanidad durante el período: no sólo los grandes propietarios tenían esclavos, sino que toda la sociedad estaba implicada con la institución esclavista. Por otra parte, las vías de comunicación e interacción de los esclavos de las villas, ciudades y pequeñas productoras agrarias con el resto de la población resultaban más cotidianas y efectivas. En muchos casos, al interior del hogar. Es, pues, en las ciudades y villas donde se produce más fuertemente el proceso de transculturación. El esclavo de barracón, casi aislado, apenas si pudo romper el cerco azucarero y el celibato forzoso. Su triste suerte, que avergonzó hasta a muchos de sus propios amos, es el ángulo más trágico y humi-

llante de esta historia y de esta época; pero no fue esta parte de los esclavos la que se impuso en el interior de las mentalidades, cultura y espiritualidad de la cubanidad sino los otros, quienes estaban multiculturalmente en activo contacto con el resto de los componentes de la sociedad.<sup>5</sup>

Otro elemento trascendente en la comprensión de que no estamos frente a una sociedad de plantaciones esclavistas al estilo de las Antillas inglesas y francesas, es que el campesinado siempre devino mayoritario con respecto a los esclavos de plantaciones. En 1862 había 365 000 trabajadores en el campo, mientras en los ingenios sólo eran unos 220 000.<sup>6</sup>

He creído necesario precisar ciertos aspectos de los cambios operados en esta época para que puedan distinguirse sus rasgos esenciales. A saber: Cuba no es una sociedad de plantaciones esclavistas —al estilo de las Antillas inglesas y francesas—, sino que su tronco medular es la sociedad criolla en la cual se injerta la esclavitud; el proceso de la producción mercantil (azucarero-cafetalero) contribuye a catalizar la conquista del espacio geográfico, convirtiéndolo en Complejos económico-sociales regionales, proceso que, a lo largo de los siglos XIX y XX, permitirá su configuración al habitat humano cubano; esa misma economía azucarera dará inicio a la formación de una economía nacional en cuyo desarrollo se integrarán las aisladas economías locales y destruirá la antigua fragmentación de la sociedad criolla, acelerando el proceso de formación nacional; el dinámico proceso comercial-productivo también conforma una interacción social que contribuye al desarrollo de una *conciencia patriótica*, centro de la maduración de un pensamiento interno y propio. En esta dirección, el proceso de *formación* nacional se acelera y enriquece en este período. Por el contrario, el de *integración* nacional se retarda y complica al surgir en su seno numerosas paradojas. En tal sentido, la ampliación del contexto étnico —multi-etnia africana, multi-etnia europea— contribuye a la creación de compartimentos estancos sociales; de manera significativa, las rivalidades étnicas —europeas o africanas— desaparecen para dar paso a una diferenciación de mayor rango: la racial. La sociedad se divide no sólo en

clases sino en razas en que el factor étnico queda disuelto en tres grandes conglomerados sociales: blancos, negros y mulatos. Por otra parte, el fuerte racismo y el comprometimiento de toda la sociedad con la institución esclavista no contribuyen al proceso de integración social. Vale la pena recordar que, numéricamente, la esclavitud de plantaciones es menor que la doméstico-patriarcal, por lo que la sociedad está más interactuada con la esclavitud. En esta época, las llamadas clases medias están profundamente comprometidas con la institución esclavista. No obstante, pese a las fuertes regulaciones sociales —aún más fuertes que las legales—, los “prejuicios” y “discriminaciones” ceden con lentitud en las zonas límites de los estamentos estancos. Fundamentalmente en las villas y ciudades, un fuerte artesanado negro y la presencia de la esclavitud doméstica y de los negros y mulatos libres, hacen que se interactúe en lo cultural y social.

Todo este proceso, y es lo esencial, toma como fondo sociocultural —en lo cotidiano y en las mentalidades— las transferencias de la sociedad criolla. En su base, nada estable, pero sólo permutable en aquellos elementos realmente caducos ante la impronta de lo nuevo que resulta una nueva calidad, la cual enriquece el mundo heredado del criollo.

### ► Un necesario paréntesis teórico

Eludo en este trabajo las referencias al proceso económico del período por ser éste el más estudiado.<sup>7</sup> Sólo insistiré en el hecho de que, dentro de la compleja estructuración económico-social referida, la plantación esclavista dinamiza la economía y produce un cambio radical no sólo en la explotación agraria sino también en la mentalidad y en las ideas de los dueños de plantacio-

<sup>5</sup> Estos aspectos los desarrollo en loc. cit., no. 3.

<sup>6</sup> Heinrich Friedlaender: *Historia económica de Cuba*, Jesús Montero editor, La Habana, 1944.

<sup>7</sup> El lector puede profundizar estos procesos económicos en la ya clásica obra de Manuel Moreno Fragnals: *El ingenio. Complejo económico-social cubano del azúcar*, en la importante *Historia económica de Cuba* de Julio Le Riverend y en la más reciente *Historia de Cuba. La colonia* del Instituto de Historia de Cuba.

nes azucareras, antiguos hateros ganaderos. La plantación no constituye un gran latifundio sino una unidad productiva enmarcada entre las 30 y 40 caballerías de tierra; la explotación agraria es intensiva, no como la posesión feudal que mantiene improductivas o con bajos rendimientos una gran parte de sus tierras; su producción y productividad se reputa en *ganancia*, no como el hato ganadero basado en la *renta*; es mono-productora de materia prima y alimentos para la industria y las ciudades emergentes de las metrópolis europeas; su producción es para la exportación, no para el mercado interno, y, por último, su fuerza de trabajo es esclava.<sup>8</sup>

El cambio en la concepción económica implicaba, también, el cambio de mentalidad. Sin embargo, el proceso es profundamente contradictorio y, con ello, las expresiones del pensamiento. Porque la primera paradoja estaba en producir mercancías dentro de una concepción capitalista con fuerza de trabajo esclava; la segunda, en el carácter de esa esclavitud.

En la lógica de los nuevos dueños de plantaciones de la segunda mitad del siglo XVIII estuvo el cambio de la esclavitud doméstico-patriarcal de la sociedad criolla por la intensiva de las plantaciones. La explicación que Carlos Marx da de este proceso resulta importante para su comprensión: “En los estados norteamericanos del sur el trabajo de los negros *conservó cierto carácter patriarcal*, mientras la producción se circunscribía sustancialmente a las *propias necesidades*. Pero, tan pronto como la explotación de algodón [pasó a ser un resorte vital para aquellos estados como ocurrió en Cuba con el azúcar en este período], la explotación intensiva del negro se convirtió en factor de un sistema especulado y especulativo, llegando a darse casos de agotarse en siete años de trabajo la vida del obrero. Ahora, ya no se trata de arrancarle una cierta cantidad de productos útiles. Ahora todo giraba en torno a la producción de plusvalía por la plusvalía misma”.<sup>9</sup> Ampliando el carácter capitalista de la plantación esclavista, continúa: “El precio que se paga por el esclavo no es sino plusvalía o ganancia anticipada o capitalizada que se piensa arrancar de él, del esclavo, *la ganancia*, el trabajo sobrante. Por el contrario *es un capital* que se ha des-

prendido el poseedor del esclavo, en deducción *del capital* de que se puede disponer para la producción real y efectiva (...) El hecho de comprar el esclavo no le pone sin más en condiciones de explotarlo. Para ello necesita *nuevo capital* que invertir en la hacienda o en los negocios explotados por esclavos”.<sup>10</sup> De todo ello, Marx desprende una conclusión lógica: “Allí donde impera *la concepción capitalista*, como ocurre en las plantaciones norteamericanas [y cubanas], toda la *plusvalía* se reputa en *ganancia*; en cambio, donde no existe el régimen capitalista de producción, ni *la mentalidad correspondiente a él transferida desde los países capitalistas*, se le considera *renta*.”<sup>11</sup>

“Concepción capitalista”, “mentalidad correspondiente a él transferida desde los países capitalistas”, he aquí los dos componentes de la burguesía esclavista cubana, de sus bases ideológicas y de su concepción económica reputada en ganancia, no en renta. En la definición del plantador, Marx es categórico: “En la segunda clase de colonias —las plantaciones que fueron desde el momento de su nacimiento especulación comercial, centro de producción para el mercado mundial— existe un *modo de producción capitalista*, aunque sólo sea de un modo formal, puesto que la esclavitud de los negros excluye el libre trabajo asalariado —que es la base sobre la cual descansa la producción capitalista—; son, sin embargo, *capitalistas* los que manejan el negocio de los negros. El sistema de producción introducido por ellos no proviene de la esclavitud sino que se injerta en ella. *En este caso el capitalista y el amo de esclavos son una misma persona*”.<sup>12</sup> Y en otro texto escribe: “El que los dueños de plantaciones en América *no sólo*

<sup>8</sup> Eduardo Torres-Cuevas y Eusebio Reyes: *Esclavitud y sociedad*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986, p. 13.

<sup>9</sup> Carlos Marx: *El capital*, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1956, t. III, p. 680. (El subrayado es mío.)

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 684. (El subrayado es mío.)

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 680. (El subrayado es mío.)

<sup>12</sup> Carlos Marx: *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, Ediciones Venceremos, La Habana, 1965, vol. I, p. 469. (El subrayado es mío.)

los llamemos ahora capitalistas, sino que lo sean, se basa en el hecho de que ellos existen como anomalía dentro de un mercado mundial basado en el trabajo libre”.<sup>13</sup>

La amplitud de citas la he hecho para que pueda entenderse mejor la transformación operada en la época: primero, a la esclavitud patriarcal de la sociedad criolla se une la esclavitud de plantaciones que reputa ganancia, no renta, que es intensiva y que responde a un cálculo económico, a un capital que se invierte —esta última marca el proceso más dinámico desde el punto de vista económico, mientras que la primera incrementa su presencia social—; segundo, la utilización de esclavos es una *anomalía* en el mercado de fuerza de trabajo, dado que en América, a diferencia de Europa, escasea la fuerza de trabajo y sobra la tierra virgen; tercero, el plantador es el único caso en que el capitalista y el amo de esclavos constituyen una misma persona, por lo que, con justo título, podemos llamar a esa clase “burguesía esclavista”; cuarto, su mentalidad y su pensamiento se corresponden con la mentalidad y el pensamiento “transferido a él” desde los centros generadores de la transformación capitalista.

Algunos autores le han negado el carácter de burguesía a esta clase. Se observa, incluso, la tendencia contemporánea a sólo considerar como tal a la burguesía industrial-bancaria o financiera-monopólica de las sociedades modernas. Esta tendencia es suprahistórica y niega una evolución de siglos. Resulta rigurosamente necesario definir a qué tipo de burguesía nos referimos y de qué tiempo histórico hablamos. No creo ocioso recordar que este concepto surgió en la Edad Media europea con el desarrollo de los burgos en las nacientes ciudades; que, según Marx, ese Medioevo dejó como herencia a la *burguesía usurero-mercantil*; que a partir del siglo XVI se desarrolla la *burguesía comercial*, la cual estableció el comercio mundial y supeditó a sus leyes a la aún débil *burguesía manufacturera*; que en los inicios del XIX surge la *burguesía industrial*, mientras en los finales del mismo siglo aparecen las *burguesías financieras y monopolíticas*. Tampoco creo innecesario recordar que la existencia de una burguesía —o del burgués, no

siempre gentilhomme— no significa la existencia de un sistema capitalista. En muchos casos le costó siglos y fuertes revoluciones su ascenso al poder, la implantación de sus estructuras y la instauración del modo de producción capitalista.

El surgimiento de la burguesía esclavista como clase hegemónica implicó el desarrollo de un proyecto económico-social e ideológico el cual lleva implícito su propia contradicción. Burgueses a medias; a medias definen las cosas. Porque no son lo que quieren ser, plenamente capitalistas, y son lo que no quieren ser, esclavistas. Y esa rémora que los ata es la propia esclavitud que los convierte, a su vez, en esclavos de sus esclavos. Por ello, su concepción de la institución esclavista deviene sólo temporal en la medida en que surja el ejército de desocupados, base para el desarrollo del proletariado y ampliación de la fuerza de trabajo campesina. El proceso se caracteriza por querer lograr una sociedad capitalista por vías totalmente anómalas; en consecuencia, su ideología será, también, anómala. Por ello, lo importante es no ver esta etapa histórica encerrada en sí misma sino, por el contrario, como parte de un proceso. En otro sentido, debe tenerse claro que una cosa es el proyecto y otra, la realidad; una es la intención y otra, los resultados.

Pero esta clase tiene en común con la burguesía europea el hecho de constituir una élite económica, social, política y cultural. Asume el pensamiento universal epocal como base y referente del suyo. Su carácter corporativo no resulta diferente al de la burguesía inglesa o francesa de la época que plasma en sus constituciones los límites de la “igualdad” y de la “libertad”... y, sobre todo, deja implícito cuál es el contenido de su concepto de pueblo. Desde el punto de vista político, pueblo es sólo la burguesía; lo otro, la *masa* informe, inculta, sin rostro —los *sans-culottes*—, constituía un pesado lastre sin derechos. Desde el punto de vista cultural, la ilustración es sólo patrimonio de una minoría de hombres cultos. El hecho de que sea la burgue-

<sup>13</sup> Carlos Marx: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador)*. 1857-1858, Siglo XXI, México, 1971, vol. I, p. 476. (El subrayado es mío.)

sía esclavista y sus acólitos los productores intelectuales de la época y que en sus obras y escritos plasmen sólo sus intereses y visiones, constituye, también, una etapa real e histórica de nuestra evolución. Y, como las burguesías europeas, proyectan esas ideas y esas aspiraciones como las ideas y aspiraciones “del pueblo”.

La otra cara de la medalla, la que ocultan, era la de las calles sucias y estrechas de las ciudades y villas, y la de los campos incorporados a la producción. En todas partes se producía un activo proceso de transculturación y sincretización de los diversos componentes humanos del otro pueblo, del verdadero y mayoritario, del que empezaba a conformar una cultura cotidiana, la cual interactuaba por medio de una red de comunicaciones sociales. Si las características del período son retardatarias del proceso de *integración nacional*, la época coadyuva al desarrollo del proceso ideológico de formación de una *conciencia* del indefinido sentimiento del criollo. Si miramos la sociedad de la época, sólo resalta su profunda división; pero si vamos a su dinámica interna, en ella se están conformando los elementos sociales y culturales que le servirán de enterradores. Sobre las cenizas de la sociedad esclavista, el pueblo cubano surgirá con fuerzas; de las entrañas del monstruo emergerá la radiante estrella solitaria.

### ► **La racionalidad del sentimiento; el sentimiento de la Razón**

Dos momentos importantes, desde el punto de vista del desarrollo de una conciencia propia, presenta el siglo XVIII. El primero cuando, ya pasada su primera mitad, se producen en el país las primeras obras de autores criollos que tienen como centro y objetivo la historia del país. Sin mencionar las que se han perdido —pero que consta que se escribieron— contamos con esos tres grandes monumentos que son *Historia de la Isla y Catedral de Cuba*, aunque incompleta, de Pedro Agustín Morell de Santa Cruz y Lora, *Llave del Nuevo Mundo*. *Antemural de las Indias Occidentales* de José Martín Félix de Arrate y *Descripción de la isla de Cuba* de Nicolás Joseph de Rivera. No haré aquí las observaciones que acerca de ellos he hecho en otros escritos. Sólo indica-

ré que esas obras históricas responden a la conciencia de la necesidad del criollo de reconocer sus raíces o, dicho de otra forma, a la conciencia de una evolución que permitía definir el hecho de la existencia de un pueblo “que era diferente”, porque había tenido un escenario común a la colectividad que lo compone y que había creado su propia sociedad. Sin embargo, existía una diferencia notable entre la obra de Morell y la de Arrate. Este último veía esa historia como la de la oligarquía habanera; el primero, como la del pueblo humilde. Siempre me ha parecido “misteriosa” —sospechosa— la forma en que se “perdió” la parte final de la obra de Morell. No creo casual que sea justamente la del siglo XVIII, la etapa que Morell vivió. El obispo había participado en los más importantes conflictos sociales y políticos del período: la sublevación de los vegueros en la Habana, la de los obreros en Oriente, la defensa de Santiago de Cuba contra los ingleses y la toma de La Habana por los “casacas rojas”. Si se tienen en cuenta las opiniones de Morell en otros escritos sobre estos acontecimientos, puede pensarse que pudo ser la parte desaparecida la más crítica hacia la oligarquía, el poder colonial y, en general, hacia la falta de adecentación de la sociedad. El libro de Arrate es todo lo contrario. Exalta la brillantez de La Habana, la tercera ciudad del Nuevo Mundo, y de la oligarquía habanera y sus grandes hombres. Desde entonces hubo dos modos de ver la historia de Cuba, dos conceptos de pueblo y dos aspiraciones diferentes sobre el destino del país: la de la oligarquía y la del resto del país.

El segundo momento importante se inicia en 1790 con la creación del *Papel Periódico de La Habana*, en cuya redacción intervienen las figuras más ilustres y cultas de la sociedad habanera. El proceso de creación de una comunidad intelectual se reafirma con la fundación de la Sociedad Económica de Amigos del País. He llamado a este quehacer intelectual y político la Ilustración Reformista Cubana o la Generación del 92. Resulta, desde el punto de vista intelectual, el primer movimiento de pensamiento que, coherentemente, se expresa en la historia cubana. Sus bases esenciales son dos: la Historia y la Filosofía; la conciencia de sus raíces y de su pasado,

plasmada en las obras de la generación anterior (Morell y Arrate), y la Razón que permite estructurar el nuevo pensamiento.

Lo que asienta esta etapa es que el instrumental teórico de la Ilustración posibilitó hacer racional el sentimiento indefinido del criollo: el desarrollo de una autoconciencia de sí. Y esta autoconciencia los llevó a la creación de un proyecto propio de desarrollo expresado por Francisco de Arango y Parreño, en 1792, en su *Discurso sobre la Agricultura en la Habana y medios de fomentarla*, que estuvo acompañado de un proyecto de pensamiento propio expuesto por el padre José Agustín Caballero en su obra *Filosofía electiva*. Como he insistido en otras partes, la filosofía electiva no es una ontología sino una epistemología. Más exactamente, una “actitud hacia el conocimiento” de sí mismo; es decir, una orientación teórica para poder estudiar y comprender la realidad cubana. Se trataba de no adoptar sistema teórico o filosófico alguno sino de tomar de todos sin —para usar las palabras de Félix Varela— “adherirse con pertinacia a ninguno”. Lo importante de la posición *electiva* era que las directrices del pensamiento estaban condicionadas por la realidad, la que servía de orientación a la elección. Por estas razones, lo *electivo* implicaba la creación *consciente* tanto de una ciencia como de una conciencia cubanas. Lo metafísico no tenía espacio. Su terreno lo ocupaba victoriosa y potente la teología: la fe para las cosas divinas y la filosofía o la Razón para entender la naturaleza física y social cubana.

En el proceso de reajuste social, económico e ideológico, la Razón no sólo sirvió para sentar las bases de la conciencia patriótica sino, también, para hacer más racional la explotación de esclavos, campesinos y trabajadores, al introducir el cálculo económico moderno.

En lo referente al problema de la formación de la conciencia la hemos apellidado patriótica. Ello se debe a dos circunstancias. La primera es que el concepto empleado por la sociedad criolla desde el XVII para designar la región en que se nace y se forman hábitos, tradiciones, mentalidades, etc., es el de *patria*. La *Patria del Criollo* le permite identificarse al interior del imperio español. La segunda, una vez en crisis el Antiguo Ré-

gimen, los liberales que elaboran las constituciones españolas del siglo XIX utilizaron el concepto de *nación española*. De ello surgió el concepto colonialista de “integridad nacional”. El concepto de *patria* reafirmó la unidad interna de los criollos y la diferenciación con la dirección política de los integristas. Por ello, en todos los autores cubanos de orientación interna, con independencia de sus intereses o colocación social, se usó el concepto de *patria*. Por último, lo más significativo del período es el proceso de cambio de contenido del concepto. De la idea de *patria local* o *patria región* se comenzó a pasar al concepto de *patria nación*; es decir, de la patria grande. De este modo dejó, poco a poco, de usarse el término regionalista —habanero, bayamés, cubano (por ser natural de Santiago de Cuba, no de la Isla)— por el más genérico de *cubanos*. Al final del período, la *patria* era la patria cubana por encima de todo tipo de regionalismos.

En otro aspecto, la Ilustración Reformista Cubana produjo una ruptura con las concepciones de la sociedad criolla anterior. El uso de la Razón le posibilitó superar el lenguaje mítico-religioso de la Escolástica e introducir toda una concepción laica —en lo que respecta a la sociedad y a la cultura— y, a la vez, abrir el campo a los métodos experimentales y a las nuevas ciencias en el estudio de la naturaleza física cubana. En realidad, es sólo el inicio. La concepción de la sociedad laica irá ganando terreno a todo lo largo y ancho del XIX. En otro sentido, la visión laica despojará del pesado ropaje medieval a la sociedad cubana en evolución.

En general, en lo económico, en lo social, en la formación cultural, en las reestructuraciones mentales y en las manifestaciones ideológicas, el proceso aceleró la evolución del pueblo y la nación cubanos. Un largo camino quedaba por recorrer; no exento de graves peligros para el destino común de “los cubanos”.

# Una en alma e intento. Identidad y unidad latinoamericanas en José

**Martí** **Pedro Pablo Rodríguez** Historiador y ensayista, vicedirector del Centro de Estudios Martianos, estudia aspectos esenciales de la evolución del **pensamiento martiano** en su nexos con las vivencias y reflexiones que nos acercan, una vez más, a su **excepcional** personalidad, quien “aspiró a la redención humana con una guerra de liberación nacional, cuyos amores fueron Cuba y nuestra América, que hizo de la **dignidad** y el sentido de sacrificio su manera de obrar en la vida”. La **vigencia** de su **ideario** se plantea en “los momentos básicos del complejo proceso de su pensamiento acerca de la **nueva cultura** apropiada para que **nuestra América** avance por el desarrollo pleno de su **identidad e intereses**”. ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ●

**E**l centenario de la muerte en combate de José Martí, el 19 de mayo de 1995, es ocasión propicia para pasar revista a sus ideas; en particular, a aquellas relativas a esta parte del mundo que él denominó Nuestra América —verdadero cuerpo temático principal de su pensamiento—; sobre todo, en este fin de siglo que, de hecho, está abriendo una época, y en la cual, según parecen indicar los grandes intereses dominantes en la actualidad, a nuestro continente y a nuestros pueblos se les continúa induciendo a mantener una posición subordinada y ajena.

Por eso, dentro de la indudable tradición que se ha ido conformando durante estos cien años transcurridos desde su caída combatiendo el colonialismo español, la asimilación del ideario martiano —cuya lectura ha de responder a los requerimientos de hoy— ha de ser parte constitutiva tanto del nuevo pensamiento, como de la nueva acción liberadora y en pro del real desarrollo propio de América Latina.

Durante el decenio final del pasado siglo tuvo lugar una de las aventuras más extraordinarias de la historia contemporánea, no contada, por

cierto, por novelista o cineasta alguno. Un hombre nacido en una de las últimas colonias de España en el Nuevo Mundo se dedicó en cuerpo y alma a tratar de subvertir los cauces por donde comenzaban a transitar entonces, en el mismo tren, la historia de su Isla, de América y del mundo.

Aquel cubano nervioso y sensitivo, de elocuencia torrencial en la palabra oral y en la escrita, de ropas gastadas y zapatos rotos, se trazó —consciente y explícitamente— el propósito de impedir la expansión territorial y económica de Estados Unidos hacia el sur del continente, a través de las Antillas como el primer y necesario escalón de su recorrido dominador. Lo animaba el afán, escribió, de “salvar la independencia amenazada de las Antillas libres, la independencia amenazada de la América libre y la dignidad de la república norteamericana”.<sup>1</sup>

Semejantes propósitos no pueden ser reducidos a la esfera de la geopolítica o de las relaciones internacionales de aquellos tiempos. Sin desconocer tal ángulo —destacadamente acentuado por él mismo—, aquel poeta y periodista bien conocido por sus escritos entre la minoría ilustrada de la Hispanoamérica de la época, diseñó una compleja estrategia de liberación nacional para Cuba y el continente; a partir, por un lado, del análisis y la crítica del modelo de la república liberal hispanoamericana, y, por otro, de su comprensión de que el desarrollo industrial en transformación hacia el monopolio en Estados Unidos minaba los fundamentos democráticos de esa nación y la impulsaba por la ruta del imperialismo moderno.

Fue Martí, pues, singular personalidad que aspiró a la redención humana con una guerra de liberación nacional, cuyos amores fueron Cuba y nuestra América, que hizo de la dignidad y el sentido de sacrificio su manera de obrar en la vida, que se propuso, en fin —nada más y nada menos—, que alterar el curso de la historia contemporánea, de nuestra propia historia.

Por eso hoy, a cien años de sus acciones para implementar esa contienda de libertad para sus dos islas —Cuba y Puerto Rico— y para el hombre; cuando cada vez más se cobra conciencia de que el destino humano sobre el planeta sólo

será posible mediante relaciones no destructoras del propio hombre y de su entorno físico. Es decir, cuando se va comprendiendo que requerimos de una cultura nueva, José Martí alcanza la dimensión universal que le corresponde y necesitamos.

A los fundamentos de esa vigencia creciente se dedican estas reflexiones, en las cuales, siguiendo los hitos esenciales de su biografía, se diseñan los momentos básicos del complejo proceso de su pensamiento acerca de la nueva cultura apropiada para que nuestra América avance por el desarrollo pleno de su identidad e intereses.

## ► 1

Lo primero que ha de recordarse es el ámbito cubano en que nació, el 28 de enero de 1853, y se formó inicialmente aquel precoz intelectual y patriota.

Su isla de esclavos y azúcar para el mercado capitalista vivía la fase de estancamiento y degradación del sistema plantador, atenuado por el alza de precios de los esclavos, la indeclinable tendencia a la baja del valor del azúcar por causa del abaratamiento de su costo, al industrializarse su producción en relación con la remolacha europea, y la despiadada expoliación de la monarquía y la burguesía españolas, acostumbradas a extraer altos dividendos por los elevados impuestos y el obligado intercambio comercial con la Metrópoli.

La crisis del sistema productivo y de su correspondiente organización social —la esclavitud— estalló el 10 de octubre de 1868, cuando los hacendados de las regiones orientales se pusieron a la cabeza de una formidable insurrección que se basó en diversas clases y capas sociales, y que pretendía constituir un Estado propio, independiente, y abolir la esclavitud. De este modo, la conciencia social cubana de la época enfocó la solución de la aguda crisis estructural en los términos de abrir camino jurídico y estatal a una

---

<sup>1</sup> José Martí: *Obras completas*, 27 tomos, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963-1965, “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano”, t. 3, p. 143. (En lo adelante, *O. c.*, tomo y página.)

nación que, al menos desde los inicios de aquel siglo, se había ido autorreconociendo como una identidad en el plano de la cultura y de las ideas.

Si a finales del siglo XVIII los nativos de la Isla aún se llamaron *criollos* —es decir, gente de la tierra— o apelaron a la identificación regional —habaneros, bayameses—, ya en la década del 20 del pasado siglo, el gentilicio *cubano* ocupó ese lugar. Así, al menos tres generaciones sucesivas no vacilaron, desde fines de la Ilustración hasta los epígonos del romanticismo, en identificarse como *cubanas*, a pesar de la continua migración española hacia la Isla, de los sucesivos arribos desde las posesiones americanas perdidas por los europeos (Haití y Santo Domingo, la Florida y la Luisiana, Sudamérica), de los cientos de miles de africanos devorados al ritmo que imponía la máquina de vapor al trapiche del ingenio, y del crecimiento económico y la expansión territorial de las antiguas Trece Colonias de la América del Norte, vistas crecientemente como el modelo de organización política y social, y cuya interrelación comercial con la Isla provocó una sostenida —y a veces fuerte— tendencia a la anexión.

Los naturales del país se reconocieron entre sí como *cubanos*, a pesar de las diferencias de clases y de castas según el color de la piel, que marcaron a la sociedad toda con conductas y prejuicios racistas, y que condujeron en el terreno literario a un movimiento de insólita ideología, como el siboneyismo, el cual pretendió fijar la autoctonía en nuestros aborígenes, en la práctica ya extinguidos físicamente, para no admitir en esa identidad ni a los africanos ni —sobre todo— a los cubanos negros y mulatos, quienes sí daban un sustancial aporte a la cultura nacional en formación por mil vías de hábitos y costumbres, de muy destacada manera en el terreno de la música, las artesanías y el habla coloquial.

## ► 2

José Martí, hijo de españoles migrantes —valenciano y canaria; de militar devenido funcionario de orden público que terminó sus días como sastre, y de ama de casa cuya costura junto a las de sus hijas aseguraba frecuentemente la subsistencia familiar—, recibió la cubanía por

dos vías esenciales: la escuela —como se ha dicho siempre— y la calle, ese ambiente popular, bullanguero y abierto a todas las marinerías de esta ciudad y puerto que era La Habana, llena de coches, carretas y viandantes, por donde anduvo Martí desde niño para aportar con su trabajo al escaso peculio familiar.

La enseñanza escolarizada le abrió las puertas de los hogares y la cultura de la clase media cubana de entonces: maestros y profesores, funcionarios y empleados, médicos y abogados que, asegurando casi siempre el sustento por esas vías, hicieron del periodismo, el ejercicio literario y el debate político el verdadero sentido de sus vidas, a la vez que mantenían estrechas relaciones con los dueños de ingenios y almacenes a partir de aquellos intereses profesionales, políticos y artísticos.

La doctrina liberal en política y economía, y el romanticismo en lo artístico, constituyeron el mundo cultural en que introdujeron a Martí sus condiscípulos y maestros. La abolición de la esclavitud, la independencia de España y una república democrática —cuya imagen más aceptada era la estable y próspera república norteamericana— devinieron los propósitos de aquellos cubanos, que desde mediados de siglo y durante los años 60 supieron aprovechar su privilegiada posición como fundadores de conciencia —en el aula y en la prensa—, para expandir sus ideas entre una generación que nació ahogada por la crisis económica y social y el feroz despotismo autoritario de los capitanes generales de España.

La poesía, la escena y el periódico se adueñaron y aguijonearon la sensibilidad artística de aquel adolescente que aprendió a soñar con Cuba libre. Por eso no puede extrañarnos su rápida maduración al comenzar la guerra en 1868 y tener que cumplir seis meses de trabajos forzados en las canteras de La Habana simplemente por sostener sus convicciones independentistas.

Su maestro, Rafael María de Mendive, también poeta y periodista, lo instaló en su bien nutrida biblioteca de clásicos de la Antigüedad y españoles, y de autores modernos; lo puso en contacto con los debates literarios y políticos en que se movía y robusteció sus sólidos principios morales adquiridos en el hogar.

En la escuela de Mendive conoció a los hermanos Valdés Domínguez, acomodados hijos de un antiguo canónigo guatemalteco, en cuya biblioteca Martí devoró mucha literatura centroamericana y mexicana de los tiempos coloniales y republicanos. Y Mendive lo condujo a las tertulias de Nicolás Azcárate, figura prominente del foro y del grupo de los reformistas habaneros que ponían esperanzas en la introducción, por el gobierno colonial, de los dictámenes liberales para Cuba, y hasta en la autonomía de la Isla.

Como aquellos hombres y algunos de sus jóvenes amigos, el adolescente Martí se mantuvo al tanto del desastre español con la anexión de Santo Domingo, de la victoria de los liberales mexicanos frente al imperio de Maximiliano, y del triunfo del Norte abolicionista sobre el Sur esclavista en Estados Unidos. Liberalismo político y republicanismo, progreso técnico y científico, así como abolición de la esclavitud, resultaron temas principales de las ideas que se movían en torno de aquel jovencito que a los 12 años pretendió traducir el *Hamlet* de Shakespeare, y que a los 13 guardó luto por la muerte de Abraham Lincoln.

### ► 3

Cuando llegó desterrado a Madrid, a los 18 años, era ya todo un adulto, de firme vocación patriótica, de pluma en ristre y de rima fácil y segura. Lo que vivió del convulso “sexenio septembrino” y de una cultura peninsular que intentaba transitar por entonces hacia la modernidad, frenada por el clericalismo y el tradicionalismo monárquico y aldeano, fueron elementos asumidos por él con el mismo sentido electivo que había asimilado de la tradición cultural cubana iniciada por los sacerdotes José Agustín Caballero y Félix Varela.

La minoritaria corriente nacional del pensamiento cristiano en Cuba —donde imperó siempre la doctrina oficial católica, vaticana, monárquica, antiliberal y antirrepublicana— enriqueció la conciencia nacional al aportarle un método cognoscitivo que preconizaba la elección de lo más apropiado entre lo ofrecido por el pensamiento de la época. Por eso, el cristianismo laico de Luz y Caballero —fallecido cuando Martí tenía 10 años— fundó una verdadera escuela de

pensamiento, asentada en la pedagogía y las ciencias modernas, basada en que su filosofía eran todas y ninguna filosofía al mismo tiempo, y en la cual se formó la generación intelectual predecesora de Martí, bajo los preceptos del deber y el sacrificio para alcanzar el bien.

Ese espíritu de ética cristiana y de aspiración a conformar un pensamiento propio, se distinguía de la corriente liberal cubana, la cual justificó la esclavitud y la dominación colonial reformada, mientras ambas reportasen beneficios económicos, y que partió del típico humanismo abstracto burgués para aspirar —con la mejor de las intenciones, sin dudas, pero sin un sentido claro de lo propio— a que la nación cubana se constituyese a imagen y semejanza de sus paradigmas europeos y norteamericanos.

Entre esas dos corrientes no asumidas necesariamente como antitéticas, pero con obvias diferencias al afrontar la identidad nacional, navegó Martí. Con los fundamentos de servicio de la ética cristiana y con la preocupación por incorporar lo mejor para lo propio, de un lado, y con firme apego al sistema republicano, a la democracia electoral y al respeto a los derechos del hombre, del otro, cursó Martí sus estudios universitarios de Derecho, y de Filosofía y Letras en España.

Su juventud en la Península no fue un período de incorporación servil a su pensamiento, sino de asimilación analítica, creadora y electiva de cuanto elemento le brindaban la universidad y la propia sociedad en su conjunto, y que a su juicio podía serle útil para entender y resolver los problemas de su patria. Más que un krausista en filosofía —como se le ha calificado a veces—, asimiló de esta escuela entonces en boga lo compatible con su ya establecida ética del deber y del servicio.<sup>2</sup> Por eso, más que un saludo alborozado a la primera república española, a los pocos días de su instalación, en 1873, la con-

<sup>2</sup> La apreciación acerca de la confluencia de las ideas originales de Martí con algunas del krausismo, ha ido tomando cuerpo en los últimos acercamientos al tema, que niegan una relación de influencia a secas o de mera receptividad acrítica del krausismo por Martí. Ver Adriana Arpini y Liliana Giorgis: “La presencia del krausismo en Hostos y Martí”, en *Boletín de Historia*, (continúa)

minó a admitir la república por la que se combatía en los campos de Cuba, so pena de traicionar en la propia Metrópoli sus fundamentos liberales —como en efecto ocurrió— por mantenerse en una posición colonialista y dominadora.<sup>3</sup> Y por ello, finalmente, en un cuaderno de apuntes de aquellos días españoles escribió lo siguiente: “Los norteamericanos posponen a la utilidad el sentimiento.—Nosotros posponemos al sentimiento la utilidad.

”Y si hay esta diferencia de organización, de vida, de ser, si ellos vendían mientras nosotros llorábamos, si nosotros reemplazamos su cabeza fría y calculadora por nuestra cabeza imaginativa, y su corazón de algodón y de buques por un corazón tan especial, tan sensible, tan nuevo que sólo puede llamarse corazón cubano, ¿cómo queréis que nosotros nos legislemos por las leyes con que ellos se legislan?

”Imitemos. ¡No!—Copiemos. ¡No!—Es bueno, nos dicen. Es americano, decimos.— Creemos, porque tenemos necesidad de crear. Nuestra vida no se asemeja a la suya, ni debe en muchos puntos asemejarse. La sensibilidad entre nosotros es muy vehemente. La inteligencia es menos positiva, las costumbres son más puras. ¿Cómo con leyes iguales vamos a regir a dos pueblos diferentes?

“Las leyes americanas han dado al Norte alto grado de prosperidad, y lo han elevado también

al más alto grado de corrupción. Lo han metalificado para hacerlo próspero. ¡Maldita sea la prosperidad a tanta costa!”<sup>4</sup>

La cita es extensa, pero necesaria para que pueda apreciarse cómo desde su conceptuosa adolescencia Martí rechazaba el mercantilismo de la sociedad estadounidense y, sobre todo, cómo afirmaba ya la diferencia de identidad entre ambas partes del Nuevo Mundo, y se oponía a la imitación, a la copia de allá hacia acá. Su pregunta explícita bien su criterio: “¿cómo con leyes iguales vamos a regir a dos pueblos diferentes?”

Las diferencias —es evidente— las veía entonces en rasgos espirituales: el Norte, frío, calculador, negociante, metalificado y corrupto; el Sur, imaginativo y sensible hasta la vehemencia. Su juicio se fundamenta en lo ético (el Sur es más puro, nos dice), de un modo tan decisivo, que vimos termina, inclusive, maldiciendo la prosperidad a costa de la metalificación. Pero ese fondo moral se acompaña, además, de la aspiración intensa a lo genuino, a la voluntad de crear, de ser original en función de lo propio a la hora de preparar las leyes, de ordenar el cuerpo social americano. Luego, esta referencia repetida a la necesidad de leyes propias, nos indica la temprana preocupación martiana por la organización de los Estados y los pueblos latinoamericanos, considerando sus rasgos espirituales particulares. ¿No estamos, pues, en presencia de un marcado y precoz interés por señalar la especificidad continental?

#### ► 4

Con 22 años cumplidos arribó Martí a la ciudad de México, en febrero de 1875. Su sensibilidad estética se había ampliado en la Península con el disfrute de la pintura y la música; durante unos días en París conoció a personalidades de relieve como Víctor Hugo y la actriz Sara Bernhardt; vio las chimeneas de las fábricas en que se ahogaban los obreros ingleses en Southampton y Liverpool; y pasó por vez primera por Nueva York, émula ya de la Europa industrial. Pero, sobre todo, se empapó de la naturaleza americana: hizo escala en La Habana y pudo observar su ciudad natal desde el barco, y en dos días el ferrocarril lo elevó de Veracruz a

---

(viene de la pag. anterior)

Fundación para el Estudio del Pensamiento Argentino e Iberoamericano (FEPAI), Buenos Aires, año 8, no. 16, 2do. semestre, 1990. Las autoras plantean que en ambos antillanos: “Su preferencia por los temas del krausismo no responde al hecho de haber adoptado un modelo filosófico acabado, sino a la necesidad de romper con una tradición especulativa que venía a justificar y mantener el esquema de la dominación” (p. 5). Ver también Mercedes Serna: “Algunas dilucidaciones sobre el krausismo en José Martí”, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, no. 521, Madrid, noviembre de 1993, pp. 137-145. Esta autora señala: “No se puede hablar de una influencia radical del krausismo sobre el escritor cubano, pero sí de ciertas afinidades que se plasman a través de diversos criterios pedagógicos, religiosos, filosóficos y artísticos” (p. 137).

<sup>3</sup> O. c., t. 1, p. 89.

<sup>4</sup> O. c., t. 21, pp. 15-16.

México, de la baja costa del golfo a la meseta del Anáhuac: la veloz máquina símbolo de la modernidad le hizo atravesar variados climas, floras, faunas, relieves, y, de golpe, le permitió transitar por la historia viva del caserío indio prehispánico a la capital de construcciones coloniales y republicanas edificadas encima de las imponentes ruinas indias.

A las pocas semanas es figura destacada en México. El escritor-periodista florece con toda rapidez en medio de una intelectualidad que lo acoge con cálida simpatía por ser un patriota republicano desterrado, y le cede un puesto en la obra ciclópea en que se halla empeñada: rematar la transformación de la Reforma Liberal comenzada por Juárez y asegurada por la epopeya de mantener la independencia frente al imperio conservador de corte y sostén europeo. Se aspiraba a desarrollar la economía mediante las máquinas y el comercio, a ilustrar al indio e incorporarlo a la nación liberal, a entrar, por fin, en las anchas vías del progreso decimonónico: industria, capitalismo, activo comercio, libertades individuales.

De entonces data la expresión de su concepto de identidad latinoamericana, notable para su época por su originalidad, sentido de la autoctonía y progresión hacia el futuro, y que constituyó la clave metodológica y teórica que explica el programa revolucionario y la acción martianos durante los años finales de su vida. Con lenguaje peculiar, no ajeno a las fuentes clásicas e iluministas en que había bebido básicamente hasta entonces, el joven Martí planteó tres ideas esenciales.

- América Latina está formada por pueblos nuevos.
- Existe una naturaleza particular americana; es decir, rasgos espirituales, de psicología social, propios y peculiares.
- Las particularidades y especificidades americanas exigen análisis y soluciones propias.

Es cierto, por una parte, que esas ideas aparecen expuestas en trabajos de muy diversa temática y no en una reflexión particular acerca del problema de la identidad. Pero la reiteración

repetida de tales puntos a lo largo de sus escritos de 1875 y 1876, indica que esos asuntos eran ya preocupación central de su pensamiento. Y, por otra, aunque todavía no pudiera expresar mediante el análisis detenido ni el concepto sintetizador la riqueza y hondura del problema que estaba comenzando a asir, sus palabras muestran que ya él buscaba esa identidad más allá de la cercanía geográfica o de la comunidad lingüística, como entonces hacían algunos, y que el reconocimiento de la autoctonía de nuestros pueblos era punto nodal de su interpretación.

Ese sentido de la autoctonía, explícito en tales escritos, lo impulsó a aconsejar a sus lectores la siguiente fórmula, que repitió con ligeras variantes en más de uno de sus textos para la *Revista Universal*: “A conflictos propios, soluciones propias”.<sup>5</sup> O “A propia historia, soluciones propias. A vida nuestra, leyes nuestras”.<sup>6</sup> Esta idea —que se inserta en el hilo conductor que ya vimos en las frases citadas de su cuaderno de España—, la escribió en México lo mismo al referirse críticamente a la dependencia minera de la economía mexicana, que al tratar el tema obrero, o al llamar a la creación de un teatro nacional.

Y, por cierto, obsérvese a continuación, en sus propias palabras, el papel que asignaba a la creación artística para la propia definición de esa identidad americana: “México tiene su vida; tenga su teatro. Y toda nación debe tener un carácter propio y especial; ¿hay vida nacional sin literatura propia? ¿Hay vida para los ingenios patrios en una escena ocupada siempre por débiles o repugnantes creaciones extranjeras? ¿Por qué en la tierra nueva americana se ha de vivir la vieja vida europea?”<sup>7</sup>

No es casual que en 1875, allá en México, Martí empleara por vez primera la frase *nuestra América*, cuando escribió: “Si Europa fuera el cerebro, nuestra América sería el corazón”.<sup>8</sup>

El cubano trataba de este modo de identificar a su América mediante el contraste y, de cierto

<sup>5</sup> O. c., t. 6, p. 334.

<sup>6</sup> O. c., t. 6, p. 312.

<sup>7</sup> O. c., t. 6, p. 227.

<sup>8</sup> O. c., t. 6, p. 423.

modo, hasta mediante la contraposición con Europa, tal y como vimos había hecho respecto a Estados Unidos en los apuntes de España. Por consiguiente, no caben dudas de que desde un principio Martí se siente obligado a trazar la identidad continental mediante la comparación y la diferenciación, procedimientos por los cuales justamente relaciona la región latinoamericana con aquellas que habían sido o continuaban siendo modelos —y dominadores coloniales directos o controladores de sus recursos económicos— para nuestras tierras. Es evidente la intención liberadora —y descolonizadora— en el proceso de aprehensión del tema de la identidad por Martí.

La comparación entre Europa y nuestra América que hace en México también identifica su región —como hizo en los apuntes de España— con los sentimientos y con la afectividad, al metaforizar a ésta con el corazón. En la cita anterior todavía resulta imprecisa la base de la identidad latinoamericana; podría hasta decirse que falta concreción en ese juicio, y, de no haberse convertido la frase *nuestra América* en todo un concepto dentro de su pensamiento —como se verá más adelante—, podría entenderse ésta como un mero recurso literario.

Quizá lo fue en aquel momento y con seguridad no hubo una plena conciencia de su parte al escribirla, como tendría unos años más adelante; pero los elementos señalados permiten entender que Martí pasaba entonces por un momento importante de aprehensión del problema de la identidad continental, al extremo de que no parece exagerado afirmar que éste era ya uno de los temas de sus escritos. Por eso no puedo dejar de sospechar que sus amigos mexicanos, quienes ya comenzaban a recibir la influencia del positivismo, se sintieran alguna vez inquietos o extrañados ante aquel cubano que defendía al gobierno liberal en el poder, pero que ponía reparos al criterio universalista del progreso modernizador sostenido por tantos de ellos, al oponerse a la aceptación de sus modelos sociales europeo y norteamericano.

En resumen, esta residencia de Martí en México, desde el 8 de febrero de 1875 hasta el 2 de enero de 1877, puede ser calificada como el

momento de su encuentro con la autoctonía americana.

## ► 5

La definición martiana de autoctonía continental alcanzó una fundamentación sociológica, histórica y cultural en uno de sus textos de Guatemala. En la nación centroamericana publicó en 1877 un artículo titulado “Los códigos nuevos”, en el cual dejó plenamente esclarecido un concepto de identidad verdaderamente revolucionario para su tiempo: “Interrumpida por la conquista la obra natural y majestuosa de la civilización americana, se creó con el advenimiento de los europeos un pueblo extraño, no español porque la savia nueva rechaza el cuerpo viejo; no indígena, porque se ha sufrido la injerencia de una civilización devastadora, dos palabras que, siendo un antagonismo, constituyen un proceso: se creó un pueblo mestizo en la forma, que con la reconquista de su libertad, desenvuelve y restaura su alma propia”.<sup>9</sup>

La importancia de este análisis rebasa con creces su tiempo, y habría que esperar hasta bien entrado nuestro siglo xx para que tomase carta de naturaleza esta idea de entender nuestros pueblos como resultado de la fusión —antagónica y contradictoria por ello— de dos civilizaciones: una conquistadora y dominante, y otra conquistada y dominada.

Para el pensamiento continental precedente y contemporáneo a Martí —liberalismo, romanticismo y positivismo, e incluso para buena parte de los ideólogos y políticos de la independencia—, esta visión de nuestras sociedades y culturas era, cuando menos, desafortunada y, cuando más, absolutamente equivocada. No resulta casual que los editores del artículo martiano —defensores del gobierno liberal en el poder presidido por Justo Rufino Barrios— se sintieran obligados a adicionarle una nota al final, en la cual lamentaban que un joven a quien consideraban talentoso hubiera cometido el extravío de comparar la civilización, la cultura española (y europea) con esos pueblos atrasados

---

<sup>9</sup> O. c., t. 7, p. 98.

y bárbaros que poblaban este continente a su llegada.

Es sabido, además, que con muy contadas excepciones —Bolívar fue quizás el más lúcido y por ello quedó en franca minoría—, la obra de la independencia culminó con la creación de Estados nacionales que adoptaron su organización política copiándola al pie de la letra de los países de Europa occidental y de Estados Unidos, naciones que marcaban el paso en el desarrollo de la modernidad industrial capitalista. Se trataba, para la *intelligentzia* latinoamericana de entonces, de echar por la borda la tradición (de nula modernidad) aportada por España a sus colonias junto con los rezagos adicionales por la presencia de los componentes prehispánicos. Inclusive hasta la propia época de la reforma liberal —vvida directamente por Martí en México y en Guatemala, y luego en Venezuela—, con independencia de sus matices locales, no pudo escapar al espejismo de buscar el desarrollo del otro, y de imitarlo en lo que parecía el (y no un) camino exitoso para ese desarrollo. Así, desde aquellos que estuvieron animados por un noble afán ilustrador hasta quienes practicaron una acción genocida, los indios (como los negros y mestizos) fueron tenidos como algo ajeno a la nación blanca y civilizada: con ellos sólo cabían, en el mejor de los casos, la incorporación forzada o la desculturización que significaban los tantos proyectos educacionales manejados entonces, o, ante su resistencia, deberían ser arrancados de cuajo mediante su desaparición masiva. Se trata del conflicto entre civilización y barbarie, para decirlo en los términos de aquel siglo, que todavía hoza en algunas mentes y políticas concretas de nuestros días.

Martí, por tanto, se movió conscientemente a partir de este artículo en una óptica bien diferente, cuya hondura de análisis puede desglosarse en los elementos siguientes:

- Los pueblos aborígenes constituían una civilización original y autóctona, previamente a la llegada de los españoles.
- La civilización europea, de hecho, tuvo un comportamiento bárbaro por su carácter de-

vastador, al interrumpir aquella civilización americana.

- Mediante un proceso antagónico se ha creado un pueblo nuevo, diferente al aborígen y al español.
- Lo característico de ese pueblo nuevo es su mestizaje “en la forma”; es decir, en lo cultural más que en lo biológico.
- La civilización americana original gozó de una libertad que ahora el pueblo nuevo reconquista para desenvolver y restaurar, precisamente, esa alma propia o civilización original.

Es en verdad asombrosa y admirable esta consideración martiana en plena juventud acerca de que los pueblos americanos de su tiempo no eran algo terminado de un golpe, sino el resultado de un proceso nada feliz, que había producido una cultura nueva, diferente y a la vez sintetizadora de dos componentes histórico-culturales antagónicos, pero cuya autoctonía le venía dada por la civilización interrumpida y devastada.

Las facetas que hallamos en este análisis martiano no constituyen una actualización de sus ideas, sino el reconocimiento desde nuestros días de las de Martí, como a todas luces fueron también leídas y entendidas por sus contemporáneos, según evidencia el mismo rechazo manifestado contra ellas por el editor del artículo.

Las frases citadas de “Los códigos nuevos” continúan del modo siguiente: “Es una verdad extraordinaria: el gran espíritu universal tiene una faz particular en cada continente. Así nosotros, con todo el raquitismo de un infante mal herido en la cuna, tenemos toda la fogosidad generosa, inquietud valiente y bravo vuelo de una raza original, fiera y artística”.<sup>10</sup>

De esta manera, luego de declarar su concepto de la unidad y variedad del género humano, el cubano insiste y refuerza el valor de la civilización aborígen para la autoctonía de esta cultura nueva. Si una lectura apresurada de sus palabras pudiera llevar a pensar que Martí hacía un llamado a la vuelta al pasado prehispánico, pues indudablemente inclinaba la balanza hacia

---

<sup>10</sup> Ídem.

el componente aborigen —el cual, evidentemente, requería del rescate que muy pocos entonces querían asumir—, su propio concepto de la identidad latinoamericana como proceso le impide de manera categórica esa visión.

Ni en Guatemala, ni tampoco antes ni después, encontramos en Martí un tradicionalismo fatal y sin salida como el del romanticismo, el del indigenismo o el de la llamada “novela de la tierra”. Con audaz y dialéctico pensamiento, desde la propia estancia en el país del quetzal, él expresó su criterio de asumir en nuestra América cuanto brindasen el progreso científico y tecnológico alcanzado en otras áreas del mundo, pero siempre en función de sus intereses y sus necesidades específicas.

Cuando ideó la *Revista Guatemalteca* que al parecer nunca pudo editar, se planteó con ella propiciar “el comercio intelectual” con Europa, porque “nosotros [los latinoamericanos] hemos menester entrar en esa gran corriente de inventos útiles, de enérgicos libros, de amenas publicaciones, de aparatos industriales, que el mundo viejo, y el septentrión del nuevo, arrojan de su seno, donde hierven la actividad de tantos hombres, la elocuencia de tantos sabios, la vivacidad de tantas obras”.<sup>11</sup>

Hace ya algunos años, Roberto Fernández Retamar llamó a la etapa guatemalteca de Martí la de “revelación de nuestra América”, por considerar que durante ella se hizo patente en el pensamiento del cubano la problemática continental, e inclusive, en los textos escritos en ese país hizo uso frecuente de la frase *Nuestra América*.<sup>12</sup> Coincido plenamente con este criterio, y en su abono sumo las propias palabras de Martí, quien, en su carta del 27 de noviembre de 1877 al director del periódico *El Progreso*, manifestó un extraordinario grado de conciencia acerca del sentido latinoamericanista de su vida y de su obra: “Vivir humilde, trabajar mucho, engrandecer a América, estudiar sus fuerzas y *revelárselas*, pagar a los pueblos el bien que me hacen: este es mi oficio. Nada me abatirá; nadie me lo impedirá”.<sup>13</sup>

Esta declaración enfática y categórica acerca de su apostolado, la había precedido en la misma carta de una frase en la que ya se decla-

raba heredero del pensamiento bolivariano, con firme adhesión a su legado de unidad continental: “El alma de Bolívar nos alienta; el pensamiento americano me transporta. Me irrita que no se ande pronto. Rencillas personales, fronteras imposibles, mezquinas divisiones ¿cómo han de resistir, cuando esté bien compacto y enérgico, a un concierto de voces amorosas que proclamen la unidad americana?”<sup>14</sup>

## ► 6

La estancia de un año en Cuba, a su regreso en 1878 al concluir la Guerra de los Diez Años, y su vinculación al mundo norteamericano durante la década del 80, marcarán el rumbo del proceso de maduración del pensamiento martiano, de su ubicación como uno de los dirigentes políticos del pueblo cubano, y del desarrollo de su gran periodismo y de su arte poética, que lo condujeron a ser considerado uno de los iniciadores de la corriente modernista en la literatura en lengua española.

Su inserción directa en la práctica revolucionaria contra el gobierno colonial desde su retorno a Cuba, y su activa ejecutoria en la dirección del movimiento patriótico desde entonces, hicieron que Martí se plantease la búsqueda de soluciones a sus formas de conducción y al proyecto republicano ofrecido por los independentistas. De entonces es una frase escrita en sus notas durante su segunda deportación a España en 1879, repetida en su primer discurso ante la emigración patriótica en Nueva York, en ene-

<sup>11</sup> O. c., t. 7, p. 104.

<sup>12</sup> Roberto Fernández Retamar: “Martí y la revelación de nuestra América”. Prólogo a José Martí: *Nuestra América*, Casa de las Américas, La Habana, 1974. Durante la residencia en Guatemala, Martí usa *nuestra América* en “Los códigos nuevos” (O. c., t. 7, p. 98) y en la carta a Valero Pujol, del 27 de noviembre de 1877 (O. c., t. 7, p. 111). Un amplio estudio de la importancia del bienio vivido en Guatemala para el ideario latinoamericanista de Martí, puede hallarse en mi ensayo “Guatemala: José Martí en el camino hacia nuestra América”, en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, no. 17, La Habana, 1994.

<sup>13</sup> O. c., t. 7, p. 112. (El subrayado es mío.)

<sup>14</sup> O. c., t. 7, p. 111.

ro de 1880: “Ignoran los déspotas que el pueblo, la masa sufridora, es el verdadero jefe de las revoluciones”.<sup>15</sup>

Esta manera de afirmar su filiación junto a las masas populares, a las que concedía semejante papel conductor, se completó en el discurso referido con su llamado a preparar una revolución en Cuba bajo nuevas formas. En ese texto memorable conocido como “la oración de Steck Hall” —el salón de Nueva York donde fue pronunciado—, Martí dijo: “Esta no es sólo la revolución de la cólera. Es la revolución de la reflexión”.<sup>16</sup>

Tal preocupación porque el nuevo movimiento armado que había estallado en Cuba en 1879 no fuese un simple estallido de ira contra la dominación colonial, expresa su interés de que los patriotas no cometieran los mismos errores de divisiones y desorganización que habían conducido a la terminación de la Guerra de los Diez Años sin haberse alcanzado la independencia.

Y también responde esa consigna de la revolución de la reflexión a la campaña de descrédito divisionista levantada por las autoridades españolas contra el movimiento patriótico, el cual acusaban de promover una guerra de negros contra blancos. En el mismo discurso, Martí se refiere al asunto, y lo compara con la campaña similar desarrollada contra los indios en la América continental cuando las guerras de independencia: “Pero los fatídicos anuncios no se realizaron; los indios no vinieron como torrentes desbordados de las selvas, ni cayeron sobre las ciudades, ni quemaron con sus plantas vengativas las yerbas de los campos, ni con huesos de blancos se empedraron los zaguanes de las casas solariegas”.<sup>17</sup>

Antes había dicho que la América independiente tenía “el pecho devorado por el cortejo de rencores y apetitos que dejó en lúgubre herencia la colonia”. Y, así, continúa el párrafo hacia la idea principal: los indios no fueron antes ni lo eran tampoco en aquellos tiempos, los responsables de los males que aquejaban entonces a las repúblicas latinoamericanas, sino la conquista y la colonia avasalladoras, devastadoras,<sup>18</sup> como ya había escrito en Guatemala.

“Ni una sola tentativa, ni un sólo rugido de cólera turbaron la paz de los difíciles albores. *De viejos males vinieron los males nuevos*,—que no

de la venganza ni de la impaciencia de los indios. Y sea dicho de paso, desde esta tierra de abolengo puritano, para descargo de las culpas que injustamente se echan encima de los pueblos de la América Latina,—que los monstruos que enturbian las aguas han de responder de sus revueltas ondas, no el mísero sediento que las bebe; que las culpas del esclavo, caen íntegra y exclusivamente sobre el dueño.—Que no es lo mismo abrir la tierra con la punta de la lanza que con la punta del arado”.<sup>19</sup>

Apréciense, por una parte, cómo desde fecha tan temprana Martí se preocupa por la incompreensión existente en Estados Unidos acerca de las verdaderas causales de los problemas que asolaban a las repúblicas hispanoamericanas, y, por otra, cómo termina la idea con una metáfora que alude a los tipos de sociedades diferentes que establecieron los europeos en las dos partes de América: en el Sur, la lanza para matar, dominar y extraer riquezas; en el Norte, el arado para sembrar y obtener cultivos para consumir y cambiar.<sup>20</sup>

En Venezuela, donde residió entre enero y julio de 1881, su pensamiento se abrió al estudio a fondo de los problemas del país y de la región, movido entonces su espíritu latinoamericanista por el deseo de fundar una América nueva: entraba de ese modo en el camino del conocimiento verdadero de la problemática continental y en la comprensión de la necesidad de introducirle profundos cambios de estructuras, como diríamos hoy.

El 22 de marzo de 1881, en Caracas, había escrito al director de *La Opinión Nacional*, diario de esa ciudad, lo siguiente acerca de su misión en la vida: “A servir modestamente a los hom-

<sup>15</sup> O. c., t. 21, p. 108. En el discurso escribió “masa adolorida”, en lugar de “masa sufridora” (O. c., t. 4, p. 193).

<sup>16</sup> O. c., t. 4, p. 192.

<sup>17</sup> O. c., t. 4, p. 202.

<sup>18</sup> Ídem.

<sup>19</sup> O. c., t. 4, pp. 202-203. (El subrayado es mío.)

<sup>20</sup> Ídem. Obsérvese que esta referencia a la lanza y el arado la volverá a emplear, nueve años después, en su discurso “Madre América”.

bres me preparo; a andar, con el libro al hombro, por los caminos de la vida nueva; a auxiliar, como soldado humilde, todo brioso y honrado propósito: y a morir de la mano de la libertad, pobre y fieramente”.<sup>21</sup> El tono humilde que matizaba su voluntad de servicio, refuerza su autorreconocimiento como un simple luchador más. Pero cuando, el 27 de julio de 1881, el día antes de su precipitada salida de Caracas, se despide en otra carta al mismo destinatario, expone —con sólo tres contundentes sustantivos— todo un vasto proyecto de servicio continental que indudablemente implicaba su protagonismo: “De América soy hijo: a ella me debo. Y de la América, a cuya *revelación, sacudimiento y fundación* urgente me consagro, ésta es la cuna”.<sup>22</sup>

Se trata, por ende, de que a la misión que se autoasignaba en Guatemala de *revelarle sus fuerzas a nuestra América*, ahora le añade en Venezuela las de *sacudirla* —o sea, moverla con energía— y *fundarla* —esto es, crearla—. Por tanto, ya Martí mostraba conciencia de que se requería una nueva América diferente a la de las repúblicas de “males nuevos” nacidos de “viejos males” coloniales.

Esa obra fundacional, creadora por consiguiente, también dice que era “urgente”. ¿Qué provocaba ese rápido y enérgico actuar en Martí?

Desde entonces ya tenía delineadas las grandes cuestiones que lo impulsaban hacia esa urgencia. Por un lado, justamente por esos años comprendió que una nueva época se estaba inaugurando a escala mundial, para la cual, por otro, no estaban preparadas de manera adecuada las repúblicas hispanoamericanas, divididas y atormentadas por luchas intestinas, pobreza secular, economías precarias y mentalidades colonizadas en sus clases dirigentes, más atentas hacia las grandes metrópolis industriales que hacia el interior de sus propios países y las injusticias en que vivían sus pueblos.

No es retórica contemporánea lo anterior. Baste la lectura de un texto en francés titulado *Un voyage à Venezuela*, para encontrar esos análisis. Preparado evidentemente para algún periódico norteamericano a poco de su regreso a Nueva York tras abandonar Caracas, ese manuscrito inconcluso resulta un escrito capital

para comprender hasta dónde se había desarrollado la penetración martiana sobre nuestra América, desde su original concepto de la autoctonía continental.

Desde su comienzo, el texto nos da también la clave de la urgencia fundadora de Martí, pues en él señala que las ambiciones expansionistas de las potencias se aprovechan de las divisiones y debilidades internas. Por eso, este escrito, dirigido presumiblemente al público norteamericano, constituye un minucioso estudio sociológico de tales debilidades y de sus razones, entre las cuales quiero llamar la atención acerca de la importancia que Martí concede en su análisis a la inconformidad entre la educación y las ideas de la clase dirigente y las necesidades reales y urgentes del pueblo, por lo que insiste en el empleo, en la región, de modelos sociales surgidos de sus propias circunstancias: “Sólo que se desdén el estudio de las cuestiones esenciales de la patria—se sueña con soluciones extranjeras para problemas originales:—se quiere aplicar sentimientos absolutamente genuinos, fórmulas políticas y económicas nacidas de elementos completamente diferentes”.<sup>23</sup>

La autoctonía americana proclamada en sus escritos mexicanos le sirve, sin lugar a dudas, para dar base a la necesidad de la fundación urgente de la nueva América, de manera de desecher todos esos problemas que enfoca desde la sociedad venezolana, la cual, por cierto, atravesaba —desde un tiempo antes a la llegada de Martí— una reforma liberal que promovió miles de leyes y disposiciones modernizadoras (y hasta una constitución al estilo de la suiza), pero que resultó incapaz de sacar del estancamiento y el atraso al país.

En Venezuela, además, en notable muestra de la fina dialéctica de político de miras univer-

---

<sup>21</sup> O. c., t. 7, p. 266.

<sup>22</sup> O. c., t. 7, p. 267. El subrayado es mío. Para un estudio de la significación de la estancia en Venezuela para el pensamiento martiano, véase mi trabajo “Martí en Venezuela: la fundación de nuestra América”, en *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, no. 12, La Habana, 1989.

<sup>23</sup> O. c., t. 19, p. 160.

sales que iba alcanzando hacia aquel 1881, Martí planteó con claridad el lugar de Cuba independiente dentro de su obra de fundación latinoamericana.

En su discurso en el Club de Comercio de Caracas expresa que la lucha cubana es el fin del proceso liberador de principios del siglo XIX en América Latina (“se sabe que al poema de 1810 le falta una estrofa...”), y cuando aquélla se logre será ofrecida “en el altar al Padre americano”, en obvia alusión a Bolívar, la cual refuerza la continuidad histórica que está señalando. Y continúa explicando que quiere ver a su patria libre “para que, como navecilla elegante y mensajera de nuestras glorias saliese por esos mares fúlgidos al paso de los fatigados europeos, a decirles que para sus venerandas conquistas, nosotros tenemos colosal cima fragante”.<sup>24</sup>

Desde su juventud, Martí señalaba así el papel de Cuba como puente entre América Latina y Europa, para engarzar de ese modo su conciencia patriótica con la firmeza lógica de un político visionario, con su espíritu latinoamericanista.

## ► 7

Durante la década del 80, nuevos cuerpos temáticos se aprecian en su pensamiento, en proceso intelectual mediante el cual se fue apoderando de dos cuestiones esenciales e intervencionales del proceso de cambios que atravesaba el mundo industrial hacia la etapa imperialista.

Una de ellas es su comprensión acerca de que se estaba abriendo una nueva época para el mundo con todas las incertidumbres y desencamajamientos que ello significaba. Aunque había tratado el asunto en “El carácter de la *Revista Venezolana*”, texto aparecido en el segundo y último número de la publicación, en el “Prólogo” al *Poema del Niágara*, del venezolano Juan Antonio Pérez Bonalde, publicado en 1882, desenvuelve esta materia *in extenso*. Del “Prólogo” tomo esta cita, escalofriante descripción también de este fin de nuestro propio siglo: “No hay obra permanente, porque las obras de los tiempos de reequilibrio y remodelación son por esencia mudables e inquietas; no hay caminos constantes, vislúmbrense apenas los altares nuevos, grandes y abiertos como bosques (...) Se anhela incesan-

temente saber algo que confirme, o se teme saber algo que cambie las creencias actuales. La elaboración del nuevo estado social hace insegura la batalla por la existencia personal y más recios de cumplir los deberes diarios que, no hallando vías anchas, cambian a cada instante de forma y vía, agitados del susto que produce la probabilidad o vecindad de la miseria”.<sup>25</sup>

No es ésta la ocasión para examinar a fondo este texto de Martí, pero no puedo dejar de advertir cómo en él señala que la poesía se adapta a la situación que imponían tales tiempos de cambio, y, ante las indefiniciones de éstos, estima que los poetas son pálidos y atormentados, y, por tanto, no son ni líricos ni épicos: sólo la “vida íntima febril” deviene asunto principal para ellos. Y por eso considera el *Poema del Niágara* de su amigo venezolano una obra representativa de la época: como no hay hazañas humanas, el poeta canta a la naturaleza.<sup>26</sup>

Sin entrar en mayores consideraciones acerca de esta relación que él establecía entre la creación literaria y la época, no puede olvidarse que por entonces —coinciden sus estudiosos— ya su escritura iniciaba la renovación literaria que después fue llamada modernismo. Y el año anterior había insistido en la *Revista Venezolana* en que los nuevos tiempos exigían una nueva manera de escribir.<sup>27</sup>

El otro cuerpo temático al que dedicará su atención durante los años 80, lo que nos dará el ambiente social y económico, las íntimas estructuras sociales e históricas caracterizadoras de ese momento de cambio cuya descripción acabamos de ver: se trata de sus explicaciones sobre Estados Unidos a través de sus crónicas acerca de ese país para la prensa latinoamericana. El recorrido por esas páginas renovadoras de la prosa en lengua española, deja apreciar su proceso de conocimiento de la formación del imperialismo.

Desde que comenzó a redactar sus “Escenas norteamericanas” fue diciendo a sus lectores que

<sup>24</sup> O. c., t. 7, pp. 284 y 286.

<sup>25</sup> O. c., t. 7, p. 225.

<sup>26</sup> O. c., t. 7, pp. 229 y 232.

<sup>27</sup> O. c., t. 7, p. 207.

Estados Unidos, y Nueva York en particular, eran, a su juicio, exponente destacado de esa época nueva en que estaba entrando la humanidad. Su prodigioso desarrollo industrial luego de la Guerra de Secesión, y la relevante manifestación en ese país de la revolución científica y tecnológica que parecía despejar todos los horizontes de la mente humana, justificaba tal apreciación para él.

Así describía la vida neoyorquina: “Todo empuja, precipita, exacerba, arrastra. Se tiene miedo quedarse atrás (...) Todo es ferrocarril, teléfono, telégrafo”.<sup>28</sup> Y expresaba como “se siente que la vida en estas grandes ciudades se consume, adelgaza y evapora”.<sup>29</sup> Pero, al mismo tiempo, veía una ausencia de desarrollo armónico, de equilibrio entre los factores materiales y espirituales, rasgo de la psicología social norteamericana que ya vimos lo llevó a enjuiciar severamente, desde muy joven, lo que estimaba como la primacía del sentido mercantilista.

Ahí están las razones de su interés y su admiración por las ideas de Ralph Waldo Emerson, quien por muchos años criticó con aspereza la metalificación de la sociedad estadounidense, al extremo de ser una de las escasas personalidades de esa nación que, en 1846, se opuso a la guerra con México por considerarla una empresa de conquista y rapiña, ajena a los fundamentos de libertad y democracia.

Martí, quien escribió páginas memorables sobre ese pensador norteamericano, coincidió plenamente con él en su apreciación de que el progreso civilizador habría de tener un sentido humanista y natural, y de que había posibilidades para andar por ese camino en el Nuevo Mundo. Esa optimista respuesta frente a los asuntos sociales que ambos estimaban negativos en la surgiente sociedad industrial burguesa, se correspondía también con la idea emersoniana de la creación de una literatura nativa como parte del vasto proyecto de independencia cultural que debía suceder a la ya alcanzada emancipación política de Europa. Luego, los dos pensadores se preocuparon por el problema de la autoctonía americana, y es detectable la impronta emersoniana en más de una referencia martiana a la dependencia y el mimetismo cultural estadounidense respecto de Inglaterra.

Aunque no disponemos de estudios rigurosos y exhaustivos acerca de la relación entre las ideas filosóficas de ambos, resulta evidente que el trascendentalismo de Emerson fue asimilado creadoramente por Martí; en especial, en su apreciación de lo natural como lo autóctono y de la necesidad de un equilibrio entre hombre, sociedad y naturaleza; ideas que, por demás, bullían en la cabeza del cubano desde sus escritos mexicanos.<sup>30</sup>

La temprana observación del espíritu mercantil en Estados Unidos por Martí,<sup>31</sup> reforzada por los juicios de Emerson, condujo al cubano, desde principios de los años 80, a preocuparse por “la soberbia conciencia de su fuerza y el desdén por las demás razas que hoy caracteriza al pueblo norteamericano”.<sup>32</sup> Su fundador sentido latinoamericanista no podía menos que aguzarle la mirada hacia el interior de la sociedad del Norte, para tratar de entender cómo el propio desarrollo socioeconómico de la nación convertía ese desdén por los demás en ansias expansivas ante la debilidad y desunión de sus vecinos.

Según apreció la formación y creciente poderío de los monopolios, empeñados en dominar la política y el gobierno de Estados Unidos para cubrir sus necesidades de mercados consumidores y de materias primas, sus denuncias sobre el inevitable choque entre ambas identidades del continente se fueron multiplicando hasta culminar con especial énfasis en sus for-

---

<sup>28</sup> O. c., t. 13, p. 427.

<sup>29</sup> Ídem.

<sup>30</sup> La mejor síntesis de las ideas de Martí sobre Emerson puede encontrarse en su crónica ante la muerte del filósofo, publicada en *La Opinión Nacional*, de Caracas, el 19 de mayo de 1882 (O. c., t. 13, pp. 17-30). Un reciente y valioso estudio sobre las relaciones entre las ideas de ambos, que insiste en la originalidad del acercamiento del cubano al filósofo y poeta nacido en Boston en 1803, es el libro de José Ballón: *Automomía cultural americana: Emerson y Martí*, Editorial Pliegos, Madrid, 1986.

<sup>31</sup> Véase una serie de artículos publicados en inglés en el periódico *The Hour*, de Nueva York, entre julio y octubre de 1880, bajo el título “Impressions of America” (O. c., t. 19, pp. 101-125).

<sup>32</sup> O. c., t. 13, p. 265.

midables crónicas sobre la Conferencia Internacional Americana de Washington, efectuada durante 1889 y 1890.

## ► 8

La temática latinoamericana no estuvo ausente de los escritos martianos durante los años 80. Sus “Escenas norteamericanas” se mantuvieron atentas a las relaciones entre Estados Unidos y sus vecinos del Sur, especialmente en lo referido a los intercambios comerciales y los vínculos políticos y diplomáticos. Asuntos como los debates y luchas de intereses en torno a la construcción del canal interoceánico por Panamá o por Nicaragua; la unidad centroamericana y la campaña militar emprendida en tal sentido por el presidente guatemalteco, Justo Rufino Barrios; las amenazas en la prensa y por políticos estadounidenses hacia México; la expansión mercantil y los movimientos anexionistas hacia Cuba, Haití y la República Dominicana; los vaivenes de la política arancelaria hacia las producciones del continente; la política de “reciprocidad” comercial, fueron tratados o seguidos por Martí en sus crónicas según se fueron suscitando o desarrollando a lo largo de esa década.

Respecto al tema que estamos tratando, resultan de marcado interés sus escritos en el periódico *La América*, publicado en español en Nueva York, del cual fue colaborador y luego su director durante 1883 y 1884. La publicación había sido fundada en 1882 como un mensuario de circulación continental destinado a impulsar el comercio entre Estados Unidos y América Latina, pero en manos de Martí se convirtió en un firme defensor de la identidad, la soberanía y el desarrollo de nuestra América, al extremo de que se ha considerado que en sus páginas el cubano presentó todo un programa para el desarrollo armónico y propio de nuestros pueblos.

En sus propios escritos para la publicación, el mismo Martí declaró sus propósitos: “Definir, avisar, poner en guardia, revelar los secretos del éxito, en apariencia,—y en apariencia sólo,—maravilloso de este país; facilitar con explicaciones compendiadas y oportunas, y estudios sobre mejoras aplicables, el logro de éxito igual,—imayor acaso, sí mayor, y más durable!—en nuestros paí-

ses; es decir a la América Latina todo lo que anhela y necesita saber de esta tierra que con justicia le preocupa, e irlo diciendo con el mayor provecho general, con absoluto desentendimiento de toda pasión o provecho de personas, y con la mira siempre puesta en el desenvolvimiento de las artes prácticas, y el comercio inteligente, bases únicas de la grandeza y prosperidad de individuos y naciones”.<sup>33</sup>

Dos objetivos esenciales se revelan en esta cita. El primero es el sentido defensivo de la soberanía y la identidad latinoamericanas. Martí no lo desarrolla como el otro, aunque me parece bien explícito en los verbos que justamente abren la cita. ¿Qué otra interpretación podía haber, si no, a esos tres primeros verbos, con toda una verdadera progresión dramática indicadora de peligro? *La América* define, esto es, explica con precisión los problemas porque quiere avisar de ellos a los pueblos latinoamericanos; pero se trata de un aviso que mueve a la actividad vigilante y no simplemente al mero conocimiento: se trata de “poner en guardia”.

El segundo propósito de la publicación pretende que América Latina aprenda los elementos que han conducido al gran desarrollo norteamericano, de manera de alcanzarlo y —con osadía insólita para un pensador latinoamericano de aquel tiempo— superarlo incluso, y hasta de modo más duradero, lo cual —a mi modo de ver— implica en el juicio martiano cierta diferencia entre el “éxito” de Estados Unidos y el aspirado por él para nuestra América. Se trata, por ende, de un objetivo desarrollista.

Así, defensa y desarrollo serán las claves que explican cómo durante los años 80 la concepción martiana acerca de la identidad se fundamentó, para siempre, en su propuesta de unidad continental.

Los escritos de *La América* resultan impresionables para entender este proceso; pues en su condición de director, Martí pudo finalmente ser responsable pleno de las ideas y la política editorial, como había pretendido de manera infructuosa en Guatemala y como le fue impedido

<sup>33</sup> O. c., t. 8, p. 228.

de continuar en Venezuela. Aunque se trata de textos periodísticos, que en buena parte de los casos buscan informar sobre un asunto en particular, esos artículos han de considerarse como un *corpus* dentro de su obra y dentro de su pensamiento, dada la explícita intencionalidad con que elaboró mes tras mes la publicación.

El sentido defensivo era impuesto, en su opinión, por las propias circunstancias que se estaban produciendo: “Sabemos que vivimos en el instante en que una empresa de este orden debía venir. Hay provecho como hay peligro en la intimidación inevitable de las dos secciones del Continente Americano.

”La intimidación se anuncia tan cercana, y acaso por algunos puntos tan arrolladora, que apenas hay el tiempo necesario para ponerse en pie, ver y decir”.<sup>34</sup>

Obsérvese, su serenidad y realismo al apreciar como inevitable esa “intimidación” —de la que, por cierto, excluye la amistad o, al menos, la confianza—, en la que ve factores positivos y negativos para América Latina. Es evidente, por consiguiente, que esos peligros, arrolladores por algunos puntos, llevan a Martí a esa posición defensiva.

Pero esa defensa no puede hacerse desde el pasado, nos dice de hecho, sino desde el presente y, sobre todo, hacia el futuro: sólo un verdadero desarrollo que iguale a nuestra América con Estados Unidos —e inclusive que lo supere— podrá resolver definitivamente la situación.

De ahí, el apostolado latinoamericanista del periodismo martiano en *La América*, como expresión de esa obra fundacional que vimos había anunciado en Venezuela.

En rápida síntesis puede decirse que el programa desarrollista expuesto por Martí planteaba que la agricultura poliprodutora hacia el mercado nacional habría de ser la base del desarrollo económico continental —idea que ya venía manifestando desde México—, tanto por su función alimentaria como por constituir fuente de materias primas en las que habría de sustentarse el impulso industrial, y garantía de estabilidad social a través de un campesinado propietario. Las producciones agropecuarias e industriales deberían abrirse paso en los mercados de Europa y Estados Unidos, por lo que los países latinoame-

ricanos deberían estar presentes en las exposiciones internacionales que entonces se organizaban. Tales acciones económicas exigían una educación de sólido basamento científico, capaz de preparar a la población para el empleo de la técnica y la tecnología modernas. Todo ello, en fin, a partir del conocimiento de las realidades y necesidades de nuestros pueblos, de manera de aplicar las ciencias y el progreso técnico requerido por ellas, y no el asumido simplemente por copia.<sup>35</sup>

En la falta de desarrollo radicaba, indicó en más de una ocasión, la inestabilidad política de las repúblicas latinoamericanas, pues el cultivo rutinario, trabajoso y poco remunerativo de tierras alejadas de los grandes mercados —con lo cual aludía de manera evidente a los mercados exteriores—, la industria “raquítica y contrahecha”, y el comercio “ajeno y sórdido”, no daban instrumento para la actividad “ansiosa y el insaciable anhelo de grandeza del hombre hispanoamericano”. “De esta disposición meramente económica; de esta desigualdad entre las demandas legítimas de la vida (...) y los medios de satisfacerlas”, se aprovechaban los “que querían hacer pasar por sacudimientos políticos lo que no era más que desarreglos económicos”.<sup>36</sup>

Obsérvese también en las citas anteriores la preocupación martiana por caracterizar la psicología social del “hombre hispanoamericano” y la influencia sobre ella de las circunstancias económicas e históricas. Indudablemente, ésa era una manera más concreta de presentar el espíritu americano al cual se había referido en México. Sin todavía aludir a los grupos sociales en términos de clases socioeconómicas, ni a sus conflictos de intereses, queda claro que por esos años de *La América* ya Martí iba entrando por un camino que buscaba definir mejor esa abstrac-

<sup>34</sup> O. c., t. 8, p. 268.

<sup>35</sup> Un valioso examen que considera los textos martianos en *La América* como expositores de un programa para el desarrollo latinoamericano, puede leerse en el libro de Rafael Almanza: *En torno al pensamiento económico de José Martí*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990, pp.141 y ss y 170 y ss.

<sup>36</sup> O. c., t. 7, pp. 22 y 23.

ción del “hombre americano” —ahora “hispanoamericano”, con mayor precisión—, puesto que en la revista se refiere más de una vez a las diferencias entre la masa inculta y las minorías ilustradas: “La oscuridad e ineficiencia actual de la raza hispanoamericana depende sólo de falta de analogía entre nuestros pueblos forzosamente embrionarios y los habitantes cultos, y relativamente ultracultos, de nuestros pueblos”.<sup>37</sup>

Esta frase, tomada de su artículo “Invenciones recientes”, publicado en *La América* en mayo de 1884, sigue con otra, que sintetiza algunos puntos esenciales de su idea acerca de los caminos para el desarrollo continental, los cuales nos indican que en su concepción ese desarrollo —que implicaba al mismo tiempo transformaciones económicas y educacionales— permitiría borrar esa contradicción o “falta de analogía” al interior de nuestros países: “En América, pues, no hay más que repartir bien las tierras, educar a los indios donde los haya, abrir caminos por las comarcas fértiles, sembrar mucho en sus cercanías, sustituir la instrucción elemental literaria inútil, —y léase bien lo que decimos altamente: la instrucción elemental literaria inútil, —con la instrucción elemental científica, —y esperar a ver crecer los pueblos”.<sup>38</sup>

El concepto martiano del desarrollo de América Latina incluía, además, la permanencia de las tradiciones y elementos que habían cualificado la identidad espiritual de nuestros pueblos; en primer lugar, la autoctonía aportada por los aborígenes: “El espíritu de los hombres flota sobre la tierra en que vivieron, y se respira. ¡Se viene de padres de Valencia y madres de Canaria, y se siente correr por las venas la sangre enardecida de Tamanaco y Paracamoni, y se ve como propia la que vertieron por las breñas del Calvario, pecho a pecho con los gonzalos de férrea armadura, los desnudos y heroicos caracas!”<sup>39</sup>

Y en el mismo trabajo, aparecido en *La América* en abril de 1884, explica claramente la estrecha relación entre el desarrollo necesario por alcanzar y el espíritu de identidad: “Bueno es abrir canales, sembrar escuelas, crear líneas de vapores, ponerse al nivel del propio tiempo, estar del lado de la vanguardia en la hermosa marcha humana; pero es bueno, para no desmayar en ella

por falta de espíritu o alarde de espíritu falso, alimentarse, por el recuerdo y por la admiración, por el estudio justiciero y la amorosa lástima, de ese ferviente espíritu de la naturaleza en que se nace, crecido y avivado por el de los hombres de toda raza que de ella surgen y en ella se sepultan”.<sup>40</sup>

También puede apreciarse, en consecuencia con su peculiar criterio acerca de las semejanzas y similitudes entre las civilizaciones y culturas, que Martí inclusive llama a considerar en la identidad los diversos aportes de distintos grupos humanos, y no estima aquella expresión única de algunos de ellos, a diferencia del criterio que se imponía cada vez más por entonces acerca de la exclusiva pertenencia de América Latina a la llamada “civilización occidental”, blanca y cristiana.

Por eso también, en enero de 1884, escribió en la revista acerca del conocimiento de las tradiciones, las características y la propia fe continentales, al referirse a los libros “que con espíritu americano, estudien problemas de América”, a los que considera “libros honestos, piadosos y fortalecedores”. Y dice: “Hablamos de esos libros que recogen nuestras memorias, estudian nuestra composición, aconsejan el cuerdo empleo de nuestras fuerzas, fían en el definitivo establecimiento de un formidable y luciente país espiritual americano, y tienden a la saludable producción del hombre trabajador e independiente en un país pacífico, próspero y artístico”.<sup>41</sup>

---

<sup>37</sup> O. c., t. 8, p. 439.

<sup>38</sup> Ídem. Es obvio el sentido de síntesis del párrafo, pero ella evidencia que todavía en esa época —a diferencia de cuando escribirá “Nuestra América”— en Martí ronda cierto espíritu de los clásicos esquemas para el desarrollo propios del liberalismo latinoamericano: educar a los indios, abrir caminos (para el comercio), aunque su llamado a una educación científica y no “literaria inútil” sobrepasa y moderniza —de cara también a los presupuestos científicistas del positivismo— el tradicional sentido ilustrador con que los liberales del continente tendieron a propiciar la instrucción.

<sup>39</sup> O. c., t. 8, p. 336.

<sup>40</sup> Ídem.

<sup>41</sup> O. c., t. 8, p. 314.

Ese país por fundar gozaría, según sus palabras, de virtudes no disfrutadas por las repúblicas latinoamericanas hasta ese momento: sería “pacífico, próspero y artístico”, por lo que —puede inferirse— sería “formidable y luciente” en lo espiritual. Y observemos que Martí nos habla de “el país” y no de los países. Se trata, pues, que el camino hacia el futuro del continente debería conducir, a su juicio, hacia la unidad hispanoamericana, idea repetida en muchos de los textos de *La América*.

En mayo de 1884 recordó así que tal era la preocupación de la revista: “la fusión del espíritu de todas en una sola poderosa alma americana”.<sup>42</sup> Y al mes siguiente escribía de este modo: “Pueblo, y no pueblos, decimos de intento, por no parecernos que hay más que uno del Bravo a la Patagonia. Una ha de ser, pues que lo es, América, aun cuando no quisiera serlo; y los hermanos que pelean, juntos al cabo en una colosal nación espiritual, se amarán luego”.<sup>43</sup>

Quiero llamar la atención sobre varias cuestiones aludidas por Martí en el párrafo citado.

En primer lugar, si se había creado alguna duda por su manera de referirse repetidas veces a lo americano, aquí explícita de nuevo —como vimos había hecho en el “Prospecto” de la *Revista Guatemalteca*— que cuando así escribe se está circunscribiendo al territorio al sur del río Grande o Bravo; es decir, en modo alguno está incluyendo a Estados Unidos.

En segundo lugar, es muy significativa su manera de sostener la legitimidad de esa unidad futura en su existencia ya desde entonces (“Una ha de ser, pues que lo es”). Por un lado, ello indica la peculiar dialéctica martiana entre el presente y el futuro continental: éste se justifica en esa dirección unitaria en la medida en que ella se perfila desde la actualidad, puesto que viene dada —como se ha visto en más de una cita— desde el pasado. Por eso, en otro trabajo para *La América*, en diciembre de 1883, había dicho: “los que aún no son, y en muchas cosas pudieran ser, como que lo son de naturaleza, los Estados Unidos de la América del Sur”.<sup>44</sup> Es decir, la posibilidad es certidumbre futura, pues ya hay elementos de esa realidad en el presente vivido por él; en este caso, la unidad política sería po-

sible en el futuro porque ya hay una unidad de naturaleza.

En tercer lugar, quiero reflexionar acerca del sentido de esa unidad preconizada por Martí. Se trata, esencialmente, de unidad de espíritu, de alma, más que de unidad político-estatal, aunque a ésta sea a la que se refiera en la última cita; pero véase que sin plantearla como un absoluto: cuando nos dice que “en muchas cosas pudieran ser” los países latinoamericanos como su vecino del Norte, es obvio que en otras cosas —menos, quizá, pero evidentemente no en todas— no pudieran ser un Estado único, al menos a corto o mediano plazo.

Por otro lado, resulta interesante apreciar que Martí emplea como un mero punto referencial una realidad ya existente (Estados Unidos), y no como una analogía conceptual que de algún modo situase a esa entidad como modelo para ser tomado.

Esa identidad espiritual entre los pueblos de América Latina, apunta en Martí hacia la unidad entre ellos, como se ha visto ya en citas anteriores.

En un artículo de octubre de 1883, titulado justamente “Agrupamiento de los pueblos de América”, dijo: “¡Tan enamorados que andamos de pueblos que tienen poca liga y ningún parentesco con los nuestros, y tan desatendidos que dejamos otros países que viven de nuestra misma alma, y no serán jamás—aunque acá o allá asome un Judas la cabeza—más que una gran nación espiritual”.<sup>45</sup> Obsérvese cómo el adjetivo *gran* refuerza, no sólo las dimensiones, sino también la importancia de esa “nación espiritual”.

Este trabajo resulta de la mayor significación para el asunto que tratamos, ya que relaciona estrechamente su criterio acerca de la unidad con los modelos copiados de otras realidades y con la época histórica que transcurría entonces.

“Como niñas en estación de amor echan los ojos ansiosos por el aire azul en busca de gallar-

<sup>42</sup> O. c., t. 28; *Nuevos materiales*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, p. 229.

<sup>43</sup> O. c., t. 8, p. 318.

<sup>44</sup> O. c., t. 28, p. 216.

<sup>45</sup> O. c., t. 7, pp. 324-325.

do novio, así vivimos suspensos de toda idea y grandeza ajena, que trae cuño de Francia o de Norteamérica; y en plantar bellacamente en suelo de cierto Estado y de cierta historia, ideas nacidas de otro Estado y de otra historia, perdemos las fuerzas que nos hacen falta para presentarnos al mundo —que nos ve desamorados y como entre nubes— *compactos en espíritu y unos en la marcha*, ofreciendo a la tierra el espectáculo no visto de una familia de pueblos que adelanta alegremente a iguales pasos en un continente libre. A Homero leemos: pues ¿fue más pintoresca, más ingenua, más heroica la formación de los pueblos griegos que la de nuestros pueblos americanos?<sup>46</sup>

Atiéndase, pues, a la importancia concedida por Martí a la copia de modelos ajenos —en este caso, los impuestos por el pensamiento liberal, como indican esas referencias a Francia (obvia alusión a la Revolución de 1789) y a Norteamérica (como república inicial y sostenida en el Nuevo Mundo)— como un freno a la unidad continental y, por tanto, a la propia expresión de la identidad.

De esa relación, desprende su deseo de impulsar la unión latinoamericana, sentido profundo de su actuación, como vimos escribió en cartas personales desde sus días guatemaltecos. Así, el texto citado continúa de este modo: “Todo nuestro anhelo está en poner *alma a alma y mano* los pueblos de nuestra América”.<sup>47</sup>

Las palabras que siguen en este párrafo del artículo “Agrupamiento de los pueblos de América”, resaltan la necesidad de la unión ante las nuevas circunstancias internacionales que la época traía: “Vemos colosales peligros; vemos manera fácil y brillante de evitarlos; adivinamos, en la nueva acomodación de las fuerzas nacionales del mundo, siempre en movimiento, y ahora aceleradas, el agrupamiento necesario y majestuoso de todos los miembros de la familia nacional americana. Pensar es prever. Es necesario ir acercando lo que ha de acabar por estar junto. Si no, crecerán odios; se estará sin defensa apropiada para los colosales peligros, y se vivirá en perpetua e infame batalla entre hermanos por apetitos de tierras”.<sup>48</sup>

De estas frases queda claro que para Martí la identidad latinoamericana (“la familia nacional

americana”) sería plena a través de la unidad, del agrupamiento, que ya sabemos entendía más de ideas, de propósitos y de acción que de integración político-estatal, y que esa unidad cumplía la misión defensiva ante los peligros que iban anunciando los cambios en la realidad internacional, peligros —por cierto— de una envergadura tal, que vemos los califica dos veces en el mismo fragmento de “colosales”.

Interesante correlación esa que establece Martí entre el problema conceptual y la influencia que sobre él ejercía la cambiante época histórica. En sus palabras se afirma, de nuevo, la conciencia de su propia obra individual mediante esta frase sentenciosa que desde entonces escribirá una y otra vez al examinar este asunto de los peligros que amenazaban a América Latina: “Pensar es servir”. Ambas, acciones que Martí está efectuando con este propio texto que comentamos.

Además, apréciase en las palabras citadas cómo anuda el lazo defensivo ante los enfrentamientos fraternales —que califica hasta de “infames”—, pues esas peleas intestinas dividen a nuestros pueblos ante aquellos “colosales peligros”.

## ► 9

Esta ampliación de su concepto de la unidad continental, junto a sus análisis acerca de la realidad estadounidense, que marchaba —a su juicio— hacia el encuentro dominador con América Latina, lo cual quedó para él completamente definido como curso de acción del país del Norte con la Conferencia de Washington, le decidieron a inclinar plenamente su vida hacia la que sería su magna tarea antimperialista y de liberación nacional. Pero antes de entrar de lleno en su implementación práctica, se le hizo necesario ajustar cuentas de manera definitiva con el liberalismo, y de hecho, con el positivismo que iba adueñándose de la *intelligentzia* latinoamericana finisecular.

Ésa es la clave de su ensayo mayor titulado “Nuestra América”, publicado por vez primera en

<sup>46</sup> O. c., t. 7, p. 325. (El subrayado es mío.)

<sup>47</sup> Ídem. (El subrayado es mío.)

<sup>48</sup> Ídem.

*La Revista Ilustrada de Nueva York*, el 1º de enero de 1891.<sup>49</sup>

Allí, en unas pocas páginas, trazó el cuadro de las razones del permanente desajuste entre las instituciones y la realidad histórica continentales: las normas y formas de organización liberales de las repúblicas latinoamericanas derivaron una y otra vez hacia el caudillismo y las tiranías, por no corresponderse con los verdaderos requerimientos de la región. Se trataba, según él, de no haber apartado al “hombre natural” (el indio, el negro, el campesino, decía) con maneras de gobernar no nacidas del país. Por eso escribió en ese ensayo: “Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador”. Y esa labor creadora habría de partir, a su juicio, de la exacta comprensión del significado del hombre natural en nuestra identidad, marcada, además, por la pervivencia de rasgos coloniales, y amenazada ya entonces por la próxima “visita” de Estados Unidos, país —nos dice— de diferentes “orígenes, métodos e intereses”.

De ahí que postule en ese texto cenital: “No hay batalla entre la civilización y la barbarie sino entre la falsa erudición y la naturaleza”, en clara alusión a la célebre antinomia establecida por el pensamiento liberal —y continuada por el positivista—, que entendía la modernidad industrial capitalista —*desideratum* por alcanzar para nuestros pueblos— como el elemento civilizador desde el cual debería entenderse la especificidad continental. Martí, sin embargo, establecido desde 1877 —como vimos— en una posición sustancialmente opuesta, insiste en “Nuestra América” en que no se trataba de copiar el modelo europeo occidental o norteamericano sino de crear el propio, ajustado a los requerimientos de sus clases populares y de sus condiciones histórico-sociales.

Luego, la identidad de *Nuestra América* —frase que con este ensayo cobra plenamente el valor de un concepto en el pensamiento martiano— es entendida por él como un proceso que se continuaba hacia el futuro y que sería la materia afianzadora ante los peligros de una nueva dominación traída por el vecino del Norte.

Aunque, repito, el asunto central del ensayo es explicar el porqué del fracaso de determina-

das formas de gobierno, por no ser nacidas del país, no podemos dejar escapar el sentido con que el autor manejó palabras como cultura y literatura. Con ellas, estamos ante algunos de los casos más notables, explícitos y brillantes de la polisemia en el estilo martiano. Una y otra vez, Martí contraponen los factores y los portadores de la autoctonía frente al “libro importado”, los “letrados artificiales” y el “criollo exótico”: frente a los cultos que no han aprendido el arte del gobierno de sus pueblos. Y por eso, a su juicio, han fracasado las universidades americanas, ya que no enseñaron “lo rudimentario” del arte del gobierno; es decir, “el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América”. Y por eso también dice: “El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive. En el periódico, en la cátedra, en la academia debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país (...) La universidad europea ha de ceder a la americana”.

Las frases citadas, referidas muchas veces por sus estudiosos, dejan bien claro el asunto: para el cubano resultaba imprescindible crear una cultura propia, basada en los factores reales de Latinoamérica, en su hombre natural. De este modo, en ajustada coherencia interna, su pensamiento se cierra por todos los ángulos: el desconocimiento de la identidad basada en la autoctonía ha llevado al fracaso a las repúblicas; sólo la nueva cultura permitiría asumir a plenitud tales identidad y autoctonía, y por eso únicamente la cultura real (natural, popular) abriría el

---

<sup>49</sup> Todas las citas del ensayo han sido tomadas de la edición crítica preparada por Cintio Vitier (Casa de las Américas y Centro de Estudios Martianos, La Habana, 1991). Para una ampliación de las ideas expuestas en este acápite, véanse en el *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, no. 14, 1991, los textos de Ramón de Armas: “Como quienes van a pelear juntos: acerca de la idea de unidad continental en ‘Nuestra América’ de José Martí”, y el mío, “‘Nuestra América’ como programa revolucionario”, el cual fue reproducido también en la colección Panorama de Nuestra América, en el vol. 1, *José Martí: A cien años de Nuestra América*, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1993.

avance de ese proceso de identificación frente a los apetitos del Norte.

► 10

Desde entonces —1891— marchó en una veloz carrera contra el tiempo para impedir la materialización del gran peligro externo; como pensador concibió la estrategia de liberación continental que como político fue llevando a la práctica: independizar a Cuba y a Puerto Rico para fundar la “república nueva”, verdadero esquema de organización republicana surgido desde Nuestra América que contribuiría a reorientar las naciones del continente sobre la base de la justicia social para las grandes masas populares, y a ir conformando, a la vez, la unidad necesaria de nuestros pueblos.

Los grandes planes no oscurecieron al hábil político que fue Martí en cuanto a la comprensión de que aquéllos no podían alcanzarse de golpe, sino paso a paso, dando cada uno con sumo cuidado para no poner en riesgo con el fracaso de una etapa a la gran empresa en su conjunto. Y el paso primero fue lograr la acción unificada de la emigración patriótica cubana, para lo cual fundó el Partido Revolucionario Cubano (PRC), el 10 de abril de 1892.

Electo su Delegado —original manera con que en las Bases del Partido fue denominado su máximo dirigente, a todas luces una forma de enfatizar en la representatividad de este cargo electivo—, Martí concibió esa organización política como ensayo de la “república nueva”; aunque su propósito inmediato era preparar la guerra para la independencia de las dos últimas posesiones españolas en América, pues, en su opinión, el férreo dominio colonial sólo admitía el enfrentamiento mediante las armas.

El Partido —y la guerra—, en su criterio, habrían de organizarse y conducirse con respeto de la voluntad popular y mediante prácticas democráticas. Por eso, el PRC elegía anualmente al Delegado y a todos sus directivos, y hasta el voto directo y secreto de los jefes militares eligió a Máximo Gómez como General en Jefe del futuro Ejército Libertador. De ese modo, las Bases del PRC ofrecieron un sencillo programa republicano basado en “el trabajo real y el equilibrio de las fuerzas sociales”.<sup>50</sup>

Luego, si importante era arrojar a España de la región antillana, ya que —además de la explotación y dominio que la Metrópoli ejercía— ese *status* colonial facilitaba la acción expansionista de Estados Unidos, más importante sería aún para Martí la constitución de la “república nueva” en Cuba y Puerto Rico, y su progresivo alcance al influjo de ambas en la República Dominicana, desde cuyas tres islas tal sociedad republicana autóctona irradiaría su ejemplo sobre el resto del continente. Así, en las que él llamó “las tres islas hermanas” habría de ejercerse, por consiguiente, esa preocupación por los derechos del hombre natural, de manera de no reiterar las repúblicas coloniales e incapaces de asegurar la acción sistemática de sus propios principios de constitución, objetadas por él en su texto “Nuestra América”.

Por ende, las tres Antillas de habla hispana tenían un significado múltiple en la concepción martiana de la identidad continental. De una parte, contribuirían al desarrollo de aquélla por ejercitar “soluciones propias” y “leyes nuestras”, como venía pidiendo desde sus años mexicanos, las que funcionarían como propuestas prácticas para las demás naciones latinoamericanas. Por otra, fundamentarían ese actuar hacia lo propio en la atención a las fuerzas sociales preteridas —el hombre natural—, portadoras de la autotonía frente al “libro importado”, “los letrados artificiales” y “el criollo exótico”, como escribió en “Nuestra América”. Ambos factores, por último, también asegurarían, con sus propios ejemplo y experiencia, la conservación y a la vez la renovación necesaria de los rasgos de la identidad continental, tanto por presentar el camino del abandono verdadero de los rezagos coloniales que estaban limitando la expresión de esa identidad desde las independencias, como por asegurarles a las repúblicas vías de expresión que evitasen la nueva dominación que se inauguraba, contraria a esa identidad de la región.

Este sentido dialéctico, de proceso, a la hora de considerar la identidad, permite a Martí escapar a la tradición liberal del continente, entram-

---

<sup>50</sup> O. c., t. 1, p. 279.

pada en su concepción homologadora entre Estado nacional y nación, incapaz por ello mismo —con independencia de sus condicionantes históricas y sociales— de sustentar en la práctica un proyecto de realización continental. Al mismo tiempo, tal idea martiana que concebía la materialización plena y la culminación lógica de la identidad latinoamericana en su unidad, entendida ésta como un proceso más o menos largo que no implicaba de inmediato la unión entre los Estados, evitaba el cariz voluntarista del ideal bolivariano de unidad, desconocedor en su momento de las particularidades locales, desde las cuales se fueron justificando e implantando en términos históricos los Estados nacionales.

Lúcidamente, el Maestro proclamó como objetivo último de sus ideas y acciones la unidad regional —lícita en virtud de que la fundamentaba en la propia identidad latinoamericana— a partir de su despliegue en y desde las Antillas. Interesante análisis dialéctico el de su pensamiento político: podía avanzarse más fácilmente hacia el deseado futuro de unidad desde los pueblos aún situados en el escalón más atrasado del dominio colonial directo.

“No parece que la seguridad de las Antillas, ojeadas de cerca por la codicia pujante, dependa tanto de la alianza ostentosa y, en lo material, insuficiente, que provocase reparos y justificase la agresión, como de la unión sutil, y manifiesta en todo, sin el asidero de la provocación confesa, de las islas que han de sostenerse juntas, y juntas han de desaparecer, en el recuerdo de los pueblos libres”.<sup>51</sup>

El revolucionario cubano se inscribía de ese modo en el espíritu antillanista manifestado desde mucho antes (Luperón, Hostos, Betances, otros), pero elevándolo ahora a escalón inicial práctico y a fundamento teórico de su proyecto de liberación nacional para América Latina.

Apréciase la hondura de sus juicios a través de la fineza de sus palabras: siguiendo las ideas que había avanzado en sus escritos para *La América*, insiste en que la unidad no debía armarse mediante la alianza “ostentosa”, llamativa, e “insuficiente en lo material”; o sea, sin fuerzas para sostenerse. Es decir, no habría que constituir un Estado unificado en lo inmediato, pues ello da-

ría pretexto, sin capacidad real para impedirlo, para la agresión, a todas luces —aunque no lo explicita en esa frase— de Estados Unidos, empuñado desde mucho antes, como el mismo Martí denunció en más de una ocasión, en posesionarse de las Antillas, o, al menos, de algunos puntos estratégicos dentro de ellas.

Por otro lado, el político convertido en todo un estadista decidido en hallar un equilibrio mundial entre las potencias europeas y los Estados Unidos, introducía también en su proyecto las concepciones sociológicas que, a su vez, le habían abierto la vía hacia la elaboración de ese proyecto.

“En el fiel de América están las Antillas que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder, —mero fortín de la Roma americana;— y si libres —y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora— serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte; que en el desarrollo de su territorio —por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles— hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo”.<sup>52</sup>

Ese papel en el fiel de la balanza americana —por tanto, de equilibrio entre ambas partes de América— era la tarea histórica que, a juicio de Martí, imponían la época y los requerimientos de una identidad urgida de rescatar su autoctonía y de fundamentar su desarrollo futuro. Y ese deber antillano se basaba no sólo en un imperativo histórico e indudablemente ético, sino, también, en las propias condiciones de las sociedades insulares, singular manera martiana de apreciar un mayor desarrollo de éstas en la Modernidad. Cuba y Puerto Rico entrarían a la libertad “con composición muy diferente” a las

<sup>51</sup> O. c., t. 4, p. 405.

<sup>52</sup> O. c., t. 3, p. 142.

de los demás pueblos hispanoamericanos cuando accedieron a la independencia, y aunque disponían “de elementos aún disociados”, era posible “salvarlas y servir las” mediante “la composición hábil y viril de sus factores presentes, menos apartados que las sociedades rencorosas y hambrientas europeas”.<sup>53</sup>

Es decir, Martí reconocía una capacidad en las Antillas para cumplir la tarea histórica que él les asignaba de incorporarse creadora, original y defensivamente a la Modernidad, lo cual sustentaba en los fundamentos sociales de las islas: los pueblos antillanos ni se hallaban tan antitéticamente polarizados —a pesar de que, con realismo admirable, estimaba que en ellas se manifestaban también elementos de disociación— como los del resto de Hispanoamérica cuando alcanzaron la independencia o como la misma Europa que le era contemporánea, a pesar de que ésta fuera prototipo e indudablemente uno de los centros de la Modernidad. Por eso, la “república nueva” buscaría el equilibrio a su interior, sería “con todos y para el bien de todos”, como proclamó Martí en lema feliz ante la emigración cubana de la Florida.<sup>54</sup>

Sin dudas, la plenitud como pensador y político la alcanzó Martí durante sus últimos años de vida, dedicados a las tareas de organizar la guerra independentista. Su concepción acerca de la identidad continental, madurada progresivamente, comenzó a abrirse camino en el terre-

no de la realización práctica a través de la ejecución de su estrategia, liberadora para el continente y de proyecciones universales.

Para el afianzamiento y desarrollo de esa identidad laboró intensamente, al extremo de que su propia obra es hoy símbolo de esa alma continental, dentro de la cual su concepto de *Nuestra América* es elemento esencial. Su criterio del deber latinoamericanista lo llevó a dar su vida en los campos de Cuba, a donde vino a “impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América”.<sup>55</sup>

Nos dejó, además de su ejemplo, su pensamiento, que bien supo él, “no desaparecería”,<sup>56</sup> como escribió también en su última carta inconclusa el día antes de su muerte. Ese, su pensamiento, ha sido y es su principal servicio a su (nuestra) América hoy, cuando ésta se halla situada ante nuevas encrucijadas para su identidad y su destino.

La Habana, diciembre de 1994.



---

<sup>53</sup> Ídem.

<sup>54</sup> O. c., t. 4, p. 279.

<sup>55</sup> O. c., t. 4, p. 167.

<sup>56</sup> O. c., t. 4, p. 170.

# Inaugurada la CASA de ALTOS ESTUDIOS

## ..... Don Fernando Ortiz

En la céntrica esquina habanera de L y 27, a escasos metros

de la impresionante escalinata universitaria, se encuentra la casa, de arquitectura ecléctica con sus columnas jónicas, que fuera del sabio cubano don Fernando Ortiz. Esta edificación fue legada por el distinguido científico a la Universidad de La Habana. En ella residieron, primero, los grupos de investigaciones de la Facultad de Humanidades; luego, los distintos departamentos de historia y otras entidades afines a la Facultad de Filosofía e Historia. El tiempo y el descuido la deterioraron rápidamente hasta llegar a condiciones de inhabitabilidad. Fue entonces cuando se inició un trabajo de rescate de la instalación con la contribución económica de la Facultad de Filosofía e Historia, de la Asociación de Amistad Francia-Cuba, de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana y el aporte voluntario de los profesores del Departamento de Historia.

**E**l edificio está totalmente restaurado y ahora se destina a funciones más ambiciosas. Quizás quede como símbolo del esfuerzo creador de los profesores universitarios del área de historia y, en general, de la Facultad de Filosofía e Historia, no sólo por mantener el trabajo docente e investigativo en las difíciles condiciones que han impuesto estos años, sino, lo más importante aún, por seguir desarrollando el trabajo a escalas superiores. También, queda como monumento pétreo de la amistad y solidaridad de numerosos colegas tanto nacionales como internacionales; en especial, como muestra de la amistad entre Francia y Cuba.

**C**omo tributo a su antiguo morador, este lugar fue destinado justamente a la sede de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, inaugurada en el segundo semestre de este año por el Rector de la Universidad de La Habana y con la asistencia de numerosas personalidades del mundo académico, científico e intelectual cubano. Su objetivo es reunir, en un conjunto de actividades de investigación, posgrados, talleres, seminarios y publicaciones, a los profesores e investigadores cubanos y extranjeros que trabajan las ramas del conocimiento comprendidas en estas ciencias con un carácter transdisciplinario.

**L**a Casa, concebida como alto centro de estudios en el campo de las ciencias sociales, se convierte en el espacio universitario donde: a) se desarrollarán talleres, seminarios, conferencias y otras actividades que incluyen el cuarto nivel de enseñanza, y se promoverán doctorados y la presencia de los más distinguidos intelectuales del país y de otras áreas del mundo; b) se promoverá el intercambio académico y científico con otras instituciones nacionales y extranjeras; c) su esfuerzo se encaminará



al estudio y profundización del conocimiento centrandos éstos en la comprensión de la sociedad cubana, de sus conflictos y perspectivas, así como del conjunto latinoamericano; d) en ella se instalará el Grupo Interdisciplinario sobre Pensamiento y Acción en América Latina, Cuba y el Caribe (GIPALCC); e) se desarrollarán series de investigaciones, temáticas y encuentros concernientes a las problemáticas cubana, caribeña y latinoamericana; f) se desarrollará una biblioteca especializada de historia de Cuba, América Latina y el Caribe; g) la Casa cuenta con un centro de información y de computación que permitirá una mayor actualización del conocimiento a los investigadores; h) teniendo en cuenta los donativos hechos por la embajada de Francia en Cuba y otras instituciones francesas, se creará la Biblioteca Víctor Hugo, dedicada a autores franceses de ciencias sociales y filosofía; i) se funda Ediciones Imagen Contemporánea con un perfil correspondiente a libros de autores cubanos o extranjeros vinculados a las temáticas objeto de promoción y estudio por la Casa, así como la publicación de la revista de estudios históricos y socioculturales *Debates Americanos*, como un modo de insertarse en el mundo intelectual cubano mediante la reflexión y los resultados investigativos de profesores e investigadores, tanto de la Universidad como del resto del país y del extranjero.

**E**n el edificio, que queda bajo la responsabilidad y cuidado de la Casa de Altos Estudios, también tienen su residencia: el Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía e Historia; las cátedras integradas a la Facultad de Filosofía e Historia que son la Voltaire con la embajada de Francia, la Benito Juárez con la embajada de México, la Simón Bolívar con la de Venezuela y la Eloy Alfaro con la de Ecuador; a ellas también se une la Raúl Prebisch de pensamiento cubano y latinoamericano. La Casa se honra con la presencia en ella de la Fundación Fernando Ortiz dirigida por el investigador y ensayista Miguel Barnet.

**S**on numerosas las actividades con que se inicia este alto centro de estudios e investigaciones. El coloquio con el Colegio Internacional de Filosofía de París, la presentación de su primer libro *La Historia y el oficio de historiador*, así como del segundo número de *Debates Americanos* y la continuación de los ciclos de seminarios de GIPALCC, entre otros, constituyen las primeras cartas de presentación de este esfuerzo académico e intelectual.

**L**a Universidad de La Habana abre sus puertas a todos aquellos que, de un modo u otro, deseen contribuir al desarrollo de nuestra cultura, a la profundización de las ciencias sociales cubanas y al honesto empeño de continuar por el camino, dificultoso y complejo, del desarrollo de un pensamiento interno que hunde sus raíces en lo más intrincado de la cubanidad.

# La historia nos obligará a repensar el mundo actual

**Entrevista a Guy Bois** Al acceder a la solicitud del director de *Debates Americanos*, el destacado intelectual francés nos hace partícipes de un interesante diálogo, en el cual reflexiona como historiador acerca de temas de nuestra contemporaneidad histórica. ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ●

*En abril de 1995 —expresa Eduardo Torres-Cuevas—, estando en París, Guy Bois me concedió la siguiente entrevista, después de haberle explicado mi interés por conocer sus actuales puntos de vista como historiador. Confieso que hace unos años, cuando leí su trabajo “Marxismo y nueva historia”, escrito en 1976, me llamó la atención el modo en que enfocaba esa relación. Mi interés se centraba en dos aspectos. ¿Seguía Guy Bois sosteniendo las mismas concepciones casi 20 años después? Por otra parte, los fogonazos*

**TRADUCCIÓN  
Sophie Andioc**

*de aquel artículo, avalado por su libro ya consagrado sobre los mecanismos de la economía feudal europeo-occidental, si bien permitían comprender la concepción marxista del autor, no eran explícitos en algunos de los aspectos bases de dicha concepción. Por tanto, ¿cuáles eran los sostenes de ese modo de trabajar la historia y, en particular, del marxismo que decía practicar? Existía, además, otra motivación. En los seminarios del grupo que dirigimos, junto con mi colega Alberto Prieto, en la Universidad de La Habana*

(GIPALCC), se había celebrado un ciclo sobre la Nouvelle Histoire y el artículo de Guy Bois había sido discutido apasionadamente. Así, pues, ¿cómo no aprovechar esta estancia en París para dialogar con el polémico historiador?

Aquella tarde, Guy Bois nos había citado a su departamento en la imponente Universidad de París VII. Ya con anterioridad poseía el cuestionario que habíamos redactado. Conversador locuaz, nervioso, que casi atropella las palabras, apasionado con sus ideas, me ofreció una deliciosa tarde, gracias a la activa forma en que se comunicaba conmigo y a su interés por mi persona, por mis colegas y por mi país, cuya historia también le apasionaba y quería conocer mejor. Así, pues, organizó las respuestas del modo en que mejor quiso, violando cada vez que lo necesitó la estructura del cuestionario. Esto hizo más fluido el diálogo y le dio coherencia a sus ideas. Al terminar aquella tarde, además de haberme obsequiado el diálogo creador y la comunicación fresca y abierta, me entregó su último libro, *L'an mil*, con una cariñosa dedicatoria y cuya lectura me ha producido más de una sonrisa picaresca. En él, Guy Bois arremete contra una de las concepciones más tradicionales de la historia universal: el fin de la esclavitud con la caída del imperio romano. El hecho político no pudo determinar los profundos cambios de estructuras. Hasta el año mil no se observaron los cambios de época que determinarían la crisis definitiva de la esclavitud en Europa occidental. La obra es una propuesta metodológica, basada en un profundo estudio factual de fondos hasta entonces poco trabajados o desconocidos. Y el marxista Guy Bois, que no renuncia a las esencias, demuestra qué es hacer historia a su modo de ver: no es reproducir los seguros lugares comunes; es indagar, sumergirse en los elementos multiestructurales de una época para hallar su coherencia y sus lógicas internas.

Por las características de las respuestas, he sustituido el esquema original por el resultado del diálogo. Y no hay pretensión en el entrevistado de sentar cátedra, sino de seguir buscando en la historia y en las propuestas para hacer historia. Ya oscurecía cuando juntos salíamos y, aceptando su invitación, tomábamos una cerveza. Me

sentía satisfecho de saber que en todas partes, quizás escasos, pero reales, activos, los historiadores que verdaderamente toman en serio el oficio, en esta época de vacíos, confían y trabajan en lograr un nuevo salto de calidad en la producción historiográfica, independientemente —y gracias a ellas también— de las polémicas que se susciten alrededor de las tesis elaboradas. De las convergencias y las divergencias.

**G.B.:** Para ser breve, mi punto de partida es la constatación de las dificultades del marxismo, en tanto teoría del desarrollo histórico. Dificultades que, para mí, se explican por su transformación en ideología de Estado. El paso de la actitud crítica y científica a la ideología de Estado es el origen de esas dificultades. Y éstas se manifestaron, en cuanto a su forma, en el enunciado de las famosas leyes del materialismo histórico, de la teoría de los modos de producción sucesivos, de la ley de correspondencia entre fuerzas productivas y relaciones de producción, etcétera., que considero sencilla y llanamente como una teología, sin referencias a las realidades históricas. Se pasó, pues, del análisis crítico de Marx a un enfoque teológico.

El proceso llegó muy lejos en la Unión Soviética, llegó hasta su término. El término, es cuando los historiadores consideran que se ha llegado a un punto de remate en el conocimiento histórico. Y sólo citaré una anécdota para ilustrarlo. Hace unos 15 años, en un coloquio en Polonia donde había ilustres académicos e historiadores soviéticos, éstos nos explicaron con un optimismo tremendo que los grandes problemas estaban resueltos, que se había resuelto el paso del esclavismo al feudalismo, del feudalismo al capitalismo, del capitalismo al socialismo. Ya no voy a hablar más de este enfoque. Es todo lo contrario del pensamiento científico. En cuanto a mí, siempre fui ajeno a este enfoque teológico. Incluso había denunciado expresamente esta actitud en mi tesis de doctorado (*Crisis del feudalismo*), en la cual me había opuesto totalmente a todo esto; y se había criticado en la Unión Soviética, y también en Francia. Me tacharon de revisionista y de estructuralista.

**E.T.-C.:** A todos los que no estaban dentro del enfoque soviético se les acusó de revisionistas. Sin embargo, creo que hay que añadir otra dificultad: el marxismo es también una teoría de la transformación social y, por tanto, de la revolución. Entonces, la dificultad reside en la relación entre ciencia-proyecto político de cambio. Su transformación en ideología de

**siempre me he considerado marxista (...) hoy sigo conservando esta orientación**

Estado estuvo acompañada —en no pocos casos— en dar por sentado que ya los cambios estaban concluidos y no en que el movimiento revolucionario no podía ser paralizado por las estructuras de poder. El problema fue doble: por una parte, el abandono del pensamiento crítico y científico de Marx, y, por otra, la conversión de su teoría revolucionaria en ideología de Estado; de lo crítico a lo justificativo.

**G.B.:** Todo eso, para decirle que para mí las cosas están claras. Pero al mismo tiempo, siempre me he considerado marxista. E incluso hoy, sigo conservando esta orientación. Y usted preguntaba: ¿tuvieron una incidencia los acontecimientos de Europa del Este, del muro de Berlín, en la evolución intelectual? Para mí, personalmente, ninguna. Es un naufragio, pero no el mío. Al contrario, creo que fortaleció mis posiciones, mis actitudes, en vez de incitarme a renunciar a ellas. Dicho esto, voy a tratar de definir los dos ejes principales de mi propio enfoque.

El primer eje es una voluntad de regreso al pensamiento crítico de Marx. Más exactamente a las exigencias, a las primicias iniciales del pensamiento de Marx. Y en particular de su pensamiento en el momento en que estudia la sociedad capitalista; es decir, en el momento en que escribe *El capital*. Es una de las razones por las que me tacharon de althusseriano, lo cual es totalmente cierto, pero sí hay algo... Bueno, pero volveré sobre este problema. ¿Qué significa volver al pensamiento crítico de Marx? Recuerdo dos cosas principales en Marx.

El primer principio que hay que recordar en Marx es que la materia histórica, la historia de las sociedades humanas, es algo aprehensible por el espíritu humano. Dicho de otro modo, es un postulado racionalista. A saber, en el funcionamiento de las sociedades hay una relativa coherencia. Una coherencia complicada, hecha a la vez de correlaciones entre todo tipo de fenómenos y de procesos de larga duración. Hay procesos históricos que bien muestran que las cosas están organizadas: el proceso de concentración en la economía capitalista es evidentemente un proceso muy potente que muestra, en cierta medida, una organización en el funcionamiento social. Es decir, considero, como Marx, que en las sociedades humanas funciona todo tipo de sistemas. No sólo grandes sistemas, macrosistemas, sino incluso microsistemas que funcionan en la sociedad y cuyo funcionamiento hay que tratar de entender. Ésta constituye la meta de la historia. Parto —y esto es algo muy importante, como usted verá, desde el punto de vista de la actitud que tengo con respecto a la *Nouvelle Histoire*— de este postulado racionalista. O sea, puede entenderse. No digo que todos, pero sí que muchos seguidores de la *Nouvelle Histoire* dicen: no estamos seguros de que podamos entender. Y muchos dicen: de todas formas, no entenderemos nunca nada.

Cuando parto de este punto de vista, significa también que el marxismo es, ante todo, un método y, sobre todo, sólo puede ser un punto de partida. No un punto de remate en el conocimiento de las sociedades. Lo cual significa también que hay que extender al estudio de todas las sociedades, lo que Marx había empezado para el estudio del capitalismo del siglo XIX. Tanto de las sociedades posteriores del siglo XX como de las sociedades anteriores. Precisamente, lo que muchos marxistas oficiales nunca quisieron hacer. Voy a explicarme: no sólo no lo hicieron, sino que le dieron la espalda a este enfoque, porque consideraban que, en lo esencial, los problemas estaban resueltos. Se combatía a quienes adoptaban este enfoque, porque supuestamente no tenían en cuenta los resultados teóricos del marxismo, desde su punto de vista. Esto no es cierto. Justamente se tra-

ta de lo contrario. Partir del método y reafirmar lo que es verdaderamente la teoría, no las conclusiones parciales o circunstanciales. También implica que hay pocos historiadores marxistas

creadores y científicos. Sólo existen en los márgenes, por decirlo así. Sólo pueden existir en los márgenes; porque esto supone, al principio, todos los riesgos de una ruptura epistemológica completa. Con todos

los peligros que esto conlleva. Ilustraré: considero historiador marxista creador, a autores como Moses Finley, especialista de las sociedades antiguas, con un libro extraordinario titulado *La economía antigua*, traducido a todos los idiomas y que seguro tienen también en Cuba. Pongo en la misma categoría al polaco Witold Kula, historiador, economista (*Teoría económica del sistema feudal*); en cierta medida —pero resulta más complicado—, al inglés Maurice Dobb. Pero son realmente casos excepcionales. Y a toda esa gente, se le reprochó hacer estructuralismo. Ésta fue la crítica. Dobb es el límite.

**E.T.-C.: Hubo una polémica, la de Dobb y Sweezy...**

**G.B.:** Sí, es verdad. Sweezy recibió más golpes. Es distinto. La crítica —lo digo ya que es realmente un punto candente— de los marxistas dogmáticos a esos historiadores se entiende fácilmente. ¿Por qué? Porque, cuando estos historiadores analizan las estructuras del funcionamiento social, las estructuras

de un sistema social, tienen que resituar el factor lucha de clases en un conjunto más amplio. Dicho de otro modo —y también tengo este enfoque—, están obligados a referir el papel de la lucha de clases en el conjunto del desarrollo

histórico. Porque está la lucha de clases, pero también están todos los grandes mecanismos que funcionan alrededor de la lucha de clases. Uno puede ser acusado de revisionista porque está obligado a colocar la tesis de la lucha de clases dentro de una explicación mucho más compleja vinculada con el carácter multiestructural de las sociedades. Así deja de ser *el deus ex machina* que lo explica todo. Éste constituye un punto de conflicto. Terminaré sobre este primer punto. Parto de la primera exigencia de Marx: hay que tratar de entender, dentro de lo posible —nunca se entiende completamente—, el funcionamiento global de una sociedad. Éste es el objetivo que hay que conservar. Ésta es la dirección que hay que mantener siempre, para mí, en la investigación histórica, aunque sea un objetivo que nunca se alcance. Pero es al mismo tiempo el horizonte que hay que conservar siempre, o si no, es mejor dedicarse a otra cosa, resulta mejor cambiar de oficio.

**E.T.-C.: Y ése constituía uno de los problemas que siempre discutíamos. Es decir, el carácter de la historia. Para el historiador, el objetivo, el horizonte, es la historia total, pero él no llega a ser nunca un historiador de la totalidad.**

**G.B.:** Y si no, es mejor dedicarse a otra cosa. Ésta es la primera exigencia de Marx. El primer principio, y yo me mantengo fiel ciento por ciento a esta orientación. Después del principio de coherencia, hay que recordar el segundo principio: el trabajo es el centro de la historia humana. El trabajo. No necesariamente la economía, pero sí el trabajo. El trabajo; es decir, la manera como trabaja la gente, se organiza en el trabajo, se reparte los frutos del trabajo. Todo lo que tiene que ver con esto, es el centro de la historia social. Y, para mí, el materialismo significa esta primacía del trabajo en la historia de las sociedades. Pero no significa la primacía de la economía o de la infraestructura sobre las superestructuras. Esta teoría de las instancias, de las infraestructuras, de las estructuras, de las superestructuras, no está en Marx sino en la teología posterior, y en la teología soviética. Y esta teología quiso separar y oponer lo que en francés se llama *le matériel et*

---

**regreso**  
**(...) a las exigencias,**  
**a los principios**  
**iniciales del**  
**pensamiento de Marx**

---

**el marxismo es, ante**  
**todo, un método**  
**y, sobre todo,**  
**sólo puede ser un punto**  
**de partida**

*l'idéal* —lo material y las ideas— (los términos son de Godelier); es decir, lo que tiene que ver con la materia y lo que tiene que ver con el conjunto de las ideas —incluye las mentalidades, la ideología, etc.; todo lo que no es material—.

---

***el funcionamiento  
global de una sociedad.  
Éste es el objetivo  
que hay que conservar.  
Ésta es la dirección que  
hay que mantener  
siempre, para mí,  
en la investigación  
histórica***

Mientras, en realidad, la interpenetración es total entre lo material y las ideas. Constituyen dos áreas totalmente entremezcladas. Por ejemplo: el trabajo. El trabajo tiene que ver tanto con las ideas como con lo material; no sólo con las fuerzas productivas y la organización de la producción, sino también con la cabeza de los hombres, con su funcionamiento mental en el trabajo. Como puede usted apreciar, la primacía, no la veo necesariamente como una primacía de las estructuras materiales. Y al mismo tiempo considero, sin embargo, que sigo en la línea del materialismo. Citaré un ejemplo del que traté en mi libro: la cuestión del final de la esclavitud en Europa occidental. Este final de la esclavitud, lo situó como otros en el límite entre los siglos x y xi. Y acerca de este problema, los historiadores marxistas tradicionales le dirán que es el resultado de una contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción, que la esclavitud ya no se adecuaba a la época; o le dirán que es el resultado de la lucha de clases entre los esclavos y sus amos. En realidad, tuve que subrayar que el papel de los factores de ideas, de los factores ideológicos en particular, había sido verdaderamente considerable, al menos tan importante como los demás factores. Es decir, llegó un momento en que la situación cultural de Occidente hacía inaceptable el mantenimiento de la esclavitud. Todo esto para explicarle cómo me situó respecto al materialismo. O sea, lo materialista es el hecho de considerar que no constituyen instancias, sino que las funciones del trabajo resultan primordiales, y esto integra al mismo tiempo lo material y lo cultural.

En la fidelidad a Marx, éstas son las dos primicias, los dos puntos de fidelidad. Dicho esto, no soy un teórico de la historia y me limito simplemente a explicarle cuál es mi enfoque concreto en mi campo de estudios propio. No pretendo hacer una teoría epistemológica nueva. Es, simplemente, la actitud que adopto respecto a la Edad Media. Y tratándose de aquella época, la consecuencia muy sencilla es que considero que el feudalismo no es una noción que surgió como resultado del marxismo; aún hoy no conocemos la verdadera identidad del feudalismo; la conocemos mal, es un campo de investigaciones todavía enteramente nuevo. Parto de este punto de vista, sin ningún punto de referencia teórico mayor. Pienso, pues, que hay que mirarlo con ojos nuevos, exactamente igual que Marx mira el capitalismo del siglo xix. Y hay que tratar de descubrir las coherencias propias de esta sociedad y sus lógicas de funcionamiento. Y si no se hace, se es empírico en cierto modo —hay distintas maneras de serlo—, o puramente dogmático, y se repiten cosas que supuestamente se saben. Si se hace, implica el cuestionamiento radical de los supuestos conocimientos sobre el sistema feudal. Por eso, en parte me acusan de althusseriano, por esta posición radical.

**E.T.-C.: También a todo el que ha hecho este tipo de enfoque le ponen normas althusserianas; es una etiqueta.**

**G.B.:** A mí no me molesta, porque Althusser me gustaba mucho y lo conocía bien. No lo tomo como un insulto. Tenía mucha admiración por él. Es el hombre más inteligente que he visto en mi vida. No niego mi tendencia althusseriana, sino que simplemente creo que no es exacto reducirme a lo que asumí de él. Porque la diferencia radica en que él era un filósofo hiperteórico que no entraba en el campo de las mismas ciencias, y yo me ciño a mi campo reducido y no soy ningún filósofo. Trabajo con las herramientas que me convienen, mientras a Althusser no le interesaba mucho entrar en la historia o en otra ciencia como la sociología. Miraba todo esto desde lejos.

Éstos son los primeros elementos de la actitud que llamo fidelidad a las exigencias de Marx,

a las exigencias de coherencia y, finalmente, al materialismo de Marx. Pero la fidelidad no es suficiente. No es suficiente, porque hace más de 100 años y hasta casi 150 años que Marx escribía, y porque muchas cosas se han producido en los campos intelectuales en el mundo desde hace 150 años. Por otra parte, Marx nunca concibió el marxismo como un sistema de pensamiento cerrado. Y lo que lo caracteriza más a él es que tomó elementos de las ciencias sociales de entonces, sobre todo de la economía política. Muchas de las ideas del marxismo se encuentran en Ricardo, en Adam Smith, en todos los pensadores de las ciencias económicas de su época y, por consiguiente, tenemos que hacer lo mismo que él. Es decir, hay que utilizar todas las posibilidades que ofrece para los historiadores el desarrollo, en los últimos 50 años, del conjunto

---

***Y, para mí, el materialismo significa esta primacía del trabajo en la historia de las sociedades***

de las ciencias humanas. Esto está claro: hay que estar totalmente abierto a la antropología, o a la sociología, o, incluso, al psicoanálisis, etc. Resulta indispensable estar profundamente abierto a todos los aportes de las ciencias humanas. No sólo de las ciencias nuevas, o jóvenes, como las que acabo de enumerar, sino también de las antiguas como la economía política.

En este punto preciso, vuelvo a los problemas planteados por el desarrollo de la *Nouvelle Histoire* desde la década del 70 y del 80. Porque la *Nouvelle Histoire* preconiza la utilización de las ciencias humanas, de las ciencias sociales. En el fondo, preconizaba tres cosas: recurrir a las ciencias humanas, al desarrollo de la historia de las mentalidades y al desarrollo de métodos cuantitativos —pero esto es más técnico, más secundario—. Esto me lleva a decir —ya que me lo preguntó— que en el fondo no he cambiado ni un ápice con respecto al artículo que escribí sobre “Marxisme et Nouvelle Histoire” en 1976. Es decir, como en 1976, sigo de acuerdo con ellos cuando se trata de decir: ensanchemos los campos, descubramos los campos nuevos de la his-

toria, y no sólo los que se han examinado de modo tradicional. Hay nuevos objetos de la historia. Apelemos, repito, a todas las ciencias sociales, pero con una condición: la de mantenerse muy firmes en cuanto a las exigencias racionalistas anteriormente planteadas.

**E.T.-C.: ¿En el sentido de lo que ha sido la fragmentación dentro de la historia?**

**G.B.:** Precisamente, con tal de tener el cuidado de buscar la coherencia de los sistemas sociales y no querer destruir *a priori* y previamente dicha coherencia a favor de un impresionismo histórico borroso. Ésta era la recomendación que daba en 1976. Cuanto más se quiere hacer *Nouvelle Histoire*, más hay que poner estos métodos al servicio de las ciencias históricas y de los métodos históricos. E insisto: ponerlos a su servicio, y no sustituir los métodos históricos por los métodos de las ciencias sociales. En 1976 temía que se produjera una evolución de este tipo; es decir, una evolución hacia una fragmentación. Y hay que tratar de entender históricamente los motivos del desarrollo y del entusiasmo por la *Nouvelle Histoire*. Muchos jóvenes investigadores estaban entonces atrapados entre, por una parte, una historia tradicional, totalmente desprovista de aliento, una historia conservadora en sus métodos, y, por otra, el marxismo escolástico con sus corrientes puramente economicistas. Digo historia marxista o influida por el marxismo, porque también era el caso de gente como Labrousse, quienes hacían una historia cada vez más larga, cada vez más pesada, cada vez más toscamente materialista. La ola de la *Nouvelle Histoire* se explica por la necesidad de escapar de ese dilema. Y ésa era su dimensión positiva. Por otra parte, y por suerte, en esos tiempos comenzó una fuerte renovación del marxismo, y esa renovación se tenía en cuenta por quienes asumían las posiciones más simplistas. Pero también escapar constituía la solución fácil, porque era el modo de hacer muy fácilmente algo nuevo desde el punto de vista histórico. Bastaba con estudiar el sexo o con estudiar a las videntes y cartománticas para figurar en la vanguardia de los ejércitos históricos, si puedo llamarlos así.

Muchos jóvenes investigadores se lanzaron sin mucho discernimiento en tal enfoque. No se trata de reprochárselos. No es un juicio de valor, sólo una constatación. Pero la vía que yo trataba de preconizar en 1976 es una vía, a todas luces, extremadamente difícil. Consiste en preconizar al mismo tiempo el ensanchamiento, la respiración de la *Nouvelle Histoire*,

**Resulta indispensable estar profundamente abierto a todos los aportes de las ciencias humanas**

y el rigor respecto a las exigencias del marxismo; es una vía casi imposible, el filo del cuchillo, para emplear una fórmula de Pierre Vilar. Es caminar por el filo del cuchillo. Además, había dos razones que me preocupaban en 1976 acerca de la *Nouvelle Histoire*. La primera razón es la mediatización de la promoción de la *Nouvelle Histoire*, la mediatización por la intervención masiva de los medios de comunicación en la promoción de esta corriente historiográfica. Y, a mi modo de ver, tuvo efectos desastrosos en la deontología científica, porque finalmente se llegaba a un desarrollo de la historia piloteada por la prensa. La buena historia era la que les gustaba a los periodistas. La segunda razón era la instrumentalización de la *Nouvelle Histoire* en el campo intelectual francés, diría que en una lucha por las posiciones de poder. La conquista de posiciones dominantes, con todas las implicaciones políticas que necesariamente tenía, las consecuentes redes de clientela y medios considerables, no sólo en Francia sino con la intervención de intelectuales en toda una serie de países.

Por todas estas razones, pienso que he conservado una actitud clara respecto a estos fenómenos. Esta actitud consiste en estar abierto en el fondo a la realidad del problema intelectual; es decir, a la necesidad —repito— de la máxima apertura, manteniéndome al mismo tiempo a distancia de la operación político-mediático-intelectual. Y éste es todo mi distanciamiento con Le Goff. No somos adversarios, pero no tenemos complicidad recíproca. Pienso que en la ola de la *Nouvelle Histoire* —por decirlo así— había de

todo, cosas buenas y cosas malas, ambas cosas, porque no tengo un juicio negativo. Pero esta ola ya pasó. Trajo una cantidad de cosas nada despreciable, creo. Permitted progresar en varios sectores muy importantes. Pienso en particular en la historia de las estructuras familiares. Progresos también nada despreciables en el estudio de las mentalidades y de la ideología. Pero el balance de los últimos 20 años parecerá escaso. Y uno no puede dejar de preguntarse cuál es la gran obra significativa de esta corriente desde hace 20 años. No la hay. Ni el equivalente de Marc Bloch, ni el equivalente de Lucien Febvre, ni el equivalente de Braudel. No sólo eso, sino que también el reflujo en Francia —porque habrá desfases— ya ha empezado. Y no me alegra esto, en cierta medida porque el reflujo se inicia en provecho de la historia tradicional.

**E.T.-C.: En casi todas partes, no sólo aquí.**

**G.B.:** Sí, será en todas partes, sé que será en todas partes.

**E.T.-C.: Es mi preocupación.**

**G.B.:** Sí, claro. Por eso digo que no me alegra. Esto, para mí, resulta revelador —y en cierto modo es mi conclusión— de la situación actual; es decir, una situación de atolladero intelectual que, naturalmente, no sólo es un atolladero intelectual, sino un atolladero histórico. Es decir, los racionalismos de ayer han muerto, los de mañana todavía no han nacido y se oscila por oleadas entre el regreso a la tradición y las falsas innovaciones.

**E.T.-C.: Y entre estos racionalismos que han muerto, ¿usted incluiría también el marxismo?**

**G.B.:** En todo caso, el marxismo a través de las exigencias que podía tener y que había comunicado a otras corrientes de pensamiento está en peligro. Ilustraré: muchos historiadores, aunque acusaban de dogmático al marxismo, habían sido estimulados por las exigencias racionalistas del marxismo. Pienso en Marc Bloch, también en Labrousse. Son historiadores que habían sido llevados a esta exigencia por el marxismo. Pienso

que este atolladero de hoy, como le decía, no sólo es un problema de la historia; es un problema del pensamiento, de un modo más global, e, incluso, un problema del devenir de las sociedades. No sólo es un atolladero del pensamiento histórico, como decía, sino un atolladero completo.

**E.T.-C.:** En este sentido, un enfoque totalizador, desde una perspectiva marxista, de la realidad actual —cuando digo marxista no me aproximo al llamado marxismo dogmático y simplificador, sino a la propuesta de un marxismo racional capaz de ver en su totalidad a la sociedad y analizar los cambios actuales desde hoy y desprovisto de los instrumentales viejos, captando nuevas formas de interpretar esta realidad—, ¿no sería también un modo de aproximarnos a una respuesta, a una salida?

**La historia nos obligará a repensar el mundo actual, y por tanto, también el mundo de antes**

**G.B.:** Es lo que estoy tratando de hacer, pero quedan caminos muy estrechos, muy difíciles de seguir y, necesariamente, serán seguidos por muy poca gente. Y, sin embargo, hay que seguirlos, en tanto se tengan fuerzas para hacerlo. Pero resulta muy pesimista. Es toda una reconstrucción. Todo esto para decirle que no es nada divertido.

**E.T.-C.:** La realidad no siempre es alegre.

**G.B.:** Lo que le estoy diciendo ahora, lo expreso en mi último libro (*L'an mil*) de forma experimental. Es un libro que ha desatado una polémica de una violencia terrible. Me dieron golpes por todos lados. Todos: los empiristas, la *Nouvelle Histoire* y, sobre todo, los marxistas dogmáticos. Pero es igual: ha sido traducido en todas partes.

**E.T.-C.:** A veces eso es un placer. No sé en el caso suyo, pero para mí desarrollar la historia y el pensamiento enfrentando tendencias que, en mi opinión, no contribuyen a la com-

**preñión de la realidad, ya sea histórica o presente, es un placer; el placer de crear frente a la inacción. Me siento muy bien cuando lo que escribo invita a la reflexión.**

**G.B.:** Pues mi conclusión es que hay que construir un nuevo racionalismo que tenga directrices del marxismo crítico, pero también del estructuralismo, que necesariamente se desarrollará y que habrá que repensar. La historia nos obligará a repensar el mundo actual y, por tanto, también el mundo de antes. Pero sólo es el inicio. Y a menudo comparo esta situación de atolladero con la que conoció la Europa intelectual entre finales del siglo XIII, la fosilización del pensamiento de Santo Tomás de Aquino, de la escolástica medieval, y el nuevo racionalismo; es decir, Descartes. Hicieron falta, entre el derrumbe del racionalismo aristotélico codificado por Santo Tomás de Aquino y el advenimiento del nuevo racionalismo cartesiano, unos 250 años. Y también se correspondía con un atolladero del sistema social; o sea, el sistema feudal ya estaba en proceso de desmoronamiento y el capitalismo no podía desarrollarse ni sustituirlo. Y, aunque me salgo un poco del tema, significa que hace falta que haya una maduración muy larga, nuevas condiciones culturales, para que haya un cambio histórico. Esto es, en pocas palabras, lo que quería decirle.

**E.T.-C.:** ¿Es decir, estaríamos más o menos como en el siglo XIV? ¿Es la idea?

**G.B.:** Más o menos. Se lo digo a menudo a mis estudiantes.

**E.T.-C.:** Sólo que el ritmo histórico es más rápido.

**G.B.:** Sí, pienso que los ritmos se han acelerado, y quizá no tengamos que esperar 250 años.

# La historia que viene **carlos**

**Barros** Para el profesor Carlos Barros, especialista de Historia Medieval en la Universidad de Santiago de Compostela, resulta de **importancia mayor** la búsqueda de saber qué historia se hace, o mejor, **qué historia debe hacerse**. Para ello nos entrega en estas páginas un artículo que, a manera de **16 tesis**, deviene **propuestas** que, como él bien ha significado, **expresan** "los criterios que nos parecen fundamentales para alcanzar el nuevo consenso historiográfico en proceso de gestación, con el fin de alentar el debate contribuyendo a centrarlo y promoviendo la disidencia, conscientes de que todavía estamos en el camino: no ha terminado la transición al paradigma histórico común del siglo xx, ni siquiera es inevitable". ● ● ● ● ● ● ● ● ● ●

La manera de escribir la historia implantada entre los historiadores profesionales a partir de la Segunda Guerra Mundial, la historia entendida como ciencia, de cuya puesta en práctica resultó una historia económico-social, estructural y objetivista, que propugnó la ambición ideal de una historia ideal, de una historia total y la necesidad de estudiar el pasado para comprender el presente y construir un futuro mejor, ha sido fuertemente cuestionada a lo largo de la pasada década, al tiempo que entró en crisis el proyecto

filosófico común que la sustentaba, la idea ilustrada del progreso.

Hasta aquí la evidencia. Resulta menos claro para todos, y la razón de ser de este trabajo es intentar explicitarlo, el hecho de que la comunidad de historiadores ha ido formulando, a la vez que la crítica, nuevos consensos sobre cómo ejercer la profesión, con frecuencia sin saberlo, porque el proceso de las nuevas convergencias se produce más en la práctica que como consecuencia de un debate explícito. Por algo se dice,

y con mucha razón, que la crisis finisecular de la historia —pensemos, sobre todo, en el papel decreciente de los historiadores y de la historia en la sociedad— está acompañada de un formidable incremento de la producción historiográfica, que ha renovado enormemente temas y métodos, pero de una manera desigual, sin demasiada reflexión, sin orden ni concierto,<sup>1</sup> lo que limita gravemente y aun puede dar al traste con los posibles resultados. Nuestras primeras propuestas quieren ser, justamente, sobre la forma en que las comunidades científicas, en general, reconstruyen a través de procesos críticos su acervo común.

Nos interesa más, en esta ocasión, saber qué historia se hace y, sobre todo, qué historia debe hacerse —con lo cual sobrepasamos consciente y críticamente la función notarial—, que las reprobaciones, en algunos frentes muy generalizadas, a las “nuevas historias” que han caracterizado las historiografías del siglo xx, y cuya vigencia en gran medida no dejamos de reivindicar, siempre y cuando aceptemos —desechando, por tanto, cualquier espíritu numantino— todo aquello que está superado por la práctica científica en general, y por la práctica de los historiadores en particular, así como las nuevas necesidades sociales, culturales y generacionales, a las que la historia y las ciencias sociales deben responder en este acelerado fin de siglo, iniciado en 1989, que en un principio impulsó tremendamente las críticas posmodernistas —y aún más las premodernistas— para en un breve plazo animar una racionalidad renovada, una nueva ilustración, una reformulación de la idea de progreso que tome en consideración errores y fracasos; esfuerzo intelectual con el que nos sentimos identificados.

Enunciaremos brevemente, mediante 16 tesis o proposiciones argumentadas, los criterios que nos parecen fundamentales para alcanzar el nuevo consenso historiográfico en proceso de gestación, con el fin de alentar el debate contribuyendo a centrarlo y promoviendo la disidencia, conscientes de que todavía estamos en el camino: no ha terminado la transición al paradigma histórico común del siglo xx, ni siquiera es inevitable.

► 1 *La historiografía avanza a saltos, y no por simple acumulación, según las decisiones consensuadas en cada momento por la comunidad de historiadores.*

En cualquier libro de historiografía que se aprecie, se explica el progreso del conocimiento histórico jalonado por rupturas en la forma de escribir la historia.<sup>2</sup> Han sido particularmente importantes: el cambio traumático de la historia metafísica, sagrada o literaria, a la historia positivista en el siglo xx, y la revolución historiográfica del siglo xx, protagonizada por la escuela de *Annales* y el materialismo histórico, contra el concepto positivista de la historia. Precisamente, este modo de concebir la historia, a través de revoluciones disciplinares, es deudor de la concepción materialista de la historia.

Pues bien, Thomas S. Kuhn, un físico reconvertido en historiador de la ciencia, aplicando a su manera el método de la historia al devenir del conocimiento científico, singularmente referido a las ciencias de la naturaleza, ha revolucionado la filosofía de la ciencia a partir de los años 60,<sup>3</sup> poniendo en muy graves aprietos a las, en aquel momento, dominantes concepciones neopositivistas (encabezadas por Popper) que han coartado, mucho más de lo que se piensa, el desarrollo del programa historiográfico inicial del materialismo histórico y de *Annales*.

A diferencia de los positivistas, viejos y nuevos, Kuhn sitúa el origen de las certidumbres científicas más en las decisiones sucesivamente

<sup>1</sup> Los Congresos Internacionales de Ciencias Históricas ya no desempeñan como en la posguerra, un papel vertebrador y orientador de la disciplina histórica.

<sup>2</sup> Al contrario que los libros de texto de las ciencias físicas, los libros de historia de la historia tienden a disimular los elementos de continuidad en beneficio de las diferentes escuelas y teorías historiográficas.

<sup>3</sup> Thomas S. Kuhn: *La estructura de las revoluciones científicas*, México, 1975 (Chicago, 1962); *La función del dogma en la investigación científica*, Valencia, 1979 (Nueva York, 1963); *Segundos pensamientos sobre paradigmas*, Madrid, 1978 (Illinois, 1973); *La tensión esencial. Estudios selectos sobre la tradición y el cambio en el ámbito de la ciencia*, México, 1983 (Chicago, 1977).

te consensuadas, tras períodos de crisis y de rivalidad de teorías, por la comunidad científica de cada disciplina, que en la verificación (o falsación) empírica, por lo demás indispensable. La aplicación a las ciencias sociales y humanas de los descubrimientos de Kuhn se infiere de sus propias deudas explicitadas con la historia —y también con la sociología, la psicología social y la epistemología—,<sup>4</sup> al estudiar la historia de las ciencias físicas, y aún más de la propia experiencia de la historiografía, que no por casualidad suscita hoy la atención creciente de los historiadores, que así y todo nunca han llegado tan lejos, como Kuhn, a la hora de sistematizar teóricamente la evolución histórica de la ciencia; en nuestro caso, la ciencia de la historia.

En las pasadas décadas, el interés de Kuhn y de otros científicos por la historia no se ha correspondido con un interés recíproco de los historiadores por la historia de la ciencia y la filosofía de la ciencia. La razón reside en la separación vigente, a menudo teñida de animadversión entre ciencias y letras,<sup>5</sup> entre ciencias “duras” y ciencias sociales y humanas, debido a la cual pasó desapercibido el ulterior “ablandamiento” de las ciencias físicas. Cuando, excepcionalmente, ha existido una relación entre historia y ciencia estricta, se ha establecido con la ciencia neopositivista —por ejemplo, para importar métodos cuantitativos—, pese a la hostilidad manifiesta de Karl Popper hacia todo historicismo. Por lo demás, el espontáneo desinterés del historiador de oficio hacia la teoría, viene a remachar este *décalage* entre investigación histórica e historiográfica y filosofía de la ciencia, últimamente la rama más productiva de la filosofía.

La salida a la actual crisis de identidad y de crecimiento de la disciplina histórica, pasa, en nuestra opinión, por la aplicación de la teoría de Kuhn sobre el desarrollo histórico de las ciencias.

## ► 2

*Existe un paradigma común de los historiadores, hoy en plena crisis, cuya resolución plena no será posible más que con la sustitución por un paradigma nuevo.*

46 Entendemos por paradigma común el conjunto de compromisos compartidos por una co-

munidad científica dada: aquellos elementos teóricos, metodológicos y normativos, creencias y valores, que gozan en un momento determinado del consenso de los especialistas. Un paradigma global está, a su vez, formado por paradigmas parciales. El funcionamiento de un paradigma común consustancial con la existencia de una disciplina unificada, se justifican mutuamente, y no excluyen la pluralidad de enfoques, incluso de escuelas, más bien lo contrario: nunca encontraremos plena homogeneidad teórica y metodológica entre los miembros de una comunidad establecida, ni tampoco es aconsejable en aras de la buena marcha de una disciplina científica. El concepto historiográfico de paradigma ha sido precisamente creado por Kuhn para explicar los mecanismos reales de aprendizaje y consenso, en el interior de cualquier comunidad madura de científicos, necesariamente más flexibles y abiertos que los propios de una escuela con su teoría, sus líderes y su jerarquía. La historia científica, más allá de las escuelas historiográficas y de las historiografías nacionales, no habría podido establecerse sin un paradigma común.

El reconocimiento subjetivo del paradigma común de los historiadores del siglo xx, tropieza de entrada con dos problemas. La relativa rivalidad de las dos grandes escuelas historiográficas, *Annales* e historiografía marxista,<sup>6</sup> que han articulado —por vez primera— el paradigma común

<sup>4</sup> *La estructura de las revoluciones científicas*, ed. cit., p. 3. En los últimos 30 años han perdido fuerza las afirmaciones de Kuhn acerca de que la peculiaridad de las ciencias sociales, respecto de las ciencias naturales, consiste en una mayor relación con la sociedad al elegir temas de investigación (idem, p. 254); ramas de la biología, la física y la química relacionadas con la salud y el medio ambiente están hoy, por ejemplo, tanto o más conectadas con las necesidades sociales que las ciencias sociales.

<sup>5</sup> C. P. Snow: *Las dos culturas y un segundo enfoque*, Madrid, 1977 (Cambridge, 1959).

<sup>6</sup> La primera, de origen francés, se desarrolla precocemente (*Annales* se funda en 1929) y está constituida principalmente por historiadores medievalistas y modernistas; la segunda, de base anglosajona, madura mucho más tarde (*Past and Present* nace en 1952) y está formada, sobre todo, por historiadores contemporaneistas.

historiográfico a mediados del siglo xx, combatiendo exitosamente la historia tradicional: acontecimental, política, narrativa, biográfica. Y la persistencia de un tercer componente positivista, raramente admitido por los nuevos historiadores, que se refleja en el carácter manifiestamente empírico que ha seguido impregnando el oficio de historiador, con lo que tiene de positivo (crítica y uso de las fuentes) y de negativo (desprecio por la reflexión y la teoría).

Con independencia del grado de conciencia que tenga tal o cual historiador, o del grado de aceptación de dicho consenso por parte de esta o aquella escuela o historiografía nacional, el paradigma común de los historiadores existe y funciona. Entre los compartidos paradigmas parciales que constituyen el ahora ya viejo paradigma general del siglo xx, que conocemos como la historia científica, hay que contar con las siguientes: historia total, pasado/presente/futuro, historia-ciencias sociales, historia explicativa, historia económico-social, fuentes no narrativas, cuantitativismo, monografías regionales, multiplicidad de tiempos.

La puesta en práctica del paradigma *Annales*-marxista, a partir de la segunda mitad del siglo xx, ha sufrido, no obstante, severas limitaciones y desviaciones a causa de sus propios defectos, y de la pervivencia del positivismo en el método y la teoría, portador de un objetivismo muy pronto eficazmente reforzado por el economicismo marxista y por el estructuralismo (el paradigma estructuralista dominó ampliamente las ciencias sociales, por lo menos hasta 1968).

Tres fracasos sucesivos e interrelacionados del paradigma común del siglo xx, han abierto y alimentado la crisis actual, y las reacciones puntuales de los historiadores a ella:

1) De la historia objetivista, economicista, cuantitativista, estructuralista, que da lugar en los años 70 a un progresivo retorno del sujeto, primero social (historiografía marxista anglosajona), después mental (historia francesa de las mentalidades) y, por último, tradicional (biografía, historia política).

2) De la historia total, abandonada como enfoque de la investigación, proclamada como algo imposible de alcanzar, pero que es necesario

mantener como “horizonte utópico” de los historiadores, renunciándose después a ella en el plano de la teoría, al tiempo que —ya en los años 80— la historia se desarrolla exactamente en sentido contrario: fragmentándose hasta el infinito en temas, géneros y métodos.

3) De la relación pasado/presente/futuro falló, por ejemplo, la sensibilidad del historiador hacia el feminismo, y hacia la relación hombre-medio ambiente, que para la nueva historia geográfica y económica se reducía al estudio del dominio de la naturaleza por medio del trabajo, o de los condicionamientos geográficos de la sociedad. La hoy vigorosa historia de las mujeres (y lo mismo podemos decir de la historia ecológica) se desarrolló, por tanto, al margen de *Annales* y del materialismo histórico; sobre todo, en sus comienzos, y contra los hábitos pre-teóricos de la persistente influencia positivista. Aunque la derrota de la historia, como parte de las ciencias sociales, ha sido más notoria en la incapacidad para comprender, y tanto más de prever, las revoluciones de 1989-1991 y la transición del socialismo al capitalismo en el Este europeo, que han trastocado en el sentido progresivo de la historia del siglo xx. La historia científica supo asimilar el marxismo historiográfico, pero resultó incompetente para analizar y explicar las realizaciones históricas del marxismo político.

Estas y otras anomalías impugnan el paradigma común de la historia como ciencia social, y provocan reacciones diversas, internas y externas, que están contribuyendo, directa e indirectamente, desde los años 70, a perfilar un nuevo consenso historiográfico. Proceso de gestación, y también de dispersión e incertidumbre, cuyo buen final no está para nada garantizado. También existe la alternativa de la marginalidad: una historia cada vez más alejada de las ciencias sociales —y naturales— y más próxima a la ficción o al interés erudito de una excelsa minoría, una historia con dificultades crecientes para hacer ver su utilidad social y su papel capital en la educación de los ciudadanos y en la investigación.

En el capítulo de las reacciones internas a la crisis del paradigma común, reseñaríamos como más llamativas: a) Los retornos de los géneros tradicionales (historia política, biografía histó-

ca, historia-relato), que desde el período de entreguerras creíamos ajenos a la historia científica; o sea, la “historia historizante” que parecían haber derrotado Bloch, Febvre y Braudel. b) El conservadurismo academicista de varia orientación, que quiere mantener el paradigma historiográfico del siglo xx, simulando que nada pasa o argumentando, de manera defensiva, que es mejor repetir indefinidamente el saber acumulado que la fragmentación y la nada. c) El revisionismo historiográfico, que, aprovechando la coyuntura ideológica de los años 80, pretende dar la vuelta a la historiografía de las revoluciones sociales de la modernidad (francesa e inglesa, mayormente), y de las dictaduras implantadas en el período de entreguerras en Alemania, Italia y España.

Externamente, anotemos cómo la ideología posmoderna influye sobremanera en la historiografía actual. La crítica despiadada de la idea de progreso —base filosófica común del paradigma de los historiadores contemporáneos— y el “todo vale” metodológico animan a bastantes historiadores a instalarse cómodamente en la fragmentación actual de la historia, considerando incompatible la presente libertad de temas, géneros, métodos y teorías con la vigencia de cualquier “paradigma unificador”. El carácter más destructivo que constructivo del posmodernismo frena sus efectos, y lo inutiliza como alternativa historiográfica.<sup>7</sup>

Los acontecimientos de 1989-1991 parecieron, en un primer momento, darles la razón a los predicadores del fin de los intentos modernos de transformar el mundo, para, en cierto sentido, quitársela de inmediato con la paradójica vuelta al poder de los ex comunistas en casi todos los países del Este mediante elecciones. Este rápido y contradictorio proceso se reprodujo con la proclamación del “final de la historia” que hizo en 1989, antes de la caída del muro de Berlín, Francis Fukuyama, asegurando que la modernidad había llegado a su destino con la generalización, como única alternativa, de la democracia liberal. La respuesta justamente airada de los historiadores de profesión a una propuesta que choca con nuestro conocimiento de la historia —y cuestiona asimismo la continuidad de nues-

tra profesión—, no ha de ocultarnos la mayor enseñanza del debate sobre el “final de la historia” (y que también es deducible de la crítica posmoderna): el agotamiento de la teoría progresiva de la historia, el concepto fatalista de una historia que avanza hacia un final feliz previamente fijado.

### ► 3

*Es una falsa alternativa decir que la historia como no puede ser una ciencia “objetiva” y “exacta”, no es una ciencia.*

El lento redescubrimiento, a lo largo de los últimos 20 años, del papel del sujeto en la historia y del libre albedrío del historiador en su trabajo, entre las cenizas de la vieja historia objetivista, economicista y estructuralista, sembró, una vez más, de dudas a la profesión acerca de la cientificidad de la historia como disciplina capaz de reproducir el pasado “tal como fue”. La pervivencia de este concepto eminentemente positivista de la ciencia, y de la historia según Ranke, entre los historiadores de formación *annaliste* y/o marxista está, por ende, facilitando extraordinariamente el retroceso de la historia: bien hacia la literatura, exacerbando la subjetividad del historiador; bien hacia un nuevo presentismo sin pretensiones de cientificidad, que opone el compromiso social del historiador a su tarea como investigador.

Las dudas prácticas del historiador sobre la vieja objetividad, sus certezas sobre el relativismo del conocimiento histórico, que en realidad lo aproximan a la última filosofía de la ciencia, son paradójicamente percibidas por la comunidad de historiadores —impregnada de positivismo— como un alejamiento de las ciencias naturales, como una vuelta a las humanidades clásicas, con lo que se hace tabla rasa de avances fundamentales de la historiografía del siglo xx. La contradicción se resuelve fácilmente —en teoría, porque es muy difícil trabajar guiados por conceptos relativos— reformulando la ciencia histórica de

<sup>7</sup> Denominar posmoderna toda nueva historia es doblemente erróneo, olvida las implicaciones filosóficas del posmodernismo, y pasa por alto la modernidad de la nueva historia; sea *annaliste* sea marxista.

acuerdo con los últimos avances epistemológicos de las ciencias sociales y, singularmente, de las ciencias naturales.

► 4

*La redefinición de la historia como ciencia y la nueva física.*

¿El concepto de historia debe cambiar al mudar el concepto científico de la realidad? Pensamos que sí. El siglo xx ha supuesto el fin de la mecánica newtoniana a manos de la física cuántica y de la teoría de la relatividad; sin embargo, el objetivismo y el absolutismo de la vieja mecánica han seguido condicionando largamente la joven ciencia histórica. El principio de indeterminación (Heisenberg), el principio de complementariedad (Born), la complejidad y el caos, reintroducen al sujeto en el proceso, y el resultado, de la investigación, y relativizan de tal manera la verdad científica, que dejan en evidencia todas las prevenciones de los historiadores, y otros científicos sociales, hacia el peso de la subjetividad en sus obras. El acercamiento real entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias sociales (y entre las ciencias físicas y las humanidades), ahora mucho más compatibles que a principios de siglo, ha sido por el momento más reconocido por los científicos "duros" (el éxito del objetivismo relativo de Kuhn se explica también por ello) que por los humanistas, que desde los tiempos del positivismo (Comte) buscaron, y encontraron, en las ciencias de la naturaleza una referencia epistemológica y metodológica científica segura.

A finales de siglo se impone un concepto de ciencia que pone término a la separación positivista objeto/sujeto.<sup>8</sup> ¿Puede la historia permanecer ajena a esta revolución científica, cuando su propia práctica la ha llevado a concluir que no existe una verdad absoluta al margen del observador actual y del sujeto histórico? La historia es, o puede ser, tan objetiva como la nueva física. La nueva ciencia con sujeto no es menos sino más científica que la vieja ciencia (objetivista) del positivismo. Roto hace ya tiempo el consenso historiográfico sobre una definición y una práctica objetivista de nuestra disciplina, sólo podrá recomponerse asimilando los historiadores la

nueva racionalidad científica, de signo relativista y transdisciplinar, que va a caracterizar el siglo xxi. La reconstrucción del paradigma común de los historiadores, sin el cual la historia será incapaz de superar el desmigajamiento actual y recobrar su papel en la sociedad, requiere tomar nota de los cambios paradigmáticos en el conjunto de las ciencias sociales, y en la concepción general de la ciencia, dictada ayer como hoy por las ciencias de la naturaleza (prueba de que la ciencia no ha abandonado sus bases de partida materiales, realistas). Conforme la epistemología y la metodología de las ciencias "duras" y "blandas" se aproximan, los consensos paradigmáticos devienen más inclusivos.

► 5

*La historia de la humanidad no avanza hacia una meta fijada de antemano, pero tampoco tiene vuelta atrás.*

El estudio del pasado, a partir de los problemas del presente, es un criterio compartido por los historiadores, que justifica la utilidad social de la historia en la lucha de la humanidad por un futuro mejor. Esta idea ilustrada, ingenua y optimista, del progreso indefinido, según la cual el desarrollo científico-técnico engendra una sucesión de formas sociales cada vez más avanzadas, ha chocado primero con las guerras mundiales y los horrores políticos (Auschwitz, Gulag), y más recientemente con una conciencia generalizada del deterioro irreversible del medio ambiente, y de la evidencia de que el bienestar económico sólo favorece a una minoría de países industrializados y condena al resto de la humanidad a la miseria. La religión laica del progreso indefinido ha sufrido su último golpe con la caída de los países del llamado socialismo real, que decían estar construyendo una sociedad final comunista y que ahora buscan en el régimen social prerrevolucionario, en el capitalismo, la solución a sus problemas económicos y sociales, sin demasiado éxito por lo demás.

<sup>8</sup> Para algunos se trata de una revolución paradigmática más importante que la del siglo xvii. Edgar Morin: *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona, 1994 (París, 1990), p. 156.

No existe una meta preestablecida de la historia de la humanidad como se creyó durante siglos (el juicio final de la historia providencialista, la democracia liberal de Hegel-Fukuyama, la sociedad sin clases de Marx), igual que no existe una verdad científica fija y permanente. Tampoco está garantizado que la evolución social vaya de peor a mejor al desarrollarse la economía, la ciencia y la técnica. El sujeto de la historia es más libre, y el futuro está más abierto, de lo que podríamos sospechar. Lo cual no quiere decir que el progreso se haya acabado, que la humanidad no deba plantearse ambiciosos objetivos —móviles—, que el proyecto de la modernidad haya llegado a su fin, sea porque ya se ha realizado plenamente (Fukuyama), sea porque nunca se va a llevar a cabo (posmodernismo), sea porque nos encaminamos hacia una sombría “nueva Edad Media” (Minc).<sup>9</sup>

La historia nos ha enseñado que los sentimientos de confusión e incertidumbre acompañan a los períodos de transición, y que éstos rematan tarde o temprano con la implantación de nuevas realidades (y de nuevos paradigmas). Por otro lado, el único progreso histórico que ha habido es el progreso relativo: ni absoluto ni lineal ni inexorable; medido desde el presente y no desde el futuro (salvo para viajeros del tiempo). Un futuro, pues, abierto a diversas alternativas. Y un pasado que nunca vuelve. Una idea racional —no teológica— del progreso que seguirá incluyendo rupturas y revoluciones —políticas y sociales, culturales y científicas—, que coloca al sujeto en el centro de la historia, que reconoce el papel movilizador de las utopías, pero no las confunde con las ciencias.

## ► 6

*Sin el sujeto, del pasado y del presente, no es posible una historia objetiva.*

La redefinición de la verdad científica que, incluido el sujeto observador, realza la función del historiador en el proceso de la investigación histórica, viene a darles la razón a determinados paradigmas historiográficos del siglo xx, como la historia-problema de *Annales* o la función clave de la teoría en el materialismo histórico, cuya aplicación ha resultado obstaculiza-

da por la pervivencia de la creencia positivista entre los historiadores. El nuevo concepto de objetividad relativa va incluso epistemológicamente más allá, que la vieja historia explicativa, al restaurar el sujeto fuerte como fuente de objetividad (la comunidad científica de Kuhn como factor definitorio de lo que es o no es objetivo); al fundir objeto y sujeto, postulando que no tienen vidas separadas. Corresponde científicamente al historiador, individual y colectivo, trabajar con los datos para explicar e interpretar, para buscar la causa y el sentido de los hechos históricos, para construir teóricamente su objeto e investigar empíricamente, como vienen haciendo los científicos “duros” y muchos científicos sociales. La continuidad de los malos hábitos del positivismo (que hace desaparecer ilusoriamente al sujeto-observador) contradice las aportaciones más audaces e inéditas de los fundadores del paradigma historiográfico del siglo xx, la práctica historiográfica vigente, la recuperación plena de la científicidad de la historia.

La derivación de la escritura de la historia, desde los años 70, hacia una historia del sujeto mental, antropológico, cultural, y más recientemente hacia una historia del sujeto individual, ha hecho olvidar el sujeto colectivo, social, de la historiografía social anglosajona, relegado en la investigación histórica<sup>10</sup> a causa de la depresión ideológica pos-1968, primero, y de la “ola conservadora” de los años 80, después, hasta que fue rescatado para el debate historiográfico por los revisionistas, desde un punto de vista contrario, y también por la historia inmediata. 1989 es, de nuevo, la fecha clave, el año del bicentenario de la Revolución Francesa y de las revoluciones democráticas en el Este.

<sup>9</sup> Alain Minc: *La nueva Edad Media. El gran vacío ideológico*, Madrid, 1994 (París, 1993). El uso de la imagen peyorativa que sobre la Edad Media tenían renacentistas, humanistas e ilustrados, denuncia hasta qué punto, pese a todo, seguimos pensando con los esquemas de la modernidad.

<sup>10</sup> El desinterés por los conflictos, las revueltas y las revoluciones, ha sido mayor entre los historiadores medievalistas y modernistas, que entre los historiadores contemporaneistas.

El retorno de la revolución y del protagonismo político de las masas en Europa oriental, entre 1989 y 1991, vivido en directo a través de la televisión en todo el mundo, es el retorno del sujeto fuerte de la historia que la historiografía del viejo paradigma, sea *annaliste* sea marxista, había finalmente dejado de lado, al compás de la coyuntura intelectual, fiel a una historia económico-social estructural o a una historia de las mentalidades (y sucesores) ajena a la historia social.<sup>11</sup>

Esta emergencia conjunta del sujeto fuerte de la nueva epistemología científica y del sujeto fuerte de la historia reciente, no es casual, avisa de que estamos entrando en la era del posmó-dernismo, anuncia las precondiciones para una nueva ilustración. ¿Qué vincula la revalorización colectiva del investigador, de una parte, y del agente histórico, por la otra? La respuesta está en otro punto incumplido del programa *annaliste*-marxista, la "historia humana" de Bloch y de Gramsci, los hombres haciendo y decidiendo su propia historia, tanto la historia de la ciencia como la historia de los hechos.

Contemplar el sujeto y el objeto de la historia como una misma realidad es un principio fácil de enunciar, pero difícil de aplicar, según los esquemas metodológicos y ontológicos heredados. Todo un reto para los historiadores del futuro.

## ► 7

*De la determinación económica simple a la determinación global y compleja, concreta y revisable, de los hechos históricos.*

En el paradigma objetivista y estructural en activo —según Kuhn, ningún paradigma deja de estar vigente hasta que es plenamente sustituido— ha primado el determinismo de la economía, incluso de la geografía, cuando se tratan de explicar los hechos históricos, en detrimento de la causalidad subjetiva de la lucha social, orillando otras dimensiones que condicionan asimismo la realidad pasada como la mentalidad y la cultura, la política y el poder, los individuos y las instituciones; determinaciones con las cuales el historiador se encuentra todos los días en sus investigaciones.

La reacción subjetivista contra la prioridad de la historia económica, infraestructural, ha llevado —aunque no siempre—,<sup>12</sup> siguiendo la ley del péndulo, a subrayar la indeterminación de los acontecimientos históricos. Al punto de que la historia sería el reino de la contingencia absoluta: un sujeto sin objeto. Así, en un primer momento, la historiografía se desinteresó por la investigación de las causas y de las explicaciones, para negar más adelante la posibilidad de conocerlas, al tiempo que volvían los enfoques más tradicionales de la historia y se renovaba otra idea de origen neopositivista: la imposibilidad de aprehender la realidad más allá del discurso (el *linguistic turn*, en su versión más radical).

Nuestra propuesta es superar la polémica determinación/indeterminación llevando a cabo "un análisis concreto de cada situación concreta", con el fin de averiguar, sin rígidas posiciones previas, el grado posible de determinación de un hecho histórico que, como sabemos, depende de las fuentes conservadas, los métodos de investigación, los conocimientos no basados en fuentes, las hipótesis y teorías que utilice el historiador. El resultado es obviamente revisable en la medida en que los factores subjetivos de la investigación varíen.

La búsqueda prioritaria de las causas de la historia en su base material se ha revelado como un enfoque claramente insuficiente, y en ocasiones erróneo. Toda metodología no reduccionista ha de perseguir, pues, la determinación global de los hechos históricos, más allá de los esquemas simplificadores y separadores (objeto/sujeto, base/superestructura, economía/política/cul-

<sup>11</sup> Carlos Barros: "Historia de las mentalidades, historia social", en *Historia Contemporánea*, Bilbao, no. 9, 1993, pp. 111-139; "Historia de las mentalidades: posibilidades actuales", en *Problemas actuales de la Historia*, Salamanca, 1993, pp. 49-67; "La contribución de los terceros *Annales* y la historia de las mentalidades. 1969-1989", en *La otra historia: sociedad, cultura y mentalidades*, Vitoria, 1993, pp. 87-118.

<sup>12</sup> Otros colegas, deudores todavía del viejo esquema simplificador, proponen reemplazar la historia económica por la historia política, o por la historia cultural, como factores principalmente determinantes de la historia.

tura) propios del impugnado paradigma objetivista, economicista y estructuralista. La investigación específica nos dirá, en cada caso, el grado de complejidad de la combinación de las determinaciones.

La realidad histórica suele ser más compleja que nuestras metáforas mecánicas, la imposición de éstas nos aleja, en consecuencia, del objeto de estudio; cierto, pero no siempre es así, los esquemas simples pueden hacer plausible en algunos casos una descripción, incluso una explicación, toda vez que la complejidad incluye la simplicidad.<sup>13</sup> Así es como mantiene cierta vigencia la determinación económica de la realidad social, política y cultural, no pocas veces demostrada por la historia y otras ciencias sociales en investigaciones concretas. El problema a resolver, en cada caso, es cómo articular globalmente la economía con las restantes dimensiones, que, además de estar en interacción con ella, viven en su interior: la política y la mentalidad también forman parte de la vida económica y material, y viceversa, de ahí la invariable incapacidad de la metáfora rígida del edificio de tres plantas (economía/política/cultura)<sup>14</sup> para comprender cabalmente, y aun para describir de manera correcta, la mayor parte de las veces, el mundo pasado. La determinación económica es también, habitualmente, una determinación global y compleja.

## ► 8

*Lo que decide que un tema de investigación o un género historiográfico sea válido o no, es la aportación del historiador: los problemas planteados, los métodos aplicados, los resultados obtenidos.*

El paradigma objetivista atribuyó al objeto, al tema de investigación, una función excesiva, incluso "mágica", en la legitimación de la cientificidad o de la utilidad social de una obra de historia. Las grandes innovaciones historiográficas del siglo xx fueron, en primer lugar, innovaciones temáticas. En cada época historiográfica se privilegió una forma de historia. A la historia política siguió la historia económico-social, y a ésta, la historia desde el sujeto (mentalidades, antropología histórica, nueva historia cultu-

ral), cerrándose el círculo, y el siglo, con la vuelta de la historia política (en bastantes casos, con nuevos enfoques). En general, se han obtenido buenos resultados en cada uno de estos géneros temáticos de la historia, bajo la influencia de las correspondientes ciencias sociales: ciencia política, psicología, antropología, sociología, economía, etc. Ya no vale primar o descalificar *a priori*, sin antes analizar los problemas planteados, los métodos aplicados y los resultados obtenidos, un tema o un género historiográfico.<sup>15</sup> La mayor parte de los campos historiográficos que en este fin de siglo, a modo de recapitulación y resumen, están encima de la mesa del historiador, han obtenido ya su carta de naturaleza en el mundo de la historia profesional.

Esta amplitud de objetos, sin precedentes, es una conquista irreversible de la historiografía contemporánea. El ensanchamiento del tipo de fuentes utilizadas (de la documentación escrita a "todos los documentos", según la expresión de Febvre) fue seguido de tal alargamiento del territorio temático del historiador, que se hace, ahora, dificultoso descubrir nuevas parcelas historiográficas, y, si bien el presente —y el futuro— van a continuar sugiriendo nuevas materias de estudio, debemos de concluir que el centro de gravedad de la renovación historiográfica se desplaza hacia enfoques más metodológicos y teóricos.

El primer problema teórico a resolver con espíritu innovador es, justamente, el de la fragmentación de la historia en múltiples objetos<sup>16</sup>

<sup>13</sup> Un ejemplo es la mecánica newtoniana, todavía útil entre la microfísica y la macrofísica.

<sup>14</sup> Este sistema tripartito, surgido del desdoblamiento de la superestructura del sistema bipartito base/superestructura, tiene variantes: economía/sociedad/cultura, economía/sociedad/política...

<sup>15</sup> Raphael Samuel: *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, 1984 (Londres, 1981), p. 64.

<sup>16</sup> Los grandes géneros historiográficos citados (historia económica, historia social, historia mental, historia política) son a su vez divisibles, y aun habría que añadir otros, como la historia de los géneros, del medio ambiente o de la sexualidad; la transición historiográfica en la que estamos inmersos, el declive del viejo paradigma común y de las escuelas anexas, han disparado todavía más esta dinámica de dispersión.

desconectados entre sí. La incompetencia de la historiografía del siglo xx para ofrecer una explicación de conjunto, unitaria, del pasado de los hombres, ha quedado patente donde sus avances son más manifiestos: la diversificación temática. La paradoja está en que bajo la variedad en aumento de especialidades y subespecialidades, subyace de alguna forma la búsqueda de una historia total (entendida como horizonte utópico), la idea de que hay que estudiarlo "todo"; el precio pagado fue quedarnos sin lo fundamental: una investigación global de la historia de los hechos, períodos temporales o civilizaciones del pasado.

► 9

*De la necesaria pluralidad de la innovación metodológica.*

El paradigma historiográfico del siglo xxi está obligado a ser más global y transnacional que el paradigma historiográfico del siglo xx. Una mayor interrelación entre cultivadores de distintos tipos de historia, y entre historiografías nacionales, acabaría con ese prejuicio académico de descalificar las vías de renovación historiográfica ajenas a la propia. No se trata solamente de predicar la tolerancia —virtud intelectual cuya ausencia tendría que encender todas las señales de alarma—, la cuestión es que la pluralidad innovadora en el método resulta, en este momento, imprescindible para la recomposición del paradigma común de los historiadores, y para avanzar de nuevo, desde las múltiples variedades historiográficas, hacia un terreno común, única forma de conseguir que la disciplina reconstruya finalmente sus señas unitarias de identidad.

En tiempos de la hegemonía objetivista, la metodología cuantitativista venía siendo el paradigma de la exactitud<sup>17</sup> y de la científicidad; ahora mismo, el retorno de los métodos cualitativos corre el peligro de llevarnos al otro extremo; lo más avanzado sería, desde luego, una combinación de métodos cualitativos y cuantitativos, si el tema, las preguntas y las fuentes lo exigen y/o facilitan.

El método cualitativo por excelencia de los historiadores es la narración. Denostada como paradigma de una historia tradicional tachada

—no sin razones— de superficial, descriptiva y acontecimental, por la nueva historia *annaliste-marxista*, la historia narrativa vuelve, a mediados de los años 70, como índice de la crisis de la historia científica (Stone), siendo posteriormente asimilada por ésta a marchas forzadas. Autores representativos como Georges Lefebvre y Jerzy Topolsky han defendido, hace ya tiempo, una historia-relato explicativa,<sup>18</sup> más allá de la infrahistoria vulgarizadora, y filósofos como Paul Ricoeur han argumentado, en la misma dirección, que toda historia es relato, incluida la *Méditerranée* de Fernand Braudel, obra paradigmática de la macrohistoria estructural de larga duración.

La verdad es que, prejuicios aparte, todos los historiadores empleamos de algún modo el relato, la conexión narrativa, para dar forma a nuestras investigaciones, ¿cuántas veces las conclusiones no adoptan su forma final hasta el momento de la redacción? La buena o la mala historia, tanto si nos referimos a la calidad como a la orientación, depende más del fondo que de la forma: es posible una historia narrativa no positivista, global y socialmente útil. No necesariamente una forma narrativa ha de conllevar un trasfondo de historia conservadora.

Una de las últimas vías de renovación historiográfica del paradigma objetivista, economista y estructural, que no renuncia a la historia explicativa ni al relato histórico, está en la reducción de la escala de observación: la microhistoria (algo muy distinto de la vieja historia local). Pero, paralelamente, mediante la historia comparada —antiguo proyecto crítico alentado por Bloch, que no llegó a formar parte del paradigma común de la posguerra— se nos propone otra manera de hacer macrohistoria. La conexión entre

<sup>17</sup> Hay con todo cierto malentendido: la historia cuantitativa incorpora la incertidumbre al trabajar con series de las que, tratadas estadísticamente, sólo pueden inferirse conclusiones probables.

<sup>18</sup> No es casual que el concepto de la historia utilizado por Kuhn para revolucionar la filosofía de la ciencia sea narrativo-explicativo. Véase "Las relaciones entre la historia y la filosofía de la ciencia", en *La tensión esencial. Estudios selectos sobre la tradición y el cambio en el ámbito de la ciencia*, ed. cit., pp. 32-33, 39.

la microhistoria renovada está por realizarse, así como, en general, las investigaciones históricas verdaderamente globales (más allá de la caricatura mecanicista de los tres niveles). El cambio de escala, micro/macro, la articulación de los espacios (y de los tiempos), pueden ser excelentes caminos para la globalización metodológica y teórica de la historia, para la rectificación de uno de los aspectos más negativos de la rica —por complementaria— evolución de la historiografía finisecular: la fragmentación de los objetos y de los métodos.

► 10

*El éxito del nuevo paradigma dependerá de su capacidad para generar y aplicar estrategias globales de investigación.*

La mayor anomalía con que se ha topado el consenso historiográfico del siglo xx es la imposibilidad de llevar a la práctica el principio de historia total. Citada ritualmente por los historiadores, se ha ido convirtiendo en el paradigma compartido más abstracto: según se ha alejado de la práctica historiográfica, la historia total ha devenido más absoluta e inalcanzable; en suma, más idealista. Cortar este círculo vicioso es condición *sine qua non* para salir definitivamente de la actual crisis de crecimiento y desagregación de la historia.

Cada vez sabemos más de menos cosas. Esta tendencia general del conocimiento científico, junto con el fracaso de la historia total, ha encauzado la creatividad de los historiadores hacia una creciente especialización. Aunque, últimamente, emerge con gran fuerza la tendencia contraria, hacia una convergencia disciplinar y global (la investigación por parte de filósofos y físicos de una teoría unificada de las fuerzas físicas, es un notorio ejemplo), que también se hace sentir en la historia profesional. Muchas de las aportaciones recientes más novedosas son, si nos fijamos bien, fruto del mestizaje de géneros y metodologías.<sup>19</sup> El contexto presente de transición paradigmática nos ofrece, juntamente, el problema y la solución.

Se trata de dar la vuelta a la historia total, poniéndola sobre sus pies, transformando su contenido (y, tal vez, su nombre). Hay que lle-

var este viejo concepto paradigmático de lo absoluto a lo relativo, de la idea a la práctica, de la teoría a la metodología, de la certeza a la experimentación, del punto de llegada al punto de partida de la investigación; para lo cual es preciso promover síntesis de géneros historiográficos, convergencias de líneas de trabajo, aproximaciones globales, enfoques de conjunto; es decir, estrategias globales de investigación. Todo aquello que el fracasado paradigma compartido de la historia total ni ha impulsado ni ha permitido impulsar, a lo largo del siglo xx, salvo valiosos ejemplos que quedaron aislados, y que nunca fueron más que aproximaciones globales.

En este grandioso archipiélago en que se ha ido convirtiendo la historia del siglo xx, lo que faltan son puentes, vías de comunicación y otras conexiones interhistóricas, que hagan posible juntar islas para hacer continentes historiográficos, que nos hagan olvidar la espera pasiva del advenimiento de una historia total sacralizada. La puesta en práctica, previo proceso de secularización y relativización, de una nueva noción de la historia global, implicará un esfuerzo continuado de renovación historiográfica, que ha de atravesar la superespecialización académica. Sobre la base de una experiencia colectiva de aproximaciones globales al pasado humano, es menester reconstruir teóricamente un concepto de "totalidad" histórica liberado de toda carcasa kantiana, y de las divisorias, positivistas y mecanicistas, del tipo objeto/sujeto o infra/superestructura, un concepto renovado y adecuado, por tanto, al nuevo paradigma científico general, más relativo ergo más verdadero.

La historia como disciplina científica no puede permitirse el lujo de renunciar a la comprensión global del pasado. El papel de la historia en la sociedad, en la educación y en la investigación, resulta inversamente proporcional a su desmigajamiento disciplinar. Una piedra de toque del nuevo paradigma historiográfico será, en conclusión, su aptitud para crear y aplicar estra-

<sup>19</sup> Por ejemplo, la fusión de la historia social con subdisciplinas "superestructurales", como la historia de las mentalidades, la historia cultural, la historia política.

tegas globales de investigación, y de divulgación, de los hechos de la historia.

► 11

*Para reforzar la cooperación de la historia con otras ciencias, se precisa avanzar en su unificación interna como ciencia de los hombres en el tiempo.*

No puede prescindirse de la interdisciplinariedad para discernir la potencia innovadora del paradigma historiográfico del siglo xx. De la geografía, la economía, la demografía, la sociología, la antropología, la psicología, la ciencia política, han salido muchos de los temas y métodos que han aplicado con éxito los nuevos historiadores de *Annales* y del marxismo occidental, sin por ello dejar de moverse en un paradigma historiográfico común (la interdisciplinariedad es uno de sus componentes más relevantes). Y algo parecido podría decirse de las mencionadas disciplinas que han acudido a la historia para aprehender su dimensión temporal, engendrando subdisciplinas mixtas, a menudo con investigadores de doble procedencia: geografía histórica, historia económica, demografía histórica, sociología histórica, antropología histórica, psicología histórica,<sup>20</sup> nueva historia política. La necesidad que hemos planteado, al inicio de este ensayo historiográfico, de que los historiadores vayan al encuentro de la historia/filosofía de la ciencia, prueba que tampoco en el terreno de la epistemología histórica, y de la relación con las ciencias físicas,<sup>21</sup> la historia puede prescindir del diálogo inter y transdisciplinar, más bien ha de intensificarlo, como un signo de los tiempos, al igual que las restantes ciencias naturales y sociales.

Mantener y acrecentar la cooperación de la historia con las ciencias sociales (y aun naturales) es, por consiguiente, inexcusable, para luchar contra la marginación de la historia como disciplina académica y social. Los rápidos cambios de denominación, de lo interdisciplinar (cooperar) a lo pluridisciplinar (converger), de lo pluridisciplinar a lo transdisciplinar (atravesar y trascender), ponen en evidencia una actividad científica que busca independizarse de los clásicos comportamientos académicos, sin por ello

caer en la vieja ilusión positivista de una "ciencia unificada".

La historia no es insensible al clima transdisciplinar, consecuencia directa del auge finisecular del conocimiento científico, puro y aplicado. Así, la revista *Annales* elige como eje de su *tournant critique* (1989), la alianza renovada de la historia con las ciencias sociales, y recompone su comité de dirección, que recupera así el perfil inter y pluridisciplinar que tuvo en sus orígenes, incorporando a un grupo de jóvenes no historiadores. La nueva licenciatura de humanidades en España ilustra, en el terreno de la educación universitaria, esta propensión general al reencuentro de las disciplinas, contrapunto de las tendencias centrífugas de los años 80 (que todavía siguen actuando en el interior de cada disciplina).

En los 80, la coincidencia de la dispersión, y del decaimiento, del paradigma historiográfico del siglo xx, con un incremento de la colaboración con las disciplinas vecinas, generó en algunos historiadores una reacción contra el peligro de la dilución de la historia en otras ciencias sociales, que condujo a los más radicales a rechazar la interdisciplinariedad, e incluso la definición de la historia como ciencia. El intercambio desigual historia-ciencias sociales no se resuelve, sin embargo, con la involución de la historia, retrocediendo a una historia pre-paradigmática de corte tradicional; se resuelve atacando la raíz del problema. La historia es débil frente a otras disciplinas, porque éstas han estado, y están, mucho más preocupadas por la teoría (la sociología, la antropología o la crítica literaria), y ello les ha permitido actuar de modo "imperialista" en el interior del sistema de las ciencias sociales y humanas, exportando métodos y conceptos, problemas y teorías, con intenciones asimiladoras. Este problema de la historia resulta tan antiguo como la propia disciplina, y sólo tiene una solución: que los historiadores desarrollemos las con-

<sup>20</sup> Historia de las mentalidades en Francia, psichistoria en Estados Unidos.

<sup>21</sup> Verbigracia, la historia ecológica que precisa de los conocimientos que la física y la biología proporcionan sobre el medio ambiente.

secuencias teóricas y metodológicas de las investigaciones históricas, con los ojos puestos en el conjunto de problemas que tienen las ciencias y las sociedades actuales. Es tan sencillo como dejar de centrar la crítica en los demás (en sus teorías) y ser más autocríticos (desarrollando nuestras propias reflexiones). Hemos llegado a tal extremo, que la interdisciplinariedad que venimos practicando ya no podrá progresar más,<sup>22</sup> si antes la historia profesional no recobra un mínimo de unidad interna y de globalidad en su quehacer.

Nada hace más vulnerable a la historia, en el conjunto de las ciencias, que su fragmentación interna. La interdisciplinariedad bien entendida habría de empezar, pues, por nosotros mismos. Una aportación mayor de la historia a las ciencias sociales y humanas, con las que colabora habitualmente —en especial, en las investigaciones de vanguardia—, requeriría un reencuentro de las múltiples subdisciplinas históricas (de origen académico, temático y/o metodológico) en un terreno común; dicho con otras palabras, una recomposición del paradigma común de los historiadores que no oponga la imprescindible cooperación y convergencia con las ciencias sociales con la, si cabe más urgente, cooperación y convergencia entre las ramas sucesivamente desgajadas del tronco de la historia. Esta suerte de interhistoria que propugnamos, en el contexto de la colaboración interdisciplinar historia-ciencias sociales, entraña una mayor preocupación de los historiadores, de todos los campos, por la metodología histórica, por la historiografía, por la teoría de la historia; en definitiva, por el acervo común de la historia. Las demandas crecientes de interdisciplinariedad solamente pueden ser satisfechas por una disciplina histórica consciente de su unidad y su irreductible singularidad.

► 12

*El futuro de la historia está condicionado por lo que se preocupe la historia por el futuro.*

Siguiendo a la Ilustración que confiaba en la razón para cambiar el mundo, y conseguir de esta manera el bienestar de la humanidad, la historiografía predominante en el siglo xx se autode-

signó como objetivo: estudiar el pasado con el fin de comprender el presente, y de construir un futuro mejor. El materialismo histórico insistió más en la contribución de la historia a un proyecto de transformación social, cara a un futuro que se sabía socialista, y la escuela de *Annales* puso más el acento en la conexión epistemológica pasado-presente (comprender el presente por el pasado, comprender el pasado por el presente, escribió Bloch), participando todos de la creencia general en la utilidad social de la nueva ciencia histórica.

La línea de progreso con que los miembros de la comunidad historiográfica, y en general los científicos sociales, unían el pasado con el presente y el futuro, se ha roto con los hechos de 1989, al iniciarse las transiciones europeo-orientales del socialismo real al capitalismo, al entrar por ello conjuntamente en crisis todas las vías de progreso histórico-social de origen ilustrado, previamente socavadas por los nocivos efectos que éstas causaron, a lo largo del siglo xx, en la supervivencia de la especie y de la naturaleza. Y lo peor: la historia científica no lo advirtió.

En la medida en que la evolución progresiva hacia la felicidad humana no está asegurada, la historia pierde interés público. Se empuja de este modo al historiador a los márgenes de la sociedad; pronto pueden volverse actuales las críticas de hace 50 años, de los artífices de la revolución historiográfica del siglo xx, a los historiadores-anticuarios, ajenos a la vida y a la actualidad (Bloch). El desencanto hacia el presente conduce a buscar refugio en el pasado de dos maneras: la ficción, desde el punto de vista del público (auge de la novela histórica), y la academia, desde el punto de vista de los investigadores (erudición). Para ambos viajes, se quiere “liberar” a la historia de la carga que supone su definición como ciencia preocupada —como las restantes ciencias de la sociedad y de la naturaleza— por el presente y por el porvenir de los hombres.

Pero, mientras el posmodernismo ambiental lleva a los historiadores a la subalternidad,

<sup>22</sup> Más bien puede retroceder, al perder el principio de interdisciplinariedad-consenso como parte esencial del paradigma común de los historiadores.

en los debates intelectuales que tratan de sacar conclusiones de los acontecimientos traumáticos de 1989-1991,<sup>23</sup> se usan profusamente los datos de la historia, y de la filosofía de la historia, para arrojar luz y polémica sobre el confuso futuro de la humanidad. Es el caso de las controversias mundiales principiadas por Francis Fukuyama en *The end of History?* (verano de 1989), y por Samuel P. Huntington en *The clash of civilizations* (1993). El segundo ha desmentido brillantemente la finalista "paz capitalista y liberal" del primero, augurando una inminente guerra mundial de los fundamentalismos religiosos. No siempre son ensayistas —filósofos políticos en los dos casos citados— quienes acuden a la historia para intervenir en el futuro inmediato, también lo hicieron historiadores como Paul Kennedy que, en *The rise and fall of great powers* (1987), dedicó siete capítulos a analizar, durante cinco siglos, el auge y la caída de las potencias nacionales de cada época, para concluir con un capítulo, titulado "Hacia el siglo xxi", en el cual sugiere las "perspectivas más probables" de evolución de cada gobierno y del sistema de las grandes potencias en su conjunto.

Nos hallamos ante referencias al pasado y análisis históricos que pretenden incidir en el presente... a través del futuro, lo que realmente inquieta a los hombres de hoy. Se tiende consiguientemente a sustituir el viejo paradigma pasado/presente/futuro por otra formulación, pasado/futuro/presente, en la que pasa a primer plano aquello que está por venir. Frente al nuevo presentismo que nada quiere saber del futuro y que inmoviliza lo que ahora tenemos, frente a las incertidumbres sobre el mundo que nos aguarda a la vuelta del milenio, el intelectual diligente —el optimismo de la inteligencia— rastrea perspectivas alternativas echando mano del pasado, de los conocimientos que tenemos sobre la evolución —o involución— histórica de las sociedades y de las mentalidades.

Antes decíamos que la historia nos tiene que ayudar a vivir mejor, a transformar la sociedad, a emanciparnos en una palabra de un presente ominoso, pero hoy han variado dramáticamente los términos del problema; en especial, para las

nuevas generaciones: lo más abominable no es ya el presente sino la falta de futuro, de cualquier futuro. Se sabe que el desarrollo científico-técnico seguirá medrando hasta dominar todo el globo, pero también se sabe que de sus ventajas, en Occidente, está excluido el llamado Cuarto Mundo, y masas crecientes de jóvenes —muchos de ellos con formación universitaria, cada vez más— no tendrán jamás acceso al trabajo; en el Sur, los excluidos son países enteros abocados al hambre y la superpoblación, y, por doquier, la naturaleza se rebela contra el galopante dominio productivista, cuestionando el sentido de un desarrollo científico-técnico que, una y otra vez, entra en contradicción con los intereses humanos.

Es tarea de la historia, hoy en día, demostrar que siempre hubo futuros plurales; que nada es seguro, que todo cambia, a veces sorprendentemente; que la humanidad en varios milenios ha resuelto históricamente problemas tanto o más difíciles —y con menos medios— que los que ahora tenemos encima de la mesa. Hay, pues, futuro, porque hay historia. Además, son futuros alternativos. Hay esperanza, porque hay historia. Claro que para hacerlo comprender a los demás, debemos antes convencernos nosotros mismos, abandonando el objetivismo mecanicista, con su secuela de fatalismo y conformismo, para encaminarnos hacia un sujeto histórico más libre (que no ha de olvidar sus conocimientos) y, por tanto, más fuerte, en el pasado y en el presente.

Pensar históricamente el futuro, es luego transformar el presente, empezando por impedir que se repitan los grandes errores del siglo xx: el fascismo, que rebrota en Italia, y el racismo, en ascenso *partout*; el socialismo sin libertad, que se hundió catastróficamente en 1989; el tribalismo, el nacionalismo agresivo y el fundamentalismo religioso, cuyos mitos e irracionalidades, el historiador tiene la obligación de combatir, y que están en el origen de muchas

---

<sup>23</sup> Focalizados más en Estados Unidos que en Europa, donde quizá no hemos superado aún la etapa "destructiva", nihilista, iniciada en los años 70 y acelerada en la década posterior.

guerras que hoy amenazan la paz mundial. Se demanda un nuevo racionalismo, una nueva ilustración, que nos permita seguir progresando, y la historia y los historiadores no podemos permanecer al margen de esa demanda intelectual y social.

Cuando, después de la Segunda Guerra Mundial, se instituyó el paradigma científico de la historia, no era tan necesaria, como lo es ahora, su defensa frente a las disciplinas científico-técnicas, que, en diferente grado y ritmo —según cada país—, desplazan a los saberes históricos y humanísticos de la enseñanza y de la investigación; está en sus inicios un alarmante proceso de desprofesionalización de la historia. De manera que el primer compromiso del historiador preocupado por el futuro, es inquietarse por su propia disciplina: es menester volver a demostrar la utilidad crítica y social de la historia. Para hacer frente al pensamiento tecnocrático, filosóficamente desfasado, pero políticamente activo, hay que distinguir la historia-ciencia de la historia-ficción, y guerrear por la recuperación de la presencia de la historia en el sistema educativo, en los proyectos prioritarios de investigación y en los medios sociales de comunicación. La aldea global que viene, sin la historia y las ciencias humanas, será el futuro de las cosas, jamás el futuro de los hombres.

### ► 13

*El historiador del futuro reflexionará sobre metodología, historiografía y teoría de la historia, o no será.*

Estuvo muy generalizado desde la epistemología (Paiget, Habermas), la sociología (Durkheim) o el estructuralismo, considerar a la historia como una disciplina no teórica, simple proveedora de datos empíricos para las ciencias sociales y la filosofía. División del trabajo que, aunque nos duele decirlo, el historiador suele aceptar de buen grado, alentado por una tradición empirista de larga duración, originada en el siglo XIX.

Pese a los esfuerzos del materialismo histórico, y de la escuela de *Annales*, la historiografía contemporánea siguió siendo positivista en un punto capital: el desprecio sincero por la teoría, y en menor medida por la historiografía y la me-

todología; actividades científicas tenidas por secundarias, y puede decirse que casi inexistentes en la obra de muchos de los historiadores que consideramos consagrados. La comparación no llegó a practicarse (hasta que la sociología histórica la retomó); la historia-problema se abandonó en favor de la innovación temática y la colaboración interdisciplinar; la elaboración teórica estuvo prácticamente ausente. Sólo algunos filósofos se han venido preocupando por la teoría de la historia; en general, sin considerar las aportaciones de los historiadores, sin relacionar la teoría de la historia con la práctica de la historia, contribuyendo así al vigente diálogo de sordos entre la filosofía y la historia.

Las consecuencias del inductismo y del pragmatismo de los historiadores, de la falta de reflexión sobre la historia que se hace, de la carencia de debate sobre sus métodos, sus hipótesis e interpretaciones, las hemos visto ya: fragmentación de temas, métodos y especialidades; retraso y dependencia respecto de otras ciencias sociales; desconexión de una sociedad a la que deberíamos estar ofreciendo, desde la historia: ideas, propuestas y perspectivas a sus problemas.

Este Congreso Internacional *La historia a debate* es, no obstante, un vivo ejemplo de que algo está cambiando. El interés de los historiadores por la metodología, la historiografía y la teoría de la historia, crece en este complicado fin de siglo. Tal vez porque “conforme crece la ciencia, disminuye el poder de la evidencia empírica”,<sup>24</sup> y aumentan unos interrogantes que ninguna otra disciplina, por muy avanzada que esté, nos puede resolver, porque son específicos de la historia. Una historia profesional que, en todo caso, aborda con más facilidad la reflexión sobre el método, o sobre la historia de la historia, que la fabricación y el empleo de hipótesis y de tesis, y de síntesis y de generalizaciones, en las investigaciones, a causa sin duda de la formación recibida y del fracaso parcial del paradigma marxismo-*Annales*, ambas cuestiones muy entrelazadas. Sólo la introducción de asignaturas de metodo-

<sup>24</sup> Imre Lakatos: *La metodología de los programas de investigación científica*, Madrid, 1983 (Cambridge, 1978), p. 33.

logía, historiografía y teoría de la historia,<sup>25</sup> desde los primeros cursos de las licenciaturas de historia, para acostumar a los futuros historiadores a la reflexión sobre su materia, permitirá equiparar la historia al resto de las ciencias.

La disyuntiva del historiador del futuro es: o dedicar una parte del tiempo<sup>26</sup> de trabajo a conocer y producir obras de metodología, de historiografía y de teoría histórica,<sup>27</sup> en competencia (y colaboración) con las disciplinas vecinas; o sucumbir definitivamente a la marginalidad en el seno de la ciencia y la sociedad. Que sea difícil para el historiador alternar el trabajo empírico con el trabajo teórico, no quiere decir que sea una cosa del otro mundo: la mayor parte de las ciencias sociales y humanas<sup>28</sup> vienen practicando, desde hace mucho tiempo, esta combinación teoría/práctica. Agotada en buena medida la innovación temática, a la historia le quedan, entonces, la metodología, la historiografía y, sobre todo, la teoría, continente persistentemente ignorado, para seguir progresando y para cumplir con sus responsabilidades científicas y sociales.

Una mayor reflexión sobre lo que hace el historiador redundará en un alza del nivel de la investigación histórica, en una mayor comprensión global del pasado, en una mejor interrelación con las restantes ciencias (intercambio igual), en un incremento de la contribución directa de los historiadores a la teoría de la historia (y, por consiguiente, de la sociedad) que demandan los acontecimientos del siglo xx y los interrogantes del siglo xxi. Solía decirse que si un historiador hacía teoría dejaba de serlo. Si no se desmiente este lugar común, la historia nunca superará la subalteridad respecto de otras ciencias sociales, no sobrevivirá al siglo xx como disciplina científica tal como la hemos conocido; sobre todo, tal como la hemos querido.

#### ► 14

*Por una historia continuamente a debate.*

De entrada, el debate no es un uso académico. Los nuevos historiadores, *annalistes* y también marxistas, han reproducido el sistema vertical de la tradición universitaria que trasmite el saber jerárquicamente; las lecturas de las tesis doctorales resultan un buen ejemplo de lo que

queremos decir. Sin embargo, en sus orígenes revolucionarios, *Annales* predicaba que el debate y la heterodoxia eran consustanciales con la definición científica de la historia: “en el origen de toda adquisición científica existe el no-conformismo. Los progresos de la ciencia son fruto de la discordia. De la misma manera que las religiones se esfuerzan con la herejía de que se alimentan”.<sup>29</sup> Se precisa recuperar este espíritu inconformista, crítico, resucitar la historia-debate, para superar la crisis finisecular de la historia, y también para, después de ello, alimentar el nuevo paradigma común, aprendiendo de la historiografía pasada.

A la comunidad de historiadores le toca decidir sobre los problemas historiográficos que tenemos y sus posibles soluciones, pero ¿cómo hacerlo si las dificultades y las alternativas no se exponen libre y polémicamente? Sin potenciar el debate, es imposible llegar a nuevos consensos,<sup>30</sup> y las situaciones críticas —enseña la historia— pueden llegar a pudrirse.

Kuhn ha planteado que, en toda ciencia, el cambio de paradigmas —las crisis, las revoluciones científicas— lleva aparejado un debate,<sup>31</sup>

<sup>25</sup> En España, en los nuevos planes de estudio ha comenzado a hacerse, pero no en lo relativo a la teoría de la historia, que sigue considerándose más tarea de filósofos que de historiadores.

<sup>26</sup> Por supuesto, como en cualquiera otra disciplina científica, la mayor parte del trabajo está y estará relacionada con las fuentes y los datos; los historiadores no corremos el riesgo de olvidar esto.

<sup>27</sup> El que vayan juntos —método, historiografía y teoría— es una garantía frente a las recaídas empiristas, y a las huidas hacia adelante del teorismo abstracto.

<sup>28</sup> Pensemos, por ejemplo, en la lingüística de Saussure, base de la teoría estructuralista.

<sup>29</sup> Lucien Febvre: *Combates por la historia*, Barcelona, 1975 (París, 1953), p. 34.

<sup>30</sup> Controversias y consensos se están produciendo ya, aunque sus efectos historiográficos están frenados por las propias restricciones de un debate, implícito y fragmentado, que no ha conseguido todavía interesar al conjunto de la profesión.

<sup>31</sup> Thomas Kuhn: *La estructura de las revoluciones científicas*, ed. cit., p. 87; *La función del dogma en la investigación científica*, ed. cit., p. 22; *La tensión esencial. Estudios selectos sobre la tradición y el cambio en el ámbito de la ciencia*, ed. cit., p. 297.

pero como no pueden estarse replanteando eternamente los fundamentos de una disciplina, en los períodos que él llama de ciencia normal, cede la rivalidad de teorías, dejan de explicitarse reglas y presupuestos, disminuye el interés por la teoría, y se discuten sólo aquellas cuestiones que no son principales para la práctica de los investigadores.<sup>32</sup> El mismo Kuhn excluye, por descontado, las ciencias humanas y sociales de estos períodos “normales” de ciencia sin debate, reconociendo la función creadora de la confrontación y de la crítica permanente, por ejemplo, en filosofía y en historia,<sup>33</sup> en lo cual, por cierto, coincide con su adversario Popper.<sup>34</sup> Aun en las ciencias naturales, 30 años después de las obras principales de Kuhn, tenemos muy serias dudas de que sea aplicable, en lo relativo a la controversia, una separación tan neta entre ciencia normal y ciencia extraordinaria;<sup>35</sup> la crítica interna que toda disciplina viva tendría que institucionalizar, es hoy, además, una obligación, considerando la velocidad con que se suceden los descubrimientos científicos, al menos en algunas ciencias.

En el caso de la ciencia histórica, la perentoriedad de un debate constante, la historia-debate como parte del paradigma a establecer, más allá, por tanto, de la urgencia de la crisis actual, surge de la expansión de la historia como disciplina, de su peculiaridad como ciencia de un pasado humano, que es interrogado e interpretado desde un presente y desde un futuro móviles —y hacen móvil al pasado investigado—, y de la propia experiencia de los historiadores durante los últimos 20 años. La falta de un debate explícito y suficientemente centrado ha prolongado de manera excesiva una deplorable situación de equilibrio inestable, en que lo nuevo no acaba de imponerse y lo viejo no acaba de desaparecer, en que las posiciones se polarizan o se dispersan, sin que nadie efectúe y divulgue síntesis sucesivas que aseguren la reformulación del consenso. El desfase entre la práctica plural de los historiadores (fragmentada pero fructífera, innovadora pero recuperadora de viejos géneros) y una teoría, que por inercia sigue remitiendo al paradigma marxista-*annaliste* del siglo xx, es más que evidente.

Para corregirlo, hay que debatir a tumba abierta, reconociendo las crisis —sin engañarnos a nosotros mismos con jeremiadas o con dosis extremas de voluntarismo—, y llegar a conclusiones que nos ubiquen en nuevas coordenadas paradigmáticas. Lo cual supone la reimplantación de hábitos de tolerancia hacia las posiciones contrarias, cuyas aportaciones a la recomposición de un paradigma común hay que saber aceptar.<sup>36</sup> La dinámica de rivalidad y cooperación, entre la escuela de *Annales* y el materialismo histórico, que ha hecho viable la victoria del paradigma historiográfico del siglo xx, resulta la mejor prueba de lo que estamos defendiendo: las divergencias fructíferas son una elemental exigencia de una historiografía sana.

## ► 15

*La madurez de un paradigma está en las escuelas que lo animan.*

La crisis de crecimiento y, juntamente, paradigmática, por la que atravesó la historiografía mundial en los años 80, desagregó su paradigma común y provocó tendencias centrífugas que disgregaron sus componentes, divorciando las historiografías nacionales y las grandes escuelas del siglo xx.

Junto con el debilitamiento y el cuestionamiento de los paradigmas compartidos que les concedían funcionalidad, relaciones mutuas y autoridad conjunta, la escuela de *Annales* y la

<sup>32</sup> Thomas Kuhn: *La estructura de las revoluciones científicas*, ed. cit., pp. 143, 276-277; *La función del dogma en la investigación científica*, ed. cit., pp. 9, 19, 21.

<sup>33</sup> *La tensión esencial...*, ed. cit., p. 34.

<sup>34</sup> Ídem, p. 296.

<sup>35</sup> Separación que, en cualquier caso, resulta vital para entender el progreso de la ciencia; queremos decir que siendo de distinta entidad, el debate durante las crisis paradigmáticas y el debate durante los tiempos de estabilidad, no cabe subestimar o eliminar el segundo; entre otras cosas, porque es la garantía del primero.

<sup>36</sup> El miedo a caer en el eclecticismo puede superarse leyendo —o relejendo— lo que Hegel y Marx nos enseñaron en cuanto a lógica dialéctica, hoy reflatada por la teoría de la complejidad y los repetidos fracasos de los determinismos estrictos.

escuela marxista de historia social, siguiendo —y animando— la tónica general, se diversificaron internamente durante la última década, fueron objeto de una acerba crítica externa e interna,<sup>37</sup> y se distanciaron entre sí, de suerte que hoy muy pocos mantienen, o aceptan, que sigan siendo escuelas historiográficas con cabezas de fila, programas unificados de investigación, disciplina y órganos de expresión.

En la dirección colegiada de la revista *Annales* reina en la actualidad una diversidad —rica— de líneas historiográficas, que tienen su punto de encuentro en la relación con el exterior: la interdisciplinariedad. Esta falta de nexo interno resulta más evidente conforme ampliamos el círculo al *Centre de Recherches Historiques* de la *École des Hautes Études en Sciences Sociales*, y, por último, a las universidades francesas. El fraccionamiento de la escuela de *Annales*, nacida en 1929, no es más que una consecuencia —y una causa— de la dispersión general de la historia en el último tercio del siglo, que afecta también, sobremedida, a los historiadores próximos al marxismo. El nacimiento en 1976 de *History Workshop*, las polémicas entre E. P. Thompson y Perry Anderson —y otros—, sobre el estructuralismo (1978-1980), y entre Lawrence Stone y Eric J. Hobsbawm sobre el retorno de la narrativa (1979-1980), marcan las tensiones de una diversificación que pronto se convertirá en críticas a la historia social que representa *Past and Present*,<sup>38</sup> revista que, en fin de cuentas, nunca tuvo un carácter de escuela tan delimitado como *Annales*. En ambos casos, el resultado es el mismo, un *big bang* inicial y una expansión posterior que terminó por fragmentar y enfrentar a las partes.

Se ha generalizado, en total, entre los historiadores la creencia de que las grandes escuelas del siglo xx son ya cosa del pasado, tradiciones de referencia,<sup>39</sup> pero ya no escuela activas.<sup>40</sup> La mejor referencia que tenemos de una tradición historiográfica no organizada como escuela es el positivismo. El marxismo y *Annales*, en este momento, en los años 90, se parecen más a las viejas tradiciones pre-paradigmáticas, suerte de tendencias difusas, que a verdaderas escuelas de pensamiento y acción historiográfica.

Resulta curioso observar como, a medida que la rivalidad se impone a la cooperación entre ambas escuelas, muy pocos se dan cuenta —de ahí la importancia de las dos primeras tesis de nuestra propuesta— de que las crisis sufridas por la historiografía marxista y por *Annales*, guardan una íntima relación, van paralelas en su fase final y remiten ambas a una crisis general del paradigma común, a su vez influida por los cambios del paradigma científico global, y por las transformaciones socioculturales y políticas finiseculares.

El decaimiento del paradigma común y de las grandes escuelas que lo sostenían, en un contexto de desarrollo de la historiografía mundial, ha engendrado fenómenos hasta cierto punto contradictorios: 1) El individualismo historiográfico, alentado por la necesidad y/o el gusto por el currículum académico, y por el auge del individualismo como mentalidad colectiva en los 80. 2) Un mayor peso de las tradiciones historiográficas “naturales”, que identifican a los investigadores por encima de cualquier anterior referencia paradigmática o de escuela: a) el área de conocimiento conforme a los esquemas convencionales de clasificación universitaria (en Europa occidental: historia antigua, medieval, moderna y contemporánea) y b) las historiografías nacionales. 3) La tendencia a la mundialización de la historiografía, sobre la base de una intensificación de los con-

<sup>37</sup> Carlos Barros: “La ‘Nouvelle Histoire’ y sus críticos”, en *Revista d’Història Moderna. Manuscrits*, no. 9, Barcelona, 1991, pp. 83-111.

<sup>38</sup> Desde finales de los años 70 se la critica, incluso desde el marxismo, por perder el espíritu innovador, mostrándose conservadora ante la historia de la familia, la historia de las mujeres, la historia oral; por abandonar la historia política, los enfoques cualitativos y la historia-problema; por ser débiles ante la tradición *whig* de la historiografía británica, moralista, liberal y positivista...

<sup>39</sup> “Conversaciones con Roger Chartier”, en *Manuscrits*, 11, 1993, p. 39.

<sup>40</sup> En su nueva etapa, *Annales*, acusando las críticas recibidas, ni siquiera se define como una escuela sino como un lugar de experimentación: “Histoire et sciences sociales: un tounant critique”, en *Annales*, 6, 1989, p. 1317.

tactos internacionales; proceso de interrelación que afecta a una minoría, pero que tiene a su favor la aceleración del mundo presente hacia la "aldea global", en todos los ámbitos de la vida.

La revitalización de la historia como ciencia social reclama un papel activo de la comunidad de historiadores alrededor de un programa historiográfico, reclama proyectos colectivos más allá de los ámbitos académicos y también nacionales —por supuesto, ambos ineludibles—, reclama *combates por la historia* del estilo de las escuelas historiográficas que hemos heredado. Por mucho que la realidad se está encargando de rebasar ampliamente las viejas escuelas, el "espíritu de escuela" historiográfica, tan específico del siglo xx, resulta, aquí y ahora, más necesario que nunca.

Hemos escrito "escuelas" en plural y no "escuela" en singular, porque creemos que, ni en el pasado ni en el futuro, "paradigma común" equivale —equivale— a "escuela única" de teoría y práctica historiográficas. El tono crítico y autocrítico, la historia-debate, la vitalidad de un paradigma, están, en una palabra, mejor garantizados con una diversidad de escuelas, grandes y pequeñas, internacionales y nacionales, interdisciplinarias y disciplinares... La diversidad académica, nacional, ideológica, generacional, de la comunidad de historiadores —o de otra ciencia social— obliga, pues, a combinar eficazmente pluralidad con consenso.

La primera tarea de la historiografía del siglo xxi es reformular y revitalizar los aspectos válidos —unos ya aplicados, otros todavía inéditos— de las grandes escuelas del siglo xx, lo que implica nuevos focos de intervención historiográfica, dentro y/o fuera de dichas tradiciones, que además de buscar la divergencia procuren la convergencia, aquellas síntesis sucesivas que nos permitan avanzar y salir del pantano de la transición paradigmática. Teniendo muy claro que el paradigma común que viene no será, no está siendo ya, una repetición del paradigma común, de raíz *annaliste*-marxista, del siglo xx.

Para "asimilarlo a lo nuevo, lo antiguo debe ser revalorado y reordenado".<sup>41</sup> Es menester un balance finisecular de la historiografía *annaliste* y marxista (sin omitir el positivismo), por sepa-

rado y conjuntamente, que tome nota de los éxitos y de los fracasos, de las limitaciones internas y externas, de los objetivos realizados y de los puntos incumplidos. La mejor aportación de las escuelas del siglo xx al nuevo consenso historiográfico, urgido por nuevas necesidades científicas y sociales, sería una autocrítica que, incidiendo en la renovación y el abandono de sus partes muertas, no se prive de defender sus aspectos más actuales, o más imprescindibles. Seamos radicales en ambos sentidos, en la innovación y en la vigencia. Enfrentémonos al pensamiento simplificador que veda llevar a cabo en paralelo las dos operaciones, y al posmodernismo que proporciona la crítica, pero nos niega la síntesis; esa tensión esencial entre tradición y cambio, entre pensamiento divergente y pensamiento convergente,<sup>42</sup> que es la base, en resumidas cuentas, del progreso científico y social.

La revista *Annales* ha dado el ejemplo lanzando a finales de 1989 un *tournant critique*<sup>43</sup> que, cuatro años después, ofrece unos frutos restringidos —ilustración de las grandes dificultades existentes para promover el cambio desde el centro de las grandes tradiciones—; esto es, una significativa renovación generacional, pero muy pocas propuestas programáticas. La escasez de debate en las páginas de la revista y la desconexión francesa con la evolución reciente de la historiografía marxista, principalmente anglosajona, han coadyuvado al restringido eco del *tournant critique* de *Annales*, que señala así y todo una nueva etapa para la corriente fundada por Bloch y Febvre, cuyo perfil final está todavía por decidir.

Desde la historiografía marxista no se ha intentado, hasta ahora, nada parecido. Hay actitudes reivindicativas y defensivas, y también otras realistas y severamente autocríticas, ambas útiles e irremediables, pero teñidas de pe-

<sup>41</sup> Thomas S. Kuhn: *La tensión esencial...*, ed. cit., p. 249.

<sup>42</sup> *Ibidem*.

<sup>43</sup> Carlos Barros: "El 'tournant critique' de *Annales*", en *Revista de Història Medieval*, Valencia, no. 2, 1991, pp. 193-197.

simismo, faltas de alternativas cara al futuro. El mayor obstáculo es "externo" a los historiadores: la parálisis que atenaza al pensamiento crítico marxista desde 1989. Estamos convencidos de que la reacción no se hará esperar, porque sin la contribución del materialismo histórico es imposible saldar cuentas —no sólo historiográficamente— con el siglo xx y entrar en el siglo xxi, en que nos seguiremos encontrando con realidades sociales que, en bastantes aspectos, son peores que las que dieron origen al marxismo en el siglo xix, y contextualizaron las actuales ciencias sociales y humanas. Todo ello sin dejar de lado, claro está, los desmentidos dramáticos que el siglo xx está dando a las previsiones marxistas acerca de la inevitabilidad de la transición histórica del capitalismo al socialismo.

Así como los paradigmas generales, economicista y estructuralista, que han sobredeterminado el paradigma común de los historiadores del siglo xx, matando el sujeto, han sido desechados en general por los historiadores, no ha ocurrido lo mismo con el paradigma neopositivista, de influencia más clandestina pero no menos eficaz. Romper con el positivismo "malo" (antiteórico y antihistoricista) sin abandonar el positivismo "bueno" (rigor crítico documental) constituye, en nuestra opinión, un paso obligado para entrar en el siglo xxi historiográfico, y poder así desarrollar —en otro contexto— aquellos elementos paradigmáticos de *Annales* y del materialismo histórico que, teniendo el consenso de la comunidad historiográfica, acabaron sepultados por el objetivismo cientifista de raíz positivista, economicista y estructuralista. Por todo ello, es recomendable remontarse a los orígenes de las dos grandes escuelas historiográficas del siglo xx, para ganar en perspectiva y poder así evaluar mejor lo que sirve y lo que no sirve, lo que hay que reflotar —y reformular— y lo que hay que desechar, con los ojos siempre puestos en el futuro,

Si decimos que no hay metas fatalmente prefijadas sino objetivos continuamente revisables, no podemos saber con certeza la configuración final del paradigma historiográfico en formación, ni el papel que en él desempeñarán las tradiciones del siglo xx, o las nuevas es-

cuelas que puedan constituirse en los años próximos. La comunidad de historiadores decide, en última instancia, el camino a seguir, que nos puede llevar a un nuevo paradigma común con escuelas (como en la segunda mitad del siglo xx), a varios paradigmas contradictorios con escuelas (romanticismo *versus* positivismo en el siglo xix), a otra configuración específica del siglo xix. Nuestra opinión es clara: paradigma común con escuelas —posiblemente más numerosas y de menores dimensiones— que promuevan una ciencia histórica con sujeto: tolerante y con debate; innovadora y tradicional; empírica y teórica; unificada, interdisciplinar y global; beligerante contra el futuro inhumano que dicen que nos espera.

## ► 16

*Los cambios socioculturales de los años 90 favorecen a la historia y a las ciencias del hombre.*

Reivindicamos un nuevo paradigma común que haga salir de las catacumbas a la historia y a las humanidades. La coyuntura mental de los años 90 resulta, en este sentido, más favorable que la coyuntura de los años 80, caracterizada por el yupismo, la adoración del dinero y el poder, la ola conservadora de Thatcher y Reagan, que parecía culminar brillantemente, hacia 1989, devolviendo el Este a un capitalismo que de inmediato se manifestó especulativo, corrupto y mafioso. La reacción de los años 90 contra ese capitalismo salvaje e inhumano en el Este de Europa, y contra la corrupción política y financiera en el Sur de Europa, el movimiento *politically correct* en USA, las huelgas generales obreras y estudiantiles europeas contra el paro y los recortes sociales del Estado de bienestar, la revuelta de Chiapas, el auge de las organizaciones no gubernamentales y de la solidaridad con el Tercer Mundo, la búsqueda de un nuevo compromiso ético en las ciencias físicas, biológicas y de la salud, la contestación al posmodernismo —cuyas críticas es capital considerar— desde una nueva racionalidad, están creando un clima mental, intelectual y moral, muy diferente, menos individualista y más humanista, a medida que nos acercamos al año 2000. O la humanidad devuelve al hombre, y a

su medio ambiente, al centro de interés de la actividad política y económica, o el descalabro final —ecológico, demográfico, ético, social—, a manos de la tercera revolución tecnológica y de la prepotencia del Primer Mundo, está asegurado. La historia y las ciencias humanas tienen algo que decir, y van a decirlo, siempre y cuando el paradigma historiográfico cul-

mine satisfactoriamente el cambio en curso, que no tiene meta preestablecida: depende de nosotros.

• • • • •

# Cuando reinaba su majestad el azúcar

## Entrevista a Roland

**T. Ely** El profesor titular de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Centro de Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Pablo A. Maríñez, realizó esta entrevista en Acapulco, México, en marzo de 1993, durante la XXXIV Convención Anual de la Asociación de Estudios Internacionales (ISA); tiempo después, en Mérida, Yucatán, el profesor Maríñez se reunió con el doctor Roland Ely con motivo de la celebración de la XX Conferencia Anual de Caribbean Studies Association (CSA), en México, en mayo de 1994, oportunidad en la cual el doctor Ely tuvo la amabilidad de revisar la transcripción de la entrevista, como habían acordado en la primera oportunidad.



*Cuba es uno de los países del Caribe que cuenta con una de las más amplias y ricas producciones bibliográficas sobre economía de plantación azucarera. Cabe destacar Azúcar y población en las Antillas, de Ramiro Guerra, publicado originalmente en 1927; Azúcar y abolición, de Raúl Cepero Bonilla, de 1948, y El ingenio, de Manuel Moreno Fraginals, de 1964, convertidos en clásicos no sólo para la historiografía cubana, sino para la del Caribe en general. Cuando reinaba su majestad el azúcar (Estudio histórico de una tragedia latinoamericana: el monocultivo en Cuba. Origen y evolución del proceso) fue pu-*

*blicada por Editorial Sudamericana, de Buenos Aires, en 1963 (872 páginas), y ocupa un lugar no menos destacado en dicha historiografía. Sin embargo, Roland T. Ely, su autor, es el único de los investigadores señalados que no es cubano (norteamericano oriundo de Filadelfia); pero por diversas razones, incluso familiares, mantuvo estrechos vínculos con Cuba, lo cual le permitió tener acceso a fuentes documentales en la misma Cuba, pero fundamentalmente en archivos de Estados Unidos, que ningún otro investigador cubano de la época había tenido.*

**P.A.M.:** Doctor Roland Ely, estamos muy interesados en conocer el contexto en que se produjo la investigación que dio como resultado el libro *Cuando reinaba su majestad el azúcar*, que consideramos una obra clásica sobre economía de plantación azucarera en el Caribe. ¿Cuáles fueron las motivaciones que tuvo usted para realizar dicha investigación?

**R.T.E.:** En primer término, la familia de mi padre tenía raíces en Cuba, desde los años 1820. El cuñado de mi tatarabuelo

—todos eran cuáqueros en esa época, que habían llegado a Pennsylvania y New Jersey, en tiempo de Guillermo Penn, en el siglo xvii— era médico,

**la familia  
de mi padre tenía  
raíces en Cuba  
desde los años 1820**

pero no pudo llevar una vida como él esperaba en Filadelfia, alrededor de 1820, y se metió a trabajar para el ejército norteamericano, que no era gran cosa para esa época; ese acto de meterse en el ejército le costó la expulsión de los cuáqueros, porque éstos eran pacifistas y estaban en contra de la esclavitud. Por esta razón, él se fue a Santiago de Cuba, pues alguien le había dicho que faltaban médicos, pero llegó y no pudo ganarse la vida como médico, por lo que empezó a cultivar café.

**P.A.M.:** ¿En qué año fue eso?

**R.T.E.:** Creo que fue en 1828. El cuñado de mi tatarabuelo, a quien me estoy refiriendo, se llamaba Richard Wilson; tengo algunos libros de él con su dedicatoria, con encuadernación de cuero. Su hermana, Sarah, se casó con Elías Ely, mi tatarabuelo, cuyo cuadro al óleo también tengo en mi casa, con su certificado de matrimonio, cuáquero. Richard se casó con una cubana criolla, y, por supuesto, sus hijos fueron católicos. Así creó una familia y fue progresando en el cultivo del café, y a través de los contactos de la esposa se metió en el negocio del azúcar, en que prosperó enormemente, porque recibió la herencia de su papá, también médico cuáquero, quien había hecho fortuna construyendo canales en el

estado de Pennsylvania. Eso fue antes de los ferrocarriles. La herencia que recibió Richard fue de unos 100 000 dólares, que era mucho dinero en esa época, con lo cual construyó un ingenio, con la última tecnología francesa y británica, para los años 1830 y principios del 40.

**P.A.M.:** ¿Cómo se llamaba el ingenio?

**R.T.E.:** No recuerdo el nombre del ingenio, pero mis parientes, incluso, tienen un cuadro del ingenio. Eso era cerca de Santiago de Cuba. Todavía hay una loma de Wilson, donde los españoles ejecutaban a los patriotas en la Guerra de los Diez Años, de 1868 a 1878. Bien, el hijo de Wilson, Augusto Wilson, según los cuadros al óleo que conocemos, parecía más criollo que cuáquero; era muy oscuro, pelo negro y muy flaco. La nieta de Richard Wilson era la generación de mi abuelo. Yo conocí a uno de ellos, el doctor Richard (“Tío Dick”) Wilson, quien era soltero, un poco excéntrico; nunca se casó. Él murió en los años 50, pero lo conocí cuando estaba escribiendo la historia de la familia, en inglés y en español; tenía libros enormes. Estaba copiando unos manuscritos que nunca se publicaron. Eso despertó mi interés, en los últimos años del 40, cuando yo visitaba a Cuba. Así, Wilson fue el eslabón con el pasado. Mi tía, quien vivía en Jamaica durante los años 30, fue varias veces a Cuba. Resultó conveniente para la familia en Cuba mantener relaciones con nosotros en Estados Unidos, porque mi abuelo, el papá de mi papá, era banquero, y esto le permitía invertir dinero contra tormentas futuras. Los Wilson se arruinaron durante la Guerra de los Diez Años en Cuba. Los patriotas destruyeron el ingenio, por lo cual los esclavos fueron vendidos a la familia Brooks. Yo tuve suficiente información para escribir un capítulo aparte sobre la familia Brooks de Santiago; pero esto me hubiera tomado seis meses más de investigación, por lo que abandoné la idea y pasé todos esos materiales a Manuel Moreno Fraginals. Todas las cosas que conseguí de la familia Brooks, de sus descendientes de Estados Unidos y de Inglaterra, todas las tiene Manolo. Brooks fue el hacendado más importante en la zona de Santiago y de Guanátamo. Él era hijo de un inglés que intentó ase-

sinar a Jorge III, el rey de Inglaterra. Era aparentemente demente, pues salió de una muchedumbre y trató de pasar un cuchillo por la barriga del rey, pero era un cuchillo de plata; por tanto, se dobló y apenas rasgó un poco el chaleco del rey, quien se rió mucho, y lo tomó como una broma. Así que lo mandaron al manicomio en vez de matarlo. Pero Brooks, el hijo, comenzó con casi nada, era un hombre muy duro. Como los Drake de La Habana, que hicieron mucha más plata: primero, como comerciantes, y luego como hacendados.

Así, ver a mi familia metida en eso de reconstruir su propia historia, despertó mi primer interés por Cuba. En ese entonces estaba en el último año de la Universidad de Princeton, en New Jersey. Después de la Segunda Guerra Mundial regresé para terminar mi último año en Princeton. Más tarde me presentaron a Emilio Roig de Leuchsenring, veterano de la guerra contra España, capitán que estaba encargado de los archivos nacionales, para que me interesara en temas que no me parecieran tan originales. Pero luego, cuando hacía mi posgrado en Harvard, el profesor Robert G. Albion —bien conocido en Princeton, quien había dirigido mi tesis de licenciatura, con la cual me gané el premio de Historia Política de Princeton— me sugirió que debía

consultar una colección enorme de un comerciante y banquero neoyorquino del siglo pasado, Moses Taylor. Estos documentos estaban en el sótano de la Biblioteca Pública de Nueva York, en la calle 42 y la 5ta. Avenida.

---

***ver a mi familia metida  
en eso de reconstruir  
su propia historia,  
despertó mi primer  
interés por Cuba***

da. Toda la historia de esto está en el Prefacio de mi libro, por lo cual no vale la pena extenderme al respecto. Al ordenar la colección vi una cantidad enorme de correspondencia de sus clientes en Cuba, quienes eran de la crema de la crema de los hacendados de esa época. Incluso siguiendo la expansión de lugares como Matanzas, Cárdenas, Sagua la Grande, y otras de la zona de Cienfuegos, porque ya Trinidad estaba en declinación, como lugar viejo. Y también cartas de Brooks y otros que construyeron el primer ferro-

carril en La Habana, el cual, si la memoria no me falla, se trataba de un ferrocarril que unía la costa norte con Batabanó al sur de la Isla. Eran materiales de los años 1820 a 1830, que nadie había tocado, excepto para robar las estampillas; y aunque me costó como tres años ordenar los materiales, creo que valió la pena. Gracias a mi familia en Cuba recibí ayuda de la generación de mi padre, me ayudaron con descendientes de estos hacendados y comerciantes del siglo pasado, como Tomás Terry en Cienfuegos, o tipos como los Pedroso, quienes eran hacendados importantes, con documentos en su poder y hasta retratos. Eso me llevó a muchas aventuras, cosas pintorescas o picarescas, por lo cual la parte cubana empezó a resultar mucho más importante que la de Nueva York, y me permitió ensanchar el trabajo. Por ejemplo, la primera parte del libro “La economía cubana entre las dos Isabelas”, cubre tres siglos o más. Eso se publicó en La Habana por Librería Martí en 1959, con reimpresión en 1960. Ese libro tiene el Prólogo de Julio Le Riverend. Hay una tercera edición en Bogotá. La parte sobre Cienfuegos y Terry, la mayor parte, se llama “Comerciantes cubanos del siglo XIX”, sobre la base de mi trabajo durante un invierno en la vieja oficina de Terry por los muelles de Cienfuegos, documentos que nadie había tocado durante cerca de 80 años. Esto fue publicado como otro libro, por Librería Martí en 1960, con dos ediciones ese mismo año, y una tercera edición en Bogotá, en 1961 o 1962, con Prefacio de Ramiro Guerra. El hijo de Ramiro Guerra fue muy amigo de la esposa de un pariente mío, Feliciano Villalón y Wilson de Menolcar. Por ellos conocí a Ramiro. Todavía tengo fotos de él con su dedicatoria.

**P.A.M.: ¿Cuándo inició usted la investigación, qué autores y obras conocía en ese momento sobre economía de plantación en el Caribe, y cuál de ellas había influido más en usted?**

**R.T.E.:** Conocía la obra de Eric Williams, *Capitalismo y esclavitud*, pero había otros autores que también influyeron en mí. Quien me inspiró mucho más que nadie, fue el libro de Gilberto Freyre, *Casa Grande y Senzala*, que debió de haberlo

llamado *Azúcar y sexo*. Yo digo que no pude ser el Gilberto Freyre de Cuba, ni tuve la oportunidad como él en Brasil, pero traté de seguir un poco esa línea, el estudio de la “casa grande y la senzala”, con casos reales, específicos. Sí, a Freyre lo había leído en mi licenciatura, en una asignatura sobre América Latina, en Princeton, y después en Harvard tomé un curso sobre América Latina y profundicé más en Brasil. El profesor Clarence Haring, que impartía el curso, había publicado un libro muy interesante sobre este país.

Pero más allá de la bibliografía que conociera, mi interés por Cuba, o, vamos, por el Caribe, estaba relacionado, además de lo que ya le he señalado, con el hecho de que la familia del papá de mi mamá era de Barbados; se habían radicado en Barbados en los primeros años del siglo XVII, en 1630 o 1640, pero no como hacendados. Ellos llegaron como pequeños granjeros, esa gente no tenía esclavos. Pero después por matrimonio se ligaron a dos de las familias más poderosas de la isla, como los Holder y los Alleyne. Los dos padres —la mamá y el papá de mi abuelo Taylor— nacieron y se criaron en Barbados; mi bisabuelo fue llevado a Filadelfia en 1840. Ésa es la línea de mi tatarabuelo, de quien tengo un retrato al óleo. Todavía tengo parientes en Barbados, que vi por última vez en 1979. Entre otros, una se casó con Maurice Care, de la familia propietaria de Care Shephard, la tienda más grande de Bridgetown,

en Barbados. Bueno, la cuestión es que por la línea de mi mamá, en Barbados, tenía antepasados que habían sido hacendados, pero no en la escala de Cuba. En Cuba no fueron antepasados míos, sino

una línea paralela. En Barbados, sí, soy descendiente de allí. En Cuba no, fue el cuñado de mi tatarabuelo quien se fue a Cuba.

**P.A.M.: Bueno, pero en términos de autores y obras...**

**68 R.T.E.:** Hablando de la obra de Pares, que salió en los últimos años de la década del 40, o princi-

pios del 50, todavía tengo ese libro. Además, había otro sobre la historia de la industria azucarera de Cuba, y, por supuesto, *Azúcar y población en las Antillas*, de Ramiro Guerra. También estaban Friedlaender y tres o cuatro más, cuyos nombres se me escapan. Pero todos ellos aparecen en la bibliografía crítica del libro, de la cual he recibido muchos comentarios. Había trabajos del siglo XIX muy interesantes, pero fue Ramiro Guerra quien despertó más interés en mí por la esclavitud, pues yo no tenía tanto interés en la esclavitud como en la hacienda y en la economía azucarera. La esclavitud fue muy importante, como lo plantea Williams, pero los trabajos de Ramiro Guerra tenían más alcance para mis intereses. ¡Ah!, también había conocido en los años 30 en Jamaica, donde vivía mi tía, la hermana de mi papá, y había visto las ruinas —no tan ruinas, pues algunos estaban en muy buenas condiciones— de las casas grandes de ingenios jamaicanos, incluso el famoso tren jamaicano, importado a Cuba desde Jamaica a fines del siglo XVIII, con las calderas en línea, muy primitivo al lado del que desarrollaron los cubanos para 1850 y 1860. No creo que en Cuba mataron tantos esclavos como en Jamaica. Leí que en Jamaica habían matado como 50 000 o más; el problema es que los esclavistas eran ausentistas, vivían en Inglaterra y dejaban los ingenios en manos de administradores, tipos muy duros. Mientras que en Cuba había ausentismo, pero los esclavistas vivían en La Habana o en las ciudades —más que en España, eso vino después— con sus hijos.

Pero volviendo a lo de los libros y autores que me interesaron e influyeron en mí. No olvidemos que tenemos elementos románticos, mucho más exóticos en Cuba que en otros lugares. Del profesor Samuel Eliot Morison, quien ganó dos premios Pulitzer, fui su ayudante de cátedra y él trató de interesarme por James Logan, quien fue secretario privado administrador de Guillermo Penn, en Pennsylvania, cuando Penn volvió a Inglaterra. Pero, para mí, todo aquello me pareció algo aburrido, investigar sobre los cuáqueros, en el lugar donde me había criado. Mientras que en Cuba había muchos elementos, repito, exóticos y románticos. Además, yo tenía en ese entonces algunos vicios de los que he renunciado. Me gus-

taba mucho fumar buenos tabacos y puros, y también tomar cerveza, y la cerveza Hatuey era excelente; además había buenos coñacs y brandys españoles. Bueno, para ser honesto, considero que la mujer cubana, por lo menos para esa época, tenía mejor rostro que la de cualquier otro país latinoamericano, aunque tenía la tendencia a engordar. También me gustaba la música cubana —bueno, siempre me gustó la música latinoamericana— y el contacto con los primos de cuarto grado de mi propia generación, de ambos sexos, me facilitaba relaciones sociales, y hasta aprender a bailar rumba sobre una mesa redonda y pequeña en un bar, sin caerme, por supuesto. En fin, cosas que hoy día podrían parecer estúpidas, pero esos eran aspectos importantes para mí, porque hacían que uno se interesara más por Cuba. Además, yo tuve la oportunidad de viajar por toda la Isla y hacer contactos con gente como Julio Lobo, el hombre más rico de este siglo en Cuba. Tenía 80 millones de dólares en 1958, según un artículo de la revista *Fortune* de Nueva York sobre él. En términos de poder adquisitivo de hoy, esos serían más de 500 millones de dólares, que tenía con sus 14 ingenios. Esto le permitía controlar la venta de la mitad de la zafra de azúcar de Cuba, y la tercera parte de Puerto Rico. Para mis investigaciones, él me dio muchas facilidades, hasta una avioneta y piloto particular, para lo cual usaba sus centrales azucareros como base.

---

**en realidad una obra  
única en su género,  
porque tuve acceso a  
ciertos materiales y  
oportunidades que no  
ha tenido nadie desde  
esa época**

**P.A.M.: ¿Llegó usted a tener mucha amistad con la familia Lobo?**

**R.T.E.:** Bueno, Julio Lobo tenía ganas de escribir un libro, o usar un libro manuscrito por otro, para ponerle su nombre; pues él usaba sus ingenios para darse categoría social, aunque tenía millones de dólares. La verdad es que sus ingenios no eran tan lucrativos tampoco; los inversionis-

tas norteamericanos más astutos vendieron sus centrales azucareros en Cuba pronto, después de la Segunda Guerra Mundial, cuando los precios todavía estaban más o menos altos. Pero Lobo lo que hacía era comprar más ingenios y hubiera comprado más si la gente le hubiera vendido. La cuestión es que algunos no querían hacerlo por razones sentimentales, como la familia Atkins de Clafin, de Boston. La familia de Atkins había recibido el ingenio Soledad en los años 1880 por deudas, y después de tres generaciones no quería perderlo. No necesitaba dinero, lo tenía de otras fuentes, como el comercio en Cuba y ferrocarriles en Estados Unidos. La verdad es que sólo por razones sentimentales podían querer tener un ingenio, pues tenían mucho dinero; incluso, dieron terreno para el Jardín Botánico de Harvard, en el ingenio Soledad. Todos eran egresados de Harvard. Bueno, la cuestión es que Julio Lobo quiso comprarles ese ingenio a ellos, y la familia Atkins de Clafin se burló de Lobo. Le dijo que él no tenía dinero para pagarles lo que ellos le pedirían, y que, además, ellos no necesitaban dinero. Bien, yo conocí a Lobo por mis investigaciones y los contactos sociales de mis parientes, por lo cual él vio la oportunidad de aprovechar partes del trabajo para su propio uso, según su secretaría privada, Anita. De todas maneras, Fidel Castro hizo que eso fuera imposible, y Julio Lobo tuvo que huir a España. La verdad es que él me ayudó mucho en mi trabajo y yo lo reconozco en el Prefacio del libro. Yo no sé si de veras iba a aprovechar mi trabajo o no; el hombre era muy ocupado con sus propios asuntos, y no veo cómo iba a sacar el tiempo. Hay gente que paga a otros para colaborar y luego su nombre viene primero o el nombre del autor fantasma ni aparece. Pero en honor a la verdad, Julio Lobo nunca me habló de ser autor fantasma. Fue más una cuestión de colaborar, porque él dijo que iba a escribir un trabajo algún día, pero ese momento nunca llegó. Así lo conocí a él, y me trató de una manera muy generosa, tal vez para seguir colaborando conmigo o tal vez porque me consideró un joven serio, pues tenía razones muy particulares para tenerme confianza, como las del incidente en el ingenio Cabo Cruz.

**P.A.M.: Una vez que usted termina la investigación y publica su libro en la Editorial Sudamericana, en 1963, hace ya 30 años, ¿qué repercusión considera usted que ha tenido la obra? ¿Cuál es la biografía de ella?**

**R.T.E.:** *Cuando reinaba su majestad el azúcar* es, en realidad, una obra única en su género, porque tuve acceso a ciertos materiales y oportunidades que no ha tenido nadie desde esa época. Incluso, Moreno Fragninals no tuvo acceso a materiales que yo consulté. Es una obra de consulta obligatoria. Muchas personas han minado ese trabajo como cantera; sobre todo, por la bibliografía crítica que tiene. El libro también tuvo muy buena acogida en Brasil.

**P.A.M.: Después de la publicación en Editorial Sudamericana de Buenos Aires, ¿qué otras ediciones ha tenido el libro? ¿Se han hecho traducciones?**

**R.T.E.:** Nada, nada, nada. Se habló de una edición en inglés, pero nunca tuve tiempo para ocuparme de ello. La verdad es que no me interesó la propuesta, pues yo había hecho lo que quería, y por eso lo publiqué en español. Cuba pertenece a América Latina y si alguien en Estados Unidos o en Europa quiere conocer el contenido, que lea en español. Ahora sí, si no tuviera otra cosa que hacer, podría hacerlo, pero la verdad es que en estos momentos tengo más interés en la Cuba contemporánea que en la Cuba colonial. Hace unos años estuve en Cuba en dos congresos, donde presenté trabajos sobre temas actuales. Aún más, el trabajo que actualmente tengo en la universidad no se presta, necesariamente, a ese tipo de investigación. Además, tengo más de 20 años trabajando cuestiones de Ciencias Políticas, y es dentro de este tipo de investigación que estoy interesado ahora.

**P.A.M.: Bien, pero tengo entendido que la obra le había abierto las puertas en América Latina.**

**R.T.E.:** Claro que sí. Primero vino la visita que me hizo Fidel Castro en la casa de mi primera esposa, en abril de 1959, en Princeton, New Jersey. Yo

estaba enseñando en el Departamento de Economía en la Universidad de Rutgers, 18 millas al norte de Princeton. Pero no entremos en detalles. Puedo mandarte los recortes y fotos de la prensa de la época. La cuestión es que con ese aval de la visita de Castro me llegaron diversas invitaciones, las primeras fueron de las embajadas latinoamericanas, de representantes de Naciones Unidas, de delegaciones latinoamericanas, entre otras. La cuestión es que ese hecho me abrió muchas puertas, pues decían que si yo había sido el anfitrión de Castro, si él se había alojado en mi casa para pasar la noche, si se quedó dos días en mi casa, entonces yo debía ser una persona interesante.

**P.A.M.: Pero usted todavía no había publicado su libro...**

**R.T.E.:** No. Todavía estaba trabajando en la investigación, eso fue en 1959.

**P.A.M.: ¿Y de qué lo conocía Fidel Castro a usted, entonces?**

**R.T.E.:** Por estos mismos parientes de que ya le he hablado. Dos de los muchachos de mi generación habían estado colaborando clandestinamente con él, en contra de Batista. Uno de ellos salió de Cuba, gracias al embajador de Brasil, quien lo metió personalmente en un avión para Miami; sólo así pudo evitar que los agentes de Batista lo mataran. Así, Urrutia, el primer presidente de Cuba después del triunfo de Castro, se había alojado conmigo unos días, mediante ese muchacho, antes del 59. Después arreglé un discurso para él —con intérprete, por supuesto— y Urrutia me dijo que cuando fuera presidente de Cuba me invitaría a Palacio para que conociera a Castro, porque él fue el juez que lo liberó. Más tarde, le pasé la factura y él me lo presentó en marzo de 1959, y Castro me invitó a la tribuna donde iba a decir su discurso, pero duró más de seis horas y me aburrí enormemente, pues era más interesante circular entre la muchedumbre y observar a la gente, desde el punto de vista sociológico, que escuchar su discurso. Sólo recuerdo del discurso que La Habana era un pulpo que

estrangulaba y chupaba la sangre de las provincias, y él iba a equilibrar eso, y lo hizo. Eso fue en marzo del 59, y vino a casa a visitarme en Princeton, en abril del mismo año. Cuando lo visité con anterioridad en Palacio, en La Habana, le regalé un retrato al óleo de Cristo, que se parecía a él. Era un cuadro de un pintor norteamericano, y lo compré especialmente para Fidel, en New Brunswick; pues, aunque era Jesucristo, se parecía mucho a Castro, tenía una gran semejanza con él. Creo que me costó como 25 dólares.

Y cuando se lo obsequié, él me dijo que lo iba a colocar en un lugar de honor, recuerdo muy bien esa frase. Fue algo simbólico de mi parte. Después cuando Castro me visitó en Princeton, el pintor fue a saludarlo a la mañana siguiente, con permiso de la policía y todo, pues quería fotografiarse con la familia junto a Fidel. Después la historia del óleo se transformó, pues comenzó a decirse que el pintor había hecho el cuadro para Castro, en su honor, de una foto de él. Lo cierto es que el pintor logró una gran publicidad por este hecho, y sobre todo mucha clientela. Fue un regalo simbólico, muy apropiado, pues era un Cristo con las espinas clavadas y la cara agonizante por el martirio. Bueno, esperamos que Castro no termine como Jesucristo. Ésa fue la primera llave de mi entrada a América Latina. Después, el libro se publicó en una editorial de mucho prestigio, como la Sudamericana, en la que publicaba gente de la altura de Salvador de Madariaga, Julio Cortázar y Arciniegas, entre otros. Ellos consideraron la edición de la obra como un reto, pues era la oportunidad de mostrar lo que podían hacer desde el punto de

vista tecnológico, con las ilustraciones y todo eso. Bueno, ésas fueron las dos llaves. Primero, que “el gringo” —es decir, yo— no podía ser tan malo, si había sido anfitrión de Castro, si él se había confiado en dormir en mi casa; segundo, el libro mostró cierto nivel de respetabilidad académica. Todo esto ha facilitado muchas cosas para mí en América Latina.

**P.A.M.:** Desde la década del 60 para acá —es decir, después de la publicación de esta obra—, ¿qué otro tipo de trabajo considera usted que ha sido publicado sobre economía de plantación que pueda estimarse clave, en cuanto a aportación se refiere?

**R.T.E.:** Confieso que nada. Triste, ¿no?

**P.A.M.:** Una última cuestión. Usted me decía que había tenido unos documentos de archivo, muy importantes para los investigadores cubanos; documentos relativos a centrales azucareros.

**R.T.E.:** Eso fue un material que me había dejado Julio Lobo para cuidar. Yo lo tenía en Estados Unidos y lo había trabajado en lo que lo necesitaba; después me los llevé a Illinois y de ahí a Venezuela, hasta que Manuel Moreno Fragnals se vino a Caracas en 1976 o 1977, para un congreso. Me reuní con él, es muy amigo de unos parientes míos en La Habana, y le pregunté si podía repatriar con él el material que tenía, unas seis o más cajas, que estaban en mi habitación del Hotel Conde; y Moreno Fragnals me dijo que sí, que lo llevaría y que se pondría una placa en mi nombre. Pero la verdad es que a mí no me interesaba nada de eso, lo único que quería era que los documentos estuvieran en Cuba, porque eran documentos cubanos, repatriados, que pertenecían a la colección Terry, que nadie había consultado antes. Así, cuando volví a Cuba en mayo de 1991, para presentar un trabajo en el XVI Congreso Anual de CSA, y otro en la Conferencia de ALAS, busqué a Moreno Fragnals y le pregunté por la colección de documentos y me confesó que estaban en su casa, y no en los archivos nacionales. Cuando mandé, a través de un alumno, un par

***Se habló de una edición en inglés, pero nunca tuve tiempo para ocuparme de ello. La verdad es que no me interesó la propuesta, pues yo había hecho lo que quería, y por eso lo publiqué en español. Cuba pertenece América Latina y si alguien en Estados Unidos o en Europa quiere conocer el contenido, que lea en español***

de mostrar lo que podían hacer desde el punto de





---

## *encuentro bilateral de filósofos franceses y cubanos*

---

*COLEGIO INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA  
DE PARÍS-CASA DE ALTOS ESTUDIOS  
DON FERNANDO ORTIZ-CÁTEDRA VOLTAIRE*

Entre el 23 y 27 de septiembre del presente año se llevó a cabo, en la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, el primer encuentro entre filósofos franceses, vinculados al Colegio Internacional de Filosofía de París, y filósofos cubanos pertenecientes a la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz. Este primer coloquio se dedicó a la temática *El estatuto de la utopía y de la experiencia en la idea política americana*.

Nuestro centro se sintió complacido con poder contar con la presencia de un notable grupo de filósofos franceses quienes presentaron sus ponencias. Entre ellos se destaca Alain David, con el tema "Sodoma y Jerusalén. Nuevas consideraciones sobre las ciudades-refugios"; Michel Deguy, presidente de la Casa de los Es-

critores y antiguo presidente del Colegio Internacional de Filosofía de París; Marcel Henaff, profesor de la Universidad de California y autor de uno de los libros más acabados sobre Claude Levy-Strauss, con el trabajo "Utopía latina, American Dream; dos versiones antitéticas de las relaciones entre territorio, poder, movi-

miento"; Roger Lesgards, presidente del Colegio Internacional de Filosofía y vicepresidente de la Liga Francesa de la Enseñanza, quien nos presentó el estudio "La utopía técnica"; Françoise Proust, profesora de la Universidad de París I y directora de programas del Colegio Internacional de Filosofía, autora de *Kant, el tono de la historia* y de *La historia a contratiempo*, cuyo trabajo se tituló "La utopía ahora"; Didier Vaudène, profesor de la Universidad de París VI y vicepresidente del Colegio Internacional de Filosofía, con la interesante ponencia "La utopía científica", y Patrice Vermeren, profesor de la Universidad de París I y autor de los libros *El sueño democrático de la filosofía*, *Víctor Cousin. El juego de la filosofía y el estado* y *Filosofía, Francia en el siglo XIX*, quien presentó su disertación sobre "La filosofía de la igualdad, la libertad y la cuestión de la emancipación".

Por la parte cubana, un grupo de ponencias entre las cuales se destacan las de Jorge Luis Acanda, Paul Ravelo, María del Pilar Díaz, Alexis Jardines, Rita Buch, Joaquín Santana y Eduardo Torres-Cuevas, versaron sobre temáticas afines a la utopía americana, al sueño americano y a la experiencia política latinoamericana.

Aprovechamos la ocasión para anunciar que los resultados de este coloquio se publicarán posteriormente en un libro de Ediciones Imagen Contemporánea.

# De la modernidad a la posmodernidad Paul Ravelo

El debate acerca de la **crisis de la modernidad**, de los paradigmas teóricos de la racionalidad, dejó abierta una polémica y fragmentó los **modos de enfoques** no sólo de las ciencias sino también de la sociedad, de su historia, y del escenario y alternativas para el pensamiento social y filosófico con que abrirá el siglo XXI. Paul Ravelo, profesor de Filosofía en la Universidad de La Habana —publicó un libro acerca de lo moderno y lo posmoderno—, aborda el tema desde una **perspectiva inserta** en el **debate cubano** de hoy, como un balance del **intenso intercambio de ideas**. ● ● ●

## ► 1. Modernidad y modernización capitalistas

La modernidad europea puede definirse como el espacio y el tiempo auténticamente abiertos por las pujantes pero tensionadas relaciones capitalistas de producción, que enraizadas ya en el siglo XIX vienen a solidificar un proceso de despliegue histórico inaugurado desde siglos atrás, y que hicieron que Europa se preparara geográfica, tecnológica, cultural y políticamente para ser moderna.

74 Desde un punto de vista cultural, ese nuevo tiempo de modernidad se caracteriza por la aper-

tura hacia formas de conciencia o de experiencia que establecerán un diseminante desarraigo con las anteriores formas de conciencia. El arte —la estética— será la originaria y fundamental forma de espiritualidad que iniciará esta modificación de la experiencia y que, al impregnarse del ideal ético-político de emancipación de la Ilustración, extenderá ese desarraigo a lo racional especulativo y político del pensamiento.

Este ideal de emancipación, sin dudas, el atributo básico de la modernidad —esa que se inaugura con la Ilustración y que es monitoriada por

la ilusión y el entusiasmo de los intelectuales de la razón (Condorcet, Turgot, Voltaire, los enciclopedistas, también Hegel)— queda “organizado” epistemológicamente bajo la forma de una filosofía de la historia, a través de la cual se trata de pensar—ordenar y delinear— el curso histórico, y ser ella la gran articuladora de la ciencia y la conciencia de la época moderna. El historicismo (que la historia deviene, es cambio y ruptura, y, por ende, progreso y libertad) y la racionalidad (que la historia hay que pensarla “racionalmente” y desde un proyecto) son las piezas clave para entender la dinámica y desenvolvimiento del proceso histórico como un proceso continuo, lineal, racional, de curso unitario, ascendente, progresivo. Ello no resulta gratuito; la burguesía —clase militante y revolucionaria por entonces— necesitaba generalizar la nueva experiencia de modernidad o de lo histórico (desarrollo económico, revolución política, libertad humana) apelando a una cosmovisión aglutinadora y globalizadora, representativa y figurativa, reguladora y legitimante, cuyos pilares de sustento eran la verdad, la legitimación, la autoridad política y científica. Todo ello desde la titánica lucha de la deificada razón ordenadora de discursos y prácticas en el empeño por establecer sólidos paradigmas y programas de alcance universal para la acción y la reflexión, la crítica y la autocrítica.

Esta nueva lógica civilizatoria, muy propia de la modernidad europea, visualiza al pensamiento como vanguardia o “tropa de choque, que avanza en un terreno desconocido, expuesta a los riesgos de encuentros repentinos y estremecedores, pero capaz de conquistar un futuro aún no ocupado y de encontrar su dirección dentro de un territorio aún no reconocido y medurado”.<sup>1</sup> Este terreno desconocido, o más bien transfigurado, era la historia; por lo que ésta, tanto la natural como la social, se convierte con esta conciencia filosófica de modernidad en el centro del filosofar del alma europea. La historia se desacraliza y se humaniza; esto es, deja de ser un asunto exclusivo de la teología (la carencia absoluta de certeza y salvación) y pasa a ser un asunto, básicamente exclusivo, de la ciencia (el rescate de la certeza como un modo de liberación). No ya Dios, sino las ciencias, las artes, la educación,

la industria, la técnica, el comercio devendrán los nuevos mitos de lo histórico que enarbola la militancia ilustrada, cuyos temas favoritos eran el progreso y la emancipación humana.

Este ideal (de progreso y emancipación) que asume la razón viene a coronar el “gran proyecto” y el “ethos” de la modernidad. Ese pensamiento de la historia, parte integrante del movimiento vanguardista moderno (la literatura y las artes) y bajo el dominio de aquella razón convencida de ser modelo de la “verdad” de lo histórico abierto y programado (el progreso, el cambio histórico) trató, por una parte, de pensar la historia como un proceso de sentido unidireccional y de horizonte teológico, y, por otra, de concebir al sujeto (el lugar de la enunciación y del ordenamiento racional) de manera estrictamente centrada en ella e incapaz de dislocarse ante contingencia alguna, en tanto depositario de verdades absolutas y ser su destino, realizar la “única” y “perfecta” historia.

Pero el escenario histórico-cultural en que se desenvuelve este vanguardismo no es ajeno a conflictos de intereses y contradicciones económicas, nacionales, sociales y políticas. Lo que Kant llamó el “acontecimiento” de la vida moderna: la revolución, a la que se asocia el término de “ser moderna”, en su otra dimensión, la económica (como progreso de las técnicas en los medios de producción, de circulación y consumo) definirá a la modernidad como un proceso de modernización (socialización) o de despliegue de transformaciones socioeconómicas (desarrollo productivo-mercantil, diferenciación cultural, complejización estructural), resultado del alto proceso de tecnologización que se impone la sociedad.

Hacia el siglo XIX, momento de su consolidación: época de maquinismo, de grandes zonas industriales y urbanas, de grandes acumulaciones de capital alrededor de potentes Estados nacionales y también de grandes convulsiones sociales, esta modernización capitalista resultó ser un proceso tensionado y contradictorio; como mismo propiciaba solidez, traía desgarramiento

<sup>1</sup> J. Habermas: “La modernidad inconclusa”, en *Vuelta*, no. 54, 1981.

y costo humano como su corolario. Este propio proceso de modernización social provoca una amplia variedad de visiones e ideas renovadoras en la cultura, que tienen como misión fundamental polemizar con esa opresiva fuerza modernizadora. La cultura se plega de voces disonantes que, desde lo más profundo y —como sostiene M. Berman— con ese espíritu fáustico de que se impregnó el “modernismo” de la época (Marx, Kierkegaard, Nietzsche en filosofía; Goethe, Balzac, Dostoievski en literatura; Rimbaud, Baudelaire en poesía), trataron desde entonces de visualizar y alertar, la deslegitimación o el nihilismo crítico, que en esa modernidad madura decimonónica las cosas no marchaban ni podían marchar tan bella y linealmente.<sup>2</sup>

El ideal de progreso y emancipación encarnado en el proyecto moderno y en lo que L. Pellicani llama las dos “ideologías madres de la modernidad: el liberalismo y el socialismo”,<sup>3</sup> de inmediato empieza a exponer sus límites: las limitaciones y los excesos del discurso, las contradicciones entre éste y la realidad. La ciencia deja de ser vehículo de emancipación ante el no-saber para plegarse a la tecnología, la política deja de ser un factor de rehacer el mundo para servir de instrumento de disciplinamiento del sujeto, el arte siente con rigor el proceso de colonización de la subjetividad y se convierte en esfera autónoma alejada de las transformaciones de la realidad. También en la filosofía (ésta de la “historia”) ocurrirá una mutación similar: un reordenamiento de las bases metodológicas y cosmovisivas del pensar filosófico, cuyo objetivo angular era, por entonces, demostrable a la razón instrumental, al positivismo y a los poderes de la institucionalización y la “tecnociencia”, la perversidad de esa mentalidad modernizadora, y denunciarla como repugnante y contraria a la propia razón humana.

## ► 2. La crítica “temprana” a la racionalidad moderna

¿Qué marca la crisis de la filosofía de la historia del siglo XVIII y principios del XIX? Dos cosas a mi entender: el afianzamiento de las relaciones capitalistas de producción con su impetuoso proceso de socialización o racionalización, y el carácter no dialéctico del viejo modo metafísico de

pensar, incapacitado de darles respuestas a las exigencias del momento o, como lo argumenta Z. Rodríguez: “por un lado, la práctica político-social y el nuevo sistema de valores procedentes de la ideología en formación del proletariado revolucionario, y por otro, el nivel teórico de las ciencias naturales y sociales”.<sup>4</sup>

Como respuesta a esa crisis en que se planta la filosofía de la naturaleza y de la historia “tradicional”, y alterando el sentido de racionalidad, en la segunda mitad del XIX y ocupando buena parte del presente, una nueva orientación de la “filosofía de la historia” aparecerá en la historia de la ciencia filosófica. La línea de pensamiento que transita desde Marx (el de mayor alcance quizá), Kierkegaard y Schopenhauer con su crítica mirada al hegelianismo, que continúan Nietzsche, Husserl, Dilthey, Freud, Heidegger, Wittgenstein, y más acá, los frankfurtianos Adorno y Horkheimer, representará un tipo de pensamiento de giro o de reacción a la “clásica” comprensión de la historia y la cultura. Cada una de esas figuras representativas desde presupuestos y posturas teóricas diferentes (filosofía de la praxis, de la vida y del lenguaje, psicoanálisis, existencialismo, neomarxismo), constituyen verdaderas autoridades intelectuales responsables de la inflexión que se producirá en el campo de la filosofía.

Nietzsche no comparte la visión “ilustrada” de la historia como totalidad y finalidad, como telos a realizar y mirada objetivante sobre sí misma. Su cruzada es contra “las mentiras de varios milenios”; esto es, la racionalidad estricta, la logicidad, la ilustración dudosa que divulgó, el pensamiento pos-socrático desvirtuando el espíritu dionisiaco del carácter griego.

Por su parte, Heidegger, con su ontología enflará también contra la modernidad a partir del rechazo de la búsqueda de “orígenes” y fundamentos en el pensar filosófico. Para Heidegger,

<sup>2</sup> M. Berman: *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Siglo XXI, Madrid, 1988. “Introducción”.

<sup>3</sup> L. Pellicani: “La reacción totalitaria contra la modernidad”, en *Leviatán*, no. 33, 1988.

<sup>4</sup> Z. Rodríguez: *Filosofía, ciencia y valor*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985, p. 9.

el ser histórico no es presencia, estabilidad, necesidad, sino posibilidad, inestabilidad, devenir, acaecer. Desde la filosofía del análisis lingüístico, Wittgenstein y su *Tractatus lógico-philosoficus* serán también una vuelta de tuerca en la comprensión de la filosofía y, fundamentalmente, en la comprensión del sujeto como fuente de significados lingüísticos; para él, el sujeto deja de ser un sujeto ordenador que bajo su autorreflexividad discursiva dispone y designa algo dado. Sin embargo, la ruptura más importante respecto del filosofar anterior se produciría con el marxismo: nuevo tipo de filosofar, crítico y revolucionario, y en correspondencia con las exigencias de la praxis social y las ciencias contemporáneas. Marx formula una nueva comprensión de la historia (la teoría de las formaciones económico-sociales) y propone un proyecto de emancipación político-social (el proyecto comunista), y su mérito más fundamental estriba en la inversión que hace de la relación teoría-práctica. Para Marx, las variables filosóficas o metafísicas no necesitan pensarse para transformar el mundo, sino que este último ha mutado; de ahí que la cuestión sea readecuar el proyecto y su discurso a las fábricas, a los gremios, al sujeto-asalariado.

Se trata en todos los casos, y más allá de las diferencias ideológicas y clasistas entre ellas, de una respuesta a una crisis de subjetividad y de identidad de la razón moderna muy conectada a las transformaciones que desplegaba la modernización capitalista. Es cierto que estos nuevos modelos de pensamiento filosófico de la historia con su crítica a la racionalidad y a los atributos “fuertes” del proyecto ilustrado (el sujeto, la historia, la utopía, el telos), constituyen un pensamiento problemático (en ellos se localizan los rupturales “fin”, “muerte”, “anti”); pues, a excepción del marxismo, las formulaciones que propone para salir de la crisis no conducen a una superación de las condiciones, tanto culturales como histórico-sociales, que el filosofar se supone haga suyas para emancipar al sujeto de su medio idealizado y alienado. Duras críticas al sujeto, al proyecto y a la discursividad de la razón por parte de esta filosofía, pero no se renuncia ni al sujeto, ni al humanismo, ni a la discursividad sustancialista; eso sí, dejan bien en claro que

la realidad no se deja y no se puede más seguir “organizando” como una iluminación progresiva y elogiosa de la razón, y que el ideal humanístico —afectado en sus chances de supervivencia histórica y no en sus contenidos básicos— debe clavar la mirada en el heterogéneo mundo de los hechos históricos y culturales del sujeto. No se trata, entonces, de una aniquilación total, sino de un resituar el problema de la racionalidad, de un desplazamiento del filosofar hacia las “zonas cerradas” o la parte “irracional” (los impulsos, el deseo, el lado “objetivo-pensable” del conocimiento) de la racionalidad.

Pero, ¿por qué esta cruzada a la racionalidad, a la filosofía de la racionalidad de la modernidad temprana que hace a este “nuevo” pensamiento tomarse reaccionario al declarar el “fin” de la metafísica tradicional? La respuesta puede encontrarse en lo siguiente. La modernidad también puede definirse como el primado del conocimiento científico que al combinarse éste con el auge de técnicas y tecnologías conforman lo que Habermas y Lyotard han denominado la “tecnociencia” capitalista. Con el impetuoso despliegue del capital, esta “tecnociencia” deviene paradigmáticamente el garante, tanto de las ciencias experimentales como de las virtudes y códigos morales, por lo que la racionalidad de la vida humana queda pensada como una racionalidad optimal o material que organiza y estructura los contenidos de la realidad y de la subjetividad del hombre. El saber (aquí el filosofar), subordinado a las punzantes fuerzas económicas (el mercado) y políticas (el Estado), y también impactado por las densidades sociales (la urbanización, la socialización de la cultura), queda asentado bajo el dominio de esa racionalidad instrumental. Esta colonización oprimirá a la subjetividad y provocará la crisis de las formas literarias y artísticas o lo que G. Simmel llamara la “tragedia de la cultura” a fines del siglo XIX. Es lógico, pues, que esa colonización diera lugar a una especie de resistencia especializada en la *intelligentsia* “aristocrática” ante los embates de esa racionalidad tecnocientífica dominante.

En esto, la modernidad encuentre, quizá, su mayor contradicción: la racionalidad monolítica por el conducto del dispositivo de la moderniza-

ción tecnocrática se fragmenta en racionalidades conceptuales, dando lugar a otra modernidad (aquí la llamada filosofía “irracionalista”) que, como desde las sombras respecto del paradigma de racionalidad dominante, y acechándolo sagazmente en todas sus huellas, dibujaba la silueta de una modernidad alternativa que subvertía aquellos discursos modernos de promesas y de salvación convertidos por entonces en dogma e inquisición. El crecimiento del mundo técnico y de la sociedad racionalizada (polarizada, alienada capitalistamente) provoca la inflexión en el saber teórico especializado. Comenzará entonces la torcedura del proyecto (del ideal transformador) y del ideal ético-político (del progreso y emancipación) de la modernidad. Hoy, ese proyecto y ese ideal de las “filosofías de la historia” y de las dos “ideologías madres” de la modernidad, se ven afectados por el aparecer de un nuevo “espíritu de época”, cortante y definitivo, que domina a la cultura contemporánea: la posmodernidad y/o el posmodernismo.

### ► 3. La crítica “tardía” a la modernidad como posmodernidad

El presente siglo es testigo de la expansión a gran escala de ese impetuoso progreso de modernización capitalista, pero también de los efectos vergonzosos y atemorizadores que ella engendra: guerras mundiales, convulsiones sociales, revoluciones radicalizantes, tragedias ecológicas y genéticas, fragmentación de la cultura, cuestionamientos incesantes del pasado.

El total y definitivo desentendimiento con el sujeto y la historia, y, por ende, con el proyecto y el ideal de la modernidad ilustrada, tiene lugar en esa excitante y convulsa modernidad de los años 60, momento este en que la sociedad occidental —según teóricos como D. Bell y A. Touraine en sociología, y J. K. Galbraith en economía— entra en su fase “posindustrial”, y la cultura empieza a sentirse y a desplegarse en lo que J. F. Lyotard ha acuñado como “condición posmoderna” o J. Arac ha denominado “situación posmoderna”. El “post” de ambas (sociedad y cultura) no trazará una correspondencia de reciprocidad entre ellas, muy por el contrario, marcará una tensa colisión entre “modernización social”

y “modernismos culturales”, entre “progreso” y “desencanto”.

Los avances en la producción industrial y en las nuevas esferas de “punta” (la cibernética, la electrónica, la informática) y el redespigüe del capitalismo liberal, por un lado, y las profundas densidades sociales e histórico-políticas de los años 60 y 70, y los correspondientes efectos negativos que acompañan a ese boom tecnológico, por el otro, incidirán no accidentalmente en las importantes transformaciones (cambio de actitud y mentalidad) que sufrirá la cultura toda hasta nuestros días. Tanto unos como otros serán factores que profundizarán las heridas mortales del moderno ideal civilizatorio, de las cuales posiblemente no podrá recuperarse éste, a pesar de pertinentes esfuerzos reconstruccionistas y restauracionistas que tienen lugar hoy en la teoría. Lo que ocurre en el arte y la literatura del período, por ejemplo, con la aparición del *Living Theatre*, el *western*, el *camp*, el *rock*, el *pop-art* en la esfera artística norteamericana, y de productos literarios como la *nouveau roman* francesa y productos terminológicos como el acuñado por la Kristeva de “intertextualidad” en el campo de la crítica literaria especializada, es todo ello una gran rebelión contra los confines y espacios tradicionales (teóricos y prácticos) en que estas esferas se movían, contra sus instituciones y autoridad tradicional.

Este espíritu de rebeldía, en lo esencial contra el pasado, la tradición y sus estandartes culturales más consagrados, se vivió para algunos, como D. Bell, como un “resquebrajamiento de la autoridad social y cultural”,<sup>5</sup> y para muchos como una genuina sensación de cambio y de renovación: ya como pérdida o agotamiento de las posibilidades mismas del modernismo (incapacidad de éste de renovarse o de transmitir sus valores y verdades), ya como momento de celebración libertaria de la conciencia respecto de las consagradas “verdades” de la estética (el arte y la literatura) moderna, a la que ya desde mucho antes y tras el eco de la profecía apocalíptica

<sup>5</sup> D. Bell: “E. U.: rebeldía y autoridad en los 70”, en *Vuelta*, no. 94, 1984.

de O. Spengler sobre *La decadencia de Occidente* (1922) se le había diagnosticado su crisis. Pero nada de esta crisis es ajeno a los vientos de la ola expansiva “posindustrial” de posguerra. Trato de sostener que esta sensación de cambio en la cultura de los años 60 se produce en un momento de opulencia de la sociedad occidental, pero cuando ésta empieza a dar sus síntomas sinco-pales (recesión económica, pérdida de empleo, marginalidad social), la cultura empieza a sentir un profundo malestar y a proliferar espectáculos perfectamente compatibles con el *statu quo* dominante que la hacen descentrarse de su anterior autoridad. Será éste entonces el momento decisivo en que se harán girar bruscamente las visiones y percepciones en el arte y la crítica especializada hacia una nueva actitud ante el significado último de la idea de modernidad. La modernidad cultural (el modernismo, las vanguardias estéticas, las filosofías de la historia) y, básicamente, los presupuestos ideológico-culturales implicados en ella (el sujeto, el proyecto, la utopía, la representación) entraban, al parecer, en crisis terminal; y como corolario de ello —dice M. Berman—, “ahora nos encontramos en el centro de una época moderna que perdió contacto con las raíces de su propia modernidad”, en la cual “nuestra concepción de la modernidad parece haberse estancado y retrocedido”, y en la cual “las visiones abiertas de la vida moderna fueron suplantadas por visiones cerradas”.<sup>6</sup>

Pero, ¿qué ocurre realmente en la cultura? Pues la agudización de esa principal contradicción de la modernidad. El proceso de tecnologización de donde arrancó la vida y el tiempo modernos se ha vuelto contra la cultura misma, y ésta ha hecho explosión en todos sus dominios, disparándose hacia sucesiones inconexas y heterogéneas y generando múltiples espacios particulares e instantes dominados por la discontinuidad y la fragmentación. Aquella visión de la cultura como totalidad, universalidad, unicidad, permanencia, durabilidad es sustituida por la nueva visión estética de la eventualidad, la multiplicidad, la diferencia, el simulacro. El nuevo “espíritu de época” de lo posmoderno viene a ocupar el lugar de la expresión “ser moderno”. La nueva generación de artistas y escritores de

los años 60 a la que se suman importantes críticos (S. Sontag, L. Fidler, I. Hassan), quienes suelen llamarse con insistencia “posmodernos”, y la generación de teóricos franceses posestructuralistas o de la “sensibilidad posmoderna” sin que se denominaran éstos con tal rotulación (R. Barthes, J. Kristeva, J. Derrida, M. Foucault), serán los precursores y exponentes de esa manera nueva de pensar “al final de la época de la ideología de la representación” (Tel Quel) y de la “aventura metafísica occidental” (J. Derrida).

Dentro de este amplio movimiento “post”, de sentido y dirección contrarios pero muy conectados, claro está, al movimiento “moderno”, importante lugar lo tiene la nueva estrategia de la “destrucción” que anunciará para el programa gramatológico (el *corpus* “textual” moderno) el filósofo francés de Argel J. Derrida.<sup>7</sup> Éste se entrega a un proyecto (¿?) de “superación” de la filosofía como texto (riguroso y rígido) o de la escritura de la filosofía (ideologizante), con el objetivo de despojar a la metafísica de las contrastantes construcciones binarias (espíritu/materia, idea/hecho, sujeto/objeto) en que se había apoyado. Esto es, a un poner en interrogación o cuestionamiento —siguiendo, entre otras fuentes, la *epojé* husserliana y la *destruktion* heideggeriana— la historicidad tradicional del ser o el sentido universalizante-jerarquizante de la estructura conceptual de la metafísica historicista occidental.

El “destruccionismo” derridiano (también la “genealogía” foucaultiana) es piedra angular de esa naciente revolución teórica (el posestructuralismo) de la Francia de los años 60 y 70. Con esa estrategia destruccionista como estadio del lenguaje —camino ya explorado por Nietzsche, Wittgenstein, los lógicos de Viena, Saussure, Heidegger, y por figuras del modernismo como Mallarmé, Bataille, Artaud, entre otros—, una inversión más radical tendrá lugar en la filosofía, y que ese extenderá generalizadamente a todo contexto o expresión del pensamiento (la estética, el psicoanálisis, las ciencias del lengua-

<sup>6</sup> M. Berman: ob. cit., Introducción.

<sup>7</sup> J. Derrida: *De la gramatología*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1971.

je, la reflexión política y teológica, la teoría de la traducción, la crítica, teoría e historia literarias).<sup>8</sup> Más allá de los rasgos despotenciadores y desestabilizadores que encierra en ella, su principal valor positivo es que puede contribuir a una reflexión general —nada desatendible o desechable— sobre la cultura y la subjetividad burguesas en las nuevas condiciones del “posindustrialismo” y la sociedad de la comunicación masificada e intensificada.

Con el desmantelamiento entre las anteriores relaciones entre mundo (historia) y palabra (representación), los atributos y códigos implicados en la modernidad sufren un impacto de deslegitimación. No ya la historia sino el “texto” o la secuencia de discursos (Foucault), no ya el sujeto sino la “escritura” o el lenguaje (Barthes), no ya la búsqueda de orígenes o fundamentos sino de “estructuras de significación” (Derrida y Lacan), no ya la razón asumiendo una idea para desplegarse sino “prolongar la línea de la razón en la línea de la escritura” (Lyotard): éstas son las cartas de juego de la “nueva crítica” como alternativa teórica de la modernidad desvanecida. ¿Por qué este resucitado fanatismo por el lenguaje (la idea de que el sujeto se constituye en el lenguaje) y la textualidad (de que nada existe fuera del texto y todo es escritura)?, ¿por qué este desdiseño y desprecio olímpicos del sujeto y la historia?, ¿por qué toda esta transgresión del modernismo y la modernidad? Parecería que todas estas alternativas culturales no implicasen una relación directa con el contexto sociohistórico y, en lo fundamental, con la agonía histórica que viven la sociedad y la cultura occidental del momento. Pero, nada de eso. Al igual que el pensamiento poshegeliano de fines del siglo pasado, las vanguardias artísticas de principio de siglo, y el modernismo (tanto el temprano como el llamado “tardío”), también este movimiento de “sensibilidad post” de los años 60 y 70 no estuvo desconectado en modo alguno ni conceptual ni prácticamente de la mentalidad y praxis modernizadora capitalista, la cual en los años de la segunda posguerra entra en su momento de disfrute pleno o en lo que F. Jameson —siguiendo al economista belga E. Mandel— llama su “tercera etapa o etapa tardía de capitalismo multinacional o de consumo”.<sup>9</sup>

La historia —se dice por entonces— ha perdido su sentido porque no existe un porvenir y un sentido de futuro; se cree estar en el filo y en los bordes de la historia, una vez fracasado el ideal emancipatorio; de ahí que la emancipación haya que buscarla en otra parte —en lo erótico y lo estético, según Marcuse—. Lo nuevo, a través del progreso, es un valor desestabilizador de lo humano; el arte se plega a los nuevos media, el espacio del lenguaje es definido por la pantalla. El sujeto se atomiza a su “grado cero” y “muere” porque es aniquilado tanto por la propia dinámica de la modernización tecnológica, como por la presión que ejercen la sociedad y sus ramificaciones de poder sobre él. Toda una gran sensación de renovación y rebeldía, pero también de frustración y desencanto, lo contrario a lo que ocurrirá por entonces en las sociedades periféricas con el reavivamiento de nuevas teorizaciones (el desarrollismo cepalino, la teoría de la dependencia, el marxismo latinoamericano) e ideologías de tipo nacionalistas, continentalistas, tercermundistas.

Desde la segunda mitad del siglo XIX, sobre la cultura occidental ha gravitado una aguda crisis de conciencia histórica o vacío de subjetividad histórica. Es una crisis permanente de historicidad. Tiene razón Lyotard cuando afirma que “podemos observar una especie de decadencia o declinación en la confianza que los occidentales de los últimos siglos experimentaban hacia el principio del progreso general de la humani-

---

<sup>8</sup> Una importante cuestión sería la relación casi ausente entre “deconstrucción” y marxismo (el de matriz soviétizante); esto es, de por qué esta “nueva crítica” no llegó también al marxismo o este no la hizo suya. Cuestiones extrateóricas rondan el asunto. En marxistas occidentales se visualiza más claro esta asimilación o recepción crítica del término. Véase, por ejemplo, y al actual debate las posiciones de A. Callinicus: “¿Post-modernidad, post-estructuralismo, post-marxismo?”, en J. Picó: *Modernidad y postmodernidad*, Alianza Editorial (mexicana), 1990; y de H. Foster: “Polémicas (post)modernas”, en J. Picó: ob. cit.; *Re: Post, Criterios*, no. 30, 1991.

<sup>9</sup> F. Jameson: “El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío”, en *Casa de las Américas*, no. 155/156, 1986.

dad”.<sup>10</sup> Esto lo ha comprendido y reflejado particularmente la filosofía a través de las diversas modificaciones que ha asumido desde Schopenhauer y Nietzsche hasta el hoy llamado “pensamiento débil”, el cual se conforma en oposición a aquellas filosofías historicistas —idealistas, positivistas, hegelianas y marxistas— de la modernidad.

#### ► 4. Lyotard, Vattimo y Habermas sobre la posmodernidad

La crisis y el vacío de historicidad siguen sin hallar soluciones en esa conciencia intelectual burguesa. El nuevo “espíritu de época” o “sensibilidad post” extendido hoy a todas las expresiones del pensamiento, también ha arribado al campo de la filosofía durante la década del 80. Los debates y controversias en esta década vienen representados por tres ejes referenciales de pensamiento: la teoría francesa posestructuralista, las posiciones del *pensiero debole* y la teoría alemana restauracionista de la racionalidad. Tres de las figuras más importantes de estas posturas contemporáneas, citadas y asimiladas como divinidades descendidas del Olimpo, son J. F. Lyotard, G. Vattimo y J. Habermas. En ellos se focalizan algunas coordenadas fundamentales (en teoría crítica y estética) del actual debate de lo “moderno/posmoderno” y, por ende, de interpretación de la posmodernidad.

Lyotard ataca a la modernidad por medio de la crítica a lo que él denomina “metarrelato” o discursos modernos legitimadores de la historia, según los cuales la historia habría de pensarse bajo un horizonte teológico y un ideal emancipatorio-universal que asume la razón. La “condición posmoderna”, según su célebre informe para el *Conseil des Universités* del gobierno canadiense de Quebec (1979), es la incredulidad y deslegitimación frente a los “grandes relatos” de la modernidad ilustrada, sea el especulativo-hegeliano, sea el emancipatorio-marxista. Lo celebrado de esa incredulidad o posmodernidad es la liberación de un pluralismo de juegos de lenguaje que operan éstos bajo el dominante paradigma comunicacional-informativo y al que corresponde una filosofía de la “narrativa” a tono con esos desplazamientos lingüísticos. El complejo “lazo social” no requeriría de un funda-

mento legitimador basado en el universalismo y el consenso y sí en el particularismo y el disenso como rasgos típicos del entramado social y científico. El motivo ético-político de Lyotard para legitimar el saber, ahora en las nuevas condiciones de “reproductibilidad técnica” (W. Benjamin) o reproducción massmediática, es su disponibilidad a la diferencia, pues “el saber posmoderno no es solamente el instrumento de los poderes [sino que él] hace más útil nuestra sensibilidad ante las diferencias, y fortalece nuestra capacidad de soportar lo inconmensurable”.<sup>11</sup>

A pesar de concentrarse en la filosofía posmoderna de Lyotard aspectos nada desatendibles como la cuestión de si podemos seguir pensando la historia colocándonos bajo un “gran relato” globalizador que no preste atención o minimice lo plural-particular, de si podemos concebirla como de curso unitario y ensalzada en una monológica “verdad” ideológica, y de si podemos seguir interpretándola bajo un único y centrado sujeto como principal agente de movilidad histórica; a pesar de ello —repito—, las formulaciones criticistas y despotenciadoras, nihilistas y de renuncia del teórico francés: el fracaso del ideal de la modernidad, el despido total de éstas, el síncope del sujeto, la incredulidad del “gran relato”, la declinación del proyecto, los nuevos criterios de legitimación en el saber, por más que intentan corregir los excesos de la modernidad la condenan y la vacían de contenido. Y algo más, dejan sin chances históricos cualquier intento de proyecto o fundamento transformador de las condiciones alienantes del capitalismo contemporáneo.

Vattimo, por su parte, proponiéndose reformular y recobrar la historicidad del ser tradicional occidental, y tomando como referencias constantes las tesis del nihilismo nietzscheano y las de la defundamentación heideggerianas de la metafísica, despliega una “nueva” ontología hermenéutica (dialógica, interpretativa de mensajes plurales y no de valores absolutos e ideológicos) como un nuevo momento —disolutivo, declinante,

<sup>10</sup> J. F. Lyotard: *La posmodernidad (explicada a los niños)*, Editorial Gedison, Barcelona, 1990, p. 91.

<sup>11</sup> J. F. Lyotard: *La condición posmoderna. Informe sobre el saber*, REI, México, 1990, p. 11.

debilitado, secularizado— de la historia del ser o experiencia del “fin de la historia” o “fin de la modernidad”.<sup>12</sup> El ser histórico en la filosofía posmoderna vattimiana queda despojado de aquellos atributos “fuertes” de sentido que lo definieron: presencia desplegada, eternidad, estabilidad, autoridad y dominio, y se entiende ahora heideggerianamente como acaecer constante, devenir, declinar, oscilación, no sujeto a valores absolutos y despojado de proyectualidad histórica muy a tono con el nuevo sentido de la existencia en su presente ubicación tardomoderna.

Una nueva posición filosófica ante la historia asumió Vattimo. Sin dudas. Pero no de una historia a realizar, sino de una historia devenida tragedia, debido a la perversión de ese ideal de “progreso” corporeizado en los medios tecnológicos y los sistema de información y comunicación. La movilidad del mundo técnico (el *Ge-Stell* heideggeriano) como “progreso”, ha generado una deshumanización (crisis del humanismo) y un giro en la experiencia estético-teórica (“muerte del arte” y “fin de la metafísica”) que permiten hablar de una “inmovilidad no histórica” (la conversión de la experiencia en imágenes) o el arribo de la historia a la poshistoria. Pero al mismo tiempo, y Vattimo parece olvidar aquí las aporías del mundo comunicacional y tecnocientífico imperando bajo esa razón-dominio reacentuada, permiten ver en esa sociedad “transparente” y “caótica” de la comunicación masificada las verdaderas opciones de supervivencia y libertad de la existencia humana.

Mas, la “ontología del declinar” de Vattimo como respuesta a la crisis de la historicidad vigente, resulta una mezcla de historicismo y nihilismo amenazada de un relativismo contingentista y apocalíptico, y sus metarrelatos sobre la sociedad de la comunicación constituyen metáforas alucinadoras y teleológicas frente a las complejas y reales contradicciones del entramado social contemporáneo. En el centro de su filosofía de la historia se sitúa la idea de la muerte del ser histórico —si bien el de sentido tradicional— y de la idea de la historia como proceso emancipatorio —si bien la de curso unidireccional y teleológico— y, por ende, de las posibles alternativas al cambio histórico y de las perspectivas ante la

enajenación humana en la presente sociedad. Asimismo, el nihilismo como instrumento o valor generador o vaciador de la realidad no puede constituir el modo de pensar de la filosofía para encarar los problemas del ser y la historia. ¿Pueden ser, por ejemplo, las tesis vattimianas validas de manera absoluta para una filosofía latinoamericana que trata de reencontrar constantemente el perdido y lastimado ser histórico de estas regiones? ¿Acaso, el ser histórico latinoamericano es el mismo que el ser histórico europeo? Son estas formulaciones nada ociosas para una otra modernidad que tiene un “específico” de ser histórico.

Tanto en la interpretación lyotardiana como en la vattimiana de la posmodernidad, en el centro de la crítica problematizadora y radicalizada de la modernidad se sitúa la cuestión de la racionalidad (el agotamiento de la razón histórica), lo que parece confirmar la idea de que estamos en presencia de una gran crisis de racionalismo y de un reflujo de pensamiento racional y humanista. ¿Renuncia o rescate, abandono o continuidad de la racionalidad y del proyecto moderno? Es éste el dilema de cardinal importancia, al menos en el campo de la filosofía.

Entre las posiciones teóricas restauracionistas de la razón moderna se encuentra la de la actual teoría alemana liderada por el laborioso y persistente J. Habermas. Heredero de la tradición marxista, múltiple y compleja de Marx hasta nuestros días, Habermas intenta rescatar de la crisis de racionalismo el proyecto moderno y hacer extender el “gran relato” de la modernidad ilustrada y los supuestos implicados en ella a las nuevas condiciones epocales de la razón, en tanto considera que aquellos ideales siguen teniendo validez, sólo que la sociedad actual los ha hecho mutar y no se han podido consumir. Como salida a una irrenunciable emancipación histórico-real, Habermas propone una especie de

<sup>12</sup> G. Vattimo: *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna*, Editorial Gedison, Barcelona, 1986; *Más allá del sujeto (Nietzsche, Heidegger y la hermenéutica)*; *La sociedad transparente; Ética de la interpretación*, Ediciones Paidós, Barcelona (1989, 1990 y 1991, respectivamente), entre otras obras.

“acción racional comunicativa”, en tanto forma de organización social basada en el diálogo y el consenso y no en la incomunicabilidad y el disenso lyotardiano. El proyecto moderno para Habermas, debido a sus excesos y equivocaciones y ahora a la luz de la mutación de la “sociedad del trabajo” por la “sociedad de la comunicación”, ha tenido un déficit en sus energías histórico-emancipatorias; esto es, no se ha podido realizar, por lo que ha quedado inconcluso; pero ahora la cuestión no radica en despedirse de él ni darlo por destruido o liquidado (Lyotard), sino como lo declara uno de sus compatriotas, A. Wellmer, de darle un impulso de “autotranscendencia”,<sup>13</sup> reapropiándolo del universalismo democrático de la razón tal y como lo ideó la Ilustración dieciochesca. Por eso, para Habermas y sus compañeros, la defensa de la modernidad no constituye un asunto sólo histórico-conceptual ni puede interpretarse como una estetización subjetiva que reniegue del “principio de razón”, sino es ante todo un asunto político: la conservación y continuación de los ideales emancipatorios de la Ilustración; es decir, la defensa de los ideales de la modernidad política (la libertad individual, la democracia, el progreso, etc.) que “dignificaron” el capitalismo de ser un proyecto racional y emancipatorio de lo histórico-humano.

Reconstrucción racional a través de una ciencia social crítica a las condiciones universales del desarrollo de la razón. Es lo que propone Habermas, para quien el proyecto de la modernidad no es una causa perdida, sino y a pesar de sus patologías y aporías, una trayectoria recuperable y, también, continuable. Teóricamente, el proyecto moderno se encorva para Habermas por la falta de acoplamiento de la racionalidad teórico-técnica y su discurso sobre la “eficiencia y la prosperidad”, y la racionalidad práctico-comunicativa y su discurso acerca de la “libertad y la democracia”; divorcio éste entre teoría y práctica (visualizado a su tiempo por Marx, pero resuelto en otra dirección) que produce un espacio cultural de crisis aprovechada por las tendencias de las llamadas filosofías “irracionalistas” del siglo XIX y la primera mitad del XX, y por los discursos antilus-trados de los neonietzscheanos y neoheideggerianos franceses de los años 60 y 70, y continua-

do hasta nuestros días, y con quienes Habermas no las tiene todas consigo. Aquí podría encontrarse otra de las interpretaciones de la posmodernidad hoy o del debate de lo “moderno/posmoderno”: la polémica del universalismo ilustrado habermasiano ante las posiciones desconstruccionistas y relativistas a quienes Habermas llama “jóvenes conservadores” o “antimodernistas” (Foucault y Derrida a la cabeza) y que durante la década de los 80 marcó el debate en los medios académicos y especializados.

La cuestión de la crisis o agotamiento de la modernidad en estos dos polos teóricos, y como un verdadero fuego cruzado de artillería pesada, estriba en lo siguiente: Habermas y sus coetáneos censuran a los franceses por haber renunciado éstos a los ideales políticos y democráticos de la Ilustración y de enfocar la modernidad como un fenómeno básicamente estetizante asociado a la quiebra de la ideología de la representación moderna, y como un fenómeno de represión política y totalitaria. Para Habermas está claro que hay que limpiar la cultura de esos productos transgresores y desmoralizantes, y pensarla apoyándonos en los ideales universales de la humanidad que la conciencia ilustrada supo encarnar y propagar. Por su parte, los posestructuralistas fustigan de Habermas el exceso de “ilustración” o pasión universalista y optimismo legitimante o fundamentativo de la historia bajo los efectos de una meta-narrativa trascendentalista y de una estructura evidente y desplegada de la comunicatividad del discurso racionalista-emancipador. Como consecuencia, hay que transgredir la modernidad y vaciarla de sus impulsos de conciencia racionalista, por lo que es imposible seguir pensándola políticamente y a su proyecto como un don de una racionalidad globalizante y totalizadora para transformar, vía la cultura, la sociedad.

Políticamente, el proyecto moderno sufre heridas mortales —en lo que insistirá Lyotard— por el despliegue perverso de un antiluminismo político violento o una inclinación verdaderamente antimoderna a cargo de las élites de poder (por

<sup>13</sup> A. Wellmer: “La dialéctica de modernidad y posmodernidad”, en N. Casullo: *El debate modernidad-posmodernidad*, Puntosur, Buenos Aires, 1989.

ejemplo, las ofensivas del totalitarismo fascista y stalinista que liquidaron o hicieron perder a las vanguardias artísticas su valor crítico), que en nombre de la modernidad y para sus fines e intereses propios potenció relaciones de dominio hacia el sujeto (el artista, el intelectual) bajo un disciplinamiento de éste a una organización social jerarquizada y dominante. Desde luego, Habermas no aceptará que esas desviaciones y exageraciones del proyecto moderno —Lyotard dirá que Auschwitz es el crimen que abre la posmodernidad— constituyen un impedimento para no seguir readecuando el proyecto a las condiciones actuales de la razón. Su posición es, ante todo, la de un teórico con reservas políticas bien marcadas. Por supuesto, se trata de defender en toda la postura habermasiana de la modernidad, en última instancia, el modelo económico-social y político de sociedad civil que la socialdemocracia alemana y europea consolidó en la posguerra (el Estado de bienestar y su orden “democrático”) y que hoy se ve afectado por la actual “crisis/recuperación” de legitimidad de la sociedad capitalista occidental.

Esta interpretación política de la posmodernidad no es ajena al contexto histórico-cultural de Alemania en la década del 70, dominada por una ola de neoconservadurismo político que por entonces asomaba en el escenario político euro-norteamericano, pariente cercano de ese “neo-conservatismo” en el plano de la cultura monitoriado por los llamados “antimodernistas”.<sup>14</sup> Al margen de los descentramientos que propaga el desconstruccionismo posestructuralista francés, creo que Habermas y la gran mayoría de la intelectualidad de izquierda exageran en demasía al enjuiciar este movimiento intelectual como una forma de conservadurismo cultural o de representar cierto posmodernismo de “decadencia”,<sup>15</sup> en oposición —dicen otros— a un posmodernismo restauracionista o de “resistencia”,<sup>16</sup> o, como lo denomina J. Ballesteros, un “pensar no violento” o “ecuménico”.

Cabe preguntarse con todo juicio: a pesar del vaciamiento en muchas de esas propuestas de su manifiesta (o aparente) despolitización o estetización de la experiencia, ¿es el posestructuralismo de “sensibilidad posmoderna” un mo-

vimiento intelectual reaccionario o de derecha?, ¿no constituye él también una alternativa teórico-crítica a ese proceso de modernización tecnolizante, y una reflexión pertinente sobre cierto estado de cosas de la cultura moderna: sus excesos, sus exageraciones, sus hipóboles, sus quimeras, sus mitos desarticulados hoy no por un ejercicio fallido del pensar crítico, sino por la propia lógica y praxis histórica que la modernidad generó? No olvidar aquí un par de cosas. La primera es que todo este pensar “violento” de resentimiento y cuestionamiento de la modernidad es un discurso propio de un capitalismo que ya no entra en la historia, sino del momento de su “realización” y maduración consumada, por lo que él recoge, precisamente, ese curso histórico devenido fracturado, tensionado, no-cumplido, “inconcluso”. El fin de la historia y de la modernidad como disolución de la experiencia de “unidad” moderna, constituye el “desencantamiento” de la cultura (M. Weber) ante aquellas promesas y afirmaciones que la modernidad absoluta y canónicamente delineó para lo histórico-humano; esto es, la insatisfacción ante un proyecto desmentido por la praxis histórica, el descontento por un progreso diabólico que ha llegado a niveles de catastrofismo ecológico y nuclear, la sospecha ante un pensamiento de las totalizaciones y lo homogéneo, la ionización ante un discurso legitimador de verdades monológicas.

La segunda razón que pudiera esgrimirse es que la renuncia de muchos intelectuales franceses de este periodo (Lyotard, Lefort, Glucksman, Gorz, otros) a los ideales de la izquierda se debió al fracaso tanto de experiencias artísticas (la aniquilación de las vanguardias estéticas por Hitler y Stalin) como de procesos sociales (el Mayo del

<sup>14</sup> Un texto en el cual se concentran importantes cuestiones sobre el modernismo y el posmodernismo, así como matizadas reflexiones en torno a la figura de Habermas y sus contornos teóricos y políticos esbozadas acá, es el del crítico norteamericano A. Huyssen: “Guía del posmodernismo”, en N. Cassullo: ob. cit.

<sup>15</sup> J. Ballesteros: *Posmodernidad: decadencia o resistencia*, Editorial Tecnos, S.A., Madrid, 1990.

<sup>16</sup> El término es utilizado, por ejemplo, por H. Foster: *La posmodernidad*, Kairós, Barcelona, 1985; A. Huyssen: ob. cit., y J. Ballesteros: ob. cit., cit.

68 que devino resignación y nihilismo al no llegar la revolución cultural y la transformación social que por entonces se esperaba), así como a tensiones ideológicas entre los intelectuales y los partidos comunistas, presentes estas últimas en cualquier latitud de la izquierda. ¿Qué ha sido, pues, de los “grandes relatos” emancipatorios de esa modernidad triunfante —incluso el del marxismo— que intentaron rehacer y reconstruir la historia? La cuestión, claro está, no es renunciar a lo que nos ha constituido, a los valores auténticos y universales de la modernidad; nos entregaríamos por ese camino a catástrofes axiológicas y a compartir filosofías y poéticas de renuncia en nada ajustables y compatibles incluso con nuestras formas de pensamiento histórico.

Sin embargo, las consecuencias tanto de esa ola neoconservadora política como de los descentramientos posmodernos, han resultado, en cierto sentido, mutilantes para la cultura occidental. Por efecto de la expansión derechista, la cultura siente el desarraigo y desentendimiento de artistas e intelectuales de los valores más logrados del arte y las ciencias humanísticas para refugiarse en la estetización extrema, en el mito y hasta en el misticismo; y por efecto de los desarreglos posmodernos, la cultura se “desajusta” de sus anteriores ejes referenciales y se inhibe de sus raíces propias al paso de esas visiones y revisiones de la modernidad. ¿Cómo pudo una cultura como la europea (la francesa, en particular) desentenderse y perforar los cimientos de tanta auténtica creación y conquista humana a lo largo de su historia? ¿Cómo pudo esa nueva actitud mental arremeter contra aquella literatura que dio a Hugo y a Baudelaire, a Flaubert y a Proust, a Goethe y a Mann; contra aquella plástica que dio a Leonardo y a Picasso; contra aquel arte musical que dio a Bach y a Beethoven; contra aquella arquitectura que dio a Le Corbusier y a Mies; contra aquella filosofía que dio a Bacon y a Hobbes, a Spinoza y a Hegel, a Descartes y a Rousseau, a Marx y a Sartre? Es el decisivo y concluyente giro en la noción de modernidad a la que se despidió con desprecio: a sus formas y valores culturales, a sus grandes discursos de legitimación, a sus visiones heroicas de conquistar lo humano (el arte como fuerza de cambio social, por ejemplo), a su

lógica civilizatoria pero tensionada de emancipación que también pensó y habló engañosamente en nombre del “otro” o de los “otros”.

El resultado de todo este giro es la puesta en entredicho de los límites históricos del vanguardismo cultural moderno, la modernidad y la modernización pertenecientes a esa realidad céntrico-dominante. Esos límites históricos hoy se cuestionan por un pensamiento de la secularización y el horizonte intelectual que se dibuja, parece ser, el de un tiempo dominado por la atomización, la pluralización, la fragmentación, el desordenamiento, el reconocimiento de las “diferencias” y la anarquía intelectual. Toda esa explosión de vivencias (de sujetos, historias, culturas, lenguajes) viene desde los mismísimos centros de poder y se da la distorsionada imagen de una plena celebración de una conciencia de lo liviano, lo blando y lo debilitado que han puesto fin a los dogmas y mitos del pasado. El centro se ha descentrado de sus códigos “fuertes”, posibilitando un reavivamiento de sus márgenes; pero cuidado, al mismo tiempo asiste a un recentramiento de su poder (económico, político y cultural) que no da margen de debilitamiento o flaqueza. No nos engañemos; la crisis de centralidad que vive el “yo” cultural occidental y su aparente simpatía por los nuevos “imaginarios sociales”, puede entenderse sólo en un sentido semántico; sus categorías son más bien habladas, en tanto se limitan al plano meramente de la palabra y del reconocimiento y no a la autogestión práctica del sujeto. A pesar de tal descentramiento cultural, la metrópoli capitalista sigue dominando y dictando pautas, y lo hace, como apunta N. Richard, “desde el escenario de competencia de un yo legitimado por la tradición cultural de un dominio de sentido, y normando su validez a partir de una experiencia de la crisis que sigue erigiéndose en paradigmática, más allá de las fronteras que acotan el sentido de su porqué y de su cómo: haciendo de la crisis otro ‘meta-relato’ universal”.<sup>17</sup>

La puesta en cuestión de tales límites históricos, sin embargo, parecería estar favoreciendo

<sup>17</sup> N. Richard: *Latinoamérica y la posmodernidad*. Revista de crítica cultural, no. 3, 1991.

un naciente protagonismo (cultural) tercermundista en la escena de aparente “desuniversalización” que vivimos hoy. Esto también está dando lugar a que las culturas periféricas sientan la necesidad de revisar sus relaciones con la (su) modernidad, devenida hoy perplejo escenario y espectáculo posmodernos justamente debido a la intensificada transnacionalización del capital (económico e ideológico); agente principalísimo de la modernización de las sociedades contem-

poráneas. Me refiero, más concretamente, a la posibilidad que nos brinda esa conciencia del “otro” de resituar o rediscutir el asunto de la modernidad latinoamericana y sus relaciones con la posmodernidad (y el posmodernismo); tema que parece ser también sumamente importante en los actuales estudios socioculturales de la región.



# Historiografía e Ilustración en Cuba Arturo Sorhegui

Exposición que le permite **valorar la significación** de la relación Historiografía-Ilustración en Cuba, Arturo Sorhegui —licenciado en Historia, ensayista y profesor auxiliar de Historia de Cuba en la Universidad de La Habana— brinda al lector **consideraciones** acerca de un tema más que interesante, al detallar en la **existencia historiográfica cubana**, elementos vitales en el proceso de **formación de una memoria colectiva**, en permanente influencia, de **nuestra nacionalidad**. ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ●

87 **L**a persistencia del género historiográfico como el medio más eficaz en Cuba para expresar, en los avatares de una superada realidad colonial, la existencia de una memoria colectiva capaz de influir de manera efectiva en la formación de nuestra nacionalidad, es una constante a la cual no se le ha brindado la debida atención. En especial, en lo concerniente a la presencia en un período anterior a la toma y dominación de La Habana por los ingleses (1762-1763) de, al menos, ocho autores y diez obras en que hay muestras de la aplicación de un pensamiento

ilustrado al campo de la historia, como resultado del conjunto de cambios que desde 1660 se introducen en el mundo con el advenimiento de la fase mercantil-manufacturera de la formación del capitalismo.

El continuo acudir al género historiográfico se manifiesta una centuria antes y otra después de este conjunto de autores y obras del siglo XVIII. Ocurren en 1608, cuando el obispo Juan Cabezas Altamirano solicita al canario Silvestre de Balboa y Troya, vecino de Puerto Príncipe, una muestra de su ingenio, lo cual éste acepta al es-

cribir el poema épico *Espejo de paciencia*, forma poética en que se narraba la historia, según el gusto de la época. Además de expresarse una vinculación con el paisaje, característica de un proceso de acriollamiento, en éste se intenta desinformar a la Metrópoli —diferencia formacomenido propia del barroco— al presentarse al prelado como un aliado de Felipe II en su cruzada contra el comercio ilegal; cuando, en realidad, era partícipe de un enriquecimiento ilícito mediante el contrabando.

Se repite hacia la segunda mitad del XIX, cuando el bayamés José Antonio Saco, resuelto a abandonar los inconvenientes de la lucha política, se decide a escribir una *Historia de la esclavitud*, como el medio más válido para ripostar, con la censura prevaleciente, a sus contradictores y defender sus tesis acerca de la nacionalidad cubana.

Pero, si se le atribuye tanta importancia a la persistencia del género historiográfico en las condiciones de nuestra superada evolución colonial, ¿qué influyó en la relativamente escasa repercusión que tuvieron sus obras? Al punto de que todavía hoy no dispongamos de estudios con una visión de conjunto de sus tesis acerca de la evolución futura de la Isla, aun cuando estén inmersas en un análisis retrospectivo.

El origen de todas estas tribulaciones puede relacionarse con lo que el historiador Ramiro Guerra y Sánchez —modernizador de nuestros estudios históricos— denomina “tomar al pie de la letra ciertos escritos de Arango y Parreño”.<sup>1</sup> En específico, su “Discurso de la Agricultura...”, en el cual califica la toma de La Habana como guerra para siempre sensible y época de su verdadera resurrección. Apreciación interesada en la cual Arango, como representante de la burguesía cubana en formación y crítico de los anteriores hateros, comerciantes y funcionarios, es partidario de desconocer en los historiadores criollos un pasado comprometedor en el cual están presentes los peligrosos alientos de rebeldía de los sucesos de Bayamo en el siglo XVII y de las sublevaciones de los vegueros del XVIII. Razón esta que promueve una interpretación presentista que constriñe toda visión retrospectiva al límite de 1762, para magnificar, con la acción de los haba-

neros en la defensa de su ciudad, las mejores relaciones con una Metrópoli bajo cuya tutela político-militar persigue alcanzar una economía de plantación para beneficio de su clase.

Una segunda variante proviene de la apreciación, casi generalizada, de que antes de 1763 resultaba del todo imposible una reacción propia al conjunto de transformaciones que surgen en el mundo con el triunfo de la Revolución Inglesa y el advenimiento de la fase mercantil-manufacturera de la formación del capitalismo.

De acuerdo con esta tesis, si España fue incapaz de reaccionar con la celeridad adecuada a los nuevos impulsos del mundo moderno, si sus manufacturas resultaron insuficientes y si sus métodos de explotación colonial eran arcaicos en comparación con los aplicados por Inglaterra a partir del *Western Dessign* de Cromwell de 1650, irresultaba imposible, desde todo punto de vista, que los territorios iberoamericanos fueran capaces, en contraposición a su Metrópoli, de mostrar una mayor vocación al cambio! No obstante, investigaciones recientes han demostrado lo inoperante de esta última apreciación. A pesar de los prejuicios introducidos con el esparcimiento y virtual desaparición del sistema de flotas, la proliferación de los ataques piratas y la competencia de las más eficientes plantaciones inglesas y francesas; los territorios americanos tuvieron una mayor capacidad de respuesta ante las afectaciones, manifiesta, por ejemplo, en el surgimiento de estructuras económicas adaptables a la nueva situación. Así ocurre en la Nueva España con la hacienda, que persistirá hasta 1911, y en Cuba con la delimitación y explotación efectiva de los fundos ganaderos. Todo esto valida la tesis de que, aun en medio de las dificultades, en América el 600 fue una centuria formativa, en la cual tiene lugar todo lo que se desarrollará con posterioridad en esta parte del mundo.

El desconocimiento de esta tendencia ha originado atribuir a causas externas, casi de manera exclusiva, procederes y acciones que en nuestro medio tienen que ver con una evolución propia. Así lo considera, por ejemplo, el venezol-

<sup>1</sup> Ramiro Guerra y Sánchez: *Manual de historia de Cuba*, Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1962, p. 173.

lano Mariano Picón Salas; para él: “En la elaboración de nuestro complicado y aún no suficientemente conocido siglo XVIII, participan (...) frente a los factores externos (ideas de Francia, Inglaterra y la propia España del despotismo ilustra [...]) factores internos que provienen de la ya más despierta conciencia y mayor madurez histórica del organismo hispano criollo.”<sup>2</sup>

Dicho en otras palabras, América participa del proceso de proliferación de tendencias nacionales que se exacerban en el mundo a partir de 1660 y que afectan, incluso, a las formaciones multinacionales al estilo de la monarquía austríaca que rige los destinos de la Isla.

Aún más, la multiplicidad de formas de gobierno propias de la Ilustración, manifiestas en el más evolucionado parlamento inglés, o en las máximas del despotismo ilustrado, tienen su equivalente en América. Tal es el caso de la exacerbación en la Isla con la disputa entre los Borbones y el gobierno local por el control de la política fiscal. En ésta se expresan los intereses del Cabildo habanero, del municipio, por defender la utilización en su favor de unos recursos que le resultan indispensables para afrontar las necesidades materiales y espirituales de su entorno urbano.

Sólo a partir de la existencia en Cuba, en las condiciones específicas de su evolución, de situaciones semejantes y adaptables a las que acontecen en el mundo a partir de 1660, podemos apreciar su extensión, con el nombre de Ilustración, al campo de la historiografía. Así sucede con las obras de Pedro Agustín Morell de Santa Cruz, quien, procedente de la isla La Española, detentó en Cuba distintos cargos eclesiásticos, incluido el de obispo en 1753; Bernardo Joseph de Urrutia y Matos, habanero, catedrático, procurador del Cabildo y abogado de la Real Compañía auspiciada por los comerciantes habaneros; Nicolás Joseph de Ribera, oriundo de Santiago de Cuba, catedrático y apoderado del Cabildo de Bayamo, y José Martín Félix de Arrate, habanero, regidor, alcalde y depositario general; las únicas, entre un total de diez, que han llegado hasta nosotros.

Otros son los casos de las producciones de Onofre Fonseca, presbítero del santuario del Co-bre, Santiago de Cuba; Ambrosio Zayas Bazán,

natural de La Habana, regidor, alcalde y propietario de haciendas y un ingenio; José Manuel Mayorga, maestro de artes y ceremonias durante la implantación de los Estatutos en la Universidad en 1745, y José González Alfonseca, oriundo de la capital, doctor en Teología, prior del convento San Juan de Letrán, rector en varias ocasiones y orador sagrado muy alabado en Cuba y México; consignadas por la bibliografía de la época se destruyeron o aún esperan por su rescate.

En las obras publicadas pueden detectarse, de manera aislada, algunas de las tendencias que distinguen a la historiografía iluminista; representada, en lo esencial, por *El siglo de Luis XIV* (1739) de François de Arouet (Voltaire). Una muestra de historiografía eclesiástica, ajena a los aires criticistas propiciados por Voltaire, está presente en *Relación histórica de los primitivos obispos y gobernadores de Cuba* (1747) y en *Historia de la Isla y Catedral de Cuba* (1760) de Morell de Santa Cruz; en esta última, el elemento religioso se incorpora, como se precisa en el título, a la vida nacional y se incluye, además, un exponente de la cultura popular: el poema épico “Espejo de paciencia”.

En *Resumen de los intereses y posibles aumentos de la Isla en cuanto a comerciable* (1745) de Urrutia y Matos y en *Descripción de la Isla de Cuba* (1755) de Ribera, hay un segundo elemento coincidente al adquirir la historia del comercio y la industria, en estas producciones, una modalidad independiente, relacionada con la magnificación de estas actividades por aquellos años. Esta peculiaridad no impide un matiz de diferenciación entre ambos autores; mientras Urrutia y Matos defiende a ultranza, en su condición de habanero, la Real Compañía que ha ayudado a crear; Ribera la critica, dadas las afectaciones que le ha ocasionado a su localidad: Santiago de Cuba.

*Llave del Nuevo Mundo y antemural de las Indias Occidentales* (1761), de Arrate, es una relación de méritos de su ciudad natal: La Habana. En esta obra no sigue, para su empeño, un orde-

<sup>2</sup> Mariano Picón Salas: *De la Conquista a la Independencia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1975, p. 177.

namiento cronológico, tal como había hecho con anterioridad Voltaire, al aplicar su concepción ilustrada al campo de la historia. Puede considerarse la historia más ambiciosa y representativa de este período para Cuba, con la excepción, quizá, de *Historia de la Isla y de la Catedral de Cuba*; mas, la pérdida de sus cuadernillos finales, correspondientes al siglo XVIII, nos imposibilita un juicio comparativo.

El conjunto de la historiografía anterior a 1762 se completa con *Historia de la aparición milagrosa de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre* (1703) de Fonseca, *Descripción de la ciudad de la Habana y de la Isla de Cuba* (1718) de Zayas Bazán, *Historia de la Universidad Literaria de San Gerónimo de la Isla de Cuba* (1740) de Mayorga, y *Origen, fundación, progresos, gobierno, cátedras y estudios de la insigne Pontificia y Real Universidad de San Gerónimo* (1745) de González Alfonseca. Nos limitamos a enumerar estas obras, por no haberse conservado sus textos.

Lo prolífero del género historiográfico en la Cuba del XVIII, en comparación con la centuria anterior, se debe, en parte, al auspicio de los Borbones. *Descripción de la ciudad...* de Zayas Bazán, por ejemplo, contó con el apoyo del gobernador Gregorio Guazo Calderón; *Llave del Nuevo Mundo...* fue solicitada por el obispo Juan Lazo de la Vega, y *Resumen de los intereses...* tuvo la protección del marqués de la Ensenada, miembro del Consejo de Su Majestad. El interés obedecía a la necesidad de los nuevos monarcas por alcanzar un mejor conocimiento de la geografía, recursos y realidad económico-social de los territorios americanos, en momentos en que, a imitación de holandeses, ingleses y franceses, empezaban a priorizar, además de la minería, otros renglones de explotación económica y comercial.

También era resultado de la competencia que, por intermedio de franceses y, en especial, de ingleses, tenía que soportar la monarquía en su intento de preservar su mundo colonial. Pero lo era mucho más, de la capacidad de reacción existente en el seno de la sociedad criolla para imponerse a este conjunto de dificultades.

He aquí la causa esencial de la similitud de tendencias que se detectan en la Isla con la his-

toriografía iluminista, aun en una época tan temprana como la primera mitad del XVIII. En Urrutia y Matos, por ejemplo, se magnifica —como ya había hecho Montesquieu— la importancia del clima como causa material de fenómenos sociales y de idiosincrasia, al entender que “las epidemias muy repetidas (...) hacen por lo general poco robustos los hombres; peligrosos los trabajos fuertes e insoportables los libros y papeles”.<sup>3</sup>

Arrate se pronuncia como un cruzado de la razón, a quien ésta lo incita a resolver los anales de la patria y a descubrir los hechos que la ennoblecieron. Nicolás Joseph coincide en la importancia atribuible a la historia natural, a causa del desconocimiento que se tiene de las bellísimas plantas y maderas que abundan en la Isla, y aboga por disponer de personas hábiles que se dediquen a ella, trabajándola con la precisión y el cuidado que tal empeño requiere. Urrutia y Matos, por si fuera poco, declara que, en su obra, la fundamentación de la necesidad de que la Compañía de La Habana mantenga su asiento en esta ciudad, se ha efectuado con “argumentos patentes a cualquier ilustrado”.<sup>4</sup>

Por lo demás, la exaltación patriótica resulta una constante en cada una de las obras señaladas. En Morell se expresa al incluir como materia historiable un poema épico en el cual se magnifica la lucha colectiva de una comunidad contra el ataque de corsarios y piratas extranjeros. En Arrate está presente en el objetivo mismo de hacer historia, para que “no le falte a mi patria lo que gozan otras ciudades de menor bulto y nombre”.<sup>5</sup> Priorización en la cual se le recrimina a España por serles a criollos muy difícil en la Metrópoli los ascensos, “por más que sus servicios y suficiencias los hagan muy decentes y proporcionados para subir a ellos”.<sup>6</sup>

<sup>3</sup> Bernardo Joseph Urrutia y Matos: *Resumen de los intereses de la Isla de Cuba en cuanto a comerciable*, Archivo General de Indias, Fondos Audiencia de Santo Domingo, legajo 1157. La copia que utilizo pertenece al licenciado Enrique López de la revista *Santiago*, a quien le soy deudor.

<sup>4</sup> *Ibidem*.

<sup>5</sup> José Martín Félix de Arrate Acosta: *Llave del Nuevo Mundo o antemural de las Indias Occidentales*, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, La Habana, 1964, p. 3.

<sup>6</sup> *Ibidem*.

En resumen, ellos no concibieron la historia como obra de gabinete, se cultivó como manifestación de un proyecto de cambio, de reforma, en la cual estaban implicados los sectores élites de la sociedad. La modernidad de esta tesis se expresa más que en su objeto mismo, en la diversidad de opciones que representan las diferentes obras. Mientras Arrate plantea su preferencia por la mano de obra indígena, Ribera y Urrutia son partidarios de los esclavos africanos, con quienes vinculan toda proliferación de actividades económicas e, incluso, el éxito de las ya iniciadas.

Otra manifestación de proyecto de reforma, expresada en los vericuetos de un análisis retrospectivo, está en *Descripción de la Isla de Cuba*, cuando su autor, Ribera, expresa que debido al “temperamento y semejanza de clima con un poco de aplicación e industria nos proveería de aquellas preciosas producciones con que el comercio de Asia se lleva tantos caudales”.<sup>7</sup> Aunque el proyecto podría vincularse con el empeño modernizador de que hicieron gala los Borbones, su esencia trasciende este objetivo para convertirse en una exaltación de los valores de la tierra donde se vive, la cual es capaz de valer por sí misma más que como reino de España.

Las obras de la historiografía criolla, si bien pueden considerarse un reflejo del interés metropolitano expresado en el aliento oficial con que contaron, son a la vez, y esto es lo más significativo, efecto de una dinámica propia que necesita manifestarse para superar las dificultades

que le imponen a esta sociedad las transformaciones acaecidas a partir de 1660. Por tanto, el influjo iluminista no debe sondearse en las citas de autores como los españoles Feijóo, Uztáriz y Ulloa, representativos en la Península de una primera generación iluminista, o de los franceses al estilo de Voltaire o el abate Raynal, o entre los ingleses de Robertson. Debe buscarse, en cambio, en el surgimiento de una nueva mentalidad propia de las necesidades que enfrentan y a la cual la historia empieza a dar respuesta, buscando causas terrenas y no teológicas a los problemas y utilizándola para una mejor comprensión del presente, expresada en una modificación y ampliación del género historiográfico.

No obstante, podría objetarse el nivel de terminación de las obras apuntadas, podría criticarse el monto de la información disponible, de su grado de fundamentación; pero en cada una de ellas, el aliento resulta inconfundible, se relaciona con la esencia de las proyecciones iluministas adaptadas al caso específico de Cuba y acorde con el nivel de su desarrollo cultural.



---

<sup>7</sup> Nicolás Joseph de Ribera: *Descripción de la Isla de Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1986, p. 177.

# La historia bajo la impronta de la Revolución Cubana

**conversación entre historiadores con José A. Tabares del Real** Consideraciones medulares acerca de la **historia como ciencia**, de su impronta en el devenir de la sociedad y en particular en la cubana; **valoraciones** de personalidades, hechos y momentos relevantes de la vida nacional y el acontecer historiográfico **en el contexto de permanente cambio social**, atraen **conceptos, reflexiones, opiniones y puntos de vista** en una significativa, amplia y sincera conversación sostenida el pasado verano con el historiador José A. Tabares del Real. Después de reproducirla, los historiadores Sergio Guerra Vilaboy y Eduardo Torres-Cuevas la presentan a *Debates Americanos* para ponerla así en el conocimiento y consideración del público lector. ● ● ● ● ● ● ●

**S.G.V.:** ¿Cómo llegaste a la historia y cuál fue tu formación académica; o sea, todas las etapas por las que atravesó tu formación como historiador?

**J.T.R.:** Mi padre era médico, pero le interesaba extraordinariamente la historia y la política. Yo admiraba a mi abuelo que había sido coronel del Ejército Libertador. Además, mi padre seguía muy de cerca la Segunda Guerra Mundial —te estoy hablando del año 39—, y la guerra despertó en mí un interés por la historia; por ejemplo, hun-

dieron el *Bismarck*, lo supe y quise saber por qué al buque le había ocurrido esto y quién era Bismarck. Además, en mi formación, mi padre le daba gran importancia a la historia y me compraba libros de biografías para niños. Había una editorial que se llamaba Molina —te estoy hablando de los años 40— que publicaba biografías de personajes célebres: Julio César, San Martín, Bolívar, y yo los leía con mucha avidez. En el colegio estudié historia sagrada —en el Colegio de los Maristas—, una versión hecha por los curas de los Maristas de la *Biblia*, y que a mí también me

gustaba. En el colegio estudié historia universal e historia de Cuba. Todo ello me fue creando una gran afición por la historia. Después, ya en el bachillerato, para mi generación la historia era un punto de referencia para la lucha política y eso también multiplicó mi interés por ella. Yo leía las *Crónicas de la guerra* de Miró Argenter, el libro de Piedra Martell, algunos libros de Roa; sobre todo, *Bu-*

**para mi generación la historia era un punto de referencia para la lucha política y eso multiplicó mi interés por ella**

*fa subversiva*. Recuerdo la polémica de Roa, en 1946 con Vasconcelos sobre la Revolución del 30. Ramón Vasconcelos hizo una serie de críticas a la Revolución, diciendo que ella sólo había dado como resultado para el país el desastre, y Roa le respondió con tres o cuatro trabajos recogidos con posterioridad en su libro *Retorno a la alborada*. En fin, todo esto me fue creando un amor por la historia. Pero junto con ella me gustaban las matemáticas y la literatura. En definitiva, un disgusto con mi padre, me llevó a estudiar contador público, para independizarme de él, trabajando de día y estudiando de noche. Cuando se fundó el Movimiento 26 de Julio (M-26-7), en 1955 me integré a él. Durante la lucha revolucionaria, leíamos mucha historia, nuestro punto de referencia y de formación ideológica era la historia. Después del triunfo de la Revolución me enviaron como embajador a Bolivia. Salvador Allende me invitó a dar un grupo de conferencias en Chile —año 60—, en el Partido Socialista. Doy las conferencias, y, para sorpresa mía, Allende las editó —con un prólogo suyo—. Es el libro mío que más me gusta, porque soy el único cubano que tiene un libro prologado por Allende. Se llama *La Revolución Cubana: ensayos de interpretación*.

**S.G.V.: ¿Ese sería tu primer libro?**

**J.T.R.:** Sí. Después seguí leyendo historia, investigando historia, trabajando historia.

**93 S.G.V.: Perdona, Tabares, pero hasta ese momento tus lecturas eran las de una persona**

**interesada, ¿lo primero que vendría a ser una producción histórica tuya, que así pudiera considerarse, sería ese ciclo de conferencias?**

**J.T.R.:** Sí, pero en el M-26-7, al triunfo de la Revolución, antes de viajar a Bolivia, me nombraron Responsable Provincial de Adoctrinamiento, que era el aparato ideológico de la Dirección Provincial del Movimiento. Ahí fundé y dirigí la primera escuela de Instrucción Revolucionaria que tuvo Cuba después de 1959. Hicimos un programa de estudio basado fundamentalmente en la historia. Siempre, mientras leía historia, me interesaba por los métodos de los historiadores; entonces hablé con algunos historiadores... con Carlos Díaz, con el viejo Ramiro Guerra. Por todos estos caminos fui llegando a la historia. Te confieso que haber estudiado contador público, de noche en la universidad, me ha sido de mucha utilidad; porque me dio una capacidad de análisis de la problemática económica, de la microeconomía y la macroeconomía; y una serie de técnicas de investigación que me ayudan. Posteriormente me nombraron director del Archivo Nacional, en 1968.

**S.G.V.: Me llama la atención que no te consideraras en esa época un historiador. ¿Por qué fuiste allí?**

**J.T.R.:** No, sencillamente, todos los que me conocían sabían que a mí me gustaba la historia. Un buen día me llamó Núñez Jiménez y me dijo que Julio Le Riverend necesitaba —por aquel entonces él dirigía el Instituto de Historia de la Academia de Ciencias, y el Archivo Nacional estaba subordinado al Instituto— un director para el Archivo, y que habían pensado en mí. De inmediato asumí la dirección, en la cual Le Riverend me ayudó muchísimo, aprendí un mundo de cosas con él. En el año del centenario del inicio de la Revolución Cubana, Faustino Pérez me llamó —había sido mi jefe en la insurrección— y me dijo que quería que me hiciese cargo de la Comisión del Centenario en la antigua provincia de la Habana. Con posterioridad crearon la Comisión de Historia en el Partido Provincial, y me nombraron su responsable. En medio de estas tareas iniciamos en La Habana los Seminarios

Martianos, que se siguen hasta hoy día. A partir de entonces continué trabajando más y más profesionalmente en la historia. En 1969, hacía falta un director para la Escuela de Historia de la Universidad de La Habana, donde estaba Modesto González —como interino, en sustitución de Sergio Aguirre—; el PCC me hizo la propuesta, dejé mis funciones en el Archivo y pasé a la Escuela de Historia como director. A partir de ahí todo lo que he hecho siempre ha tenido mucha relación con la historia. Posteriormente estudié un Doctorado en Historia en el Instituto de América Latina en la Universidad de Rostock.

**E.T.-C.: ¿Qué libros de historia eran los que más leían ustedes?**

**J.T.R.:** Lo que más leíamos eran las obras de los mambises y a Martí; el *Martí*, de Mañach; las obras de Ramiro Guerra: *Azúcar y Población en las Antillas*, su *Manual de Historia de Cuba*, *La industria azucarera en Cuba*, *La expansión territorial de Estados Unidos*. También, el libro de Herminio Portell Vilá sobre *La historia de Cuba en sus relaciones con Estados Unidos*; *Diálogos sobre el destino* de Pitaluga; los escritos de Roa acerca de la Revolución del 30; una obra de Néstor Carbonell, que nadie menciona ahora, su *Historia de la cultura cubana*, en varios tomos; Raúl Cepero Bonilla, y los trabajos de Emilio Roig. Textos sobre América Latina, como el de Jesús Silva Herzog,

*Historia de la Revolución Mexicana*, que se trajinaba bastante entre nosotros, y otros más referidos a los procesos revolucionarios en América. Recuerdo el de Williams Khrem,

*Democracias y tiranías en el Caribe*; el de Germán Arciniegas también sobre el Caribe; el de Raúl Osegueda, *Operación Guatemala: dólares, ok, dólares*; todo lo relacionado con la revolución guatemalteca. Hay otro detalle que no puede desestimarse: la influencia enorme de Raúl Roa en nuestra generación. Había en Cuba una serie de exiliados dominicanos, venezolanos y de distintos países con quienes estábamos en contac-

to; entre ellos, Carlos Andrés Pérez; Aquilino Boyd, quien fue después ministro de Relaciones Exteriores de Panamá y embajador de Torrijos ante Naciones Unidas. Y todos ellos nos transmitieron una gran preocupación por todo lo que tiene que ver con la historia de América. A mi generación le interesa mucho la historia de Cuba. Nos educamos en la política a través de la historia; no creo que exista ejemplo más claro que la autodefensa de Fidel, *La historia me absolverá*, que tiene constantemente como fundamento de su posición ideológica y política a la historia; y ése fue el programa del M-26-7, y ese programa está basado en la historia, en un análisis histórico de la problemática cubana.

**S.G.V.: ¿Cuáles son tus principales investigaciones, libros, qué estás haciendo ahora?**

**J.T.R.:** El trabajo mío que más me gusta, después del prologado por Allende, es la biografía de Guiteras; debe ser porque se refiere a Guiteras, a quien admiro de manera extraordinaria. Publiqué *La Revolución del 30: sus dos últimos años, un análisis general de la Revolución del 30*; *Apuntes para la historia del neocolonialismo en Cuba*, que publicó la Universidad de La Habana en 1988, un estudio de la neocolonia, en una edición muy limitada. Hay trabajos míos en distintas obras; por ejemplo, los publicados por la Universidad de La Habana: “Apuntes para la historia del Movimiento Revolucionario 26 de Julio”; “La contrarrevolución en el poder”; el Centro de Estudios para la Educación Superior (CEPES) editó *La Reforma Universitaria de 1960* con mi trabajo sobre “La reforma Universitaria de 1923”, como antecedente; y en *El Liberalismo en el devenir histórico de América Latina y Cuba*, con el Grupo Interdisciplinario sobre Pensamiento y Acción en América Latina, Cuba y el Caribe (GIPALCC), con mi ensayo “El pensamiento y el proyecto político de Gerardo Machado y Morales”. Ahora preparo un libro, conjuntamente con el doctor Eduardo Torres-Cuevas: *La historia de Cuba*, que él piensa editar en París; estoy valorando el período de 1925 a 1959, e investigando en torno a la figura de Fulgencio Batista, para analizar la historia de Cuba entre 1933 y 1959, no desde el punto de vista de

***Siempre, mientras leía historia, me interesaba por los métodos de los historiadores***

los procesos revolucionarios y de la oposición a los sucesivos gobiernos, sino desde el punto de vista de las políticas de los gobiernos.

***Nos educamos en la política a través de la historia; no creó que exista ejemplo más claro que la autodefensa de Fidel, La historia me absolverá, que tiene constantemente como fundamento de su posición ideológica y política a la historia***

**cómo lo valoras; quizá no tanto como lo hiciste entonces —también sería interesante cómo lo pensaste entonces—, sino desde la perspectiva de hoy, a la distancia del tiempo?**

**J.T.R.:** Cuando asumo la dirección de la Escuela, la orientación que tengo y el interés del Gobierno y de la propia dirección universitaria, es que se realice un trabajo en la formación de los estudiantes y que se realice una actividad profunda de investigación y divulgación de la historia de Cuba.

**S.G.V.:** **¿Eso quiere decir que la Escuela no lo hacía?**

**J.T.R.:** Quiere decir que asumo la dirección de la Escuela de Historia poco después de que Fidel habla el 10 de octubre de 1968 en la Demajagua [por el centenario de la Guerra de los Diez Años], donde hizo una exhortación al estudio de las raíces de nuestra historia, a la divulgación de la historia de Cuba y la socialización de los conocimientos históricos. Las orientaciones que recibí en ese momento y que traté de poner en prácti-

ca, responden a esa orientación de Fidel. Cuando llegué a la Escuela me encontré, y fue mi impresión de entonces —y sigue siendo la de hoy—, un buen cuerpo profesoral. Había profesores muy buenos. Allí encontré a Carlos Funtanella, quien era un señor profesor; ahí estaba la difunta Olga López; con la Escuela colaboraba Juan Pérez de la Riva; estaba Sergio Aguirre, quien, aunque yo difiera de algunos de sus criterios, como él difería de algunos míos, fue un magnífico historiador. Después se decidió la creación en la Escuela de centros de investigación.

**S.G.V.:** **Quisiera profundizar en tu valoración de la Escuela cuando llegaste, ¿piensas que en ella no se hacía el trabajo de investigación, que tenía una visión un tanto sectaria en cuanto a la interpretación histórica, que se interesaran más por la formación política que por la formación de historiadores?**

**J.T.R.:** No, la Escuela estaba interesada en la formación profesional de historiadores y trabajaba muy seriamente en ese sentido, y en la investigación. Ahora, la Escuela no puede ser vista en abstracto, pues las personas que la integraban no podían escapar a la situación general de la sociedad cubana del período. No podemos juzgar a la Escuela en 1969, con los criterios de hoy día. Todos los revolucionarios, o la inmensa mayoría de los revolucionarios, estábamos imbuidos de una serie de ideas y criterios que normaban nuestra vida no sólo profesional, sino en todos los ámbitos, incluido el personal. Existía un medio nacional, una cultura y psicología social predominantes, en esos años de un gran mesianismo revolucionario; muchos nos creíamos destinados por la providencia para libertar a la América Latina. Teníamos nuestra interpretación en esa época del marxismo-leninismo, lo veíamos a partir de las realizaciones y los logros de la Unión Soviética. Ahora se habla de los indudables grandes errores cometidos por la Unión Soviética, pero se olvidan la industrialización, la guerra contra el nazismo y la victoria sobre el nazifascismo; se olvidan el desarrollo tecnológico y el desarrollo cultural del pueblo soviético. Y aunque ya habían sido denunciados los críme-

nes de Stalin y no los ignorábamos, sí admirábamos —y estoy hablando de la sociedad cubana en general— toda una serie de grandes logros del pueblo soviético; además, a eso se unían los vínculos que creaba la gran ayuda a Cuba. Estimo que la Escuela era parte de ese ambiente nacional, que incluía a los compañeros que hoy critican la Escuela de Historia. Para juzgar a la Escuela hay que tener muy en cuenta las características generales de la sociedad cubana de la época. Además eran tiempos de grandes enfrentamientos, había como hoy una oposición tenaz por parte del Gobierno estadounidense, de sus agencias y de la contrarrevolución cubana, encaminada a destruir a la Revolución, y eso creaba una mentalidad de fortaleza sitiada que influía indudablemente en quienes éramos trabajadores y estudiantes de la Escuela de Historia. Hay que tener muy presente la Cuba de esos años. Por otra parte, para juzgar a la Escuela de Historia hay otro fenómeno nacional que no puede olvidarse. La historia de la Revolución Cubana ha sido la historia de la lucha de este pueblo por la consolidación de su cultura propia y de su identidad nacional,

---

***La historia de la Revolución Cubana ha sido la historia de la lucha de este pueblo por la consolidación de su cultura propia y de su identidad nacional, la lucha de este pueblo por la justicia social y la independencia nacional***

96

como ciencia política, por distintas vías y por distintos motivos, ha tenido una fuerte inspiración martiana, cubana y latinoamericanista. Esta existencia al interior de la Revolución está hasta hoy presente en ella, y hubo momentos en que las personas más afines a las posiciones derivadas

nacional, la lucha de este pueblo por la justicia social y la independencia nacional; pero, además, ha sido la interrelación entre dos tendencias revolucionarias: una que ha buscado sus fuentes teóricas y su inspiración en la Internacional Comunista, primero, y en la herencia de la Internacional Comunista, después; y una tendencia que habiendo llegado al conocimiento y al empleo del marxismo

de la Internacional Comunista han tenido mayor influencia o mayor peso político en el país, y momentos en que lo han tenido menos. En esos años, la Escuela de Historia actuaba en el contexto de esa contradicción, porque había personas que éramos parte de quienes tenemos una concepción marxista pero simultáneamente martiana y bolivariana de la Revolución, y otras cuyas experiencias, cultura y formación las colocaban más cerca de las posiciones de la Internacional, y eso se reflejaba en las clases, en las discusiones de los programas, en todo; pero, existían serios esfuerzos de investigación. Lógicamente, en la Escuela había de todo, profesores con más experiencia profesional que otros, profesores que enfocaban su actitud no sólo profesional y normaban su conducta personal desde una u otra de las dos tendencias revolucionarias; creo que hubo espacio para todos.

**E.T.-C.: Me gustaría que profundizaras de manera más puntual: hablas de dos tendencias, una que se autoconcebía como la verdadera interpretación marxista y señalabas a la otra como una corriente más bien proveniente de los sectores reformistas históricos que no sólo les falta justamente la concepción teórica correcta, sino el método para comprender y resolver el problema de nuestra realidad, ¿cómo ves esa tendencia?**

**J.T.R.:** Primero, ambos grupos pensábamos que teníamos toda la razón, y eso daba cierta intransigencia a nuestras respectivas posiciones. No hay que olvidar que la mayoría éramos muy jóvenes y no habíamos vivido lo suficiente, no teníamos la experiencia necesaria y, además, estábamos influidos por el triunfo sobre Batista. Cuando empezamos la lucha y la desarrollamos, una gran parte de la gente “culto y sensata” del país nos explicaba que “estábamos locos y que cómo un grupo de chiquillos irresponsables como nosotros —cuando digo nosotros me refiero a mi generación— iba a derrocar a Fulgencio Batista”. El M-26-7 derrocó a Batista para asombro de todo el mundo; entonces muchos teníamos un poco de sectarismo y de autosuficiencia, nos creíamos dueños de la verdad. Había muchas polémicas

no sólo entre los historiadores, sino entre todos los científicos sociales y entre los cuadros políticos. Hubo quien trató de que no se publicara el *Guiteras* mío porque citaba algunos errores del primer partido comunista —es decir, del Partido Socialista Popular—; y bueno el *Guiteras* salió en

1973, época en que ya los transmisores y ejecutores del marxismo estilo soviético tenían cierto peso. No creo que el *Guiteras* haya sido una excepción, también en esa época se publicaron otros libros que nada tenían que ver con las posiciones derivadas del Komintern; desde luego,

también han estado presente la gente fluctuante entre una y otra posición. De ese tiempo es también el libro de Carlos del Toro acerca de la situación social de la clase obrera cubana; recuerdo otro libro que es una compilación de trabajos sobre la República neocolonial en dos tomos. O sea, la época es rica en polémica, rica en debates, la Escuela desempeñó un papel positivo, un papel importante, pues hay una cantidad de historiadores graduados en ella que hoy día están desempeñando un papel importante, y se formaron en ese ambiente.

**E.T.-C.: Una última precisión. Estas actitudes o modo de ver la historia y la vida política en general no sólo generaban un dogmatismo, como se le ha llamado, sino el autotitulado antidogmatismo. Este último ¿no fue, también, otra forma de dogmatismo?**

**J.T.R.:** Desde luego, te dije que muchos creíamos que teníamos la verdad absoluta.

**S.G.V.: ¿Ibas a explicar lo que intentaste hacer en la Escuela de Historia?**

**J.T.R.:** Después que tomé posesión de la dirección de la Escuela de Historia tratamos de mantener todo el ejercicio académico que allí se ha-

cía muy positivamente por el cuerpo profesoral y de vincular la Escuela a la sociedad cubana en general. En aquella época, identificados con el discurso de Fidel del 10 de octubre de 1968, se generalizó la práctica de dar conferencias de historia en centros de trabajos, en unidades militares; en fin, donde hubiera un colectivo de trabajadores cubanos, de revolucionarios, y los profesores y alumnos de la Escuela colaboraron mucho en esta tarea, priorizada por el Comité Provincial del Partido de La Habana. Por otra parte, en 1969 se crearon tres centros de investigación que no llegaron a materializarse.

**S.G.V.: ¿En la Escuela?**

**J.T.R.:** Un centro de estudios sobre Martí, que posteriormente va a desarrollar el Ministerio de Cultura como Centro de Estudios Martianos, uno sobre la cultura cubana, y otro de Historia de Cuba en general. Estos centros se quedaron en el papel, hubo las resoluciones ministeriales correspondientes, pero en la práctica aquello nunca llegó a materializarse.

**S.G.V.: ¿Y no encontraste resistencia para llevar adelante todo eso?**

**J.T.R.:** Sí, encontré resistencia de parte de algunos profesores, quienes alegaban que el tiempo que dedicaban a la divulgación de la historia era tiempo que perdían en su superación profesional. Tenían parte de razón, porque es posible que se me haya ido la mano y exagerado en la aplicación de la directiva sobre la divulgación de la historia, y que hubiera sido más conveniente una implementación más equilibrada del tiempo de los profesores en cuanto a su actividad divulgativa, su actividad docente, su actividad investigativa y su actividad de superación personal.

**S.G.V.: Dos cosas vinculadas a ésta. Una —que tú no has dicho y que me parece importante— es la vinculación social de la Escuela alcanzada con la dirección anterior. Ésta se basaba no tanto en llevar la historia fuera de la universidad como en hacer labor social en la comunidad. Cuando tú asumiste la dirección hubo**

***En la sociedad cubana, las raíces de la sociología, de la filosofía y de otras ciencias sociales, son mucho más débiles que las raíces de la historia***

un cambio, pero tratando de seguir esas líneas de trabajo. Y otra, que me parece importante: abriste la Escuela como un centro de debates; recuerdo, por ejemplo, testimoniantes sobre el ataque al Palacio Presidencial, acerca de Guiteras, y otros historiadores, incluso que no eran de la universidad, vinieron al claustro.

**J.T.R.:** Traté de llevar a actores de la historia y ponerlos en contacto con los estudiantes, invité a distintos compañeros a reunirse con los estudiantes, a transmitirles sus vivencias, fundamen-

talmente en la lucha revolucionaria; además, invité otra serie de colegas, como Jorge Ibarra, Julio Le Riverend, Manuel Moreno Fragnals —que no eran parte de la plantilla docente de la Escuela— a que se reunieran con los alumnos y les transmitieran sus conocimientos. También intenté desarrollar la dirección colectiva y la participación de los estudiantes, tanto de la FEU como de la UJC, en todo el proceso de toma de de-

cisiones de la Escuela, así como de recoger las opiniones y los criterios de los estudiantes; incluso no faltó quien me acusara de populista.

**S.G.V.:** Hablabas de las dos tendencias de interpretación dentro del marxismo en Cuba después de la Revolución —y antes de ella—; te pregunto, ¿tu salida de la Escuela de Historia no tendría que ver con divergencias de esas dos líneas?

**J.T.R.:** En buena medida, sí. También tiene que ver con esto de llevar la Escuela más allá de las aulas universitarias, pues puede ser que no haya sido capaz de balancear —como dije antes— esa actividad en la medida necesaria, lo que causó irritación en un grupo de profesores, así como

con algunas percepciones de algunos compañeros sobre mi actividad en la Escuela.

**S.G.V.:** Después en las ciencias sociales se observa un proceso que tuvo consecuencias traumáticas —diría yo— para algunas de ellas, en específico en la filosofía y la sociología, en la Universidad de La Habana. ¿Crees que ese mismo proceso afectó de la misma forma a la historia?

**J.T.R.:** Hay diferencias; la historia no fue afectada en la misma magnitud. Creo que la diferencia se debe a la mayor resistencia de los historiadores en su conjunto a la influencia extranjera, a la influencia en este caso concreto del marxismo soviético. Esto obedece a que en el país existía una tradición historiográfica. Éste es un país que antes de la Revolución tenía un grupo de grandes historiadores, cuya influencia, prestigio y obra nadie podía ignorar. Aquí hubo un Ramiro Guerra, un Emilio Roig, un Cepero Bonilla o un Pérez de la Riva. En fin, hay toda una obra historiográfica, hay un apoyo moral de la más alta dirección política a la historiografía de más genuinas raíces nacionales; apoyo cuya máxima expresión de la época es el discurso de Fidel del 10 de octubre de 1968. Hubo una Escuela con sus antecedentes en la Facultad de Filosofía y Letras y un buen número de estudiantes; mientras en sociología, además de ser objeto de un ataque muy grande por parte del marxismo soviético, no había una tradición fuerte en el país; no hay una tradición de peso en la filosofía comparable a la de la tradición histórica, lo cual no quiere decir que en Cuba no haya algunos pensadores destacados como don Fernando Ortiz, o Medardo Vitier, o José María Chacón y Calvo. En la sociedad cubana, las raíces de la sociología, de la filosofía y de otras ciencias sociales, son mucho más débiles que las raíces de la historia. Además, tampoco podemos olvidar que esta Revolución se hizo tomando la historia como punto de referencia y como ciencia para formar la conciencia política de los revolucionarios.

**S.G.V.:** En la sociología y en la filosofía estoy completamente de acuerdo contigo; ahora en

---

***hay toda una obra historiográfica, hay un apoyo moral de la más alta dirección política a la historiografía de más genuinas raíces nacionales; apoyo cuya máxima expresión de la época es el discurso de Fidel del 10 de octubre de 1968***

lo que respecta a la historia me atrevería a preguntarte: que la Escuela de Historia tuviera una importante impronta de la línea que denominas del Komintern —la llamaste así—, ¿no la inmunizó en cierta medida contra eso que pasó después?, lo que no sucedió con filosofía y sociología.

**J.T.R.:** Eso es cierto, pero al referirnos al dogmatismo y las interpretaciones soviéticas del marxismo, tenemos que matizar cuando hablamos. No es lo mismo la posición respecto al marxismo soviético de Marinello o Carlos Rafael Rodríguez, que la de otras personas también procedentes de la misma área política, y eso está evidenciado en los distintos escritos de Marinello con relación a Martí, en análisis suyos acerca de la literatura y la cultura cubanas; está expresado también en diversos escritos y discursos de Carlos Rafael Rodríguez, cuya posición no es equivalente a las de otras personas procedentes de la misma organización política.

**E.T.-C.:** Carlos Rafael tiene una frase —antológica para mí— de los años 80 sobre el problema, cuando dice que estábamos siendo ortofónicos en vez de ser ortodoxos.

**J.T.R.:** Bueno, recuerdo, en una reunión de embajadores pronunció...

**S.G.V.:** ¿Estando tú de embajador en Hungría?

**J.T.R.:** Sí, se celebraban reuniones bianuales de embajadores. Un compañero hizo allí un discurso ultrasoviético; entonces Carlos Rafael le dijo: “Chico, tú me das la impresión que cuando Moscú estornuda tú sacas el pañuelo”. A partir de esa frase le hizo una crítica, explicándole que él era embajador de Cuba y tenía desde luego que simpatizar con la política de la Unión Soviética, pero además tener en cuenta que la política de la Unión Soviética no era siempre la política de Cuba, y que él era un agente de la política cubana. Bueno, esto se refleja en una serie de ensayos importantes de Carlos Rafael, que sin lugar a dudas influyeron y siguen influyendo en los historiadores cubanos.

**E.T.-C.:** Me atrevo a decir que hay quien buscó otros mecanismos y se lograron cosas. Entre el 75 y el 85 —que es el momento que podría tomarse— se publicaron muchas obras que estaban fuera de esa categoría; es decir, en ese período hay una lucha que se mantiene con programas muy diversos. Valdría la pena hacer un estudio de las publicaciones cubanas de esos años. Porque, en mi opinión, a pesar de todos los problemas, estuvieron presentes diversos modos de interpretar la historia.

**S.G.V.:** Pero esas expresiones las puedes encontrar en el campo de la historia, pero no así en el de la filosofía.

**J.T.R.:** Voy a decir una cosa aventurada, otra opinión personal. En la cultura nacional, la historia es un ingrediente de mucho más peso de lo que puede ser la sociología y la filosofía. En José Martí, uno encuentra constantemente referencias históricas; es una larga tradición. Te hablaba ayer del discurso de Martí acerca de Bolívar en la Sociedad Literaria Hispanoamericana en Nueva York, de las referencias de Martí sobre los incas, los mayas, de sus escritos históricos acerca de México, de la atención sobre distintos aspectos de la Guerra de los Diez Años; o sea, la historia es en él una constante. Mella, en la poca obra escrita que dejó, ¿qué encuentras? Las glosas al pensamiento de Martí. Si lees el discurso de Mella en la Conferencia de Bruselas está lleno de referencias históricas; hay una tradición en la cultura nuestra, en que la historia tiene más significación que otras ciencias sociales. Creo que la única ciencia que compite —con éxito— con ella es el derecho. El hecho de que la historia esté más enraizada en nuestra cultura le permite una mayor resistencia; además, creo que la lucha sigue hasta el día de hoy. Le comentaba a Eduardo [Torres-Cuevas] la investigación que hago acerca de Batista. Bueno, hay gente que me han dado cocotazos, compañeros míos de la lucha contra Batista que me han dicho que parece mentira que con tantas cosas que hay que investigar en Cuba, me dedique a investigar el quehacer político y la vida de Fulgencio Batista; yo pienso, además, que toda obra tiene resisten-

cia, toda obra tiene críticos y toda obra da lugar a opiniones.

**S.G.V.: Tabares, volviendo al tema; independientemente de estar de acuerdo en que, de las ciencias sociales, la historia fue la menos afectada, no debe olvidarse que en ese lapso desaparece la Escuela de Historia —se fusiona en una Facultad de Filosofía— y no es por casualidad; en ese período ocurre la creación de una asignatura en la cual se desdibuja la**

**historia nacional y se crea una historia del movimiento obrero; aparece el Instituto de Historia del Movimiento Obrero y de la Revolución Socialista; en la enseñanza media también desaparece la historia nacional y se inserta dentro de lo que se llamó ciencias sociales. ¿Hay una serie de pasos que deben haber dejado su**

***Hay que mantener todas las puertas abiertas, con el criterio de que nosotros tenemos en América Latina y el tercer mundo una tradición de trabajo historiográfico***

**huella en la historia? A pesar de tus consideraciones, y que me parecen muy sólidas, no debe olvidarse que esto también pasó. Hubo un gran movimiento de doctorados en la Unión Soviética, Alemania o Bulgaria, sobre Historia de Cuba y tiene que haber dejado su huella en la formación de los historiadores de ese período, pienso yo.**

**J.T.R.:** Sí, ha dejado su huella, presente hasta hoy. Te hablaba antes de la lucha entre las dos formas de vivir la revolución y que, en un momento dado, una forma de vivir la revolución ha tenido una mayor influencia cultural que la otra. Desde luego, cuando te hablo de que la historia fue menos golpeada que otras ciencias, te digo menos afectada; desde luego, fue afectada. Lógicamente, eso está incidiendo en los historiadores hasta hoy. Hay compañeros formados en Cuba y compañeros formados fuera de Cuba que tienen en su preparación esa influencia de la versión soviética del marxismo vigente en Cuba en aquella época.

Además, tampoco hay una sola versión soviética del marxismo; entre 1917 y 1989 hubo no sé cuántas versiones soviéticas del marxismo que, desde luego, siguen influyendo de manera inevitable en algunos compañeros. Además, tienen el peso de lo simple, de la respuesta fácil y sin matices; es una característica de ese marxismo que tuvo a Moscú por Vaticano y que facilita el trabajo de algunas gentes que no quieren esforzarse mucho y encuentran una respuesta fácil a algunos problemas. Por ahí hay algunas obras de ese período que son grandes ejemplos de lo que no es la historia de Cuba. Junto con las obras y los procesos institucionales ocurridos entonces y los rezagos de todo eso, hay peligros contemporáneos en la admiración a lo extranjero, que en un momento prerrevolucionario tuvo en algunos casos por centro a Estados Unidos y en otros a la Unión Soviética, y que en una parte del período revolucionario tuvo por centro a la Unión Soviética, durante un tiempo. Bueno, ahora estamos bajo la amenaza de algunos fanáticos de la historiografía norteamericana contemporánea, y no sólo de su metodología. Hay mucho que aprender en lo referente a metodología y el profesionalismo de la historiografía norteamericana; pero, además, en cuanto a las conclusiones, a las argumentaciones, a los temas de investigación, en la historiografía norteamericana contemporánea. No faltan algunos pocos historiadores que —en los tiempos actuales— se dejan arrastrar, unos con plena conciencia y otros con menos, un poco hipnotizados por esa historiografía, lo que en Cuba tiene además el peso de que, ante las dificultades de publicación que confrontamos hoy, ante las dificultades materiales para investigar, ofrece posibilidades de todo tipo; incluso, hasta de financiamiento de investigaciones. Este fenómeno puede ser positivo si se maneja con sabiduría. Y creo positivo el diálogo y la relación profesional con los historiadores norteamericanos, pero como todo, tiene su parte negativa; o sea, la tendencia, de parte de unos pocos, a establecer no una relación entre pares, sino de subordinación intelectual, que entonces resulta negativa en todo sentido.

**S.G.V.: ¿No crees que eso tenga que ver también con el hecho de que la historiografía cu-**

bana —producto de todo lo hablado— se aisló un tanto de las corrientes que, por ejemplo, acontecían en la historiografía en Francia, en Estados Unidos, y quedó un poco atrasada?

---

***no soy un reconocido historiador, soy un discutido historiador, es un calificativo más real***

J.T.R.: Desde luego que tiene que ver. Por eso te digo que no sólo es positivo el diálogo con los colegas norteamericanos, sino con los europeos, con los mexicanos, con los latinoamericanos en general. El diálogo es bueno y no sólo bueno, sino imprescindible y necesario, pero considero que el diálogo hay que sostenerlo de forma crítica; es decir, sin ceder en nuestros principios y no de forma subordinada. La historiografía estadounidense, o la europea, o la latinoamericana, posee muchas aristas de las cuales todos podemos aprender, pero creo, también, que tenemos más de cuatro cosas que enseñarles. Además, tampoco podemos asumir una actitud de negación de la historiografía pasada y presente del antiguo mundo socialista. Hay colegas en Rusia, en Polonia, en Hungría, en la antigua RDA, con quienes el diálogo y la colaboración profesional son mutuamente convenientes y ventajosos. La que más conozco, por el tiempo que viví en ese país, es la historiografía húngara, que tiene colegas muy serios, como el caso de Adam Anderle —para citar un ejemplo—, con quienes debemos mantener el diálogo profesional y la colaboración. Es el mismo caso de Polonia, de Alemania, donde hay toda una serie de colegas que trabajaron en tiempos del socialismo real en Leipzig, Rostock, Berlín. Hay que mantener todas las puertas abiertas, con el criterio de que nosotros tenemos en América Latina y el tercer mundo una tradición de trabajo historiográfico que, con todos sus defectos, está a la altura de la mejor historiografía, lo cual no debemos perder de vista. Lo más importante es mantener una actitud abierta, de análisis de lo que leemos y de autoanálisis, y tratar de aprender, pero de no olvidarnos de que, junto con aprender, enseñamos.

S.G.V.: En las condiciones actuales, cómo ves las afectaciones que tienen los historiadores, las cuales se reflejan en: situación de los archivos, las bibliotecas, inexistencia de una revista de historia en este país. El hecho de que las investigaciones terminadas no puedan publicarse, divulgarse y si acaso se publican es en el extranjero y, por tanto, no se difunden en el país, así como la ausencia de una crítica a esas obras, ¿cómo lo ves?

J.T.R.: La crisis económica existente por las causas conocidas ha llevado a la sociedad cubana a una situación extremadamente compleja y difícil, y, desde luego, a todas las ciencias sociales y naturales; entre ellas, a la historiografía cubana y al trabajo de los historiadores. Hay dificultades de todo tipo... en varios sentidos. Si vamos a investigar a provincia, es un problema ir; hay problema de transporte, de gasolina; pero si vamos a investigar aquí mismo, en La Habana existe el problema del traslado de un lugar a otro, de todo tipo de recursos materiales: papel, bolígrafos, lápices y tenemos la dificultad fundamental de publicar. La no publicación desalienta a muchos compañeros, como es natural; muchos no investigan porque no tienen posibilidades de publicar. La publicación en Cuba está extraordinariamente limitada por la falta de recursos de las imprentas, y la publicación en el extranjero está al alcance de un grupo de historiadores, de una minoría por una circunstancia u otra. Pese a ello hay que insistir en la investigación, estimular a la gente a que investigue. Hay que acumular los resultados de investigación y divulgarlos en el futuro; pues tal vez puedan hacerse posteriormente algunos libros que incluyan los resultados de investigación realizados en esta época. Además de publicar en el exterior, hay que insistir en editar en Cuba, y tratar de utilizar todos los medios posibles para divulgar el conocimiento histórico renovado y potenciado como resultado de las investigaciones. Cuando te digo todos los medios posibles, te digo la poca prensa escrita que hay en el país, la radio, la televisión, la conferencia, la ponencia, el seminario, el taller. Tenemos nuevas revistas como *Temas*, *Contracorriente*... las publicaciones de la Unión Nacional de Escritores

res y Artistas de Cuba y ahora esta revista universitaria, *Debates Americanos*. Hay que hacer todo lo posible por estimular a los jóvenes. Además, por muy importante que sea la obra de los historiadores con libros publicados, tenemos que darles cierta prioridad a los trabajos de los muchachos, para que no se pierdan, ganen experiencia y se desarrollen; es necesario que se priorice a los jóvenes investigadores. La colección Pinos Nuevos del Instituto Cubano del Libro ha ayudado en eso.

**S.G.V.: Esto plantea un dilema. Desde mi punto de vista, la obra de un historiador maduro tiene un valor historiográfico, que no va a tener la del joven; pero, por otro lado, la del joven es la obra del futuro. Entonces es el dilema.**

**J.T.R.:** Me refería a darles posibilidades a los jóvenes para sus publicaciones porque últimamente hay una tendencia a sólo publicarles a los historiadores con una obra previa. Cuando llega un muchacho con su primer libro, su primera investigación, lo reciben con reticencia. En el caso del

Departamento de Historia de la Universidad hay que buscar alguna manera de sacar las tesis de diploma de la clandestinidad. A fin de año con los graduados del último curso, no sé si convendría hacer unos talleres, que los muchachos se consideren estimulados, que no sientan que su tesis es algo que sólo quedará archivado en la biblioteca de la Facultad.

Hay que buscar vías creativas para estimularlos, buscar que vean que sus tesis no se quedan en las gavetas.

**S.G.V.: Tabares, una última pregunta, como reconocido especialista en la historia contemporánea de Cuba, te pregunto lo siguiente: uno de los problemas es que no hay una historia de la Revolución Cubana; a cualquier colega**

**extranjero que me aborda sobre el particular siempre tengo que darle la desagradable respuesta de que se lean una colección de documentos y testimonios; lamentablemente no hay una síntesis de la historia de la Revolución Cubana, y si quieren leer una tienen que buscar a Hugh Thomas y quién sabe que otra obra escrita fuera de Cuba. ¿Cómo valoras, a estas alturas, la inexistencia de una síntesis de la historia de la Revolución Cubana?**

**J.T.R.:** Primero, no soy un reconocido historiador, soy un discutido historiador, es un calificativo más real. Espero que una primera versión de esta historia la ofrezca el Instituto de Historia de Cuba en la obra que está en proceso de publicación. Ese trabajo lleva tiempo, es muy polémico y muy difícil ejecutar, porque los actores son los mismos desde 1952 hasta el día de hoy, y eso crea toda una interrelación entre la historia y la política contemporánea, a la cual resulta muy difícil escapar. Los grandes actores son los mismos, y las situaciones, los intereses supremos del país cambian en el transcurso de todos estos años. Hablando ayer de manera informal contigo me comentabas de una historia de la Revolución Mexicana a menos de 30 años de ella. Pero cuando esa historia se escribió, había existido una renovación de actores históricos y rupturas de continuidad que paradójicamente facilitaban el trabajo de análisis de la Revolución Mexicana. La continuidad de los actores y la unidad del proceso crean una serie de sucesivos intereses nacionales que dificultan el acceso a los archivos. Hay realidades históricas que hoy digo y puedo decir que hace 10 años no podía decir; no porque no lo quisiera, sino simplemente porque en ese momento no se habían desclasificado aún determinados documentos, porque cada vez que voy a hacer una referencia importante a la historia de la Revolución me voy a encontrar con un actor contemporáneo y con la duda de si al proceso le conviene que publique o no algo que se hizo o no en el año 54, porque eso he de medirlo en función del interés nacional contemporáneo; ése es el gran obstáculo que tiene una historia de la Revolución Cubana. La historiografía contemporánea padece de esas restricciones en todas partes del

**por muy importante que sea la obra de los historiadores con libros publicados, tenemos que darles cierta prioridad a los trabajos de los muchachos, para que no se pierdan, ganen experiencia y se desarrollen**

mundo. Los documentos del State Department, el National Security Council y otras instituciones norteamericanas sólo son desclasificados, y no todos, y accesibles 25 años después de haber sido emitidos. El Archivo de J. F. Kennedy desclasifica gradualmente documentos en un proceso que terminará en el 2028. Otro tanto pasa con la documentación inglesa, canadiense y de la mayoría de los países.

Por otra parte, la incidencia de hechos y procesos ocurridos hace menos de 30 o 40 años gravitando sobre el presente con resultados finales que aún no se manifiestan plenamente, por lo cual resulta muy complejo hacer un análisis histórico de ellos.

**S.G.V.: Eso no impide que desde el exterior se pase por encima de ello y se haga una versión de esa historia, incluso citando muchos de esos hechos de los que no queremos hablar.**

**J.T.R.:** Sí, se han hecho muchas versiones desde el exterior, algunas muy disímiles entre sí. Hay, además, otro problema en la historia contemporánea: el de la lectura del pasado sobre la base de las realidades posteriores.

**S.G.V.: Sin minimizar esos problemas —pues es la clave del asunto—, pienso que una síntesis histórica superaría esos detalles y trataría de dar una explicación e información básicas del proceso histórico cubano; quiero decir, que pueda ofrecerle al lector común no sólo del exterior, sino a la juventud cubana, una visión del proceso revolucionario cubano desde sus orígenes en los años 50 hasta los más recientes. Porque el joven cubano desconoce quién fue Urrutia, por qué hubo la transición, por qué llegó Dorticós a la presidencia, cómo se produjo la verdadera unidad de las distintas organizaciones, entre otros muchos asuntos de suma trascendencia para explicar el presente.**

**J.T.R.:** Estoy de acuerdo contigo. Eso hace falta, es necesario, pero hasta ahora no se ha hecho. Es una necesidad cuya realización está llena de debates y cuestionamientos. Si hablas del origen

del M-26-7, hay quien lo sitúa en la Ortodoxia y quien, como yo, lo sitúa parcialmente en la Ortodoxia y en la no Ortodoxia. El papel de la Juventud Ortodoxa hay quien lo califica entre 1948-1952 a partir de un programa izquierdista elaborado en el 48 y a partir de un grupo de jóvenes —el más destacado de ellos era Fidel Castro— de tendencia izquierdista y nacionalista. Sin embargo, la Juventud Ortodoxa la dirigía Max Lesnick y la política oficial vigente en ella no tenía nada que ver con el programa de un grupo de jóvenes de izquierda en el 48, ni con las posiciones de Fidel Castro y Abel Santamaría. Entonces hay quien, a partir de las posiciones de Fidel, de Abel y el programa del 48, cita la Juventud Ortodoxa como génesis del M-26-7. En la Juventud Ortodoxa hubo una cantera importante, pero dentro del ámbito generacional nuestro; en esa cantera aquella juventud constituyó una parte importante... pero hubo otras canteras, y ahí tienes un problema a dilucidar. Tienes otra serie de problemas en la historia del M-26-7, en la del Directorio Revolucionario, en la del Partido Socialista Popular. Sin embargo, hace falta acometer este trabajo. Se ha trabajado por la Oficina de Asuntos Históricos y por algunos compañeros en esa dirección, esclareciendo algunos hechos, algunos problemas; pero la síntesis necesaria esa no se ha hecho, y creo, además, que cada día es más urgente hacerla, porque hay valiosos testimonios que se van a perder. A veces sale en el periódico la muerte de un compañero que puede ofrecer testimonios importantes. No debemos olvidar que en la historia de Cuba, tradicionalmente, el testimonio ha desempeñado un papel relevante. Los testimonios a través de libros, de diarios de los generales mambises, son vitales para reconstruir la historia de Cuba del siglo XIX y hoy se están perdiendo muchas cosas. Por otra parte, la Revolución ha creado instituciones que han de hacer esa síntesis, como el Instituto de Historia de Cuba, la Oficina de Asuntos Históricos, el propio Departamento de Historia de la Universidad de La Habana. Además, es urgente, es una necesidad interna e internacional.

Por ahí proliferan las más diversas interpretaciones de la Revolución Cubana, desde las ultrapolíticas hasta las que distorsionan el proce-

so. El caso de Hugh Thomas, quien distorsiona una serie de realidades y de resultados del proceso histórico; el de algunos historiadores norteamericanos en quienes prima a veces la tesis de una revolución traicionada, o alguna otra forma de condenar el proceso revolucionario a partir de uno u otro momento de su desarrollo. Hay las obras apologéticas, las obras llenas de errores; hay las interpretaciones sobre el foquismo, en que la teoría del foquismo prevalece, y, en mi opinión, eso tiene poco que ver con la verdadera historia de la Revolución Cubana. El historiador extranjero que no vive en Cuba no tiene, además, las preocupaciones que tenemos los intelectuales orgánicos cubanos —usando el concepto en el sentido que lo utilizó Gramsci—, que siempre tenemos una serie de preocupaciones a la hora de hablar de la Revolución Cubana; preocupaciones de las cuales los colegas que publican en el extranjero carecen.

---

***la cultura (...) la civilización nacida del Renacimiento están en proceso de agotamiento y creo que algo nuevo va surgir (...) algo mejor***

po; a veces, la responsabilidad como historiador entra en contradicción con mi responsabilidad ciudadana.

**E.T.-C.: La pregunta aquí sería: ¿cómo ves la relación historia-política y la relación del historiador en su trabajo con la política?**

**J.T.R.:** Voy a comenzar por la segunda parte. El historiador, como todo profesional, además de ejercer su profesión, es ciudadano. Junto con su conciencia y su capacidad profesional tiene una conciencia y una capacidad ciudadana, y una de las cosas más difíciles en el trabajo de un historiador orgánico, de un historiador comprometido

—como te dije antes en el sentido gramsciano— es lograr la coherencia entre su conducta cívica y su conducta profesional, en muchos casos. A partir de ahí, voy a hablar de la primera parte de tu pregunta. La Revolución Cubana ha tenido en la historia una fuente de sustentación teórica, una fuente de nutrición de patriotismo y de los sentimientos más puros de nuestro pueblo, una vía de impulso a la lucha de liberación nacional y social, y por un futuro mejor para este país. Pero, en muchas ocasiones, la historia ha sido y es convertida en un instrumento pedestre de la política. La historia debe y puede ayudar a la política revolucionaria, a partir de su análisis científico de los procesos de todo tipo que tienen lugar en el país a lo largo de su historia; pero, en muchas ocasiones, la historia ha sido y es convertida en una herramienta simplista, superficial de la propaganda política cotidiana y eso ni ayuda ni beneficia a la política, ni ayuda ni beneficia a la historia. Por ejemplo, en el año del centenario de la caída de Martí ha sido lógico, natural y bueno que se recuerde en toda su magnitud y en su inmensa grandeza al Apóstol, pero la forma en que eso se hizo no siempre ayudó al objetivo que debemos perseguir. La forma en que muchas veces por la radio, la televisión, la prensa y por distintos vehículos de la comunicación social, se utilizó el nombre, la biografía y el pensamiento de Martí, banaliza al Apóstol y es contraproducente. Ése es un ejemplo de la utilización desacertada de la ciencia histórica, que puede nutrir la experiencia revolucionaria, no porque la historia sea la fundamentación de la política, la historia —como dijo Carlos Marx— no se repite y si se repite una vez es como tragedia y la otra, como farsa. Pero es necesaria para el conocimiento de las realidades y de sus antecedentes, para el análisis de lo contemporáneo, para saber cómo surgieron los fenómenos contemporáneos, para saber dónde están sus raíces, y cuál fue su desarrollo. Pero la utilización banal de la historia como propaganda no es buena ni para la historia, ni para la política. Ha de hacerse, además, un uso adecuado de las posibilidades de la historia en algo mucho más importante, en la construcción cotidiana de la cultura nacional, de la identidad nacional, y aquí la historia desempeña un papel fundamental

como memoria del pueblo, como carta de ciudadanía, como carnet de identidad, como base del patriotismo y de la cubanía.

**E.T.-C.: Hoy, una de las tesis que más se maneja es buscar su independencia total de la política, ¿crees eso posible?**

**J.T.R.:** No, te decía antes que el historiador tiene una doble condición: la de ciudadano y la de historiador, y eso se da en Cuba y en todos los países. La filiación política de los historiadores tiene mucho que ver. Uno tiene una formación, una conciencia, una cultura. De esa cultura forma parte la historia, pero forman parte otros muchos elementos de carácter filosófico, de carácter ético, sentimientos patrióticos, factores sociológicos, inclusive algunos de tipo subconsciente, y la personalidad de uno, el medio en que uno vive, hacen imposible independizar la actitud y la posición política de uno de la posición como historiador. Además, en mi caso me considero un historiador orgánico, lo cual no quiere decir que no me considere un historiador independiente; tampoco puedes confundir el carácter de historiador orgánico con el de siervo.

**E.T.-C.: Esta crisis nuestra del período especial coincide con una crisis general de todos estos elementos que estabas aduciendo en la posición del historiador: crisis de la idea de progreso, de la posibilidad de una historia racional, de objetivos en la historia como tal, de la idea de la historia como algo que emana y es ajeno a la voluntad de los hombres, de quien escribe la historia, porque se escribe a sí misma y simplemente hay intérpretes y actores, pero ella misma de por sí tiene un objetivo, una razón de ser, cierta teleología en todo este sentido. De los mismos sentimientos, un cambio de sentimientos, en cuanto al sentido nacional, la patria, la búsqueda de los factores históricos, buscando un sentido más internacional. O sea, hay una gran crisis de otro corte paralela a la nuestra, que ya no es nuestra, que de un modo u otro es de todos los que trabajan las ciencias históricas. ¿Cómo te planteas este problema?**

**J.T.R.:** Mira, hay una crisis general de los valores de la civilización, de los valores y de la civilización que tiene sus orígenes en la alta Edad Media y en el Renacimiento. Están en cuestionamiento toda una serie de principios y toda una serie de valores que se derivan en mayor o menor medida del Renacimiento. El Renacimiento se basa o el Renacimiento dio lugar a la teoría de que la Razón y la Ciencia son capaces de avanzar y progresar constantemente y de que no existen verdades inalcanzables, sino verdades no descubiertas todavía; de que ese desarrollo constante de la Ciencia va a conducir a la felicidad humana, tanto individual como social; de que todo ese proceso se rige por una serie de leyes, algunas vinculadas al conocimiento —leyes del conocimiento—, como algunas leyes de carácter natural, con una interdependencia entre las unas y las otras. Hay, sin lugar a duda, una manera de ver la vida nacida del Renacimiento. Todo eso está en cuestionamiento. Hay razones para cuestionarlo.

El desarrollo económico, el desarrollo de la ciencia no ha traído la felicidad. Existen objetivamente en el mundo Estados con un alto desarrollo que, sin embargo, tienen adentro lo que se ha dado en llamar un Cuarto Mundo. Y existe el Tercer Mundo, el llamado Tercer Mundo, con su distanciamiento cada vez mayor de la civilización de que disfruta el Primer Mundo. El desarrollo de la ciencia no ha llevado a una conducta más racional del hombre en distintos lugares y en distintos momentos del planeta. El gran desarrollo de la filosofía, el gran desarrollo de la ética, el gran desarrollo de las ciencias históricas no han impedido, no ya los campos de concentración nazis de hace 50 años y los crematorios, sino los escuadrones de la muerte asesinando niños en las calles de Brasil y otros países de América Latina, ni muchos otros crímenes que a diario se cometen en el mundo. Por otra parte, hay una cantidad de problemas derivados del propio desarrollo científico y del empleo de la ciencia por el capitalismo no previsible hace 50 años, cuya solución escapa a las posibilidades del Estado nacional, que es uno de los grandes aportes de la cultura originada en el Renacimiento a la civilización contemporánea. El Estado nacional está

en vías de desaparición. El problema es ¿cómo va a desaparecer el Estado nacional? y ¿en beneficio de quién o de quiénes? Si va a desaparecer en beneficio de una nueva forma, más terrible todavía, de dominación de minorías oligárquicas hiperenriquecidas a costa de la miseria de la inmensa mayoría de la humanidad, o si el Estado nacional va a desaparecer trascendiendo hacia alguna forma de organización internacional, de relaciones entre los pueblos, las nacionalidades y las naciones, que dé respuesta a los grandes problemas de las sociedades de cada uno de los actuales Estados nacionales, de cada uno de los países y del mundo en su conjunto. Ahí está este problema.

Ahora, la ética, los valores desarrollados en los últimos 500 años están en cuestionamiento y están cuestionados por una serie de realidades objetivas. Lo grave y preocupante es qué respuesta va a tener esta crisis de valores y esta crisis de instituciones. Si una respuesta a favor de las minorías poderosas y plutocráticas enriquecidas, o si una respuesta a favor de las masas. A esa crisis no escapa la historia. La historiografía revolucionaria ha hecho una interpretación que, por llamarla de algún modo, calificaría de renacentista. El marxismo es una filosofía esencialmente optimista, en la que a una formación social sucede una formación social superior, en la que el hombre va a disfrutar de mejores condiciones de vida material y de mejores condiciones de vida espiritual y de valores de mayor trascendencia, de mayor espiritualidad, de mayor humanismo. El marxismo es un humanismo siempre en avance. La vida nos ha demostrado que ella no es así, que las realidades históricas no han transitado por esos nobles y tan deseables caminos, y que junto con el desarrollo de la ciencia estamos al borde de la destrucción de las posibilidades de vida humana y de la destrucción de las condiciones que permiten al hombre vivir en el planeta. Entonces estamos en una época de crisis, de crisis de una civilización y de una cultura, y a eso no puede escapar la historia. Bueno, frente a eso, hay quienes se refugian en la negación de la historia, en la negación de la posibilidad de interpretar la historia, en la negación de la posibilidad de interpretar los procesos sociales, en la

negación de que las ciencias sociales sean capaces de dar algún tipo de respuesta a los diversos problemas del hombre. La cultura nacida del Renacimiento, la civilización nacida del Renacimiento están en proceso de agotamiento y creo que algo nuevo va a surgir. Y estoy seguro que va a surgir algo mejor que la cultura del Renacimiento. No me cabe la menor duda de que va a ser así. Tú dirás: ¿por qué no me cabe la menor duda de que va a ser así? Porque si el hombre, en las condiciones de hace 500 años, con menores instrumentos para analizar la naturaleza y la sociedad, fue capaz de concebir determinados valores y determinadas instituciones, el hombre, en una situación hoy de mayor dominio y mayor conocimiento del medio y de la sociedad, se negaría a sí mismo si no encontrara hoy respuestas racionales. Esto no va a ser simple. Éste es un proceso de muchas contradicciones y de muchas luchas, y en el cual hay de todo: desde quien va a la negación total, de todas las posibilidades intelectuales del ser humano, incluidas las que se expresan y se manifiestan a través de la historia. Hay, además, el interés manifiesto, evidente, de clases, sectores y naciones hegemónicas por imponer determinadas teorías políticas negadoras del papel de las ciencias sociales —del papel progresista de las ciencias sociales— en aras de los intereses de clase o imperiales de determinados países.

En fin... es cómo yo veo la situación. La historia no escapa a esa crisis general. Pero, además, pese a esa crisis general en todas partes del mundo, en Cuba y fuera de Cuba, junto con ensayos como el del famoso funcionario del Departamento de Estado, Fukuyama, junto con eso, se producen obras muy serias. Y si en Estados Unidos se publican los ensayos de Fukuyama y toda una serie de obras basadas en las 1 500 variantes del posmodernismo —uno de los problemas del posmodernismo es ser tan heterogéneo y tan diverso—, también se publican cosas muy serias y muy positivas. Y en ningún período de la vida humana ha dejado de pasar eso en Cuba y en el extranjero, en mayor o en menor medida. Si coges la literatura de los años 30, te encuentras obras como el libro del que hablábamos antes de empezar la entrevista, *Looking forward* de

Roosevelt, que busca respuestas positivas en favor de intereses sociales y nacionales norteamericanos a la crisis del 29, y te encuentras obras totalmente pesimistas y totalmente negadoras de cualquier posibilidad de la sociedad norteamericana y de otras sociedades capitalistas de rebasar los efectos de la crisis del 29. Bueno, éste es un momento en que hay más obras negativas

que en otros momentos, como ocurrió también durante la década del 30, cuando hubo también un gran imperio de la obra negativa o una hegemonía cuantitativa de la obra de ese tipo. Pero, éste es un episodio como el del neoliberalismo. El neoliberalismo lleva en sí mismo las raíces de su propia negación y de su propia superación.

**E.T.-C.: ¿Cómo sería para ti el futuro historiográfico cubano?**

**J.T.R.:** Veo el futuro historiográfico cubano muy positivo. Hoy más que nunca tenemos una cantidad de historiadores que han madurado en el curso de los últimos 30 años y sucesivas generaciones, incluidos quienes se graduaron en junio-julio del 95, que constituyen una cantera que

va a dar como resultado toda una serie de obras y toda una serie de trabajos que ofrecen un futuro muy prometedor a la historiografía cubana. En ese sentido, la historiografía cubana no es una excepción. Y en el caso de los historiadores, con todos sus defectos, con todas las limitaciones del período actual, en fin, hay toda una cantera que

promete un futuro mejor que en cualquier otro momento en el pasado. Ésa es mi opinión. La socialización de la cultura nos permite dar grandes pasos de avance. Ramiro Guerra y Fernando Portuondo escribieron sus obras en un país de analfabetos y donde no existía la profesionalización de la historia. Además, las obras de quienes se han formado en los últimos 30 años nos permiten tener esta visión optimista. Hay un grupo de historiadores que tienen 40 años, 50 años, que les quedan muchos años de creación posterior y que ya a estas alturas tienen trabajos muy serios. Además, la Revolución ha creado una serie de posibilidades, como archivos regionales, archivos nacionales, una serie de instituciones que con todas sus limitaciones van estableciendo vías para la investigación. Mira, ahora existen dificultades transitorias de materiales para publicar. A mí me contaba alguien que Ramiro Guerra tenía que financiar sus propios libros. La mayoría de lo que se publicaba en la República neocolonial era financiado por los propios autores o por colectas públicas o particulares. Ahora tenemos, además, un público muy ansioso que puede leer y que está ansioso por conocer la historia del país y que debate sobre ella. Antes éstas eran lecturas de un grupo reducido, concentrado en la capital y en algunas ciudades importantes del país. Ahora, en el más intrincado lugar de la Isla, existe una librería y un público que demanda libros.

**E.T.-C.: Cuando hablas de este proceso de los últimos años, se le puede hacer una crítica: digamos, es una historia institucionalizada y, por tanto, bajo un control institucional. Puede ser incluso una historia controlada por una burocracia, una burocracia que dicta determinadas normas al historiador. ¿No es una limitante? ¿Esto no puede llevar a la historia por caminos que no serían los más importantes y los más interesantes?**

**J.T.R.:** No, siempre el trabajo en la historia —y en todas las ciencias sociales— implica una guerra, una contradicción entre el historiador y el burócrata, entre el científico social y el burócrata. Eso pasa en Estados Unidos. Un historiador norteamericano va a pedir un financiamiento

---

***Veo el futuro historiográfico cubano muy positivo. Hoy más que nunca tenemos una cantidad de historiadores que han madurado en el curso de los últimos 30 años y sucesivas generaciones, incluidos quienes se graduaron en junio-julio del 95, que constituyen una cantera que va a dar como resultado toda una serie de obras y toda una serie de trabajos que ofrecen un futuro muy prometedor a la historiografía cubana***

a una fundación, y entonces ahí está la burocracia de la fundación; en algunos casos le niega los fondos, en otros casos se los da. Pero inmediatamente que le da los fondos empieza a tratar de imponerle una serie de criterios, no del historiador sino del burócrata de la fundación. Eso pasa en cualquier nación latinoamericana o europea, donde, por un lado, está el científico, pero, por el otro, está la burocracia. Hay la pugna entre los regímenes que han abrazado el neoliberalis-

mo, en su empeño de disminuir los fondos que se emplean en la enseñanza y la educación, y los educadores y los investigadores. O sea, existe la contradicción ineludible entre la burocracia, que es un fenómeno del cual la sociedad en su actual nivel de desarrollo no puede prescindir, y los científicos sociales, incluidos los historiadores.



---

# G·I·P·A·L·C·C

---

Durante el primer semestre del año académico de 1996-1997, el grupo de investigaciones interdisciplinarias GIPALCC, constituido en 1989 por un grupo de profesores de la Universidad de La Habana, desarrollará sus seminarios y mesas redondas periódicas sobre temáticas vinculadas a los estudios que son objeto de investigación por sus miembros. Entre estas actividades se encuentran el primer coloquio bilateral de filósofos franceses y cubanos, coauspiciado por el Colegio Internacional de Filosofía de París, la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz y la Cátedra Voltaire, en septiembre del 96.

En octubre tuvo lugar una mesa redonda sobre las elecciones presidenciales en Estados Unidos, en la cual participaron destacados investigadores del Centro de Estudios sobre Estados Unidos y de la Universidad de La Habana. En noviembre se efectuó un coloquio nacional sobre el pensamiento, la obra y la vida política de Eduardo Chibás, en ocasión del 45 aniversario de su desaparición física. Para diciembre, dos eventos se llevan a cabo por GIPALCC: la primera, en ocasión de cumplirse el centenario de la caída en combate del lugarteniente general del Ejército Libertador Antonio Maceo y un encuentro sobre las raíces étnicas de la religión en Cuba.

Para todos aquellos que quieran obtener mayor información acerca de nuestras actividades, pueden dirigirse a esta dirección: Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, L y 27, Vedado, Ciudad de La Habana. Teléfonos: 32-32-00 y 32-68-41.

También señalamos a nuestros lectores que GIPALCC ya cuenta con su centro de información y sus bibliotecas especializadas en estudios cubanos, latinoamericanos y caribeños.

---

Grupo Interdisciplinario  
sobre Pensamiento y Acción en  
América Latina, Cuba  
y el Caribe

# NO DEBATES AMERICANOS

## DEBATES AMERICANOS

comunica a sus lectores que para suscribirse a esta publicación, debe remitir sus datos personales o insti-

tucionales, a: **Casa de Altos Estudios  
Don Fernando Ortiz**  

---

L y 27, Vedado,  
Ciudad de La Habana, Cuba  

---

Suscripción anual, para  
Cuba ..... \$16.00 M.N.

América Latina  
y el Caribe ..... \$20.00 USD

América del Norte,  
Europa y otras regiones ...\$24.00 USD

...

y recuerda a sus colaboradores que deben entregar sus trabajos inéditos o no publicados en español<sup>3</sup> con datos bibliográfico<sup>3</sup>, con no menos de 20 cuartillas y no más de 25. redactadas en 30 líneas por 60 pulsaciones; para los comentarios bibliográficos, con una extensión entre 5 y 10 cuartillas, preferentemente en disquette y procesado en MS Word 6.0. Toda colaboración será devuelta si así es solicitada.



En una antigua casona de estilo colonial en la barriada habanera del Vedado, hasta 1980 hogar de la familia Martí Zayas-Bazán y Bances

## EL CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS

¿quién  
eres?

—el hijo de José Martí y su esposa—, se encuentra hoy el Centro de Estudios Marianos (CEM), constituido el 19 de mayo de 1977.

Desde entonces y hasta nuestros días, el Centro deviene una institución auspiciadora del estudio de la vida, obra y pensamiento del Héroe Nacional cubano, a la vez que conserva manuscritos y ediciones originales de sus obras, como también propicia su publicación y, en general,

divulga el resultado del acontecer científico-profesional del Centro, el cual se encamina en varias direcciones o áreas de trabajo.

*Investigaciones* es un área que acomete, bajo el concepto de plan de trabajo científico: “Vida y obra del Apóstol”, tres temas investigativos. La edición crítica de las *Obras completas* —más amplia en su nueva versión que la de los 28 tomos actuales— incluye textos martianos localizados en los últimos años, más el cuidadoso cotejo con los originales que se conservaron; en su defecto, los textos publicados a partir de ediciones príncipe y la prensa escrita de la época. Un numeroso cuerpo de anotaciones explicativas y aclaratorias de los escritos de Martí, completan estos trabajos.

Por su parte, al tratarse de Martí y la modernidad se abordan aristas del pensamiento literario, el devenir histórico y el acontecer biográfico del Maestro.

A su vez, la recepción universal de la obra martiana en estudios diversos proyecta la reflexión

de sus ideas y acción práctica en el conjunto cultural, político, científico y de toda la riqueza conceptual que Martí aportó al conocimiento humano.

La *Biblioteca Especializada* es la sección que organiza su fondo en colecciones y subcolecciones,

las cuales abarcan las bibliografías activa y pasiva martianas, materiales de consulta y de referencia. Esta copiosa información está contenida en diversos portadores: textos impresos, microfilmes, microfichas, *disquettes*, etc. En la actualidad se trabaja con el correo electrónico y la introducción de técnicas computarizadas, las cuales han ido permitiendo la automatización de los servicios de información y recuperación a especialistas e instituciones interesadas en la vida y obra de José Martí.

Esta área cuenta, también, con una sala de lectura y servicios de préstamos, reprografía, búsqueda y localización bibliográficas, servicios de referencia e información señal.

*Publicaciones* atiende las ediciones, de y acerca de la obra martiana, objetivos que durante estos años y en colaboración con diferentes casas editoriales del país, han favorecido la edición de más de 70 títulos en seis colecciones: Textos Marianos, Textos Marianos Breves, Estudios Marianos, Cuadernos de Estudios Marianos, Materiales de Estudio y Testimonios. Ediciones especiales también se han desarrollado, y en los textos de Martí se ha brindado particular atención a las ediciones facsimilares.

Atención aparte, desde 1978, tiene la publicación del *Anuario* del Centro de Estudios Marianos; en sus 17 números ha divulgado casi un centenar de textos no incluidos en las *Obras completas* o inéditos, y estudios relacionados con su legado; cada año queda actualizada la “Bibliografía martiana”, manteniendo reseñas de libros y de otros materiales referidos al Maestro.

De significativa importancia resulta el trabajo editorial conjunto con otras instituciones nacio-

nales que ha dado como resultado el disco compacto del primer CD-ROM en Cuba, en el cual se incluyen las obras completas martianas y otros materiales que reflejan su latinoamericanismo y obra poética.

*Promoción y Extensión Cultural* ha venido desplegando un activo trabajo, el cual ocupa relaciones de colaboración con diversas publicaciones periódicas, la radio y la televisión cubanas; conferencias, recitales, presentaciones de libros, exposiciones; posgrados y cursos libres, maestrías y actos conmemorativos, han contado con la significativa participación de estudiosos cubanos y de otras naciones.

De su intensa labor podrían destacarse, entre otras muchas actividades insertas en la vida cultural del país: la presencia en la Segunda Biental de La Habana; los ciclos “Oír a José Martí” y “Los pueblos hablan de José Martí”; el curso libre “Décimo Aniversario del Centro de Estudios Martianos”, el Encuentro Nacional de Estudios sobre José Martí; cursos de posgrado por los centenarios de *La Edad de Oro*, *Nuestra América* y el Partido Revolucionario Cubano, así como los eventos “José Martí, hombre universal” y “José Martí y los desafíos del siglo XXI”, efectuados en los contextos centenarios de la fundación del PRC y de la caída en combate de nuestro Héroe Nacional, respectivamente.

*Relaciones Internacionales* desarrolla sus actividades internacionales dirigidas a una amplia y multifacética gestión divulgativa de la obra y el ideario martianos. En esta dirección, el CEM viene promoviendo el fomento de los estudios del Maestro, bien en la organización, bien en la participación de encuentros, talleres, seminarios internacionales, entre otros. El trabajo desplegado —y que continúa en ascenso— tiene como resultado el contar con importantes vínculos con cátedras y grupos martianos, así como con instituciones de América Latina y otras naciones.

El Centro de Estudios Martianos, en su acontecer nacional e internacional, ha venido así rindiendo permanente homenaje a José Martí, intelectual de talla universal, quien dedicó ingentes empeños patrióticos por la independencia nacional y en cuya obra, cien años después de su heroica caída en combate, cada hombre ha de encontrar una lección fecunda de libertad y justicia social.

---

**CENTRO DE ESTUDIOS MARTIANOS**  
**Calzada 807, esq. 4, Vedado,**  
**Ciudad de La Habana, Cuba**

**Tel.: 31-1789 y 3-6311**

**Telex: 511400 MINCUL-CU**

**Fax: 537-333721**

**Correo electrónico:**

**cemarti@tinored. CU**

---



# C O M I S I Ó N

---

# CENTENARIO 1898

La época de transición entre los siglos **xix** y **xx** impactó en todas las esferas de la sociedad: demografía, economía, pensamiento, literatura, prensa, arte, etc. El desarrollo científico y tecnológico transformaría la sociedad. Imperios y naciones se enfrentaron con implicaciones y cambios en el escenario mundial.

El año 1898, a cuyo centenario nos aproximamos, determinó el final del imperio español en Ultramar, con sus complejas y variadas implicaciones en el ámbito español, mientras se daba inicio al ascenso de Estados Unidos de América como potencia de primer orden y formas de dominación de nuevo tipo, las cuales incidieron en el resto de los países de América. Europa, inmersa en su propia crisis finisecular, también se vio afectada por el proceso desencadenado a raíz de las guerras que culminaron en 1898.

La guerra entre Estados Unidos y España, en 1898, interfirió los movimientos de liberación de las colonias españolas de Cuba y Filipinas. Dicho conflicto constituyó el vórtice de la compleja transición que involucró a los protagonistas directos, así como a muchas otras regiones del planeta. Esta guerra supera su estricta dimensión política y militar, y abarca las características de una nueva época histórica.

El estudio multidisciplinario de estos diversos e interdependientes procesos, su proyección y antecedentes, y las consecuencias inmediatas y mediatas que de ellos se derivaron constituyen, aún hoy, asuntos de gran importancia y actualidad.

El Centenario de 1898 debe servir para una nueva y profunda reflexión, ante este nuevo fin de siglo, lleno también de grandes cambios y disyuntivas.

Con el objetivo de abordar investigaciones conjuntas, estudios comparados, intercambio informativo y reuniones internacionales especializadas, se creó la Comisión Centenario de 1898, constituida por varias instituciones culturales del

país, coordinadas por la Universidad de La Habana. Forman parte de la Comisión, el Instituto de Historia de Cuba, el Centro de Estudios Martianos, la Oficina del Historiador de la Ciudad, el Archivo Nacional, el Instituto de Literatura y Lingüística y la Fundación Fernando Ortiz; por la Universidad, las Facultades de Filosofía e Historia y de Artes y Letras. La Universidad de San Nicolás de Hidalgo, en Michoacán, México, ha colaborado en las actividades y en la publicación de las *Memorias*.

La Comisión ha realizado varias conferencias internacionales desde 1993. Las principales han sido: I Conferencia Internacional En torno a 1898, diciembre de 1993; Simposio Internacional Naciones Emergentes y Transición Imperial, junio de 1994; II Conferencia Internacional En torno a 1898, diciembre de 1995.

En las actividades científicas hemos contado con la participación de profesionales de diversos países, principalmente españoles; también norteamericanos, puertorriqueños, mexicanos, canadienses y alemanes.

En los próximos años se llevarán a cabo varias conferencias y talleres acerca del tema: La diplomacia en torno a la cuestión cubana 1895-98, del 4 al 6 de diciembre de 1996; 98 y Modernidad, del 9 al 11 de diciembre de 1996; III Conferencia En torno a 1898. Época de transición, del 18 al 20 de noviembre de 1997; Conferencia Internacional Centenario de 1898, julio-agosto de 1998; IV Conferencia En torno a 1898, noviembre-diciembre de 1998.

Se publicarán las *Memorias* de estas actividades científicas, excepto la de 1993. Las *Memorias* del simposio de 1994 ya están terminadas.

La Comisión Centenario de 1898 confía en la participación de profesionales españoles, norteamericanos, puertorriqueños, filipinos, mexicanos, cubanos y de otros países en las actividades científicas planeadas. La Comisión ha contado con apoyo de la UNESCO en el bienio 1994-1995.

---

**ÁUREA MATILDE FERNÁNDEZ**  
Coordinadora  
Centenario de 1898  
Universidad de La Habana

---

# documentos MONUMENTOS

---

DEBATES AMERICANOS No. 2 JULIO-DICIEMBRE/ 1996  
La Habana / pp. 115 -130

## **LA REVOLUCIÓN DEL 95: VISIÓN DE SUS LÍDERES**

*El 24 de febrero de 1895 se inicia la etapa final del proceso independentista del siglo XIX cubano. Podría caracterizarse la gesta como el resultado, según José Martí, de un siglo de labor patriótica y como el de una "obra de pensamiento". Lo más significativo del movimiento revolucionario cubano estriba en que los proyectos transformadores de que era portador respondían a concepciones maduras durante largo tiempo. La creación de un Estado nacional no sólo implicaba la ruptura con el poder colonial, sino también el replanteamiento de la sociedad colonial. La pretensión de una República independiente, democrática y con justicia social, tenía la aspiración de un reordenamiento social, político y jurídico como bases y sostén —catalizador— de una cultura nacional que en su propia evolución contenía las aspiraciones de amplios sectores del país. Las ideas que elaboraron las figuras más descollantes del 95,*

Kingston, mayo 16 de 1881.

Sr. Don Camilo Polavieja,  
Santiago de Cuba.

Llamar su atención con una carta mía so pretexto de algún fin político, fuera acto justamente tenido por un alarde impropio de aparente soledad en que los que como yo piensan nos hallamos, a más de no ser el medio adecuado a tal objeto: pero recordar al Gobierno español que soy su enemigo descubierto, es cosa que importa al valor de las declaraciones que proceden, porque ellas me ofrecen la oportunidad de mostrarle que vivo muy sobre mí; a mi Patria, que espero, con todos los que como yo la quieren, la meditada oportunidad de ponerme nuevamente al lado de la bandera de la Razón y el Derecho, y al mundo entero el procedimiento que pone en juego el Gobierno de la culta España para librarse de un enemigo franco, recto e invariable en sus ideas; mas, ajeno a medios bastardos en ninguna circunstancia, convencido de que el camino recto es el único que conserva estimables a los hombres por acuerdo de su pensamiento y de sus obras; que si propagandas atrabiliarias forjadas por el Gobierno de usted en su provecho y sostenidas con sentimiento mío por algunos cubanos, tratan de torcer mis intenciones empujando mis ideas, no por eso me deberé menos a la independencia de Cuba, que estimo como condición previa e indispensable para fines ulteriores más conformes con la moral y la justicia, según la parte del destino de la humanidad que debe corresponder a un pueblo que tiene vida propia, y obligado por tanto a moverse en el concierto de los pueblos libres; es decir, responsable de su destino.

Y esto sin que me preocupe para nada el aplauso; la censura del sentimentalismo siempre exagerado, sino la tranquilidad de mi conciencia que no tiene otro criterio que el del deber, que en este punto no da título de convicción, ni goce superior al deseo de verse realizado. Y dicho esto, entro en el motivo de esta carta.

---

*Gómez, Maceo y Martí,  
respondían a las  
concepciones populares  
que los validaban como  
líderes revolucionarios.*

*Debates Americanos  
publica estos tres  
documentos que expresan  
ideas importantes para la  
comprensión de los  
proyectos transformadores  
que sustentaban esas  
figuras insertas ya en la  
experiencia histórica de la  
nación cubana.*

No conforme su Gobierno con las propagandas que contra mí hace circular a peso de oro, ha acariciado hace tiempo la pobre idea de asesinarme como lo ha intentado varias veces en el 70, el 74 y el 79 y en Haití y Sto. Domingo (Santo Domingo y Puerto Plata) y por último el 81 en esta ciudad por segunda vez; pero en verdad que ha sido tan poco afortunado como las anteriores en la presente, en que confiado el plan al espúreo Francisco Laguna, lo ha hecho abortar principalmente por cobardía.

Con efecto, este degenerado hijo de Cuba e indigno del trato de los hombres, llegó a esta ciudad y a seguida conoció que yo lo esperaba. Apocado como todo hombre inmoral, concibió la idea menos comprometida de presentar a usted una carta en clave, que simulaba haber recibido, denunciándole ciertos hechos que no me toca ni me importa investigar, pero que le produzca algún dinero, ya que se le ha escapado de las manos la suma que por mi muerte le ofreció usted. Ahora bien, por más que poco me importa la degradante suma que a cambio de sus servicios recibía, úrgeme no obstante presentarle a los ojos de algunos hombres que ignorantes de su conducta de siempre aún le extiende su mano.

Usted a la vez deberá avergonzarse de su proceder, si, como no puede por menos, recuerda el mío con usted, Martínez Campos y otros en el sitio de Baraguá, y observar a su Gobierno que los pueblos no se conservan en paz por el asesinato de sus hijos de espíritu libre, sino en todo caso con ejemplos de moralidad y cumplimiento de las promesas hechas a los más ilusos, convertidas hoy en otros tantos difíciles problemas para su Gobierno, harto embarazado con su política interior y poco atento a la sociedad cubana.

Para llenar los fines del párrafo anterior, daré publicidad oportunamente a esta carta. Por lo demás, a los espíritus honrados de ambos mundos toca juzgar la conducta del Gobierno español con sus adversarios políticos; a mí, mostrar la pena que tal conducta me inspira, y a usted apreciar si Francisco Laguna merece alguna recompensa por sus servicios en la ocasión actual.

Con la debida consideración.

Antonio Maceo

*Comentarios de Maceo a la  
carta que dirigió al general  
Polavieja*

Kingston, Jamaica, 14 de junio de 1881.

Como se lee en la carta que le precede, fue siempre mi intención publicarla acompañada de una exposición detallada en cuanto cabe de los hechos que la motivan, no sólo por el deseo de mostrar la

---

conducta del Gobierno español para el completo juicio de los pueblos cultos, arrancando de paso la máscara al desgraciado Francisco Laguna, sino porque creo adecuado el momento de hacer las declaraciones más explícitas respecto a los deberes que me ligan al porvenir de mi Patria, para que en lo sucesivo no haya quien incauto o malicioso haga causa común con el Gobierno español, torciendo mis intenciones o falsificando mis ideas.

Conforme a lo expuesto empezaré por detallar más la conducta que conmigo observó siempre el Gobierno de España. Con efecto, el año de 1870 fue expresamente enviado a la jurisdicción de Maroto, cuartón de Majaguabo, para que me asesinara, a Manuel Hechavarría, individuo que entregado por mí al general Máximo Gómez con todas las pruebas de la misión que lo llevaba, fue juzgado en consejo de guerra, y ejecutado según la decisión del mismo. El 74 se valió con igual fin de José de las Mercedes Colás, individuo que fue sacado de presidio con ofrecimiento de libertad y de dinero: pero éste no fue más afortunado que el primero. El 79 tuvo lugar el suceso de Haití que ya todo el mundo conoce, y del cual se ha querido sacar partido después para satisfacer odios personales, aunque por detractores que no han dado la cara. El 80 en Santo Domingo y Puerto Plata; en esta ciudad se enteró el Gobierno de la República, y considerando el caso dentro de la jurisdicción de la ley, redujo a prisión a un empleado en aquellos momentos del Consulado español: en la capital enteré yo al general Hereaux, quien puso a mi disposición todos los medios hábiles para la defensa personal, a la vez que el más exquisito ciudadano de la conservación de mi persona dentro de la esfera de sus atribuciones; por todo lo cual aproveché la oportunidad de hacer público el testimonio de mi gratitud y distinguida amistad hacia él, y no menos público el respeto y consideración que el Gobierno todo de la República me merece.

El 81 apenas llegué a esta ciudad (Kingston) apareció otro enviado del Gobierno que aún oprime a la desgraciada Cuba, acompañado de un peninsular, los que después de varias conferencias del Cónsul Sr. Palomino sobre la conducta que debían observar, se retiraron sin poder cumplir su encargo. Y por último el ya citado Francisco Laguna.

Entre los individuos comisionados por el Gobierno español hay algunos blancos y otros de color y otros negros. Con cada uno de ellos ha observado distinta política: con los primeros ha procurado que su propaganda consista sobre todo en sembrar en el ánimo de todos los cubanos la idea de una guerra de raza, en la cual me hace jugar el primer papel indirectamente, con algunos de los segundos emplea una política de atracción, fundada en esperanzas para cuando la paz sea completa, y en este caso hacer notar que yo soy una rémora para la felicidad de ellos; con los restantes y los terceros enciende la divi-

---

sión más profunda, haciéndoles creer que los cubanos blancos no se avendrán jamás al reconocimiento de los derechos de hombres y de ciudadanos que les corresponden, que son los mantenedores de la esclavitud, y, en una palabra, sus mayores enemigos.

Si no fueran más que los expuestos los motivos que tengo para escribir estas líneas, seguramente no me habría entretenido en referir lo primero ni anotar lo segundo; pero otras consideraciones de más peso, tales como la conducta observada por los partidos políticos en la Isla de Cuba me obligan a hacer declaraciones importantes a partir de este punto, pues por ánimo de conciliación con el Gobierno, según parece, que yo no quiero calificar sus proceder, se encargan de dar dirección a la piedra que cobarde y maliciosamente lanza sin levantar manos el Gobierno de la Colonia, sobre todo, en cuanto hace relación a la cuestión de raza que algunos cubanos con pena mía, lo repito, fingen todavía creer.

Ahora bien: a todos los cubanos sin distinción de razas ni colores me dirijo y me dirijo también a todo el mundo, porque todo el mundo se interesa en el conocimiento de la verdad: con las manos sobre mi corazón y la mirada a Dios hago constar para siempre mi convicción profunda de que si Cuba debe cumplir alguna misión en la vida, si ha de girar en el concierto de los pueblos cultos, si fines superiores están delineándose en el destino humanizador de nuestro pueblo, no es ciertamente unido a España como lo podrá efectuar. Razones históricas muy dentro de la esfera económica de la Metrópoli, como de la colonia (no ignoro que se ha publicado en Cuba la Constitución), dificultan cuanto estuviera en el ánimo de los hombres de Estado resolver, y razones fundamentales de moralidad, de justicia y de libertad, niegan la posible conciliación del ideal que alimenta el corazón de todo cubano, con el desapoderado interés del Gobierno español. Ved, pues por qué, entre otras razones, pienso que no hay más salvación que la independencia absoluta de Cuba, no como fin último, sino como condición indispensable para otros fines ulteriores más conformes con el ideal de la vida moderna, que son la obra que nos toca tener siempre a la vista sin atemorizarnos de ella; antes tomar mayor empeño para resolverla con la lealtad del ciudadano que se debe a la Patria, y con la honradez y pureza de motivos del hombre que ante todo se debe a la Humanidad.

Bien quisiera yo que existiera medios de efectuar cuanto digo sin los horrores de la guerra. Nadie debe olvidar que no soy el soldado afiliado a un partido que no tengo ni quiero y a cuyo interés pudiera sacrificar el interés de mi país: yo soy simplemente un ciudadano que viste el traje de guerrero, porque la guerra, en el último cuarto del siglo XIX en que aún no se vive según razón y derecho, necesita prestar su fuerza al Derecho y la Razón en los pueblos que como Cuba continúan bajo el régimen del inmoral y odioso dere-

---

cho de conquista. No ya la Doctrina Democrática, la Filosofía de la Historia, basada en la razón humana, autoriza la fuerza cuando el Derecho es pisoteado: y yo conforme con la Filosofía de la Historia y con la Razón estaré siempre al lado del derecho que tiene Cuba a hacer una vida “propia y libre” sobre la imposibilidad de su unión “con y bajo” España.

Si pensar de esa manera es un motivo para juzgar mal de mí, acepto la responsabilidad que de ello me resulte, que en punto al reconocimiento de mis actos, buenos o malos, jamás vacilaré porque mis actos son el resultado, el hecho vivo de mi pensamiento, y yo tengo el valor de lo que pienso, si lo que pienso forma parte de la doctrina moral de mi vida.

Si meditados mis ideales con libre espíritu y rectitud de carácter no hay en ellos ocasión de que el juicio sereno los condene, aunque así lo pidan las conveniencias particulares, me basta el respeto que merece la conciencia que tal conducta inspira. Siempre estaré por la salvación de mi Patria sobre el triunfo de mis individuales intereses; y siempre estaré al lado del principio racional, aunque para ello necesite estar de frente con las condiciones del actual momento. Si un falso principio político pretende sacrificar el sentido moral de la vida, la única condición posible para que los pueblos se eleven a la categoría de sujetos superiores de la Historia, sin más razón que la conservación de sus intereses materiales, yo estaré siempre contra tal principio. Mucho respeto me inspira la propiedad, sobre todo la bien adquirida; pero es de notar que si es legítima, la ciencia económica y la razón con sendos irrefutables argumentos la defienden, si no, puede ponerse en contradicción con el progreso de las instituciones sociales, y a este estado sólo debe tenerse como un mero obstáculo que es fuerza orillar a todo trance.

Pero no es esto todo: si en racional criterio fundo mi convicción, que lejos de debilitarse robustece mi alma y alimenta mi pensamiento, fuera extraña conducta precipitar la corriente de las cosas. No ignoro que el triunfo de un ideal depende en gran parte de la conformidad de las ideas definidas en la conciencia pública transformada con las condiciones en que vivimos, o sea con el medio histórico que nos rodea; y aunque donde hay que hacer intervenir la fuerza al momento de la acción se confía a una oportunidad bien apreciada, no seré yo de los que violente la marcha de los acontecimientos: no trabajamos principalmente para nosotros ni para la presente generación, bien al contrario, muévenos sobre todo el triunfo del derecho de todas las generaciones que se sucedan en el escenario de nuestra Cuba, y no creemos nunca que por una hora de vanidad o de egoísmo se debe comprometer la felicidad de muchos siglos. Y esto que de mí digo, me atrevo a afirmar de los demás cubanos que ocupan igual posición que la mía.

---

Y entro en la cuestión más espinosa, aunque la que con más gusto toco por ser a mi juicio la de mayor importancia de cuanto he abordado. Así como hay estadistas que se permiten proclamar seriamente el maquiavelismo del bien y con este título sacrifican la verdad de siempre por la verdad de una hora, hay gobiernos, como el español, que abrumados por no poder ocultar su derrota moral en el momento mismo de proclamar la paz, emplean el maquiavelismo del mal, que si puede servir a los grandes tiranos de los tiempos, se hace impotente y ridículo entre los hombres libres, manejado por pequeñas ambiciones, sobre todo convenido como está de que el éxito de la Revolución Cubana depende únicamente de la unión real de todos sus hijos, por encima de todas las preocupaciones posibles, funda hoy toda su política en sembrar la división más profunda entre los diferentes elementos que a su pesar juntos darán fin a la obra comenzada.

En los primeros momentos de su propaganda ya pasada de moda para los hombres que no se quedan en la superficie de las cosas, sorprendió a muchos inexpertos de una y otra clase con su política de doble cara, permítasenos la frase: pero a medida que a ido pasando el tiempo sin que sus propias iniquidades hayan podido justificar sus absurdos sin precedentes reales en los anales de Cuba, ha descendido nuevamente, y a favor de la traición, de la mezquina idea del exterminio del individuo, como si con su muerte se arrancara la idea infiltrada en el corazón y en la conciencia de una sociedad: antes tendría lugar el hecho de que exterminados los cubanos, la idea de independencia haría insurrectos a los peninsulares.

Pero ¡ah!, no es lo peor ni lo más extraño que tal haga el Gobierno que hace peores cosas; lo más penoso es que hombres de buen sentido y que debieran confiar más en su propia inspiración que en la ocurrencia de su señor, se hagan eco de tanta maldad. Lo confieso: en los que de buena fe hayan sido sorprendidos todo es disculpable, porque convencidos de su error vuelven llenos de amor al seno de la madre común que llora lágrimas de esclavitud; pero a los que en el fondo de sus conciencias aceptan esa infamia para hacer valer sus aspiraciones egoístas y palaciegas intrigas, debe juzgárseles más malos, más perjudiciales que el enemigo armado, aunque por lo mismo dignos de la compasión de todo hombre que se estima.

Jamás me he hallado afiliado a partido alguno. Siempre he sido soldado de la libertad nacional que para Cuba deseo, y nada rechazo con tanta indignación como la pretendida idea de una guerra de raza. Siempre, como hasta ahora, estaré al lado de los intereses sagrados del pueblo todo e indivisible sobre los mezquinos de partido y nunca se manchará mi espada en guerras intestinas que harían traición a la unidad interior de mi Patria, como jamás se han manchado mis ideas en cuestiones pequeñas. No se trata de sustituir a los españo-

---

les en la administración de Cuba, y dentro de esto, del monopolio de un elemento sobre los demás; bien al contrario, muévenos la idea de hacer de nuestro pueblo dueño de su destino, poniéndole en posesión de los medios propios de cumplir su misión como sujeto superior de la Historia, según hemos dicho ya, para cuyo fin necesita ser unido y compacto.

Tiempo es ya, cubanos, de que sepamos sobreponernos a nuestras preocupaciones todas. Cuando el espíritu está preñado de prejuicios, no ha lugar el pensamiento reflexivo, porque el pensamiento reflexivo se elabora en la conciencia ilustrada por el juicio sereno de la razón, y estos accidentes y preocupaciones de nuestra alma sólo aprovechan a nuestros adversarios. De mi parte sé decir que me creo capaz de aspirar al goce de la libertad más que por haber luchado trece años, porque no pesa sobre mi conciencia la esclavitud de las pasiones; y por eso cuando miro al estado de mi espíritu emancipado, cosa que debo a nuestra gloriosa revolución, no me cabe la menor duda de que sólo ha detenido o mejor demorado el triunfo de la Independencia de Cuba, la necesidad de sacudir el espíritu y limpiar de vetustos errores la conciencia de muchos de nuestros primeros hombres.

Esta crisis ha pasado y nuevos aires nos refrescan sin la violencia del huracán ni la debilidad del cefirillo. Estamos, pues, en el justo medio, la razón. En cuanto a mí, amo a todas las cosas y a todos los hombres, porque miro más a la esencia que al accidente de la vida; y por eso tengo sobre el interés de raza, cualquiera que él sea, el interés de la Humanidad, que es en resumen el bien que deseo para mi patria querida. La conformidad de “la obra” con el “pensamiento”: he ahí la base de mi conducta, la norma de mi pensamiento, el cumplimiento de mi deber. De este modo cabe que yo sea el primer juez de mis acciones, sirviéndome de criterio racional histórico para apreciarlas, la conciencia de que nada puede disculpar el sacrificio de lo general humano a lo particular. Por eso deseo para mi Patria una Constitución que sea un verdadero resumen de las leyes de la Humanidad, y para mis conciudadanos y soldados; los primeros siempre serán fieles a la patria, los segundos podrán no serlo.

Termino llamando la atención de todo espíritu recto y principalmente de los cubanos de dentro y fuera de la Isla sobre las cosas que acabo de decir: que la verdad para ser estimada no escoge los labios que deben pronunciarla. Para los hombres que se estimen, cada una idea que emiten es una repetición de su palabra honrada, sin olvidar que no se permiten emitir ninguna que no haya sido pesada previamente. Por eso la inconstancia de las ideas denuncia el espíritu sin convicción y sin palabra por tanto.

Ojalá que estas reflexiones, más que reforzar la estimación de que pudiera ser objeto por parte de los cubanos que desean ver a Cuba

---

independiente, y en general de los hombres que aman la verdad, sirvan para despertar la voz de la conciencia en los que se hayan podido dormir frente al peligro de la Patria, y para rectificar errados juicios que nos dañan dividiéndonos. Sólo podría ocurrírsele a algún malicioso creer que me callo algo, y si tal pudiera suceder, bueno es que sepa nuestro pueblo que no hay ambiciones entre nosotros: yo aceptaré con gusto el puesto que se me señale, llegada que sea la hora, con tal que en él pueda servir a mi adorada Cuba.

No lo olvidéis: bien que queráis o no la independencia de Cuba, debéis tener presente que la política española es política de división. España sabe que unidos los cubanos su debilidad quedará descubierta. De cualquier modo, si vistas mis ideas me juzgáis mal, eso en nada aminorará la estimación que me debéis porque sois mis hermanos; si me juzgáis bien, me habréis hecho el mayor honor a que aspiro; pero en uno u otro caso no hallaré motivos para verme desligado de los deberes que tengo para con la Humanidad. No es, pues, una política de odios la mía, es una política de justicia en que la ira y la venganza ceden en favor de la tranquilidad y la razón, es decir, una política de amor; no es una política exclusiva, es una política fundada en la moral humana. Y por eso cuando invoco el nombre sagrado de la Patria, no llamo en mi auxilio la habilidad, precepto inmoral de todo sistema transitorio, llamo sin ambages ni rodeos el apoyo de la razón y del derecho que es bajo la Razón una y entera de la vida, el lema que juzgo más elocuente para que luzca en la bandera de nuestra revolución, es decir: Dios, Razón y Derecho.

Esto es lo que pienso, lo confieso sin desconocer que el juicio inexorable de la opinión pública estará suspendido sobre mí para pedirme cuenta de mi infidelidad a lo que estimo mis primeros deberes; pero antes que esto tengo el inflexible de mi conciencia, que no se conforma con la práctica inmoral de que la falta del mayor número disculpa, sino justifica, la conducta de los menos. No odio a nadie ni a nada, pero amo sobre todo la rectitud de los principios racionales de la vida. No me preocupa el aplauso, ni temo la censura, sino únicamente por la responsabilidad que contrae ante la Historia el que de algún modo sirve los intereses de la Humanidad. Y si tales cosas conozco y alimentan mi corazón, traicionaría mi alma faltando alguna vez a lo que consignado queda.

Sólo me resta pedir indulgencia por haberme ocupado tanto de mí; pero las circunstancias me obligan, y en ello se goza mi voluntad, a dar una clara explicación de mis ideas, ya que es asunto capital del Gobierno español inutilizar mis servicios a Cuba por el sólo hecho de saber que siempre estaré presto a servirla.

*(José A. Portuondo:  
El pensamiento vivo  
de Maceo, Editorial  
de Ciencias Sociales,  
Instituto Cubano del Libro,  
La Habana, 1971.)*

---

## EL TERCER AÑO DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO

### El Alma de la de la Revolución, y el Deber de Cuba en América

Por el voto individual y directo de todos sus miembros entra, con sus funcionarios electos, en su tercer año de labor la empresa, americana por su alcance y espíritu, de fomentar con orden y auxiliar con todos sus elementos reales —por formas que con el desembarazo de la energía ejecutiva combinan la plenitud de la libertad individual,— la revolución de Cuba y Puerto Rico para su independencia absoluta. Bello es, en el desorden consiguiente a una larga e infortunada emigración, ver unirse en una obra voluntaria y disciplinada, de pensamiento activo, a los hombres, de todas condiciones y grados de fortuna, de la guerra y del destierro, de los países lejanos y del Norte triunfante sobre la desidia y desaliento que le vienen del continuo trato con la infelicidad de Cuba: y todos, de Jamaica a Chicago, reiterar a su patria, con su confirmación libre del partido de la independencia, la promesa de preparar por ella en el destierro la redención que ella no puede preparar en el miedo, el desmayo y la pasión de su esclavitud. Bello es ver confundirse en el ejercicio de un santo derecho a los elementos diversos de un pueblo del que sus propios hijos, por ignorancia o soberbia, a veces injustamente desconfían; y levantar, ante los corazones caídos, esta prueba de la eficacia del trabajo constante y del trato justiciero en las almas que deja inseguras y torvas la parricida tiranía. Pero sería complacencia vana la de ese espectáculo indudablemente hermoso, y funesta fatiga la de ordenar un entusiasmo ciego y temible, si no fuesen raíz y poder del organismo revolucionario el conocimiento sereno de la realidad de la patria, en cuanto tiene de vicio y de virtud, y la disposición sensata a acomodar las formas del pueblo naciente a los estados graduales, y a la verdad actual y local, de la libertad que trabaja y triunfa. Bella es la acción unida del Partido Revolucionario Cubano, por la dignidad, jamás lastimada con intrigas ni lisonjas ni súplicas, de los miembros que lo componen y las autoridades que se han dado, —por la equidad de sus propósitos confesos, que no ven la dicha del país en el predominio de una clase sobre otra en un país nuevo, sin el veneno y rebajamiento voluntario que va en la idea de clases, sino en el pleno goce individual de los derechos legítimos del hombre, que sólo pueden mermarse con la desidia o exceso de los que los ejerciten,— y por la oportunidad, ya a punto de perderse, con que las Antillas esclavas acuden a ocupar su puesto de nación en el mundo americano, antes de que el desarrollo desproporcionado de la sección más poderosa de América convierta en teatro de la codicia universal las tierras que pueden ser aún el jardín de sus moradores, y como el fiel del mundo.

---

A su pueblo se ha de ajustar todo partido público, y no es la política más, o no ha de ser, que el arte de guiar, con sacrificio propio, los factores diversos u opuestos de un país de modo que, sin indebido favor a la impaciencia de los unos ni negación culpable de la necesidad del orden en las sociedades, —sólo seguro con la abundancia del derecho— vivan sin choque, y en libertad de aspirar o de resistir, en la paz continua del derecho reconocido, los elementos varios que en la patria tienen título igual a la representación y la felicidad. Un pueblo no es la voluntad de un hombre solo, por pura que ella sea, ni el empeño pueril de realizar en una agrupación humana el ideal candoroso de un espíritu celeste, ciego graduado de la universidad bamboleante de las nubes. De odio y de amor, y de más odio que amor, están hechos los pueblos; sólo que el amor como sol que es, todo lo abrasa y funde; y lo que por siglos enteros van la codicia y el privilegio acumulando, de una sacudida lo echa abajo, con su séquito natural de almas oprimidas, la indignación de un alma piadosa. Con esas dos fuerzas: el amor expansivo y el odio represor, —cuyas formas públicas son el interés y el privilegio—, se van edificando las nacionalidades. La piedad hacia los infortunados, hacia los ignorantes y desposeídos, no puede ir tan lejos que encabece o fomente sus errores. El reconocimiento de las fuerzas sordas y malignas de la sociedad que con el nombre de orden encubren la rabia de ver erguirse a los que ayer tuvieron a sus pies, no puede ir hasta juntar manos con la soberbia impotente, para provocar la ira, segura de la libertad poderosa. Un pueblo es composición de muchas voluntades, viles o puras, francas o torvas, impedidas por la timidez o precipitadas por la ignorancia. Hay que deponer mucho, que atar mucho, que sacrificar mucho, que apearse de la fantasía, que echar pie a tierra con la patria revuelta, alzando por el cuello a los pecadores, vista el pecador paño o rusia: hay que sacar de lo profundo las virtudes, sin caer en el error de desconocerlas porque vengan en ropaje humilde, ni de negarlas porque se acompañen de la riqueza y de la cultura. El peligro de nuestra sociedad estaría en conceder demasiado al empedernido espíritu colonial, que quedará hoceando en las raíces mismas de la república, como si el gobierno de la patria fuese propiedad natural de los que menos sacrifican por servirla, y más cerca están de ofrecerla al extranjero, de comprometer con la entrega de Cuba a un interés hostil y desdeñoso, la independencia de las naciones americanas: —y otro peligro social pudiera haber en Cuba: adular, cobarde, los rencores y confusiones, que en las almas heridas o menesterosas deja la colonia arrogante tras sí, y levantar un poder infame sobre el odio o desprecio de la sociedad democrática naciente a los que, en uso de su sagrada libertad, la desamen o se le opongan. A quien merme un derecho, córtesele la mano, bien sea el soberbio quien se lo merme al inculto, bien sea el inculto quien se lo merme al soberbio. Pero esa labor será en Cuba menos peligrosa, por la fu-

---

sión de los factores adversos del país en la guerra saneadora; por la dignidad que en las amistades de la muerte adquirió el liberto ante su señor de ayer; por la peculiar levadura social que, aparte de la obra natural del país, llevarán a la república las masas de campesinos y esclavos emigrados, que, a mano con doctores y ricos de otros días y próceres de la revolución, han vivido, tras veinticinco años de trabajar y de leer, y de hablar y oír hablar, como en ejercicio continuo y consciente de la capacidad del hombre en la república. Y mientras una porción reacia e ineficaz, la porción menos eficaz, del señorío cubano antiguo, se acorrala, injusta y repulsiva, contra este pueblo nuevo de cultura y virtud, de mentes libres y manos creadoras, otra porción del señorío cubano, mucho más poderosa que aquélla, ha vivido dentro de la masa revuelta, ha conocido y guiado su capacidad, ha trabajado mano a mano con ella, se ha hecho amar de la masa, y es amado; ¡y hoy rodaría por tierra, mente a mente, mucho menguado leguleyo que le negase la palabra superior a mucho hijo de esta alma-madre del trabajo y la naturaleza! En Cuba no hay duelo entre un señorío desdentado y napolitano y el país, de suyo tan moderado como desigual, en que, con la pura esperanza de la libertad suficiente, se reúnen, por el respeto del esfuerzo común, los hombres del campo y de la esclavitud y del oficio pobre, conscientes ya de sus derechos y del riesgo de exagerarlos, con todo lo que hay de útil y viril, de fundador y de piadoso, en el antiguo señorío cubano. Del alma cubana arranca, decisivo, el deseo puro de entrar en una vida justa, y de trabajo útil, sobre la tierra saneada con sus muertos, amparada por las sombras de sus héroes, regada con los caudales de su llanto. La esperanza de una vida cordial y decorosa anima hoy por igual a los prudentes del señorío de ayer, que ven peligro en el privilegio inmerecido de los hombres nulos, —y a los cubanos de humilde estirpe, que en la creación de sí propios se han descubierto una invencible nobleza. Nada espera el pueblo cubano de la revolución que la revolución no pueda darle. Si desde la sombra entrase en ligas, con los humildes o con los soberbios, sería criminal la revolución, e indigna de que muriésemos por ella. Franca y posible, la revolución tiene hoy la fuerza de todos los hombre previsores, del señorío útil y da la mano cultivada, de generales y abogados, de tabaqueros y guajiros, de médicos y comerciantes, de amos y de libertos. Triunfará con esa alma, y perecerá sin ella. Esa esperanza, justa y serena, es el alma de la revolución. Con equidad para todos los derechos, con piedad para todas las ofensas, con vigilancia contra todas las zapas, con fidelidad al alma rebelde y esperanzada que la inspira, la revolución no tiene enemigos, porque España no tiene más poder que el que le dan, con la duda que quieren llevar a los espíritus, con la adulación ofensiva e insolente a las preocupaciones que suponen o halagan en nuestros hombres de desinterés y grandeza, los que, so capa de amar la independencia de su país,

---

aborrecen a cuantos la intentan, y procuran, para cuando no la puedan evitar, ponerse de cabeza, dañina y estéril, de los sacrificios que ni respetan ni comparten. Para andar por un terreno, lo primero es conocerlo. Conocemos el terreno en que andamos. Nos sacarán a salvo por él la lealtad a la patria que en nosotros ha puesto su esperanza de libertad y de orden, —y la indulgencia vigilante, para los que han demostrado ser incapaces de dar a la rebelión de su patria energía y orden. Sea nuestro lema: libertad sin ira.

Nulo sería, además, el espectáculo de nuestra unión, la junta de voluntades libres del Partido Revolucionario Cubano, si, aunque entendiese los problemas internos del país, y lo llagado de él y el modo con que se le cura, no se diera cuenta de la misión, aún mayor, a que lo obliga la época en que nace y su posición en el crucero universal. Cuba y Puerto Rico entrarán a la libertad con composición muy diferente y en época muy distinta, y con responsabilidad es mucho mayores que los demás pueblos hispano-americanos. Es necesario tener el valor de la grandeza: y estar a sus deberes. De frailes que le niegan a Colón la posibilidad de descubrir el paso nuevo está lleno el mundo, repleto de frailes. Lo que importa no es sentarse con los frailes, sino embarcarse en las carabelas con Colón. Y ya se sabe del que salió con la banderuca a avisar que le tuviesen miedo a la locomotora, —que la locomotora llegó, y el de la banderuca se quedó resoplando por el camino: o hecho pulpa, si se le puso en frente. Hay que prever, y marchar con el mundo. La gloria no es de los que ven para atrás, sino para adelante. —No son meramente dos islas floridas, de elementos aún disociados, lo que vamos a sacar a luz, sino a salvarlas y servir las de manera que la composición hábil y viril de sus factores presentes, menos apartados que los de las sociedades rencorosas y hambrientas europeas, asegure, frente a la codicia posible de un vecino fuerte y desigual, la independencia del archipiélago feliz que la naturaleza puso en el nudo del mundo, y que la historia abre a la libertad en el instante en que los continentes se preparan, por la tierra abierta, a la entrevista y al abrazo. En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder, —mero fortín de la Roma americana;— y si libres, —y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora,— serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio, —por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles, —hallará más segura grandeza que la innoBLE conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo. —No a mano ligera, sino como con conciencia de siglos, se ha de componer la vida nueva de las Antillas redimi-

---

*(Artículo publicado en Patria, de Nueva York, el 17 de abril de 1894. Tomado de Selección de lecturas del pensamiento político cubano. Compilación de Eduardo Torres-Cuevas, Oscar Loyola Vega y Diana Abad Muñoz, Facultad de Filosofía e Historia, Universidad de La Habana, 1984, t. I.)*

das. Con augusto temor se ha de entrar en esa grande responsabilidad humana. Se llegará a muy alto, por la nobleza del fin; o se caerá muy bajo, por no haber sabido comprenderlo. Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son sólo dos islas las que vamos a libertar. ¡Cuán pequeño todo, cuán pequeños los comadrazgos de aldea, y los alfilerazos de la vanidad femenil, y la nula intriga de acusar de demagogia, y de lisonja a la muchedumbre, esta obra de previsión continental, ante la verdadera grandeza de asegurar, con la dicha de los hombres laboriosos en la independencia de su pueblo, la amistad entre las secciones adversas de un continente, y evitar, con la vida libre de las Antillas prósperas, el conflicto innecesario entre un pueblo tiranizador de América y el mundo coaligado contra su ambición! Sabremos hacer escalera hasta la altura con la inmundicia de la vida. Con la mirada en lo alto, amasaremos, a sangre sana, a nuestra propia sangre, esta vida de los pueblos, hecha de la gloria de la virtud, de la rabia de los privilegios caídos, del exceso de las aspiraciones justas. La responsabilidad del fin dará asiento al pueblo cubano para recabar la libertad sin odio, y dirigir sus ímpetus con la moderación. Un error en Cuba, es un error en América, es un error en la humanidad moderna. Quien se levante hoy con Cuba se levanta para todos los tiempos. Ella, la santa patria, impone singular reflexión; y su servicio, en hora tan gloriosa y difícil, llena de dignidad y de majestad. Este deber insigne, con fuerza de corazón nos fortalece, como perenne astro nos guía, y como luz de permanente aviso saldrá de nuestras tumbas. Con reverencia singular se ha de poner mano en problema de tanto alcance, y honor tanto. Con esa reverencia entra en su tercer año de vida, compasiva y segura, el Partido Revolucionario Cubano, convencido de que la independencia de Cuba y Puerto Rico no sólo es el medio único de asegurar el bienestar decoroso del hombre libre en el trabajo justo a los habitantes de ambas islas, sino el suceso histórico indispensable para salvar la independencia amenazada de las Antillas libres, la independencia amenazada de la América libre, y la dignidad de la república norteamericana. ¡Los flojos, respeten: los grandes, adelante! Esta es tarea de grandes.

Juan Criollo, Sancti-Spíritus, febrero 6, 1897.

Coronel Andrés Moreno.  
Estimado compatriota:

Siento la necesidad de cambiar mis ideas con usted respecto a un asunto, a mi juicio de no escasa importancia, y sobre el cual me ator-

---

mentan dudas, que quisiera desvanecer, encontrando luz y más luz en el ilustrado y sano criterio de usted para poder mañana responder con conocimiento verdadero de causa, del a mi entender tristemente deficiente sistema o forma de cómo está constituida en Cuba la industria azucarera, riqueza que aún así, se pudiera decir fabulosa, del país cubano. Y voy a principiar, para que usted pueda compenetrarse bien de mis intenciones o deseos, por comunicarle hasta mis más íntimas impresiones, que he sentido por este asunto.

Yo había oído hablar, con verdadero placer, de la riqueza de las comarcas occidentales, consistentes en su mayor parte, en sus soberbios campos de caña y fábricas de elaborar azúcar, que yo no conocía, pero que mis amigos me pintaban de un modo maravilloso. Aquellas relaciones me encantaban, pero como cuando todo esto veía, también bullía en mi mente, con entusiasmo, la idea de la revolución redentora, a la cual había ofrecido mi espada, más de una vez, se lo confieso, sentía mi espíritu consternado al pensar que tanta riqueza pudiera ser destruida por la mano terrible de la guerra, y perderse en unos instantes todo el patrimonio de un pueblo, levantado en muchos años de labor; y todo ese atroz procedimiento seguramente me tocaría dirigirlo, y firmar el Decreto de su destrucción, como medida justificada de la guerra, si esas riquezas perjudicaban en vez de favorecer la Revolución. Y encariñado yo desde niño con la Agricultura, pues mi padre me enseñó a amarla, imagínese usted mi perplejidad y hasta mis dudas algunas veces.

Así sucedió: vino la Revolución fraguada por la misma España y vine yo a entrar en ella, cumpliendo mi palabra empeñada, y firmé el Decreto, preparando a la vez y sin reserva intencionalmente, el Ejército invasor, con la ridícula esperanza de que los hombres de bien no dejasen encender la tea.

El Ejército: Diez mil hombres mal armados y sin organización (¡Cuál podía yo darle en tan corto tiempo!) emprendió su marcha triunfal, y cuando la tea empezó su infernal tarea y todos aquellos valles hermosísimos se convirtieron en una horrible hoguera, cuando ocupamos a viva fuerza aquellos bateyes ocupados por los españoles, aquellas casas palacios, con tanto portentoso laberinto de maquinarias, todo aquel conjunto de producción, de comodidades, de lujo, y hasta de cultura, cuando yo ví todo eso le confieso a usted que quedé abismado y hubo un momento que hasta dudé de la pureza de los principios que sustentaba la Revolución; pensé que marchábamos por caminos torcidos, y yo mismo no me sentía bueno, como quiero serlo. Fué esa noche molesta para mí, pensando de semejante modo, con mi asiento recostado en las verjas de hierro bruñido del hermoso jardín de la bella señora de Pulido de cuyo Ingenio, su Mayordomo acaba de decirme, que había costado más de cien mil pesos. Yo había dado orden de que cuidado quien se atravesase a tocar aquel plantío de flores y plantas bellísimas.

---

Mas, continué, como tenía que hacerlo, y bien pronto se operó en mi ánimo y en mis juicios un cambio, que al no explicarle a usted las causas, le parecería desde luego extraño y en modo alguno justificado.

Cuando llegué al fondo, cuando puse mi mano en el corazón adolorido del pueblo trabajador y lo sentí herido de tristeza, cuando palpé al lado de toda aquella opulencia, alrededor de toda aquella asombrosa riqueza, tanta miseria material y tanta pobreza moral; cuando todo esto vi en la casa del colono, y me lo encontré embrutecido para ser engañado, con su mujer y sus hijitos cubiertos de andrajos y viviendo en una pobre choza, plantada en la tierra ajena; cuando pregunté por la escuela y se me contestó que no la había habido nunca, y cuando entramos en pueblos como Alquizar, Ceiba del Agua, El Caimito, Hoyo Colorado, Vereda Nueva, Tapaste y cincuenta más, no vi absolutamente nada que causara ni cultura ni aseo moral, ni pueblos limpios, ni riquezas limpias, ni vida acomodada, y nos recibían del brazo del Alcalde y el Cura; entonces yo me sentí indignado y profundamente predispuesto en contra de las clases elevadas del país, y en un instante de coraje, a la vista de tan marcado como triste y doloroso desequilibrio exclamé: ¡Bendita sea la tea!

Se me presentó la Edad Media, con su Feudalismo que nos refiere la Historia, y, pensé de nuevo, como he pensado siempre, que para sacudir la opresión y la barbarie, todos los medios y todas las ocasiones son buenos.

Y después se me ha ocurrido, que si no se podría acaso establecer más equidad en las relaciones entre el Agricultor y el Industrial, entre el primero, a quien el segundo se lo debe todo, a quien pudiéramos decir que le debe la vida, a quien le es deudor el artesano, el maquinista, y hasta el inventor también; y pudiéramos decir que hasta Cuba misma le debe su grandeza. ¿Cómo es que por desgracia se puede notar distancia tanta entre un Colono y el dueño de un Central al extremo de que el primero comparativamente, me ha parecido una bestia y el segundo un hombre?

¿Qué razón existe, que yo no la he podido encontrar, para que al Agricultor le esté vedado decir a sus hijos “Ayúdame a plantar este árbol, bajo cuya sombra podré descansar mañana en mi vejez cansada, mientras vosotros recogéis el fruto”? ¿Qué motivo prohíbe que el hijo del infeliz colono sepa menos, no sepa nada, ni tanto como el buey que ara, mientras los hijos y las hijas del dueño del Central, cuando la zafra está terminada, pueden irse a París, a pasar una temporada, a exhibirse con todo el esplendor que proporciona el lujo, siempre pagado a caro precio, como toda cosa superflua para la vida práctica de los pueblos? ¿Y a dónde pueden ir acaso el Colono, su mujer y sus hijos? Ésos quedan estancados e inmóviles, como la máquina que tritura la caña. ¿Qué causa habrá para que la esposa del colono no pueda tener un jardín y la señora del Central sí puede tenerlo; es que

---

aquella familia, a pesar de ser trabajadora (virtud primera), está condenada a vegetar en el embrutecimiento, a no asimilarse jamás, con uso y ejercicios de ventajas conquistadas con su trabajo, a sus naturales y obligados consocios, de los cuales, al contrario, es desdeñada? ¿Qué causa, cuáles razones se oponen, para mengua social, a que cada uno de esos centros maravillosos de elaboración de azúcar no puedan convertirse, de una manera hábil, a la vez en centro de civilización y de productos distintos, que den para todos bienestar relativo, que proporcionen recursos de toda clase para la vida social y material de las familias todas, en vez de estar concentradas en el batey, cuyos límites, como la Muralla china nadie puede traspasar?

¿Cómo se explica que el que tanto dulce suda pase, sin embargo, una vida tan amarga? Ahora bien, Coronel Moreno, yo no he podido comprender bien claro las causas primordiales de tan injusta desproporción de las situaciones entre el colono y el industrial, por qué esa inmensa distancia en que viven el uno del otro, no obstante el fraternal lazo que parece lo debe constituir la materia prima, la caña, dentro de la cual se mueven ambos. Necesito, pues, que usted, honrado y bueno, y que pertenece al número de los hacendados de Occidente, se sirva darme más luz sobre este asunto, que no creo de escasa importancia, y que tanto me interesa conocer bien para que sus fórmulas nuevas sirvan también de norma a Santo Domingo, en donde hace poco ha principiado a desarrollarse la industria azucarera. Y he dicho fórmulas nuevas, porque entiendo que si después de la paz, después de constituida la República, libre y sin trabas de ninguna clase, sin privilegios de ningún linaje, y cuando este pueblo, que ha de surgir nuevo, alegre y distinto, para ejercer con bríos y ansias de libertad sus energías, para todos los progresos, si las formas continuaran con sus formas viejas, desde luego, Coronel Moreno, que perderíamos la esperanza de que la República fuese tan fecunda en bienes como ha sido costosa en sacrificios; y como yo y usted y todos los buenos patriotas tenemos derecho a esperar que sea, para completar nuestra obra.

Queda de usted muy amigo afmo.,

Máximo Gómez

(Selección de lecturas del pensamiento político cubano. *Compilación de Eduardo Torres-Cuevas, Oscar Loyola Vega y Diana Abad Muñoz, Facultad de Filosofía e Historia, Universidad de La Habana, La Habana, 1984, t. I.*)

# ENTRE EL Autor Y EL Lector

## *La aventura cubana de Cristóbal Colón*

**Francisco Pérez Guzmán**

Premio de la Crítica, 1993,  
a las mejores obras científico-técnicas,  
Editorial de Ciencias Sociales,  
Instituto Cubano del Libro.  
*Colección Historia de Cuba,*  
La Habana, 1992, 186 pp., 4 x 7 pulgs.,  
rústica plastificada, con ilustraciones.

**OBRA POCO COMÚN**, en ella el autor revela en sus detalles lo que el Almirante Mayor de las Indias anotó en su *Diario* de a bordo durante su primer viaje de aventuras a esta parte del planeta (1492), hace algo más de medio milenio. Con la lectura de este libro se nos muestra la naturaleza sorprendente de la isla de Cuba, cultura material y modo de vida de sus primitivos habitantes, entorno que a los ojos de Cristóbal Colón le hiciera señalar que era “la tierra más hermosa que ojos hayan visto”.

Como bien señala Pérez Guzmán —destacado en su obra historiográfica— en aparte introductorio: “Las obras que han abordado a Cuba y el primer viaje colombino se han concretado a la reconstrucción de la derrota por la costa norte del oriente de la Isla. Un Colón muy marinerero (...) La visión tradicional y en extremo parcial, nos sugirió aproximarnos a un Colón de tierra. El interés radica en la reconstrucción de su vida cotidiana y obtener una óptica integral del impacto de las tierras nuevas, a través de Cuba, en los europeos”.

De esta manera estamos ante reflexiones históricas, las cuales proponen esclarecer, describir y ampliar, a la vez que revelar y depejar incógnitas de un inimaginado universo declarado en esos tiempos como fantástico o incomprensible.

El desarrollo de lo narrado deviene sugerente en la medida en que avanzamos en la lectura, la cual resulta fuente de importantes datos históricos y científicos en cuanto a plantas y animales se refiere; todo ello, en un relato preciso en un estilo que nos permite conocer el paisaje natural aparecido ante las naves hispanas que en un atardecer de “frente frío” fondearon en la costa cubana de Bariay.

Nueve capítulos conforman el conjunto temático de la obra; el origen de la palabra *Cuba* y el primer día cubano de Colón, sus contactos iniciales con las comunidades taínas y sus modos de vida, estructuras concebidas primariamente para relaciones socioeconómicas en el afán de lograr vínculos con el reino del Gran Can, constituyen elementos que posibilitan precisiones en una lógica interrelacionada con las anotaciones que, a diario, el navegante genovés dejó durante el recorrido por aquellos parajes de la Isla.

Constantes novedades quedan al descubierto; así comprobamos cómo, al regreso de aquel viaje, el viejo mundo europeo conoció de transformaciones en costumbres dietéticas y farmacéuticas. Una flora y una fauna sorprendentes a los ojos de los navegantes colombinos muestran su mag-

nitud de familias y géneros que, en su condición de isla grande, Cuba admite vincularlos con la vida de un nuevo continente ignorado. Así, de manera original quedan diseñados en este libro el reino florístico neotropical, los tesoros de la avifauna, el maravilloso disfrute de una diversidad de frutas expuestas a la mano en exuberantes bosques de extensa riqueza maderable, donde la multiplicidad animal cautivó —en tierras y aguas— a los recién llegados. Es la impresión de un mundo fascinante.

En Cuba se contactó entonces por primera vez con “árboles, flores, frutas, peces, aves, tubérculos, animales cuadrúpedos y comunidades aborígenes...”; precisamente esto, una de las aristas menos conocidas del primer Almirante de Indias, refiere ese mundo que legara y ahora queda expresado en sus particularidades. Aquellas tierras de elegantes montañas, límpidas aguadas y majestuosos bosques, propiciaron al impresionado europeo el acercamiento a una cultura agroalfarera que transmitió léxico, costumbres, viviendas y útiles; Pérez Guzmán incursiona en detalles de aquellas comunidades taínas y sus magnitudes de vida y cultura materiales, referencias que van más allá de lo apuntado en el *Diario* de navegación, comentarios colombinos que, pese a ellos, décadas después no evitaron la represión conquistadora que condujera a la casi extinción del indocubano.

En la medida en que concluye la lectura, deviene cercana la vehemencia del marino, pues “siempre en lo que hasta allí había descubierto iba bien en mejor, así en las tierras y arboledas, y yerbas y frutos y flores, como en las gentes, y siempre de diversa manera, y así en un lugar como en otro. Lo mismo en los puertos y en las aguas”. Pero no sólo lo visto y reseñado por Colón se nos manifiesta aquí; al decir del autor, “Colón no sabía... no podía saber” que aquellas tierras del norte elogiadas por su belleza, como otras al sur que visitaría en el segundo viaje, contenían un subsuelo rico en variada manifestación de minerales —como manganeso, cobre/calcopirita, bauxita, zeolita, oro y plata, entre otros—.



Transcurrió la derrota por aquella costa entre el 27 de octubre y el 4 de diciembre de 1492. Mientras se alejaban las naves rumbo este, Colón se persuadía de que abandonaba tierra firme y no una isla; pero quedaba la certeza, en su relato de a bordo, de la riqueza ahora esclarecida en estas páginas, 500 años después.

*Luis M. de las Traviesas Moreno*

## **De la Guerra Grande al Partido Revolucionario Cubano**

**Diana Abad Muñoz**

Editorial de Ciencias Sociales,  
Instituto Cubano del Libro.

*Colección Historia de Cuba - Plan Centenario,*  
La Habana, Cuba, 1995, 286 pp., 4¼ x 7 plgs.,  
rústica plastificada.

**EL LARGO Y COMPLEJO** proceso organizativo de las emigraciones patrióticas dentro del movimiento revolucionario cubano entre 1868 y 1895, es el hilo conductor de las investigaciones que sustenta la casi totalidad de los trabajos reunidos en *De la Guerra Grande al Partido Revolucionario Cubano*.

Quienes conocemos bien a su autora, Diana Abad, profesora de Historia de Cuba en la Universidad de La Habana, sabemos de sus largas jornadas en el Archivo Nacional revisando la documentación del partido de Martí, así como otros fondos con abundantes materiales acerca del tema, algunos de cuyos resultados ha ido dando a conocer desde hace más de una década en revistas especializadas, como *Universidad de La Habana*, *Santiago*, *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, *Patria* y *Bohemia*.

Por tanto, lo primero positivo de la obra es reunir un grupo de valiosos estudios aparecidos en varias de esas publicaciones seriadas, lo cual resulta de la mayor utilidad para el estudioso y para el interesado en tales aspectos de la historia nacional, pues no se ven obligados a la búsqueda en

más de una publicación o a la recopilación de recortes. Por cierto, es satisfactorio además que se haya asumido esta línea editorial de práctica universal, pero cuya escasísima realización en Cuba durante los últimos decenios ha limitado la bibliografía de muchos autores de valía y —lo más importante— ha privado a los lectores de la indudable facilidad que ofrece la reunión en un solo volumen de varios textos aparecidos en distintos momentos y revistas.

Resulta interesante apreciar cómo los trabajos aquí incluidos, a pesar de haber sido publicados entre 1983 y 1993, engarzan entre sí en líneas generales, no sólo en lo referente a las opiniones y juicios de la autora, sino también por ofrecer una visión orgánica y coherente del desenvolvimiento organizativo-revolucionario de las emigraciones y de la culminación de su proceso unificador con el PRC, así como los diversos problemas que éste tuvo que asumir para lograr tal unión de voluntades y esfuerzos. Se trata, por tanto, de una obra con indudable unidad temática y de perspectiva en la explicación de un proceso histórico.

Por su contenido, el libro puede dividirse en dos partes. Una, con los primeros cuatro escritos, los que abarcan cronológicamente entre 1868 y 1884; o sea, desde la Guerra de los Diez Años hasta el llamado Plan Gómez-Maceo. La otra cubre los años de la acción organizativa y preparatoria de la nueva guerra por el PRC, entre 1892 y 1895.

En dos de los textos de la primera parte, Diana Abad ofrece valiosas interpretaciones y generalizaciones sobre la historia de Cuba durante ese período y sobre los patriotas en el exterior. Se trata de los trabajos “Las emigraciones en la Guerra de los Diez Años” y “Notas para un estudio de la Guerra Chiquita”, publicados originalmente en 1984. Ambos son verdaderos ensayos interpretativos: el primero, centrado en la importancia política y el carácter socioclasista de los centros en Nueva York y Cayo Hueso, y en el que se destaca la significación de los obreros; el segundo analiza cómo impulsó esa emigración en Estados Unidos aquel breve y fallido esfuerzo bélico que sólo duró 11 meses.

La lectura de estos dos trabajos conduce entonces a que pueda comprenderse cómo durante aquel proceso que va de 1868 a 1880, las emigraciones primero no alcanzaron expresiones propias de sus variados intereses, sino que tendieron a ser encuadradas “desde arriba” por los personeros del grupo anexo-reformista habanero liderado por Miguel Aldama —más interesado en sus particulares asuntos económicos que en el combate por la independencia—; cómo se fracturó luego y hasta se hizo imposible la unidad de acción ante tal situación, y cómo el intento de la Guerra Chiquita —aupada por las clases populares en la Isla y en el exterior— no pudo crear todavía esa organización propia.

El análisis se completa con el cuarto trabajo, el cual trata los inicios del movimiento revolucionario encabezado en 1884 por Máximo Gómez. Para la autora, aún sin hallar la solución plena al problema, éste aportó la opción del general dominicano como el jefe militar aceptado por las mayorías, y se sostuvo en el esfuerzo de las asociaciones de emigrados —sobre todo, de Cayo Hueso—, muestra del decisivo peso de las clases populares, dado el carácter eminentemente obrero de los cubanos de la localidad floridana.

“Para el estudio del Partido Liberal (Autonomista)” es el único texto que no se dedica a las emigraciones. Mas, por tratarse de una interesante aproximación a elementos clave de su ideología (su concepto de lo español como lo nacional y su descalificación de la Guerra de los Diez Años, al conceptualarla en términos negativos para el país), empalma indudablemente con el sentido del libro, pues presenta la ideología y la organización rival de los patriotas, actuantes con plena coherencia frente a éstos, quienes se hallaban dispersos y desunidos tras el Pacto del Zanjón.

En la segunda parte, la autora entrega un volumen de informaciones novedosas, a partir del estudio monográfico titulado “El PRC: organización, funcionamiento y democracia”, pieza mayor dentro de los escritos del libro, a mi juicio. Dado a conocer en el número 4 del *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, de 1983, este texto cons-



tituye un sólido estudio que todavía hoy resulta insoslayable en el tema del partido martiano; en especial, a la hora de referirse a los clubes, la constitución de los Cuerpos de Consejo de Nueva York y Cayo Hueso, y las elecciones anuales del delegado y el tesorero en ambos lugares.

El escrito que sigue, "La creación del Partido Revolucionario Cubano y la Convención Cubana", complementa al precedente, y se refiere a un tema de la mayor relevancia: las relaciones, durante 1892, de Martí con el club de Cayo Hueso, el cual desde fines de los años 80, había avanzado mucho en la organización de un aparato clandestino en Cuba y que aspiraba a desatar la guerra conducida por el general Gómez. La obvia significación para los planes de Martí de contar con el apoyo de aquel grupo de experimentados



y verdaderos cuadros revolucionarios —de alta estima, reconocimiento, autoridad y capacidad organizativa—, indica la importancia también del asunto, aludido habitualmente con dos o tres ligeras frases por algunos testimoniantes de aquella

época. Diana Abad presenta la información documental que aclara y precisa, y entrega también el análisis que esclarece.

Un asunto bien particular y la copia del documento en cuestión —el acta de la elección del General en Jefe por la emigración de Jamaica—, sirven a la autora para analizar este tema tan singular de la historia del movimiento patriótico cubano: la elección de Máximo Gómez para ese cargo mediante la votación de los jefes y oficiales residentes fuera de Cuba.

La significación de las conmemoraciones patrióticas entre los emigrados y el sentido democrático que reviste la importancia dada por Martí a la fecha del 10 de abril —aniversario de la aprobación de la Constitución de Guáimaro, que creó la República en Armas en 1869—, son asuntos tratados en este texto que ofrece también valiosos datos acerca de aquella conmemoración en Nueva York, en 1894, cuando Gómez presidió el acto junto al Delegado.

Dos trabajos —publicados en *Bohemia* en 1993 y 1990, respectivamente— analizan relevantes documentos martianos escritos en nombre del Partido: el publicado en *Patria* el 27 de mayo de 1893 para fijar la posición del PRC ante los alzamientos inconsultos y desligados de la organización en la región de Holguín, y ese texto capital: el Manifiesto de Montecristi. Ambos artículos demuestran que la divulgación histórica en un semanario de corte popular no está reñida con la seriedad, la originalidad y la novedad, y que desde tal tipo de publicación pueden ofrecerse aportes al análisis y la interpretación historiográficos, algo que ha perdido —lamentablemente— la prensa escrita cubana durante los últimos años.

Los escritos incluidos en *De la Guerra Grande al Partido Revolucionario Cubano* son ubicables en la mayoría de los casos en los géneros del ensayo y el artículo histórico. La autora ha logrado armar con ellos un libro útil, pero eso mismo me lleva a preguntar cuándo nos va a entregar la monografía o el estudio *in extenso* que aporte a la historiografía cubana la visión amplia y totalizadora que aún requerimos sobre la evolución y el desarrollo político de la corriente independentista, para la cual la emigración fue decisiva.

Sé que los largos años de investigación, cuyo acopio informativo se evidencia además de este libro en los documentos publicados en revistas especializadas, califican plenamente a Diana Abad para esta empresa a la vez de hondura y síntesis. Por demás, esta propia obra también demuestra esas capacidades suyas, pues nos indica que dispone de cualidades analíticas e interpretativas y de una perspectiva rigurosamente asentada sobre el proceso histórico que ha investigado en sus fuentes.

Insisto en el punto, pues es posible que muchos lectores —incluidos algunos colegas historiadores dedicados a otros períodos— piensen que este libro sólo es valioso por los enjuiciamientos interpretativos, y no se percaten de la novedad de buena parte de sus datos e informaciones, recogidos pacientemente en archivos por la autora, quien quizá no valoró debidamente la importancia de hacer las notas indicadoras de sus fuentes.

tes —como sí hace en el texto sobre la elección del General en Jefe—, lo cual, en buena ley, también constituye una manera de acreditar su propia y bien conocida honestidad intelectual ante sus colegas de profesión.

En lo que se cumplen tales esperanzas, bienvenido sea este agrupamiento de escritos de Diana Abad, que iluminan nuevos ángulos y aclaran otros de una zona trabajada de la historia nacional, por lo que resalta más el mérito de los aportes que nos entrega. Y ojalá que los centenarios de los hechos de la Guerra de Independencia nos permitan —como ahora han impulsado la impresión *De la Guerra Grande al Partido Revolucionario Cubano*— disfrutar el caudal de sus hallazgos en los archivos, tanto con nuevos textos de su pluma como mediante la preparación de repertorios documentales sobre la emigración patriótica y el Partido Revolucionario Cubano.

Pedro Pablo Rodríguez

## La historia y el oficio de historiador

### Colectivo de autores

Ediciones Imagen Contemporánea,  
Editorial de Ciencias Sociales,  
La Habana, Cuba, 1996,  
380 pp., 15,2 x 22,9 cm, rústica plastificada.

UNA ENCRUCIJADA excepcional la de hoy que sólo viven las generaciones afortunadas en la historia; en ella, el oficio de historiador se hace cada vez más complejo, pero también más pro-

fundo. Con este libro llega a manos del lector —profesional o estudiante— parte del pensamiento analítico que caracteriza la reflexión teórica acerca de la historia en nuestra época, cuando los apocalípticos cantos de sirena con que se pretendía enterrar toda la tradición y toda la inmensa labor historiográfica del siglo xx, comienzan a ceder terreno, con rapidez, a la valoración mesurada de los aportes y las deficiencias de que cada escuela o corriente historiográfica ha sido portadora.

Los especialistas franceses y cubanos, autores de los trabajos aquí seleccionados, meditan acerca de tópicos de suma importancia desde la sig-



nificativa trayectoria de sus investigaciones históricas. Temas como la historia de las mentalidades, de las estructuras o de la antropología histórica y la larga duración, así como la cultura material o del marxismo e historia, entre otros, contribuyen a complementar la visión de los estudios de la ciencia histórica en Cuba, así como apoyar el desarrollo del medular quehacer de las ciencias sociales.

Esta edición de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, de la Universidad de La Habana, se publica con la colaboración del Ministerio de Cultura de Cuba y el Instituto Cubano del Libro.

## Antonio Maceo: Las ideas que sostienen el arma

Eduardo Torres-Cuevas

Editorial de Ciencias Sociales,  
Instituto Cubano del Libro.

Colección *Historia de Cuba - Plan Centenario*,  
La Habana, Cuba, 1995,  
192 pp., 5½ x 8¼ pulgs., rústica plastificada.

HAY LIBROS BUENOS para cualquier época y libros que algo más allá del momento en que fueron escritos pierden una parte nada despreciable de su razón de ser. A algunos de estos últimos, el juego de las circunstancias les hace, incluso, la mala pasada de no poder salir a la luz en el momento en que son necesarios. Existen otros, sin embargo, en relación con los cuales cabe preguntarse si la demora en llegar a las manos del lector no ha hecho más que ubicarlos en el tiempo preciso. Tal es el caso, a mi juicio, de *Antonio Maceo. Las ideas que sostienen el arma*, del doctor Eduardo Torres-Cuevas, publicado por la Editorial de Ciencias Sociales. Primero, porque su aparición ha coincidido con años de varios centenarios, con muchos de los cuales se entrelaza la figura del Titán. Luego, porque son precisamente los últimos cinco años los que han colocado ante los estudiosos del pasado cubano una

serie de disyuntivas agudas e importantes y algunas de ellas emergen con fuerza durante la lectura de esta obra. La permanente preocupación de Torres-Cuevas por la problemática del pensamiento cubano es perfectamente conocida. Este libro, no obstante, se diferencia de varios de sus trabajos anteriores por la explícita presencia de elementos metodológicos que son, a no dudarlo, uno de los resultados visibles de un interés totalizador que pasa a través del prisma de una larga experiencia y un ininterrumpido repensar la historia de Cuba.

En este libro son apreciables dos cauces fundamentales de reflexión, inseparables uno del otro dentro de la concepción general de la obra, pero perfectamente asimilables a partir de una lectura paralela e independiente. La primera de estas líneas de análisis está centrada en la formación y desarrollo del "conjunto ideológico que dio coherencia al pensamiento y acción de Antonio Maceo"; la segunda se mueve en el rastreo metódico de la génesis del proyecto transformador del 68, de sus propuestas ideológicas, políticas y sociales, y del papel desempeñado por el Gran Oriente de Cuba y las Antillas tanto en este proceso como en la preparación directa del movimiento independentista por cauces conspirativos.

A lo largo de la obra nos convencemos de que, evidentemente, la advertencia que se nos hace en la primera página no es gratuita. "Ésta no es una empresa biográfica del General Antonio". No



debe acudirse a ella en la búsqueda de lo que, por otra parte, ha sido tratado repetidas veces de modo más o menos lúcido. La acción de Antonio Maceo, los hechos en los cuales quedó impresa su huella durante casi tres décadas de finales del siglo XIX cubano, han servido de motivación a un gran número de trabajos e investigaciones. En esta oportunidad se nos propone una incursión a la aventura del espíritu, al mundo, siempre de difícil acceso, de las ideas de una personalidad poderosa y brillante de nuestras gestas independentistas y, en extensión, a la aventura del espíritu en Cuba. La estructura del análisis se presenta en una serie de capítulos de-

dicados a la formación y a diversos aspectos del pensamiento y la personalidad de Maceo. En ellos se incursiona en los orígenes de la familia Maceo-Grajales y en aquellas circunstancias del orden establecido en la vida cotidiana de sus miembros que, junto a los aspectos más trascendentales de una visión muy criolla del mundo, el autor considera esenciales en la formación del general Antonio. La personalidad del Titán es sometida a análisis desde sus características físicas hasta el conjunto de valores que servían de soporte a una ética severa y al mismo tiempo humana, a un conjunto coherente de actitudes ante la problemática nacional y social y a su ideario político, el cual trasciende en el ideal maceico de la república democrática. Por el camino de la evolución del pensamiento de Maceo, el autor llega al proceso de reflexión generado por el revés de la Guerra de los Diez Años y la maduración de la concepción maceica acerca de las vías para la realización del ideal revolucionario.

En los trabajos anteriores de Torres-Cuevas se ha hecho patente su preocupación por evadir las interpretaciones del pensamiento cubano fuera del soporte concreto de las condiciones históricas que lo han generado. Tomado dentro del conjunto de la obra de este autor, el estudio que hoy nos atañe se inscribe y forma parte, en una relación de continuidad, no sólo de la búsqueda de una explicación de esa vida dedicada a la lucha emancipadora, sino que se concibe como un nuevo paso en la develación de los "fundamentos del conjunto de valores éticos del pensamiento revolucionario cubano". Un pensamiento que el autor nos ha presentado de manera reiterada como receptor activo de la herencia universal, que lleva a cabo, a partir de una realidad profundamente contradictoria y profundamente diferente, sustanciales adaptaciones y readaptaciones del pensamiento universal, ilustrado y liberal.

En este trayecto, los aciertos y las propuestas de la obra son numerosos. En cuanto a los primeros, no creo necesario privar al lector del placer de dimensionarlos por sí mismo. En cuanto a las segundas, constituyen algunos de los momentos a mi juicio de mayor valor, y creo útil hacer

referencia a la que estimo de más amplias perspectivas en el futuro de los estudios acerca de nuestras más significativas personalidades.

Se trata de algo muchas veces enunciado y pocas asumido cabalmente: devolver la personalidad histórica a su propio contexto, aquel en el cual su pensamiento y acción individuales, evocados como símbolo para la contemporaneidad —nuestra contemporaneidad— adquieren verdadera coherencia y significado. Para el historiador, eso implica contextualizar lo que, por algunas razones válidas y muchas que no lo son tanto, ha sido descontextualizado. A mi modo de ver, no se trata de desmitificar, pues los mitos y los símbolos tienen una existencia propia e independiente, y se justifican con frecuencia a sí mismos como parte de la realidad percibida de un pueblo, tan o más importante para sus destinos de lo que redundantemente se conoce como su “realidad real”.

A mi juicio, éstos son los caminos asumidos por el autor en su interpretación de la personalidad y las ideas de Antonio Maceo, y esa intencionalidad puede trascender el ámbito de esta obra. No obstante, en ella se constata cierta vaguedad en el cruce de las fronteras. Sobre todo pienso en la ausencia de elementos que enriquezcan la perspectiva del pensamiento de Maceo no ya bajo la influencia de determinados hechos y coyunturas, sino en confrontación con proyecciones concretas de pensamiento emanadas de otros protagonistas importantes de los acontecimientos en las mismas circunstancias que él enfrentó. A la luz de la comparación podrían tal vez esclarecerse aristas particulares de cuestiones abordadas sólo desde la óptica de Maceo. Pienso también en lo escaso de las referencias a la relación Martí-Maceo, período sin dudas de intercambio de ideas, cuyo resultado más visible fue la colaboración en la obra de la nueva guerra, pero que debió dejar huellas en la expresión de determinadas ideas en la última etapa de la vida de ambos. Atendiendo a las diferencias que se conoce existieron entre ellos, sería interesante asistir al acercamiento, en el plano de las ideas, a aquellas aristas particulares en que hubo divergencias.



¿O se reducen éstas a las exigencias y requerimientos de la organización de la República en Armas? Las expectativas al res-

pecto se sustentan en el conocimiento del interés del autor hacia el pensamiento de Martí, del cual es también un estudioso. Por cierto, lo anterior no puede menos que relacionarse con el limitado espacio concedido en la obra al Maceo de la Guerra del 95, pletórico y maduro como nunca antes, como pensador, organizador y hombre de acción. Ello puede hacernos creer en —y esperar— la posibilidad de una extensión del análisis a este período de la vida del Titán en un trabajo futuro del mismo autor.

El otro núcleo importante de la obra está formado por tres capítulos: “Las luces del Gran Oriente”, “Pensar el 68” y “La ruptura del 68”. Éstos resultan de significación para identificar y comprender las fuentes en que se nutre el ideario revolucionario del general Antonio, pero creo que el alcance de las propuestas es mucho más amplio. En cierta medida, me permito el barrunto de que la problemática maceica ha sido tomada aquí como pretexto para ofrecernos una visión interpretativa particular de aspectos importantes para la comprensión no sólo de la Revolución del 68, sino de aspiraciones permanentes en los proyectos sucesivos de sociedades emanados de las circunstancias históricas en que lo cubano se ha observado a sí mismo en cada momento.

En “Las luces del Gran Oriente” prima una idea básica: “el proyecto revolucionario cubano no nació de los despojos del desvitalizado y descolorido reformismo de los 60 del siglo pasado”. La vía escogida para demostrarlo es introducir al lector en el poco conocido mundo del Gran Oriente de Cuba y las Antillas, cuerpo masónico irregular creado por una importante y olvidada figura de la historia de Cuba, el doctor Vicente Antonio de Castro. En las liturgias del GOCA ve el autor el conjunto teórico práctico que define los perfiles del independentismo cubano. El carácter oculto del movimiento, así como el control ejercido sobre los medios de circulación de las ideas en la época por los magnates del reformismo y las

autoridades coloniales, han contribuido, según Torres-Cuevas, al desconocimiento de un sistema de pedagogía social en el cual encontraron vías de expresión y propuestas de realización las inquietudes sociopolíticas de muy diversos componentes de la sociedad cubana de mediados del siglo XIX. El análisis de la propuesta de transformación de la sociedad esclavista y colonial desarrollada en las logias del GOCA, abre un nuevo espacio para la interpretación del independentismo cubano como hecho ideológico, aunque la exposición de los contenidos de las liturgias por grado, empleada por el autor, no permite alcanzar, en mi opinión, un nivel de sistematización aceptable del proyecto republicano y el conjunto de ideas que están en la base de la Revolución del 68. Razón de más, vistos los resultados, para inquirir acerca de esa historia de la masonería en Cuba que muchos sabemos tiene escrita Torres-Cuevas.

Por último, creo que merece un comentario aparte el capítulo que, bajo el título de "Pensar el 68", responde por entero a la sugerencia que aparece sobre sus primeras líneas: pensar y repensar la utopía y la ideología cubanas. En él, el autor presenta, en síntesis por demás apretada, un análisis de las bases teóricas del pensamiento cubano y de lo que él considera su rasgo fundamental: la capacidad de reelaborar los presupuestos teóricos universales, pasándolos a través del prisma de la realidad cubana. En esta línea de reflexión emergen problemáticas muy disímiles, como las complejas relaciones que se establecen en la sociedad cubana entre la ideología dominante y las manifestaciones generadas en sectores ajenos a los sectores de poder; la caracterización del pensamiento cubano como búsqueda de una "racionalidad totalizadora", y otros núcleos de problemas que desbordan el contexto y el espacio de la obra que comentamos, lo que, sin embargo, no resta coherencia a lo que al respecto en ella aparece. Sobre todo, visto en función de elementos de un ordenamiento interpretativo emprendido sobre un aparato conceptual bastante novedoso entre nosotros.



En efecto, en el capítulo en cuestión se hallarán referencias a los niveles y ritmos de la historia, mentalidades, mecanismos de "resistencia al cambio", "inconsciente colectivo" y, en general, un notorio interés por el papel de las mentalidades y las ideologías en la interpretación de las acciones humanas, todo ello sin abandonar el terreno de las estructuras económicas y social-estamentarias que las generan.

Lo anterior indica, en mi opinión, en la dirección de determinados elementos asimilados en las más recientes búsquedas teóricas del autor. La validez de propuestas de este tipo, en el contexto actual, pienso que es notable, pero aún es necesario desplegar sus posibilidades en los inmensos terrenos cuasi vírgenes de nuestra historia, para que se justifique su permanencia en el arsenal teórico de la investigación histórica en nuestro medio.

*Antonio Maceo. Las ideas que sostienen el arma* no puede menos que ser bienvenido en sus dos dimensiones esenciales: como análisis riguroso del pensamiento del Titán de Bronce y como puerta abierta a futuros empeños investigativos. La deuda del autor con el general Antonio ha sido saldada, y en realidad resultaría propicio a nuestras ciencias sociales que haya contraído varias de este tipo... y que las pague.

*Edelberto Leyva Lajara*

## **Cuba: 1898-1958. Estructura y procesos sociales**

**Jorge Ibarra Cuesta**

Editorial de Ciencias Sociales,  
Instituto Cubano del Libro.  
*Colección Historia de Cuba,*  
La Habana, Cuba, 1995,

314 pp., 5 ½ x 8 ¼ pulgs., rústica plastificada.

**HACE TRES AÑOS**, aproximadamente, tuve la especial oportunidad de comentar el libro de Jorge Ibarra, *Cuba 1898-1921. Partidos políticos y clases sociales*. En aquella ocasión titulé mi co-

mentario: "Un libro sugerente". Aquella obra era la anunciadora de la que hoy se presenta. Entonces, Ibarra planteaba un análisis de las clases sociales, su composición sectorial y sus proyecciones ideológicas, que tomaba como elemento definitorio la posición ante y dentro del sistema de dominación neocolonial. Su análisis llegaba hasta 1921, cuando —consideraba— se produce el cierre histórico de una época. Hoy brinda un período más abarcador, tanto que trasciende el propio límite cronológico de 1958, lo cual hay que agradecer, pues esto permite al autor trabajar con una visión más amplia y completa los problemas que ya había presentado y a cuyo análisis había incitado.

La nueva obra que ahora podemos disfrutar está dividida en tres partes, cuyos títulos expresan ya claras definiciones del autor. La primera parte —"El bloque oligárquico antinacional"— aborda dos problemas centrales: 1) los mecanismos por los que operaba el capital financiero para apropiarse del excedente económico de la "burguesía dependiente", y 2) el estudio sectorial de la burguesía o de los grupos componentes del bloque y su relación con el dominio del capital financiero previamente estudiado.

Ibarra parte de una definición inicial, a saber: "El papel predominante del capital financiero en el bloque oligárquico estaba dado por las posiciones clave que ocupaba en la estructura económica y social, y por su orientación de descapitalizar y desnacionalizar a la burguesía dependiente cubana". La idea se va argumentando con el análisis de la forma de operar de cada mecanismo estudiado, como la política arancelaria norteamericana, el pago de fletes a los ferrocarriles y la carencia de una marina mercante cubana, la política crediticia de la banca extranjera y las grandes inversiones de las corporaciones financieras.



Conviene detenerse a reflexionar en lo que el autor califica como "crisis coyuntural de los años 1925-1934, para dar paso a un período de estancamiento que culminó con el corto plazo de recesión y crisis" de 1953 a

1958 y el papel decisivo que tuvieron en ese proceso el azúcar y el tabaco, como renglones principales de la economía cubana.

Dentro de la lógica expositiva se acomete el estudio de la composición clasista del "bloque oligárquico antinacional", el cual incluye a la burguesía compradora, la burguesía industrial, de la cual se afirma que "no era el sujeto histórico capaz de llevar a cabo esa industrialización", el colonato, el arrendatario capitalista y los terratenientes grandes y medios. Resulta especialmente interesante el planteamiento del lugar que ocupa cada sector dentro del sistema y, de manera particular, el colonato, los arrendatarios y los terratenientes en la agricultura cubana y en la difusión o no de las relaciones de producción capitalistas.

La segunda parte se titula "El bloque nacional popular". El propio nombre define el significado contrapuesto a los sectores estudiados en la primera parte. Aquí encontramos una interpretación de las clases y capas que agrupa bajo esta denominación y su actitud ante el problema nacional, comprendidos sectores marginados como la mujer y el negro. De manera sumaria puede enumerarse a quienes se incluyen en este bloque: la clase media urbana y rural, el campesinado y el proletariado urbano y rural.

El estudio de la clase media, que abarca a la empleomanía, tiene particular relevancia dada la carencia de trabajos que aborden este problema dentro de la historiografía cubana. Asimismo, el lector hallará criterios de clasificación para definir y diferenciar a cada uno de los componentes de este bloque, de igual manera que no le pasará inadvertido el interés por demostrar la existencia de un proceso de proletarización dentro de ellos.

El acápite "Generación y estructura social" nos adentra en la búsqueda de definiciones metodológicas que distinguen generación y clase social, respectivamente. Aquí el autor nos propone un análisis acerca del incremento del desempleo en los jóvenes que iban arribando a la edad laboral en los años 30 y 50 y su incidencia, junto a

otros factores, en la toma de conciencia revolucionaria por la juventud proletarizada.

Ibarra aborda las diferencias sociales y demográficas existentes en el país y su expresión en el modo de vida de las clases y capas trabajadoras, y estima que éstas “tienden a explicar las causas” del desplazamiento del hipocentro del movimiento revolucionario, de la capital al proletariado urbano y rural del resto de Cuba en los años 50. Este análisis incluye la valoración, y comparación, de la conciencia política en la capital y el resto del país en las décadas del 40 y 50. La exposición conduce al autor a plantear el problema de la existencia de las condiciones objetivas para un proceso revolucionario en Cuba en los años 50.

La tercera parte —“De un país pequeñoburgués, a un país proletarizado; vanguardia y estructura social”— descansa sobre la reflexión previa de la estructura social y la proyección ante el problema nacional, retomando algunas líneas argumentales. El autor propone la definición social de los jóvenes proletarizados de diferente extracción, quienes, afirma, “constituyen la base social fundamental de la vanguardia revolucionaria”. Aquí examina problemas tan importantes como los de la dirección revolucionaria, la vanguardia revolucionaria y el papel de las clases medias y la clase obrera en el movimiento

revolucionario de los años 30. También propone un enfoque para los 50 que distingue entre organizaciones clasistas y organizaciones revolucionarias de base popular nacional y orientación democrático-revolucionaria.

Es de agradecer el espacio que se dedica a analizar distintas hipótesis presentes en estudios, realizados dentro y fuera de Cuba, acerca del papel hegemónico desempeñado por determinadas clases y grupos sociales en los años 50, sobre la existencia o no de condiciones para que se produjera una revolución social en el país y la ideología dominante. Por supuesto, el autor expresa su opinión. En este sentido es válido destacar

que, a partir de la definición de Fidel Castro en *La historia me absolverá* sobre la composición del “pueblo si de lucha se trata”, como elemento de evidente sustentación, se expone la idea de que la relación de la dirección moncadista es “con el bloque popular en su conjunto”, sin privilegiar a ningún sector o clase social dentro de él.

Con un excelente manejo de fuentes, presente a lo largo del texto para apoyar la argumentación o para rebatir apreciaciones o para añadir nuevos elementos; con la disposición de un instrumental metodológico consistentemente sometido a crítica que enriquece la exposición y con el uso de un aparato conceptual ya manejado en obras anteriores, el libro *Cuba: 1898-1958. Estructura y procesos sociales* nos sugiere nuevas investigaciones o líneas de investigación y reflexión, y nos propone un conjunto de problemas y conclusiones sobre cuestiones medulares de la historia nacional del período. Convertida ya en obra imprescindible para el estudio de la sociedad cubana del siglo xx, interesa no sólo a los historiadores, sino a todos quienes se dedican a las ciencias sociales.

Francisca López Civeira



## PREMIOS DE LA CRÍTICA A LAS MEJORES OBRAS DE LAS CIENCIAS SOCIALES. Un comentario

*En 1989 se instituyó el Premio de la Crítica a las mejores obras de Ciencia y Técnica, bajo los auspicios del Instituto Cubano del Libro y la Academia de Ciencias de Cuba. El ritmo de publicaciones en la esfera científico-técnica demandaba, por entonces, estimular a los especialistas y editoriales que, de manera notable, significaban la producción intelectual en las ciencias técnicas, ciencias biológicas y naturales, así como de las ciencias sociales.*

*Pese a la complicada situación que enfrenta la edición de libros en el país, resultados relevantes en estas disciplinas propician, cada año, el reconocimiento público a los autores y editores que alcanzan estos premios. Para los años 1993 y 1994 se seleccionaron 18 obras, de las cuales 10 corresponden a las ciencias sociales —de ellas comentaremos aquí—. Sendos jurados constituidos por especialistas de diversas ramas del trabajo científico social bajo la presidencia de Lidia Turner en las dos ocasiones, en 1993 con César García del Pino, Albertina Mitjás, Hernán Yanes, Juan A. Alvarado y Hugo Azcuy como colaborador, y Enrique Sosa, Juana Berges y Aroldo Dillas, en 1994, dieron a conocer las obras siguientes:*

### **Las lenguas indígenas de América y el español en Cuba**

**Sergio Valdés Bernal**

Editorial Academia,  
2 ts., Premio de la Crítica 1993.

**IMPORTANTE** estudio del legado lingüístico indoamericano al español hablado en nuestro país. Al considerar las bases científicas de estudios históricos, etnológicos y arqueológicos, la obra refiere el complejo proceso de relaciones sociales que produjo el encuentro europeo y aborígen en la Isla para el ulterior desarrollo de la lengua en el entorno cultural nacional. En la obra constituyen contenidos principales: las interpretaciones acerca de los aportes de la familia lingüística aruaca a la cual pertenecía la modalidad hablada por los primitivos cubanos; los préstamos léxicos de otras procedencias; filiación lingüística indocubana y su vinculación etnocultural con otros pueblos antillanos y del subcontinente con ellos emparentados de manera étnica, cultural y lingüística. Los valores científicos de este libro hacen trascender así la labor intelectual de su autor, a intereses de carácter continental.

### **Para la vida**

**Colectivo de autores**

Editorial Pueblo y Educación,  
Premio de la Crítica 1993.

**UN EQUIPO DE PRESTIGIOSOS** profesionales cubanos, con la participación de expertos de UNICEF, OMS y UNESCO, concibieron la realización de esta obra, inspirados por el texto que bajo igual título confeccionara Peter Adamsom. El libro encamina sus objetivos a la utilización práctica por los ciudadanos de 12 factores esenciales para la definición del comportamiento de la salud, la importancia social de la mujer, su desarrollo en el contexto familiar, entre otros elementos que devienen información vital para trabajadores de la salud y el magisterio, valorándose, en sus contenidos, la necesidad social de conducir la vida y cuidar la de la próxima generación.



## **Del ideario pedagógico de José de la Luz y Caballero**

**Justo A. Chávez Rodríguez**

Editorial Pueblo y Educación,  
2 ts., Premio de la Crítica 1993.

valorativa del devenir intelectual de una de las figuras más relevantes en el desarrollo de la conciencia nacional cubana. Escrito con lenguaje adecuado para sus contenidos temáticos, apoyado por una valiosa cronología, el libro constituye un aporte significativo del autor para los estudios de la pedagogía cubana decimonónica, por medio del conocimiento del ideario de este gran educador.

## **La aventura cubana de Cristóbal Colón**

**Francisco Pérez Guzmán**

Editorial de Ciencias Sociales,  
Premio de la Crítica 1993.

COMENTADA LA obra en otro aparte de esta sección, señalemos que ella constituye una singular manera de acercarnos a la reconstrucción de la vida cotidiana y al entorno natural de los primitivos habitantes de la isla Fernandina de Cuba; con su lectura podremos realizar un "inimaginable viaje a las entrañas de nuestra historia".

## **José Martí. Cronología: 1853-1895**

**Ibrahim Hidalgo Paz**

Editorial de Ciencias Sociales,  
Premio de la Crítica 1993.

EDICIÓN REALIZADA en coordinación con el Centro de Estudios Martianos, procura con acierto fundamentar cómo el Partido Revolucionario Cubano extendió su accionar político-militar desde las emigraciones hacia el centro mismo de su objetivo principal: Cuba y la guerra necesaria. La utilización de documentación inédita y prensa de la época, junto a una extensa bibliografía, posibilitaron al autor abordar el tema del Partido y sus actividades martianas dentro de la Isla; el quehacer de Martí como delegado del PRC, de sus más allegados colaboradores en el exterior, así

TEXTOS DE obligada consulta para pedagogos, historiadores y todo interesado en el conocimiento de la vida, obra pedagógica y social de Luz y Caballero, resulta esta obra

como el trabajo clandestino de los conspiradores en Cuba. A más de cien años de la fundación del Partido (1892-1992), la lectura de este libro resulta de inestimable importancia para el estudio de nuestra historia.

## **Psicología humanista. Actualidad y desarrollo**

**Fernando González Rey e Hiram Valdés Casal**

Editorial de Ciencias Sociales,  
Premio de la Crítica 1993.

DISTINGUE ESTA obra su considerable valor teórico, metodológico y conceptual, exponiéndose en ella las posiciones de los psicólogos humanistas ante el cuestionamiento referido a por qué vive el ser humano, qué lo difiere del resto del universo animal, lo hace vivir y crear un mundo material y, a la vez, espiritual. Para su conceptualización, los autores irrumpen en un contexto de "actualidad y desarrollo", abordando la sustentación de los valores de las capacidades humanas para la autorrealización ante los instintos, el medio o sus estímulos. Sin lugar a dudas, este libro deviene sustancial en los estudios de psicología social contemporánea.

## **Historia de Cuba. La Colonia**

**Colectivo de autores**

Editora Política,  
Premio de la Crítica 1994.

CON ESTA OBRA se propone el Instituto de Historia de Cuba el desarrollo de una historia nacional en varios tomos —éste es el primero— para cubrir un apreciable vacío en la literatura histórica cubana, en el contexto historiográfico actual de profundizar en la formación y consolidación de la nación. Este primer volumen ocupa el estudio del poblamiento aborigen de la Isla, el arribo de los europeos a nuestras tierras, conquista y colonización en su tiempo de larga duración hasta el período inmediato al inicio de las luchas independentistas en 1868.

## ***Inmigración y lengua nacional***

**Sergio Valdés Bernal**

Editorial Academia,  
Premio de la Crítica 1994.

estudian el sucesivo proceso de enriquecimiento y conformación de nuestro español, el análisis de los factores que favorecieron o también bloquearon el proceso de intercambio lingüístico, la influencia de las diferentes oleadas inmigratorias y los elementos matizadores de la lengua nacional, todo ello en interrelación con aportes de diferentes disciplinas. De sumo valor para especialistas, constituye este texto importante aporte para conocer acerca de la compleja problemática del patrimonio lingüístico del país.

**INTERESANTE** libro que agrupa en 12 trabajos del autor una rica y variada información acerca del patrimonio lingüístico del español de Cuba. En la obra se

Particular importancia presenta, en la obra, la exposición de los resultados de las investigaciones realizadas derivadas de la propuesta conceptual sobre creatividad, en lo fundamental, dirigidas a la creatividad tecnológica, la elaboración de un método cubano de solución de problemas basado en el pensamiento analógico y la actualización de un programa internacional de desarrollo del pensamiento crítico-reflexivo, con un programa nacional de desarrollo de la creatividad.

## ***Aspectos estructurales de la economía cubana***

**Miguel Alejandro Figueras**

Editorial de Ciencias Sociales,  
Premio de la Crítica 1994.

## ***Prycrea. Desarrollo multilateral del potencial creador***

**América González Valdés**

Editorial Academia,  
Premio de la Crítica 1994.

como del tratamiento del problema de la autorregulación en la psicología contemporánea y su vinculación con la investigación de la creatividad.

**EN ESTE** libro se muestran los resultados de varias investigaciones psicológicas desarrolladas por la autora con relación a la temática de la creatividad, sus diversos enfoques, así como

**LA OBRA CONSTITUYE** un balance muy equilibrado entre la historia, los problemas internos y las relaciones de la economía revolucionaria, en particular desde 1972; desde ese momento, el análisis de factores que condujeron a la situación crítica desde 1990 y el planteamiento de alternativas de desarrollo futuro. Despojado de tecnicismos, el autor realiza una rigurosa y hábil exposición de interpretación sectorial y de indicadores fundamentales, profuso en datos e informaciones estadísticas.

*Gladys Alonso González*

## ***Libros, multimedia y realidad virtual***

Durante el mes de febrero de este año (del 7 al 13), el libro quedó asediado en la VII Feria Internacional, Habana'96. Los Editores de *Debate Americano* constituyeron parte activa de ese acontecimiento cotidiano bianual en la capital cubana y que en 1998 estará dedicado a México.

El recinto ferial de PABEXPO, hacia las afueras del centro capitalino, abrió las puertas al público, que una vez más colmó las salas de exposicio-

nes, el área de venta y las atracciones de la computación, los juegos cercanos a la realidad virtual —gracias a la empresa italiana CRONODATA— y el maravilloso "Viaje al Sol", mundo infantil creado en el pabellón principal para los niños. Bajo el tema "La computación hacia el 2000", la VII Feria acogió a una treintena de países con más de medio centenar de expositores nacionales y varias organizaciones internacionales.

En recorrido por los sencillos pero atractivos *stands* de las múltiples editoriales que se dieron cita en esta reunión del libro, pudimos constatar la permanencia vital de la labor editorial cubana, el apoyo de casas extranjeras a este esfuerzo y la denodada búsqueda de lectura por los cubanos. Presentaciones de variados títulos, conferencias, homenajes, encuentros comerciales e intercambios de experiencia entre editores; talleres y mesas redondas especializados, premiaciones, devinieron constante actividad —casi 30 diarias— en apretados programas de este mundo cultural del libro.

La colección “Pinos Nuevos”, por segunda ocasión gracias a la ayuda solidaria argentina, fue presentada con sus nuevos 100 títulos en diferentes géneros; “Un libro para Cuba”, programa de solidaridad mexicana, quedó destacado en esta oportunidad con sus ediciones donadas a Cuba —27 títulos con tirada cercana a los 100 000 ejemplares—; otro ejemplo significativo lo constituyó la presentación de obras dedicadas a Ernesto Che Guevara, con emotivo momento al proyectarse en Multimedia CD-ROM, como producto editorial completo: *El che, el amor, la política, la rebeldía*, el cual resulta fruto de una obra conjunta de especialistas italianos y cubanos.

Ediciones maravillosas, junto a otras realizadas con buen gusto; temáticas múltiples presentadas con ganas de hacer el libro, fueron apre-

ciadas durante una semana en la que expositores y público hicieron acto de mutuo entendimiento. España, Francia, Estados Unidos, República Popular China, Inglaterra, Italia, Japón, Alemania, México, Puerto Rico, Colombia, Venezuela, por sólo mencionar algunos, llenaron de riqueza cultural esos días habaneros.

En nuestro estar por la Feria observamos como los Premios de la Crítica a las mejores obras de Ciencia y Técnica, así como de Arte y Literatura publicados en el país durante 1994, acaparraron la atención de quienes allí acudieron.

Devino esta Feria Internacional del Libro en La Habana, con su modestia pero vehemente presencia, algo así como una fiesta, un intenso programa para un libro de éxito, como lo denominaron los cintillos en la prensa cubana. Nosotros consideramos, además, que constituyó el resultado editorial de un tiempo esforzado para plantearse nuevos y mejores empeños, al acercarse un 31 de marzo más, a la distancia de celebrarse la indispensable decisión de aunar el quehacer de las imprentas (1959) con la Imprenta Nacional de Cuba, ese día que, desde entonces, conocemos como el *Día del Libro Cubano*.

• • • • •

# A propósito de un Atlas

Victoria Eli Rodríguez

**T**ras catorce años de trabajo es posible contar con el *Atlas de los instrumentos de la música folclórico-popular de Cuba* —en publicación por la Editorial de Ciencias Sociales—. La obra se inserta en el espacio de las investigaciones musicológicas y representa el resultado final de varios estudios particulares acerca de los instrumentos de música y sus conjuntos, participantes en el pensamiento y la actividad musical del cubano.

Diseñado en 1980, constituyó uno de los temas del Departamento de Investigaciones Fundamentales del Centro de Investigación y Desarrollo de la Música Cubana (CIDMUC) y desde entonces devino la espina dorsal a partir de la cual se derivaron otros temas y no pocas tareas y resultados científicos.

Para el análisis organológico se tomó como punto de partida el presente, aquel que para el grupo de investigadores que enfrentó esta obra comenzó a transcurrir a partir de 1981. Desde ese año y hasta 1990 se realizaron las pesquisas por todo el territorio nacional para hallar los hilos conductores que nos guiaran hasta los principales protagonistas de esta obra y a los hombres que hacen perdurar y renovar las tradiciones.

El universo comprendido en el *Atlas* está integrado por aquellos objetos domésticos o de trabajo e instrumentos propiamente que *cumplen una función musical indiscutible*, ya de manera individual o en los conjuntos que participan en las diversas esferas de comportamiento y realización de la música folclórico-popular, religiosa y profana, de Cuba. Estos instrumentos son portadores de los valores artísticos que el pueblo cubano es capaz de transmitir de una a otra generación, como parte de su creación, consumo y disfrute. Además en la práctica musical, los indi-

viduos manifiestan su poder de cohesión social y demuestran la identidad cultural del país. Algunos se encuentran ya extintos, han perdido su vigencia; otros, signados por la tradición, han logrado trascender al presente desde muchos años atrás, sujetos a la dinámica natural de los cambios sociales hasta alcanzar nuevas tradiciones.

La obra es de esencia musicológica, pero no hubiera sido posible alcanzar sus objetivos sin la estrecha relación interdisciplinaria establecida entre investigadores y profesionales de otras especialidades. La cartografía ocupó el lugar de mayor destaque jerárquico y junto a ésta se situaron la etnología, la historia, la acústica musical, la informática, la lingüística, la arqueología, la estadística, la botánica y la zoología; todas en un necesario, estrecho y no poco complejo vínculo que se erige como exigencia perentoria del desarrollo actual de las ciencias.

El estudio de los instrumentos musicales en Cuba cuenta con un precedente de grandes proporciones y de proyección internacional: *Los instrumentos de la música afrocubana*, de Fernando Ortiz (1881-1969). Cinco volúmenes que vieron la luz en La Habana entre 1952 y 1955, y única obra en la bibliografía cubana que recoge una información general al respecto. Otros investigadores han abordado el tema como parte de artículos y ensayos etnográficos o musicológicos sobre aspectos de la cultura material y espiritual del pueblo cubano. Desde posiciones y niveles diversos han contribuido al conocimiento de los instrumentos musicales, pero sus resultados no pueden calificarse como trabajos organológicos, pues adolecen de la especificidad y exhaustividad que requieren las investigaciones de este tipo. Además, en ningún caso anterior se aborda

la representación cartográfica, por lo cual esta obra no posee antecedentes en Cuba. En el ámbito internacional no resulta muy difundida la integración interdisciplinaria de especialistas de esferas en apariencia tan distantes —musicólogos y cartógrafos— y por ello la experiencia ha de considerarse también como poco extendida.

La obra ortiziana constituyó el ineludible punto de partida y este *Atlas* le rinde homenaje en la medida en que pretende continuar los valiosos estudios iniciados por don Fernando. Durante la consulta y posterior utilización de esta fuente se impuso un enfoque crítico y fueron constantemente sometidos a análisis y a rigurosa validación todos los contenidos expresados por el sabio cubano.

El instrumento de música, en medio de la complejidad de la estructura social, participa de sus más disímiles expresiones y constituye una muestra fehaciente de los procesos transculturales acaecidos en Cuba. Por ello, Ortiz, en su obra, no sólo considera los caracteres organográficos, sino también el origen, las confluencias culturales que determinaron su creación, significación y funcionamiento; las peripecias de "su vida y su postura social", y añade lo que califica como sus vicisitudes históricas las cuales, según señala, obedecen a motivos de estética, pero también a otros de religión, de economía y de ajustamientos sociales.<sup>1</sup>

Las observaciones de Ortiz sobre los orígenes, denominación, inserción y funcionalidad de los instrumentos en la cultura musical cubana, alcanzan tanto a instrumentos propiamente de música, como a objetos que poseen un empleo exclusivamente religioso, o de uso circunstancial en juegos infantiles y otras actividades de la vida social. Aunque ha de reconocerse la importancia etnológica y antropológica de estos últimos, al no tener una función musical fundamental se excluyeron del contenido de esta obra.

El *Atlas de los instrumentos de la música folclórico-popular de Cuba* está constituido por dos partes estrechamente articuladas, pero a su vez poseen una relativa independencia entre sí. Una de ellas es el texto musicológico, en el cual se recogen con exhaustividad los resultados del estudio organológico y todo el conocimiento teórico alcanzado acerca del amplio y diverso uni-

verso de los instrumentos de la música folclórico-popular cubana. La otra es el *Atlas*, propiamente dicho, en el cual quedan reflejados por métodos cartográficos los aspectos relevantes y caracterizadores de cada una de las clases y tipologías de instrumentos y conjuntos instrumentales participantes en la realización de esta música.

Entre ambos existe una correlación de estructura y contenido. El libro de texto está dividido en siete secciones, mientras ocho se hallan en el *Atlas*. A excepción de la sección ocho, las siete restantes se corresponden totalmente en uno y otro. El interesado en la temática puede alcanzar un conocimiento más integral de los contenidos en la medida en que le sea posible leer y consultar ambos volúmenes.

En la conceptualización cartográfica se tuvo en cuenta la sistematización de la información; por ello se dividió en cuatro bloques fundamentales. El primero aporta los conocimientos generales que hacen posible la lectura e interpretación de la información temática; el segundo abarca lo referente al análisis de cada uno de los instrumentos musicales y su correspondiente síntesis, de acuerdo con las clases organológicas de pertenencia; el tercer bloque está dedicado a la relación de los instrumentos musicales estudiados con la diversidad de los conjuntos instrumentales, y, finalmente, la síntesis resultante desde una visión territorial de los vínculos etnohistóricos y socioculturales que han hecho realizable el surgimiento y desarrollo de las manifestaciones musicales folclórico-populares de Cuba. Los métodos cartográficos seleccionados resultan de fácil comprensión y, además de transmitir toda la riqueza informativa, conservan plena coherencia en la comunicación gráfica, lo que posibilita una rápida familiarización con la obra.<sup>2</sup>

En el *Atlas* están representados un total de 80 instrumentos, 53 de ellos en uso y 27 en desuso. La obra muestra cuantiosas ilustraciones y un gran número de transcripciones de música.

<sup>1</sup> Fernando Ortiz: *Los instrumentos de la música afrocubana*, La Habana, 1952-1955, vol. I, p. 11.

<sup>2</sup> Los conceptos técnicos cartográficos de la obra se deben a los especialistas cartógrafos Mario R. del Valle Díaz y Armando Azcue Berard.

## • De las secciones y sus contenidos

“El poblamiento de Cuba: aspectos etnodemográficos” da nombre a la primera sección. Ésta posee un carácter general y constituye el ámbito de referencia para la valoración del papel desempeñado por los diferentes componentes étnicos (aborígenes, hispánicos, africanos, chinos, del Caribe insular y continental, y otras migraciones externas) en la concreción del etnos cubano y en la variedad de instrumentos, conjuntos instrumentales y manifestaciones de la música folclórico-popular cubana.

El análisis por componentes étnicos y multiétnicos fundamentales permite agrupar y delimitar mejor el decisivo papel del etnos cubano respecto de los componentes que lo anteceden y le dan origen, desde el período colonial hasta hoy. La sección se ordena en sentido cronológico—por su contenido histórico—, geográfico—según la procedencia hacia Cuba y su posterior asentamiento—y demográfico—de acuerdo con el mayor peso humano y cultural de los procesos migratorios—lo cual le otorga un fundamental contenido antropológico.

El estudio de los procesos etnodemográficos incluidos en este *Atlas*, resume un amplio conjunto de trabajos investigativos acerca de la situación histórica y actual de varias disciplinas de las ciencias sociales en Cuba. La sección se apoya en ellos y en todos los censos realizados hasta el presente con sus conocidas limitaciones y omisiones. El conocimiento y análisis de las características del poblamiento territorial y la actividad económica, hacen que el análisis organológico se realice en interrelación con estos procesos acaecidos en Cuba desde el período colonial hasta el presente.

Las cinco secciones siguientes constituyen la parte medular. Los títulos “Idiófonos”, “Membranófonos”, “Cordófonos” y “Aerófonos”, respectivamente, se corresponden con las clasificaciones que, desde el punto de vista de la *Sistemática de los instrumentos musicales*, de Erich von Hornbostel y Curt Sachs, reciben los instrumentos o grupos de instrumentos a partir de la producción física del sonido. Según la naturaleza del cuerpo vibrante tenemos que en los idiófonos vibra

la propia materia del instrumento; en los membranófonos, las membranas tensas; en los cordófonos, las cuerdas, también tensas; mientras en los aerófonos, la columna de aire se pone en vibración. A pesar de su amplio reconocimiento y aplicación, varios especialistas han apuntado que no responde a las particularidades de un buen grupo de instrumentos de latitudes diferentes entre los cuales se encuentra el arsenal sonoro latinoamericano y caribeño.

Al respecto, en el libro *Problemática organológica cubana*, la musicóloga Ana V. Casanova Oliva realiza un análisis integral y crítico de dicho sistema de clasificación. Teniendo en cuenta que éste se comporta como un sistema abierto, Casanova acometió su ampliación y transformación en aras de cubrir las exigencias de instrumentos y complejos instrumentales no previstos, y la adaptó para permitir la clasificación de nuevas tipologías surgidas con posterioridad a las tablas.<sup>3</sup>

En la clasificación de los membranófonos resultó importante lograr la sistematización de las características morfológicas observables en la amplia diversidad de instrumentos cubanos de esta clase. La musicóloga María Elena Vinueza González continuó el curso de la *Sistemática* y ordenó minuciosamente todas las tipologías de “los tambores cubanos” a partir de las formas de sus cajas de resonancia y sus sistemas tensores. Esto enfrenta al lector a un universo de 45 morfologías diferentes evidenciadas en las 24 denominaciones de los membranófonos de uso actual, en Cuba, lo cual evidencia la diversidad cuantitativa y cualitativa de los membranófonos cubanos.

La integralidad del análisis en cuanto a la interrelación entre el objeto y el sujeto se sustenta en los parámetros propuestos y estandarizados por el organólogo alemán Erich Stockmann, dados a conocer en Cuba, en la cátedra de organología que dictaba Olavo Alén en el Instituto Superior de Arte. Son éstos: terminología, construcción, técnicas de ejecución y posibilidades musicales, repertorio, uso, historia y difusión. Este principio sistémico está presente en la multiplicidad de descripciones, análisis y valoraciones de los ins-

<sup>3</sup> Ana V. Casanova Oliva: *Problemática organológica cubana*, Casa de las Américas, La Habana, 1988, p. 8.

trumentos de Cuba, pero finalmente se tomaron como parámetros rectores: I. Descripción y clasificación; II. Terminología; III. Construcción; IV. Ejecución y caracterización acústica; V. Función musical y social y VI. Historia. Este ordenamiento se encuentra presente en todos y cada uno de los instrumentos comprendidos en la obra; conduce internamente el capítulo correspondiente a los utensilios domésticos y de trabajo en funciones musicales —integrante de la sección de idiófonos— y también la estructura de la sección de instrumentos de la música cubana ya en desuso. Cada uno de los parámetros de análisis seleccionados considera un grupo de aspectos particulares.

*I. Descripción y clasificación:* Comprende las especificidades del instrumento musical de acuerdo con su morfología general; reúne todas las tipologías conocidas, en uso o ya desaparecidas, y se añade la clasificación correspondiente de acuerdo con la *Sistemática de los instrumentos musicales* de Hornbostel y Sachs, y las ampliaciones y rectificaciones realizadas por Ana V. Casanova Oliva.

*II. Terminología:* Bajo este epígrafe se desarrollan los aspectos referentes a los vocablos empleados para la designación del instrumento y sus ejecutantes en todo el territorio nacional, así como las variantes locales o regionales y los elementos semánticos y fonéticos cuyas características pueden indicar la procedencia de los sustantivos empleados.

*III. Construcción:* Se realiza una explicación pormenorizada del proceso de construcción artesanal del instrumento. En ocasiones —por razones que se justifican en el texto— se alude a particularidades de los procesos fabriles, pero éste no constituye el objetivo esencial. Desea remarcarse la tradicionalidad constructiva, las modificaciones operadas en las técnicas artesanales, la diversidad de materiales e instrumentos de trabajo empleados y la amplia gama de recursos que han puesto en práctica los constructores cubanos para satisfacer sus necesidades estéticas e introducir renovaciones. El lector hallará la plasmación minuciosa de las dimensiones más comunes y características de cada

una de las partes de los instrumentos, expresadas en milímetros. En algunos casos se han considerado medidas máximas, mínimas y promedio que permiten discernir aún con más exactitud la variabilidad que rige la construcción artesanal de los instrumentos cubanos.

*IV. Ejecución y caracterización acústica:* Incluye la descripción de las técnicas aplicadas por los músicos en la ejecución; las posiciones que puede asumir respecto del instrumento y el espacio físico general que ocupa el o los instrumentistas, en los diferentes eventos, así como el uso de accesorios para la ejecución. En la mayoría de los instrumentos en uso se realizó su caracterización acústica, partiendo para ello de los diferentes toques y formas de ejecución. Se tomaron ejemplares que tuvieran características morfológicas y de calidad valoradas como buenas, dentro de la disponibilidad de tipologías de instrumentos de su clase.

*V. Función musical y social:* Contiene el análisis de las funciones musicales desempeñadas por los instrumentos en los distintos eventos en que participan e intenta colocar en primeros planos las regularidades, diferencias y tendencias de sus comportamientos en manifestaciones, géneros y especies de la música folclórico-popular cubana. En el análisis musicológico se subrayan las funciones de las zonas o franjas tímbricas y su interrelación e interdependencia jerárquica. Esto deviene una generalidad, la cual trata de hacerse extensible al estudio de todos los instrumentos.

Se manifiestan ligeras variantes en la concepción del método de análisis musicológico, pero se encuentran justificadas en el propio desempeño funcional del instrumento dentro del conjunto o conjuntos en que participa. Para desarrollar esta parte del estudio resultaron importantes y decisivas las grabaciones y transcripciones realizadas *in situ*. En las transcripciones se utilizó la notación convencional y de manera casuística se emplearon símbolos o grafías que contribuyeron a acercar la partitura al evento sonoro observado y grabado.

En este epígrafe también se incluyen los conjuntos de los cuales forman parte los instrumentos y el repertorio que les resulta característico. Asimismo se describe, analiza y valora la signifi-

cación que asume el instrumento o juego de instrumentos en el contexto sociomusical cubano y su vinculación a funciones extramusicales, sobre todo, en aquellos relacionados con la práctica de las religiones populares cubanas.

VI. *Historia*: El análisis organológico concluye con los aspectos comprendidos en la historia del instrumento, con el objetivo de alcanzar el pasado más lejano: los orígenes. Reviste gran interés conocer la evolución y desarrollo morfológico y funcional, la ubicación y expansión geográficas, y en ocasiones acercarse casi a una genealogía de los instrumentos. Además, cobran particular interés las interrelaciones históricas generales y la manera en que el avance tecnológico y cultural de la sociedad condicionaron su persistencia, desarrollo o extinción.

En la sección sexta están agrupados los "Instrumentos de la música cubana en desuso". La observación, los testimonios de los informantes y las fuentes bibliográficas existentes permitieron discriminar períodos, etapas o momentos diferenciados en que un grupo de instrumentos relacionados con la práctica musical de Cuba dejó de utilizarse. Algunos de estos instrumentos se remontan a un pasado bastante lejano y sólo puede accederse a ellos acudiendo a los resultados de las excavaciones arqueológicas —como ocurre con el escaso instrumental de los indocubanos— o por intermedio de documentos de diversa índole. Otros, un tanto más allegados al presente, se conservan entre los objetos y tenencias familiares, en las colecciones museables y en la memoria de personas de edad avanzada, quienes pudieron observarlos e, incluso, ejecutarlos y también aparecen incluidos en fuentes escritas.

Esta diferenciación epocal hace imposible que aparezcan con igual profundidad, descriptiva y analítica, todos los instrumentos comprendidos en la sección. En ciertos casos tuvieron una vida muy efímera o circunstancial, como las campanitas chinas y la chicharra; otros ocuparon un importante espacio en la cultura musical cubana y desaparecieron hace relativamente poco tiempo, tal como ocurre con la botija o botijuela.

Concluye el texto con los "Complejos y conjuntos instrumentales de la música folclórico-popular cubana". Esta sección es una propuesta

para lograr la sistematización de los agrupamientos en que intervienen las diversas clases y tipologías de instrumentos reseñados en el transcurso del *Atlas*.

En varios de los conjuntos —sobre todo, en los de conga y son— participan instrumentos como la trompeta, la flauta, el saxofón, el trombón, el piano, por citar sólo algunos, cuyo empleo en contextos de fuerte tradicionalidad es el resultado de las frecuentes y naturales interacciones entre las agrupaciones folclórico-populares y las profesionales. No es posible desconocer estas interacciones y el análisis de su desempeño musical dentro de los conjuntos, pero no constituyen objeto de estudio en esta obra las particularidades organológicas de instrumentos como los antes mencionados.

La musicología cubana ha hecho suyo el concepto *complejo* como propuesta categorial. Es de uso extendido su empleo para designar las formas de agrupamiento de géneros y especies de la música cubana en que confluyen rasgos coincidentes, en que no sólo el género como tal interviene, sino además el estilo, los instrumentos y las agrupaciones musicales.<sup>4</sup> El criterio se ha hecho extensivo a los géneros y especies de la música latinoamericana y caribeña como alternativa también de agrupamiento de especies diversas del cancionero continental, unidas entre sí por elementos histórico-musicales afines.<sup>5</sup>

El concepto *complejo instrumental*, introducido en esta sección, también lleva en sí el objetivo de agrupar y sistematizar. En este caso se agrupan los macro y microsistemas de los conjuntos instrumentales cubanos, en los cuales manifiestan diferentes tipologías y variantes tipoló-

<sup>4</sup> Olavo Alén: "Lenguaje musical de Cuba", en revista *Revolución y Cultura*, no. 11, La Habana, noviembre de 1985, p. 19.

<sup>5</sup> Los géneros y especies de la música cubana se agrupan en cinco complejos genéricos fundamentales: del punto, de la rumba, del danzón, de la canción y del son. Las especies folclórico-populares latinoamericanas, según la propuesta hecha por las musicólogas Zoila Gómez y Victoria Eli en su libro *Música latinoamericana y caribeña* (Ed. Pueblo y Educación, 1995), quedan agrupadas en ocho grandes complejos.

gicas estabilizadas por la práctica de la música folclórico-popular.

El análisis transita por la determinación de los *modelos* de combinaciones instrumentales de gran tradicionalidad hasta los más contemporáneos, los cuales coexisten de manera natural y orgánica en el quehacer musical del cubano.

Pero esta sección no se limita a describir complejos, conjuntos y modelos instrumentales, sino que por intermedio del análisis de los comportamientos más regulares y generalizadores de las franjas tímbrico-funcionales que integran cada uno de ellos, se propone *la determinación de las tendencias caracterizadoras en los diferentes tipos de agrupamientos*. Esta sección constituye el cierre de los contenidos de la obra organológica y la propuesta teórico-musicológica para nuevos planteamientos.

- **Algo sobre el trabajo de campo, la caracterización acústica y el aparato referencial**

Las consultas bibliográficas fueron de insoslayable necesidad e importancia; pero esta obra no hubiera sido posible sin la aplicación y realización de un intenso trabajo de campo.

El colectivo de autores que tuvo a su cargo la redacción del *Atlas* tiene en su haber muchas horas de trabajo a todo lo largo y ancho de la isla de Cuba. Cada uno posee en la actualidad una visión de conjunto de las particularidades de la música folclórico-popular del país y de sus instrumentos, lo cual ha sido posible por las pesquisas y observaciones directas y por el constante intercambio de las experiencias acumuladas. Antes de comenzar los períodos de trabajo se hicieron estudios de gabinete que incluían el conocimiento de la bibliografía existente y el diseño de la investigación (objetivos, métodos y procedimientos), de acuerdo con las condiciones específicas del territorio objeto de estudio, tomándose en consideración tanto las zonas urbanas como las rurales.

El trabajo en las provincias más orientales de Cuba resultó de mayor complejidad, no por el simple hecho del distanciamiento geográfico, sino porque el conocimiento de sus tradiciones musicales respecto del occidente, es menor. En

este sentido, los niveles de indagación, cotejo, análisis y valoración de los datos recopilados alrededor de nuestro objeto de estudio poseen un real carácter nacional.

La proyección de los trabajos de campo posibilitó la imprescindible actualización de los conocimientos referidos en la bibliografía; la inclusión de instrumentos y conjuntos instrumentales presentes en Cuba no reseñados en *Los instrumentos...*, de Fernando Ortiz y en otras fuentes; así como consignar la desaparición y modificaciones operadas en otros debidas al lógico proceso de desarrollo social y económico. Para llegar al resultado que hoy se muestra fue necesario penetrar lo más profundamente posible en la cultura musical del país.

Personas de mucha edad u otras más jóvenes poseedoras de un probado reconocimiento social en la comunidad (regional, local o vecinal), ayudaron con sus testimonios y con su experiencia práctica como constructores, instrumentistas, cantadores, bailadores, practicantes de religiones populares o participantes de las tradiciones musicales. Por intermedio de muchos de ellos se llegó a establecer una especie de cadena que, en ocasiones, unía zonas muy distantes geográficamente. Al arribo a esos sitios, el nombre o referencia dados "nos abrían las puertas" del conocimiento folclórico y de la amistad.

El método de observación participante resultó un modo eficaz para obtener la información y, al mismo tiempo, lograr una relación más cercana con los reales portadores de la tradición. Esto hizo posible que los investigadores compartieran guateques, canturías, fiestas de changüí, toques de bembé, de palo, de vodú, festejos de gagá, de tumba francesa, parrandas, congas callejeras, ceremonias espíritas; en fin, una gran cantidad y variedad de celebraciones religiosas y festivas, que provocaron no sólo el enriquecimiento profesional sino también espiritual. De los años de trabajo transcurridos en la realización del *Atlas* queda un hermoso y rico anecdotario y un cúmulo de hojas escritas en las libretas de apuntes y diarios de campo.

Mediante el analizador de espectro de audio en tiempo real, se visualizaron los componentes de frecuencias en el espectro sonoro de cada

instrumento.<sup>6</sup> El analizador permitió la caracterización del espectro sonoro de forma bidimensional; es decir, amplitud o intensidad *vs* frecuencia.

Aunque importantes son los resultados obtenidos, debe consignarse que en el momento de la medición no se contaba aún con un equipo que hiciera posible trabajar en los tres ejes: amplitud *vs* frecuencia *vs* variación en el tiempo, lo cual hubiese brindado resultados mucho más exactos. A través del analizador de reverberación —asociado al equipo ya descrito— se logró el tiempo de caída (*decay*) o resonancia sonora del instrumento, una vez cesado el toque.

Los sitios de medición no fueron uniformes acústicamente y con el fin de que el entorno no influyese de manera absoluta en la configuración y visualización gráfica del espectro sonoro se trató siempre de tomar la medición de forma directa. El set de medición poseía la precisión y profesionalidad requeridas, y en la mayoría de los casos el resultado práctico se correspondió con el análisis teórico.

La casi totalidad de los instrumentos en uso, incluidos en el *Atlas*, se sometieron al analizador de espectro. Las excepciones atañeron a juegos únicos o a instrumentos que no pudieron ser trasladados a los estudios de grabación o a los locales donde se realizaron estos trabajos. En otros casos no resultó posible, por razones de la máxima sacralidad que revisten —por ejemplo, los tambores de Olokun, entre otros—, o por condiciones muy objetivas relacionadas con la construcción del instrumento —tal como ocurre con la tumbandera o kaolín—.

En un trabajo de esta magnitud se impuso la consulta de una muy extensa y valiosa bibliografía de autores nacionales y extranjeros. El cuerpo bibliográfico, junto con los índices de plantas, animales y analítico por materia (instrumentos y términos a ellos relacionados), integran un aparato referencial de particular interés. Por la complejidad de la obra, su volumen informativo y en aras de reducir —en lo posible— el tiempo de localización de las fuentes consultadas, éstas se subdividieron de la siguiente manera: Bibliografía, Prensa periódica, Documentos, Discografía, Partituras y Testimonios. El Índice analítico por materia contiene todas las denominaciones

de los instrumentos y los términos a ellos relacionados. Se observa un riguroso orden alfabético con la distinción de niveles jerárquicos que van, desde los sustantivos genéricos utilizados para la denominación de los instrumentos, hasta sus especificidades terminológicas.

#### • A manera de conclusión

Los trabajos de esta investigación se entrelazaron y complementaron con otras líneas dedicadas a las agrupaciones de la música folclórico-popular cubana; la cultura musical bantú en Cuba y África; las interrelaciones de la música cubana y caribeña y el estudio etnohistórico de los componentes hispánicos en la formación del etnos cubano. Del *Atlas* fluyeron nuevas concepciones y generalizaciones, y hacia él afluyeron informaciones provenientes de los restantes temas.

La ejecución de la obra permitió: formar nuevos musicólogos en el Instituto Superior de Arte, devenidos con posterioridad autores y coautores de los contenidos; dirigir trabajos de curso y de diploma en las facultades de Geografía y de Artes y Letras de la Universidad de La Habana y el Instituto Superior Pedagógico "Enrique José Varona"; preparar estudios musicológicos parciales referidos a cada una de las provincias del país; editar varios títulos discográficos, unos pertenecientes a la *Antología de la música afrocubana*, y otros a sellos de propuesta internacional, nacionales y extranjeros. Permitted, además, la permanente ampliación del fondo de imágenes y grabaciones *in situ* del CIDMUC, en las cuales quedan los testimonios visuales y sonoros de las múltiples formas del comportamiento musical observadas en los trabajos de campo. Asimismo, hizo realidad la preparación de materiales para diferentes cursos, seminarios, congresos y publicaciones de connotado realce docente y científico.

Muchos contribuyeron al logro del *Atlas* y de los resultados arriba mencionados. La coordinación y el sentido de cooperación de las Direccio-

<sup>6</sup> El método y las especificidades de las técnicas empleadas para la caracterización acústica de los instrumentos fueron definidos por los ingenieros Jerzy Belc y Enrique Fernández de Velazco Bernal, de la Empresa de Grabaciones y Ediciones Musicales (EGREM), ambos participantes en los trabajos de medición realizados.

nes provinciales y municipales del Ministerio de Cultura y la ayuda que encontramos en los técnicos de folclor vinculados al entonces *Atlas de la cultura popular tradicional de Cuba*, hoy *Atlas etnográfico de Cuba* —en fase de redacción— devinieron muy importantes. El conocimiento que estos especialistas tienen de sus tradiciones locales facilitó distinguir entre los pobladores de los diferentes municipios del país a quienes pudieran aportar datos de interés a la investigación. Otras instituciones ligadas al trabajo cultural de la comunidad: la EGREM, el Instituto Superior de Arte, el Museo Nacional de la Música, la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP), los gobiernos e instancias provinciales y municipales; la Facultad de Geografía y la de Artes y Letras, de la Universidad de La Habana, la Academia de Ciencias de Cuba, centros de trabajo y de estudio brindaron su concurso.

Particularmente ha de destacarse los fuertes nexos establecidos con los informantes. Quie-

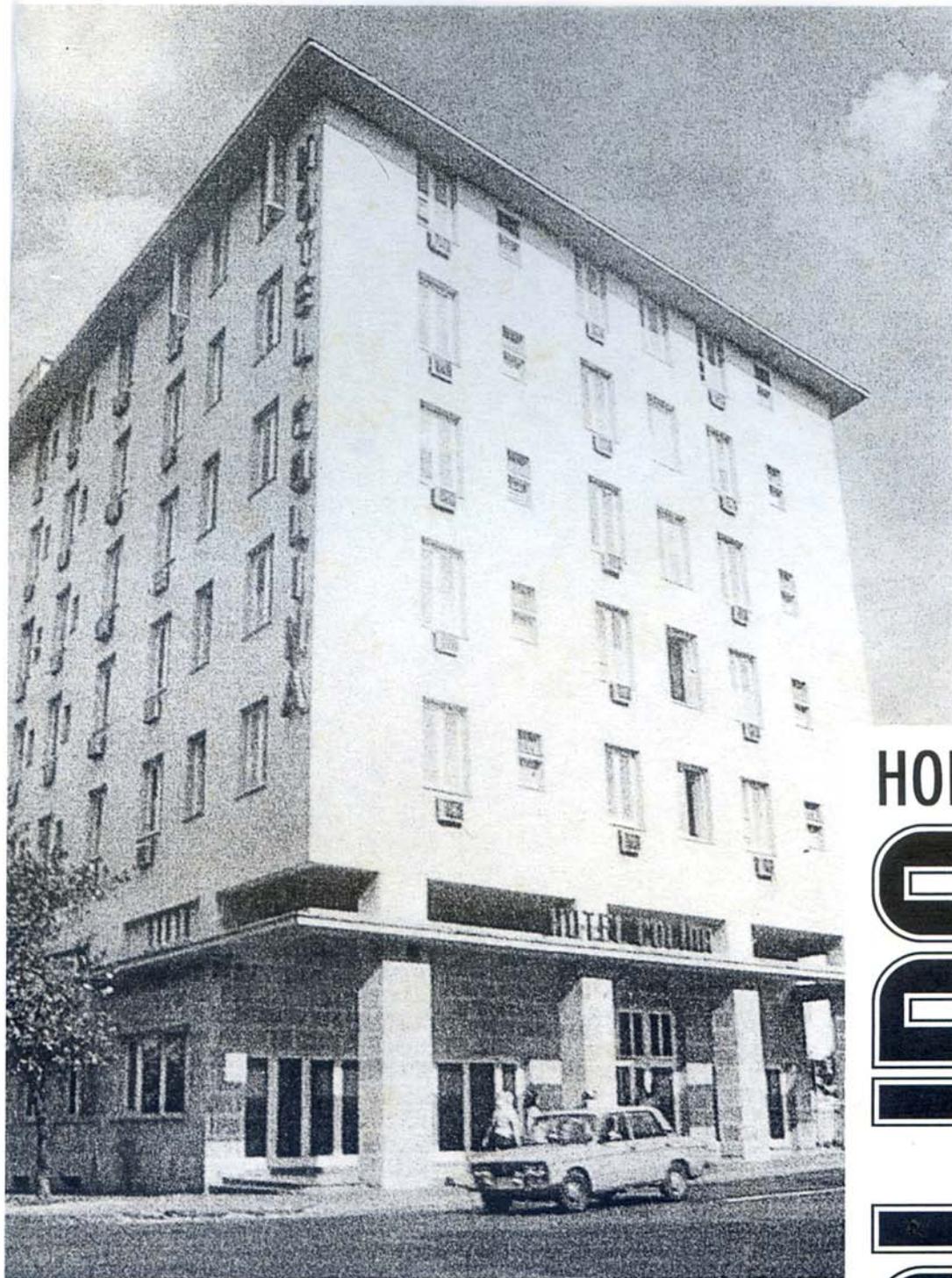
nes, en ocasiones, al comenzar la labor nos miraban con cierta reserva y quienes después se convirtieron en imprescindibles y desinteresados colaboradores.

El estudio de los instrumentos no fue el estudio de piezas inconexas, sino de objetos portadores de vida, de la vida que les imprimen sus poseedores, quienes hablaban del presente y del pasado de la cultura musical folclórico-popular de Cuba.

Esta obra lleva inicialmente una merecida y sentida dedicatoria. A Fernando Ortiz, precursor de los estudios organológicos en Cuba, y a Argeliers León, el Maestro, quien con su magisterio y ejemplo brindó la formación profesional para llevar adelante este trabajo.

• • • • •

calle L,  
e/ 27 y Jovellar  
Vedado,  
La Habana, Cuba  
Telf. 33-4071  
Fax 33-4104



## HOTEL HORIZONTES

**H  
O  
R  
I  
Z  
O  
N  
T  
E  
S**

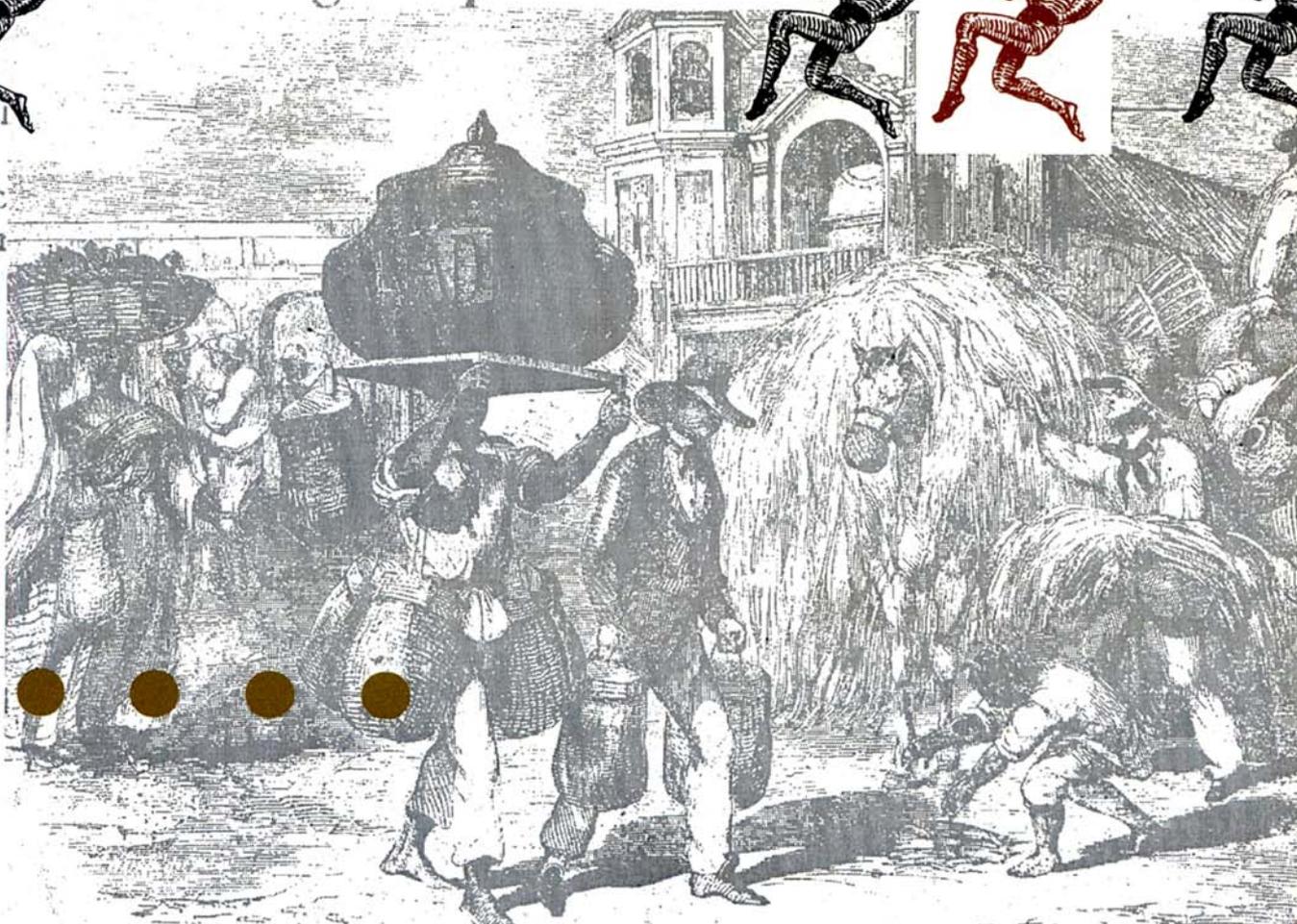
*A menos de sesenta metros de la Universidad de La Habana  
y a unos pasos de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz,  
una céntrica y acogedora hospitalidad.*

*Confort, buena cocina y trato personalizado. La mejor opción  
para académicos, especialistas universitarios e intelectuales durante  
su estancia en La Habana.*

*Mr. D. Cayetano...*

Muy señor mio: sírvase V. hacer esta  
ra á favor de *los Negros* que le he *comprado* al arm

straci  
ites  
esc  
ton



Nuestro Sr. guarde á V. md. muchos años

211

1814

M

L. S. S. S.



*Handwritten signature*